

Olle Lönnaeus

INÉDITO

CARGARÁS CON LA CULPA



DEBOLSILLO

Olle Lönnaeus

CARGARÁS
CON LA
CULPA

Traducción de
Joaquín González Moya

DEBOLSILLO

PRÓLOGO

Tres relámpagos y tres estruendos. Luego la lluvia.

Las primeras gotas son como suaves caricias sobre la mejilla de la mujer, como si un dios confortador deslizara cuidadosamente las yemas de los dedos por su rostro.

Inclina la cabeza hacia atrás para encarar el cielo.

La lluvia fresca cae contra sus párpados cerrados y el agua se cuela con regusto a hierro en su boca.

Traga y se relame, una y otra vez, mientras la lluvia arrecia.

Siente poco después como si las masas de agua de la atmósfera se precipitaran a la vez hacia la ribera del río donde está ella de pie. Todo se empapa de un color gris y el cabello de la mujer se transforma en algas. Su luminoso vestido, desgarrado y manchado, diríase una vela. Se escurre la suciedad de su frente, mejillas y cuello, abriéndose paso en la cara algo parecido a una sonrisa.

Entonces un estremecimiento, como el despertar de un sueño.

El niño, piensa.

Otea la oscuridad en que está sumido el prado, busca en lo alto de la loma y escucha en lo profundo del bosque, que apenas un momento antes atravesaba a todo correr. Lo único que acierta a oír es la lluvia y su propio aliento jadeante.

Siente el palpitar del corazón contra el tórax.

Alguien le dice a gritos que huya. ¿Será ella misma? «¡Corre y adéntrate en la noche todo lo que puedas!»

Pero las fuerzas le fallan.

Tiene el cuerpo entumecido y las pesadas piernas, doloridas de cansancio. Además, ¿adónde puede ir?

Un nuevo relámpago quiebra el cielo con un agudo e inmediato estrépito, pero la mujer, cuyo frágil cuerpo por un momento brilla como plata contra la negra superficie del agua, apenas se mueve.

La oscuridad, se dice. La oscuridad es mi única amiga, y pronto desaparecerá. Corre ahora. Antes de que sea demasiado tarde... Pero el cuerpo la traiciona. Las piernas se niegan a obedecer. Y busca palabras para su súplica, pero en su desesperación no halla ninguna que piense que le pueda servir de ayuda. El cielo se alza negro y gris y un hálito frío se cierne ahora sobre el valle.

Desconcertada, se aparta el agua de la cara con la mano. Entonces se vuelve a hacer presente el olor a sangre, cual reminiscencia del mal.

El odio. La náusea. El acto irrevocable.

Aún lleva consigo el cuchillo, el largo y delgado cuchillo de cocina con la hoja toda ella manchada de sangre negra. La acerca lentamente hacia su cuello. Una idea tan seductora. Y sería tan sencillo...

Pero se detiene en seco y contempla la hoja que la lluvia enjuaga con parsimonia.

Sería tan cobarde.

Cae luego de rodillas, imbuida de una fuerza renovada. Con sus manos laceradas escarba ansiosamente en la arena.

Cuando ha terminado, arroja el cuchillo en el hoyo y lo recubre rápidamente. Luego observa inquieta a su alrededor.

El niño, piensa. Debe darse prisa.

La lluvia, esa fresca lluvia que infunde energía. De repente siente unas ganas inmensas de vivir, de no morir jamás.

Antes de que el amanecer haya despejado las nubes ya no estará.

1

Los primeros calores del verano se presentan bochornosos y despiadados. Llegaron a principios de junio. Ahora Herman y Signe están muertos, y es precisamente esa noticia la que ha llevado a Konrad Jonsson a retroceder de improviso en el tiempo.

«Debes llamarnos papá y mamá», le dijeron, y casi siempre obedeció, aunque nunca llegara a sentirlo como algo auténtico. Pero de eso hace mucho y los recuerdos se han vuelto borrosos.

A Konrad aún le parecen bastante jóvenes, pese a que debían de tener casi ochenta años cuando murieron. Herman trabajaba en el matadero de Scan y siempre apestaba al llegar a casa tras terminar su turno en la sección de destripado. Todas las noches Signe lo ayudaba a limpiarse para luego refulgir como un sol con sus redondos mofletes como manzanas. Herman..., él se contentaba con las pequeñas cosas de la vida. Pero, bueno, ya hace muchos años que clausuraron el matadero.

Y Signe. Nunca la oyó quejarse, aunque padecía constantes dolores en la espalda y las rodillas.

Preocupaciones no les faltaban a Herman y Signe. Konrad se dio cuenta de ello desde el primer momento, aunque no soltaran prenda. Incluso fue capaz de comprender el motivo: era Klas, su único hijo, sobre el que permanentemente flotaba una nube de malestar.

¿Estará él ahora allí?

Al aparecer la señal de Röddinge, un impulso súbito lo lleva a desviarse de la carretera provincial, a pasar junto a la iglesia encalada y a dejar que el coche descienda por ese pueblo encaramado sobre la ladera.

Aquel misterioso valle. Tal vez se trate solamente de un pretexto para retrasar el regreso, pero Konrad quiere volver a verlo.

Por el serpenteante camino de tierra se topa con un tractor y, justo después, con un jeep de color verde oscuro. Por lo demás, una calma absoluta. A lo lejos se oyen los ladridos de un perro, quizá avisando de la llegada de alguien. Después de la última casa empieza el bosque. Son hayas de gran altura; su ligero follaje juguetea con el sol. Robles nudosos y oscuros abetos. Arboledas de abedul. En un claro divisa un rebaño de vacas doradas que pastan junto a una bañera oxidada tras un alambre de espino.

A continuación se abre el valle. La tierra de las aventuras. Konrad no puede evitar parar en el arcén. Sale de su Opel y aspira el aire en sus pulmones. Cuántas veces no fueron en bicicleta a este lugar y se dejaron seducir por él. A su alrededor, olor a tierra y a verdor de inicios de verano con un toque de boñiga de vaca. Entre los lomos de las colinas va avanzando el arroyo, rodeado de cañaveral y álamos, exactamente igual que en su recuerdo. Piensa en las inundaciones primaverales, que podían transformar los prados en un paisaje de lagos e islas semejante al de un delta. Se acuerda del hielo que se formaba en los inviernos. Konrad entorna los ojos hacia el sol, en dirección a la colina meridional, y vislumbra busardos ratoneros deslizándose sobre las coronas de los árboles.

Suspira para sus adentros. Tiene que volver a este lugar. Pero ahora lo otro no puede esperar.

Un trecho más adelante, el camino de tierra vuelve a ascender a través del bosque, recorre los cultivos y se reincorpora poco después a la carretera provincial.

Konrad continúa en dirección este. Hacia casa. Ensayo esa construcción en su mente, pero le parece artificial. Tras rebasar la gasolinera de la vía de acceso y vislumbrar la antigua universidad popular, reduce la presión sobre el acelerador y deja que el vehículo ruede por el último repecho. «Tomelilla, una alegre localidad con el viento a favor», reza el letrero de bienvenida del

municipio, adornado con la silueta de una rapaz suspendida en el cielo. Konrad sonríe para sí mismo.

En el primer cruce con semáforo, donde actualmente se ubican tres grandes establecimientos, tuerce a la izquierda para atravesar el puente ferroviario y pasa luego lentamente junto al cine Rio, ya clausurado. No se ve un alma. Se detiene junto al puesto de perritos calientes de Bertil y baja del automóvil.

«Doble asesinato en Tomelilla. La policía solicita ayuda a la ciudadanía», lee en el cartel anunciador del periódico *Ystads Allehanda*.

«La ola de calor sigue atenazando Escania», asegura el *Kvällsposten*. Los principales diarios parecen haber dejado atrás ya el suceso. No en vano han pasado cinco días.

En lo que a Konrad respecta, fue informado el día anterior por la noche. Recibió dos llamadas en el transcurso de una hora. La primera de una inspectora de Ystad, que le comunicó sin rodeos que sus padres adoptivos habían muerto y que la policía deseaba conversar con él de manera totalmente informal. Luego llamó un abogado que quería hablar de la herencia. Con voz aterciopelada le hizo saber que había algo de dinero, pero que sobre cifras hablarían más tarde.

En un primer momento la reacción de Konrad fue sobre todo de sorpresa. ¿Le iba a dar caza ahora todo ese pasado que creía haber enterrado para siempre?

Habían pasado casi tres décadas desde la última vez que vio o siquiera habló con Herman y Signe, y para ser sincero, tampoco se había acordado mucho de ellos durante esos años. Desde su partida, Konrad había evitado ese pueblo, no sabía muy bien por qué. Se habían roto los lazos para siempre. La idea de volver a anudarlos lo había llenado siempre de desasosiego. Ni siquiera cuando se encontraba en lo más profundo del pozo se planteó regresar.

La agente que le telefoneó le lanzó una advertencia:

—Las circunstancias que rodean los asesinatos son muy desagradables.

¿Acaso puede ser peor que el hecho de que estén muertos?, se preguntó Konrad.

—Les dispararon en la nuca. A los dos —añadió la inspectora al otro lado de la línea—. Creemos que el móvil ha podido ser el robo.

Konrad recordó vagamente que a inicios de semana había oído mencionar un asesinato en Tomelilla en el informativo de la radio. En ese momento apenas reaccionó.

Ahora que sabía que las víctimas mortales eran Herman y Signe fue creciendo en su mente la certidumbre de algo inevitable: debía volver a la localidad que lo vio nacer.

La calle frente al puesto de perritos está prácticamente desierta. El sol pega con fuerza a través de una calina que enturbia la atmósfera. Alguien ha destrozado la ventana de la antigua mercería; tiene el vidrio sujeto con cinta adhesiva y lo refuerzan unas planchas de cartón. El local contiguo se encuentra vacío. Es ahí donde el ciego tenía su tienda con postales descoloridas, piezas de porcelana cubiertas de polvo y canicas de cristal.

—Esto es mágico —solía murmurar con su mirada invidente oculta detrás de unas gafas oscuras mientras desvelaba un objeto precioso entre las yemas de sus dedos.

En más de una ocasión Konrad le birló alguna canica extra antes de salir.

En el banco situado bajo el castaño, a las puertas del establecimiento cerrado a cal y canto, charlan dos mujeres con carritos de bebé idénticos de color rosa claro. El silencio propaga entre las paredes de las casas sus voces susurrantes, como un lejano eco. Un enjuto anciano dobla trabajosamente la esquina reclinado sobre su andador, dejando tras de sí una insignificante sombra sobre el suelo.

Konrad se seca con la manga de la camisa el sudor de la frente al tiempo que mira de reojo el kebab chisporroteante en la parrilla, tras la ventana del puesto de comida. Después de todo, parece que algo nuevo ha llegado al pueblo, se dice. En el pasado, cuando los Chevrolet y los Amazon tuneados de los róckers hacían cola por la noche frente al quiosco de Bertil, y el Rio proyectaba *spaghetti westerns* con Clint Eastwood, lo suyo era una buena porción de puré de patatas con pepinillos, estilo Boston, y un batido Pucko.

Konrad saluda con un gesto al hombre dentro del quiosco y se compra un helado.

Sin pensárselo mucho, deja aparcado el coche y empieza a caminar en

dirección a la plaza. El helado sabe tan repugnantemente dulce que lo tira a una papelera. Alguien ha abierto un pequeño pub en el acceso al antiguo paso subterráneo bajo la vía del tren, donde los borrachos solían anidar en invierno, y donde siempre apestaba a meado y los niños gritaban hasta reventarse las meninges por lo espeluznante del eco. La puerta se halla abierta de par en par, pero la barra está vacía.

En torno a la plaza hay algo más de animación. La caja de ahorros, el hotel, la tienda estatal de alcohol y el supermercado. La estatua de Carl Milles con su fuente, donde los pillos del lugar echaban detergente en verano para que rebosara de espuma. Nada ha cambiado. Eso sí, en el puesto de la plaza ahora es un extranjero el que vende fruta importada.

Konrad piensa en Agnes.

Ella nunca se integró. Ya de adolescente Konrad se dio cuenta. En aquella época no venían al pueblo muchos forasteros. Los polacos llamaban la atención, casi tanto como los grupos de gitanos que en primavera solían acampar a las orillas del arroyo, el Vålabäcken.

A Agnes no le debe de haber resultado sencillo.

Se recrea en su nombre, Agnieszka, mientras se esfuerza por evocar su imagen buscando en lo más profundo de su cerebro. Le cuesta esbozar su rostro. Nunca tuvo ninguna fotografía con la que ayudarse. Konrad la observa desde abajo, como si ella se inclinara sobre él. Por encima de las mejillas le caen varios mechones de su oscuro cabello, que a la vez semiocultan sus ojos en la sombra. La claridad y amabilidad que vislumbra lo llenan de añoranza. Agnes sonríe, la expresión de su boca y sus ojos es melancólica. Irradia una aromática calidez hacia él, allí abajo.

¿Es cierta la imagen que tiene de ella o se trata únicamente de un antiguo producto de su cerebro sediento de amor?

Agnes, así la llamaban, y así, como poco a poco fue entendiendo, también la llamaría él si, ocasionalmente, se hablaba de ella. En casa de Herman y Signe era mejor no mencionarla. Si, pese a ello, alguien lo hacía accidentalmente, se generaba cierto embarazo, se intercambiaban algunas miradas tácitas y se pasaba a hablar de cualquier otra cosa.

Para la gente de la localidad, ella era la Polaca a secas. Aunque de vez en cuando, Konrad, totalmente a solas, susurraba para sí mismo, como probando

la palabra «madre».

Tras llegar al cruce y contemplar la plaza se ve atenazado por la duda. ¿Por dónde empezar?

Tal vez volver había sido una estupidez. Puede que solo sirviera para resucitar viejos recuerdos que debían haber permanecido sepultados.

Durante un breve instante sopesa la posibilidad de huir de todo su pasado, meterse en el coche y emprender el camino de regreso. Solamente lo separan setenta kilómetros de Malmö. Y seiscientos de Berlín.

Hace veintiocho años que se marchó y la vida lo ha llevado por distintos lugares del mundo. Alguna vez, de vuelta en Suecia, había pasado peligrosamente cerca. Pero el pueblo propiamente dicho era como una zona prohibida, un área contaminada donde nunca se había atrevido a poner el pie. Ahora se encuentra junto a la plaza y puede comprobar con sus propios ojos que no se ha producido ningún accidente nuclear.

La noticia de la muerte de Herman y Signe tal vez fuera una señal.

«¿Podemos vernos en la casa mañana a las doce?», le había preguntado la inspectora por teléfono.

Konrad dudó por un momento, pero luego se decidió. Tarde o temprano tendría que ir.

La antigua casa de fibrocemento Eternit de Herman y Signe, incrustada en un pequeño solar entre la vía del ferrocarril y el cementerio. Ya puede recrear su imagen y sentir sus aromas. Un ligero olor a cerrado combinado con la pizca de dulzor que emiten los panecillos recién hechos por Signe. Desde la ventana de su cuarto del piso de arriba, Konrad podía oír los gritos del polideportivo cuando había partido. Raras veces visitaba ese lugar, acaso por tener ya su álbum repleto de cromos bastante antes de que empezara el Mundial de Alemania. Ralf Edström, Ronnie Hellström y Bosse Larsson. Konrad no se perdió ni un minuto de retransmisión. Cuando Polonia, con Lato, Deyna y Szarmach, ganó a los brasileños y se llevó el bronce, su corazón latió un poquito más fuerte. Beckenbauer, Neeskens y Cruyff... Para él era como el más maravilloso de los teatros. Nada que ver con el festival de patadones que echaban en el Canal 4, donde los partidos desprendían un tufo a barro y borrachera rancia.

La policía le contó por teléfono que los cuerpos habían sido localizados en la caseta. La vivienda estaba prácticamente intacta. Solo habían abierto una cómoda del dormitorio. A Konrad no se le ocurrió preguntar si Klas seguía viviendo en la casa.

«Por supuesto», había replicado en su lugar. «Estaré allí a las doce.»

Konrad tarda menos de un cuarto de hora en ir a por el coche, buscar el camino que lo saque del centro, pasar junto a la iglesia y alcanzar la casa situada junto a la vía del tren. Se halla un poco apartada, como si las demás viviendas unifamiliares no desearan realmente tener nada que ver con ella. Eternit gris, oscurecido aquí y allí por la humedad y la suciedad. La casa es más pequeña de lo que Konrad recuerda. Delante hay un par de matorrales de lilas, y en el jardincito de la parte posterior divisa dos manzanos y un balancín con estampado de flores marrones. En la calle hay aparcado un vehículo de la policía.

Al salir del coche ve que alguien ha acordonado con cinta azul y blanca el cobertizo de madera donde Herman y Signe guardaban el cortacésped y las bicicletas. Se aproxima con cautela.

—¡Konrad Jonsson! Ahora toca volver, ¿verdad?

Primero no entiende de dónde procede esa voz, pero enseguida cae en la cuenta de que hay alguien sentado en una silla del jardín, a la sombra del mayor de los manzanos.

—Ahora que van a repartir la herencia, ¿no es cierto? Ha llegado el momento de regresar al nido como un condenado buitre...

Konrad oye a alguien bajo el árbol aclararse la garganta y echar un escupitajo en dirección al arriate de rosas.

—Konrad Jonsson... Sin diéresis. Jönsson no era lo suficientemente elegante, ¿eh? No estaba a la altura para ser un periodista famoso. En el mundo del glamour no era posible llamarse Jönsson con diéresis. ¡Uy, qué jodida vergüenza! Pero, claro, es que Konrad Jonsson suena mucho mejor...

El hombre bajo la sombra no hace intento alguno de levantarse. Permanece apalancado en su silla junto al tronco. Algunos finos haces blancos de luz solar se internan entre las hojas y las ajadas flores del manzano, que esparcen un patrón moteado sobre una parte del césped. Una piel de leopardo. Desde

fuera resulta difícil apreciar lo que se oculta bajo las ramas. Lo único que Konrad distingue es un cuerpo de gran tamaño arrumbado en la silla. Pero la voz es inconfundible.

—¡Klas! Así que al final sigues por aquí...

—Pues claro, ¡no te jode! Esperabas que me hubiera ido, ¿verdad? Pues no, de aquí uno no se va en la vida. Pero siéntate, hombre... —responde ofreciéndole de una patada la silla vacía bajo el árbol.

Konrad se acerca lentamente. Una vez habituados sus ojos a la oscuridad puede apreciar que Klas ha cambiado menos de lo que creía. Sigue siendo grande y grueso. Los músculos que manan de su camisa de manga corta continúan desprendiendo fuerza. La mano que estruja la lata de cerveza impone respeto. El cabello rubio claro muestra ahora manchas grises, pero es corto y tupido. Tiene la cara hinchada, enrojecida y abotagada, como señalada por días de lágrimas.

—¡Cuánto tiempo...! —alcanza a decir Konrad.

Le tiende la mano vacilante y Klas la estrecha clavándole los ojos. Aunque Konrad ya está advertido, tiene que morderse el labio para no ponerse a lanzar alaridos cuando le apretuja los huesos de la mano.

—Lo siento sinceramente —declara, compungido—. Me refiero a lo que les ha ocurrido a Herman y Signe.

—Seguro... —masculla Klas—. Como si te importaran tanto. Será por eso que los visitabas tan a menudo...

Konrad trata de ignorar su hostilidad.

—¿Podrías contarme lo que ha sucedido?

—Alguien se los ha cargado pegándoles un tiro en la nuca. Una jodida ejecución. Eso es lo que ha pasado por lo que tengo entendido.

De repente se le nubla la vista. No, otra vez no... El terror agarrota el pecho de Konrad, constriñe el aire de sus pulmones, como en aquella otra ocasión. Se tambalea y se deja caer en la silla.

Su cabeza se le llena de voces agudas y alteradas que no cesan de gritar. Se encuentra en un sótano oscuro muy muy lejos. Lo único que siente es pánico. No ve nada, está ciego, y las rozaduras de la venda de los ojos hacen sangrar sus mejillas. Tampoco entiende nada. ¿Qué es lo que quieren? ¿Por

qué están tan furiosos? Mahmud ruega por su vida mientras él lanza berridos al vacío.

Se oye entonces un único y seco estallido. Los lamentos de Mahmud se interrumpen bruscamente. Konrad siente el olor a muerte en sus fosas nasales. Alguien ríe calladamente. Recibe entonces una fuerte patada en la espalda, luego otra más en el cogote, y todo se torna vacío de nuevo.

Tras varios segundos eternos vuelve en sí. En un primer momento no sabe con certeza dónde está, pero se apercibe entonces de la risita dubitativa de Klas. Konrad se incorpora un poco en la silla y sacude la cabeza con cuidado.

—¿Te has desmayado?

—Sí... Bueno, no realmente. Es como si se me hubiera bajado toda la sangre de la cabeza. Ya sabes...

Él mismo se da cuenta de que sus palabras no resultan convincentes y el otro le lanza una mirada inquisidora.

—¿Te ha bajado la presión?

—Algo así...

Konrad permanece totalmente quieto para poder aclarar su mente. ¡Una ejecución en toda regla! Es consciente de que ese horror lo acompañará mientras viva.

Pero Klas no parece haberlo notado especialmente. Se le ha pasado tan rápido... Konrad trata de recuperar el hilo.

—¿Sabes si...? —intenta Konrad.

La respuesta viene de inmediato.

—Pregúntale a ella.

Klas hace una seña con la cabeza en dirección a la caseta de herramientas acordonada, cuya puerta acaba de abrirse.

—Su trabajo es saberlo. La pasma lleva aquí prácticamente desde que ocurrió.

Una mujer avanza varios pasos por el caminito de grava, deteniéndose de repente, como si hubiera olvidado algo. Se da la vuelta y le dice algo a alguien que sigue dentro. Luego empieza a dirigirse en dirección a ellos. Lleva unos vaqueros azules desgastados y una camiseta con círculos de sudor bajo los brazos. A Konrad le llega un ligero olor a sudoración.

Se levanta tímidamente para saludarla.

—Supongo que usted es Konrad Jonsson —le espeta—. Me alegro de que haya podido venir. Me llamo Eva Ström y soy inspectora de policía. Fue mi colega quien lo llamó.

Tras hacer una pausa, traslada su mirada de Konrad a Klas, que sigue medio desparramado en la silla del jardín.

—Creo que hace tiempo que no se ven...

Ninguno de los dos responde.

Mira de un sitio a otro, como buscando algo, y termina volviéndose hacia Konrad.

—¿Le parece si entramos...?

Konrad asiente con la cabeza mientras Klas arroja a la hierba la lata de cerveza vacía y hace ademán de levantarse.

—Preferiría hablar con ustedes de uno en uno —replica Eva Ström ágilmente.

—Entonces no molesto —farfulla Klas dejándose caer en la silla de nuevo con gesto de indignación.

Lo primero que le llama la atención es lo poco que ha cambiado la casa. El sofá rojo de felpa donde nunca les permitían sentarse sigue en el rincón elegante y, finalmente, presenta un aspecto desgastado y raído en sus bordes. El cuadro de la Virgen María con el pequeño y cebado Niño Jesús; la Biblia sobre el secreter de tono oscuro, justo en el sitio donde Signe siempre la depositaba; todas esas viejas fotografías en blanco y negro exactamente en el mismo lugar. En dos de ellas se reconoce Konrad a sí mismo, de niño, y no puede evitar perderse en su interior por un momento. En una aparece solo delante de la casa de Eternit, en pantalones cortos y con una cartera escolar bajo el brazo. En la otra, aupado sobre los poderosos hombros de Herman, con un aspecto de verdadera felicidad.

Acto seguido aparta la mirada de las instantáneas y la deja vagar sobre el resto: el cotidiano mobiliario a rayas delante del televisor, la estantería repleta de baratijas, el viejo reloj de pared de marco dorado y agujas de chapa con las que siempre trasteaba Herman para obligarlas a indicar la hora correcta, y las cortinas de punto, que a ojos de Konrad se asemejaban a la

mugrosa ropa interior de Signe, esa que solía colgar con pinzas en el tendedero de la parte de atrás.

Hace calor en la casa y se respira un aire cargado y sofocante, aunque sobre ella flota un sutil aroma a panecillo.

Konrad se observa a sí mismo furtivamente en el espejo del vestíbulo. No consigue ver al chico de diecisiete años que se dio a la fuga; solo a un deteriorado hombre de cuarenta y cinco de pelo desordenado, nariz grande y mirada angustiada.

Se sientan uno frente al otro junto a la mesa de la cocina y Eva Ström saca un pequeño bloc de su bolsillo.

—Muy bien —dice la agente—. Esto es básicamente una formalidad.

Konrad la interrumpe antes siquiera de comenzar.

—¿Tienen alguna idea...?

Ella niega.

—Estamos trabajando en ello —responde con intencionada ambigüedad—. Tenemos algunas sospechas...

—¿Y Klas? ¿Vive en la casa?

—No, tiene casa propia, una pequeña vivienda a solo unos cientos de metros de aquí por la vía del tren.

Konrad asiente en silencio. En el bosque, pasado el polideportivo. Tampoco lo sorprende que Klas no haya llegado más lejos.

—Nos llevó un tiempo localizarlo —señala Eva Ström—. ¿Viaja mucho?

—Sí, se podría decir así.

—Hemos realizado algunas pesquisas. Si no me equivoco, vivió aquí con sus padres adoptivos hasta los diecisiete años. Luego terminó sus estudios y se echó a la mar. Fue de un sitio para otro y se ganó la vida alternando trabajos ocasionales. Finalmente aparece su nombre como periodista en algunos medios suecos, pero sobre todo en diarios de Alemania. Trabajó bastante en Oriente Próximo, con Berlín como base. ¿Es correcto?

Konrad vuelve a afirmar con la cabeza.

—Luego, hace un par de años, desaparece usted de las columnas de los periódicos...

—Perdí la motivación.

—Sí, he leído lo que le ocurrió. Debe de haber sido terrible, pero debo

preguntarle a qué se ha dedicado desde entonces hasta ahora.

¿A lo que se ha dedicado? Konrad trata de pensar, pero los dos últimos años se funden en su mente como una especie de magma. Sonja se hartó de él, ¿o fue él mismo quien se dio por vencido? Quizá todavía lo espere en Berlín. Y Maria, su hija, ya tiene más de veinte años y se las arregla por sí sola.

—He vagado un poco de un sitio a otro, viviendo de los ahorros... Haciendo de taxista de vez en cuando...

Eva Ström lo contempla con gesto inquisidor durante un instante y Konrad, súbitamente, se siente acusado. La inspectora se interesa por lo que ha hecho durante la última semana y él responde que ha estado en un pequeño apartamento de la plaza Möllevång de Malmö, que ha subalquilado por un par de meses para tratar de escribir una novela que no acaba de tomar forma.

Aunque para ser sincero, se ha dedicado más que nada a empinar el codo y a dormir.

La agente pasa a contarle a continuación lo que la policía sabe sobre los asesinatos: los cuerpos fueron hallados por un repartidor de periódicos en la madrugada del lunes 13 de junio. Aparecieron postrados bocabajo sobre el suelo de la caseta, pegados el uno al otro, ambos con un orificio en la nuca y la frente reventada. Todo el pavimento estaba ensangrentado.

—El forense afirma que deben de haber fallecido en torno a la medianoche. Un vecino recuerda haber oído un par de detonaciones, aunque en ningún momento se percató de lo que pasaba.

Konrad puede imaginárselos sobre el suelo de piedra. Herman y Signe, que se contentaban con tan poco y que tal vez no siempre comprendieran lo que sucedía a su alrededor, pero que nunca jamás buscaron problemas con nadie. ¿Quién podía querer hacerles daño?

—Hay algunas cosas que nos desconciertan —afirma Eva Ström mirándolo como esperando que él le ofrezca una respuesta—. Han forzado una cómoda del dormitorio donde parece ser que solían ocultar algo de efectivo, o al menos eso afirma Klas. Pero ¿por qué demonios iban a querer ejecutarlos de esa manera un par de rateros de poca monta?

El silencio se hace en la cocina. Eva Ström mira rápidamente de reojo su cuaderno, donde hasta el momento solo ha apuntado un par de breves frases, lo levanta y se abanica con él su ancho rostro brillante de sudor. Luego se

incorpora lentamente, abre una ventana y la sujeta con la aldabilla.

El canto de un mirlo desde la rama más alta del manzano llena la cocina con su piar desconsolado y preñado de nostalgia.

La mirada de Konrad se posa sobre el tapiz de ganchillo de guirnaldas floreadas que siempre ha estado colgado sobre el sofá de la cocina. Cada mañana, al zamparse las gachas, leía su texto: «La soberbia es la antesala de la perdición».

Oye pasos fuera, sobre el camino de piedras. La puerta de un coche que se abre y vuelve a cerrar. Un motor arranca impetuosamente y un vehículo se marcha. Ambos escuchan el sonido que poco a poco va atenuándose.

—Una cosa más —añade Eva Ström.

Konrad se mantiene a la espera.

—Herman y Signe Jönsson eran ricos. Muy ricos.

—¿Cómo?

—Ganaron la lotería hace unos años. Doce millones de coronas y, por lo que parece, simplemente dejaron aparcado el dinero en una cuenta en la caja de ahorros.

—Pero...

—Para los que investigamos un caso de asesinato es sin lugar a dudas un elemento interesante, es decir, el hecho de que exista un motivo claro.

¡Doce millones! Konrad se siente aturdido y, hasta que Eva Ström no vuelve a abrir la boca, no acierta a entender adónde quiere llegar la inspectora:

—Herman y Signe Jönsson tienen dos herederos: Klas y usted.

La habitación del hotel huele mal, en esa especie de color gris del mundo de los aromas resultante de la mezcla de toda una paleta de secreciones, perfumes y lociones de afeitar de un sinfín de huéspedes a lo largo de los años. La moqueta tiene manchas y el grifo del cuarto de baño gotea.

Konrad se sienta pesadamente en el borde de la cama.

Se le ocurre que la chica de la recepción podría ser su hija, o acaso la de alguno de sus antiguos compañeros de clase. Sonriéndole tiernamente le había preguntado si era su primera visita a Tomelilla.

—No precisamente...

—En cualquier caso, ¡bienvenido otra vez!

Konrad se ha comido un grasiento revuelto de patatas y se ha bebido dos cervezas de alta graduación en el comedor. Se siente cansado. Corre la cortina y echa un vistazo a la plaza, que está desierta. Luego abre la ventana de par en par y deja que entre en la habitación el frescor del aire nocturno. A lo lejos oye vociferar a unas personas. Se llena los pulmones de aire inspirando profundamente y retorna a la cama.

A continuación coge el móvil y navega por su lista de contactos.

Sonja.

Mira ese nombre durante un buen rato. Luego deja a un lado el teléfono e inclina la cabeza contra la almohada.

2

El alunizaje de Sven Myrberg daría que hablar durante mucho tiempo.

Para la gente de la comarca fue una especie de confirmación de que el muchacho era al mismo tiempo un genio y un idiota.

Corría el 20 de julio de 1970, justo en el aniversario del *Apollo II*, y todo estaba ya preparado.

Sven tenía diez años y este era su gran día. Un refrescante viento de poniente empujaba pequeños cúmulos de nubes por un centelleante cielo azul, pegando también con fuerza contra la terraza de madera de la familia, de fabricación propia, que se mecía en lo más alto de la parhilara de la casa conocida como «el Hormiguero». El viento le sería de gran utilidad.

Porque aquí alguien iba a volar, ¡sí señor!

El césped frente a la casa estaba repleto de un expectante gentío, en su mayor parte chavales a los que les había llegado el rumor. Konrad se encontraba entre los más adelantados, pero un poco apartado, como de costumbre. También se veían amas de casa y mozos de vacaciones, atraídos por los curiosos anuncios que habían aparecido en los últimos días sobre los árboles y las paredes de las casas del pueblo. Pocos eran los que habían pisado antes el jardín medio salvaje de los Myrberg, y muchos menos los que habían rebasado el umbral de la finca. Pero se trataba de algo muy especial. De llegar a la luna. Todo apuntaba, evidentemente, a que al más pequeño de la

familia se le había aflojado un tornillo.

Sven llevaba ya tiempo obsesionado. Fue uno de los primeros en conseguir el póster de Texaco, con la imagen del satélite ingrávido y gris rodeado de un negro profundo. Había pasado horas enteras en su habitación observando todos los mares, con sus evocadores nombres: *Mare Nubium*, el mar de las nubes; *Mare Crisium*, el mar de los peligros; y *Mare Tranquilitatis*, el mar de la tranquilidad. Era en este punto donde pretendían posarse y donde Sven, ya de antemano, había clavado un alfiler con la bandera estadounidense.

—Neil será el primero en salir —anunciaba Sven resabiadamente varios días antes—. Es el mejor con el que cuenta la NASA. Buzz deberá esperar su turno.

Hacía tiempo que Sven había dejado de mencionar el apellido de los astronautas.

El mágico día en que el *Apollo 11* se deslizó sobre la polvorienta superficie lunar permaneció como subyugado frente al televisor en blanco y negro de la familia, encajonado entre la marabunta de sus charlatanes hermanos mayores, que no dejaban de señalar con el dedo. Solo Sven guardaba silencio. Quizá fuera entonces que su grandioso plan empezó a tomar forma.

En un primer momento había pergeñado algún tipo de cápsula espacial. En una ocasión, incluso le mostró un boceto a Konrad. Se trataba de una pequeña caja a base de planchas de madera unidas entre sí con clavos y revestida de papel de aluminio que había planeado birlar a su madre. El paracaídas resultaría fácil de coser con algunas sábanas viejas. Pero el problema era la catapulta.

—¿Cómo mierda se construye una catapulta? —suspiraba Sven malhumorado, pateando con sus zuecos la gravilla de detrás del gallinero.

Finalmente comprendió que debía revisar el plan. Fue con su bicicleta a la biblioteca y sacó prestados dos libros: *Fundamentos de aerodinámica*, de Wolfgang von Schwarzkopf, un ladrillo repleto de números traducido del alemán, y *Los maravillosos hermanos Wright*, de John McGregor. Este último lo eligió para inspirarse con las imágenes.

Sven pasó semanas sumido en ambas obras, tomando apuntes y calculando velocidades de los vientos, hasta que un día se presentó en el campo de arena

del polideportivo, en mitad de un partido de fútbol, portando bajo el brazo un taco de hojas de colorido diseño. Con gesto solemne clavó con chinchetas una de ellas sobre el tablón de anuncios, justo encima de la tabla clasificatoria del equipo de juveniles.

«¡Sensación! Viaja el primer ciudadano sueco a la Luna.»

La imagen que ilustraba el futuro acontecimiento prometía una fantástica aventura. Se trataba de una combinación futurista de dibujo y collage a partir de recortes fotográficos de suplementos de fin de semana.

Tras colocar su cartel, Sven se volvió, se colocó las manos sobre la boca formando un embudo y vociferó en dirección a la cancha de fútbol:

—Será el jueves. A las tres en punto. Vais a enteraros de cómo se vuela a la Luna.

Desde la casa de los Myrberg habría unos ciento cincuenta metros de distancia hasta la Luna, pero tanto las características del viento como la topografía jugaban a favor de Sven. El viento casi siempre daba del oeste y, según los cálculos de Sven, debía formarse una especie de columna térmica que ascendería por el costado oeste de la enorme vivienda de piedra. Sin duda había penetrado en los misterios del arte de flotar: cometas, albatros y la habilidad del legendario discóbolo sueco Ricky Bruch para lograr que el disco volara varios metros más con el viento en contra.

El terreno bajaba desde la casa con bastante pendiente hasta el Myrsjö, un pequeño lago de aguas estancadas y oscuras lleno de ranas y gobios.

A un trecho de la orilla se encontraba la Luna, un islote que había sido bautizado con este nombre por su apariencia. La desnuda y redonda colina de grava que se erigía sobre la superficie del agua tenía ciertamente un aire de superficie lunar, con sus piedras y cráteres. Únicamente un árbol perturbaba esa imagen, un solitario árbol, concretamente un robusto pino que se alzaba cual mástil de bandera en mitad de la isla.

A las tres en punto se abrió la puerta de la terraza y un murmullo recorrió la muchedumbre congregada sobre el patio. Entonces se hizo el silencio. Tres cornejas apostadas sobre la chimenea levantaron el vuelo aterrorizadas.

Sven necesitó varios segundos para atravesar la puerta con su equipamiento. Luego se mantuvo inmóvil sobre el tambaleante suelo de

tablones, dominando la masa de espectadores.

—Pero ¡qué diablos...! —dijo entre dientes un recio mancebo de voz grave justo detrás de Konrad.

—¡Dios mío! —suspiró una mujer a su lado.

—¡Los alienígenas nos atacan! —gritó un adolescente de pelo lacio y acribillado de espinillas con un terror impostado.

Sus amigos comenzaron a reír y las carcajadas se extendieron entre los reunidos en el patio como un incendio de rastros.

Konrad contuvo la respiración, no pudiendo sentir más que admiración. Y poco después la mofa fue remitiendo hasta apagarse por completo.

¿Pensaba hacerlo realmente, el muchacho? A los padres no se los veía por ningún lado. ¿Dónde estaban? Pero si Sixten y Elsa Myrberg estaban siempre en casa... ¿Se habrían puesto a empinar el codo como de costumbre? Tal vez durmieran la mona a ronquido limpio en el interior de la oscura vivienda. ¿No debería detenerlo alguien?

Sven parecía disfrutar de cada segundo. Su estampa era imponente. Se había despojado de sus gafas redondas y el viento agitaba sus rizos pelirrojos. A ojos de Konrad, los leotardos color turquesa sobre sus escuálidas piernas y la resplandeciente camiseta plateada, seguramente sustraída del armario de sus hermanas, le conferían un aspecto rutilante. Pero lo más impresionante era el dispositivo que se había amarrado a la espalda y hombros con cuerdas de tender: un gigantesco artilugio de listones de bambú, alambre y retazos descoloridos de sábanas, pintado con todos los tonos del arcoíris. Esas eran las alas que transportarían a Sven Myrberg hasta la Luna.

Con su rostro pecoso imbuido de una gravedad solemne subió y bajó los brazos como probando la resistencia de su construcción. Entornó sus ojos miopes en dirección a la isla y asintió a continuación como para sí mismo. La cosa pintaba bien.

—¡Estás loco! ¡No lo hagas! —gritó su hermana mayor desde el patio, donde cada vez más gente empezaba a comprender la gravedad de la situación.

La distancia entre la terraza y el terreno era como mínimo de doce metros.

—¿Es que no puede pararlo nadie? —se lamentó una voluminosa mujer agarrada a uno de los postes de la verja.

Pero la sección juvenil del público pedía sangre.

—¡Que salte!, ¡que salte!, ¡que salte! —coreaba el grupito de adolescentes junto a la rosaleda.

Entre ellos se contaba Klas, gritando con más ímpetu que nadie. Konrad se dio cuenta de ello y deseó que su hermanastro no estuviera allí. Ese idiota engreído... ¿Por qué se empeñaba siempre en fastidiar las cosas?

Sven se dispuso entonces en posición de partida, colocándose sobre el borde interior de la terraza, con la espalda sobre la puerta y las alas desplegadas. Frente a él tenía una pista de despegue recubierta de tablones de unos diez metros de longitud hasta el precipicio. Previamente había desmontado algunos de los listones de la baranda para dejar vía libre al salto de salida.

Justo en el momento en que tensó los músculos de las piernas bajo los leotardos para iniciar su viaje, pareció arrepentirse. Sven se inclinó entonces para recoger un megáfono, unas láminas de cartón enrolladas y recubiertas de papel de plata, que tenía oculto detrás de un cesto de ropa de plástico, y se lo llevó a la boca.

—Este es un pequeño paso para un hombre, pero un gran salto para la humanidad —exclamó ceceante en el cucurucho.

Abajo, en el césped, se oyó un sonido distante y metálico que parecía proceder del espacio por medio de ondas de radiofrecuencia.

Entonces se recompuso de nuevo, bamboleando el cuerpo adelante y atrás. Movi6 las alas. Y esper6.

En el momento en que un golpe de viento inusualmente violento envolvi6 la casa de los Myrberg, se lanz6.

La carrerilla result6 un poco torpe. A Sven le costaba a todas luces correr con su enorme engendro volador sobre la espalda. Fue dibujando eses sobre el suelo de madera como un p6jaro tiroteado, pero al llegar al abismo no dud6 e imp6vidamente salt6 al aire de bruces.

Durante una d6cima de segundo la resistencia se venció y cay6, pero acto seguido el viento se hizo con sus alas y Sven Myrberg vol6. Cual 6guila pintada con aerosol se desliz6 sobre la pradera arrancando un murmullo de entusiasmo entre los espectadores. Los m6s peque6os se pusieron a correr detr6s de 6l a voz en grito mientras los adultos se6alaban con el dedo, emitían extra6os sonidos o simplemente miraban como hipnotizados al tiempo que se

cubrían con la mano su boca abierta. Konrad se quedó pasmado. Por dentro estaba exultante de júbilo, pero no se atrevió a proferir sonido alguno por temor a distraer al osado explorador lunar.

La dirección era sin duda la correcta. Sven surcaba el cielo directo hacia el lago, manteniendo las alas en un ángulo perfecto para que la corriente de aire lo transportara. Pero avanzaba rápido. A todo trapo. Y enseguida todos se dieron cuenta de que el precoz Sven Myrberg seguramente había calculado de forma correcta cómo lo iban a llevar las leyes de la aerodinámica, pero que se había olvidado del modo de aterrizar.

El impacto fue realmente desagradable, como pudo comprobarse incluso a más de un centenar de metros de distancia.

Sven se estampó con violencia contra el solitario pino, a unos tres metros sobre el suelo. Se oyó un golpe sordo, seguido de un crujido al romperse contra la rugosa corteza las alas de bambú, alambre y sábanas. Inánime, el astronauta de diez años Sven Myrberg se desplomó contra la superficie de la Luna.

Después del alunizaje, Sven nunca volvió a ser el mismo. Era como si se hubiera hecho mayor.

El golpe le afectó bastante al cerebro, según afirmaron los médicos del hospital de Ystad. No es que se volviera más tonto, sino todo lo contrario. Sven Myrberg se obsesionó aún más con las matemáticas y la tecnología. La pila de libros situada junto a la obra de Wolfgang von Schwarzkopf, que nunca devolvió a la biblioteca, no dejaba de aumentar. Conforme fueron abandonando la casa los hijos mayores de la pelirroja familia Hormiguita, Sven fue haciéndose con más espacio en la habitación de los chicos. Más tarde demostraría tener una memoria prodigiosa para los números. Le bastaba con mirar una vez el horario de los autobuses para grabar a fuego en su memoria cada una de las horas de salida. En realidad, lo más probable es que Sven se recobrará de la conmoción cerebral y no sufra problema alguno en la cabeza.

En cuanto al resto del cuerpo, la cosa fue distinta. Su alunizaje forzoso le costó tres costillas rotas, la desaparición de dos dientes y el destrozo de una cadera. Esta última nunca llegó a sanar del todo, a resultas de lo cual Sven

quedó lastrado de por vida con una pronunciada cojera.

Después de casi un año en el hospital y de yacer enyesado en la cama de su casa, volvió a la escuela. Como tuvo que repetir cuarto curso, fue a parar a la clase de Konrad. El primer día se acercó tambaleante y, sin decir ni pío, fue a ocupar el único puesto de pupitre que estaba vacío. Junto a Konrad.

Dos excluidos.

El cachorro de una polaca. Y un tipo raro, a la par genio e idiota.

No era de extrañar que buscaran refugio el uno en el otro.

Años más tarde su amistad sería sometida a la prueba más dura, cuando empezó a rumorearse que Sven tampoco era como los demás en lo que al aspecto sexual atañía.

3

El sueño que le asalta esa noche no es el mismo.

Se presenta más vago, no tan abiertamente agresivo. No está lleno de espanto, sino más bien de un agobiante desasosiego.

No se despierta con un sobresalto, como es habitual en él, sino que se va despegando lenta y penosamente del sueño. En varias ocasiones le sucede que, cuando prácticamente ya ha logrado salir a la superficie, vuelve a sumergirse, como quien se debate por no ahogarse en un agujero practicado en el hielo de un lago. El agua negra tira de su cuerpo hacia abajo, le cuesta trabajo respirar.

Extrañamente el lago no está helado. Debería estarlo.

Ahora se halla bajo la superficie del agua. El aire de sus pulmones está a punto de agotarse, siente una presión sobre el pecho y le pitan los oídos. Trata de nadar hacia la mancha luminosa de ahí arriba, que tiene que ser el agujero en el hielo, pero es como si hubiera perdido la capacidad de hacerlo. Su cuerpo simplemente flota de un lado para otro en el agua, sin control. La luz del hueco va esfumándose cada vez más a lo lejos.

Lo curioso es que no siente nada de frío, pero su dolor se agudiza hasta finalmente resultar insoportable. Los pulmones piden aire a gritos, la cabeza le retumba, su cerebro exige oxígeno y Konrad siente cómo va cayendo hacia la inconsciencia. A pesar de todo, no tiene miedo.

Se siente genuinamente solo.

Lo rodea una oscuridad casi absoluta, aunque justo donde se acaba la luz, en el lugar preciso donde intuye un conjunto de sinuosas plantas acuáticas que serpentean hacia la cara inferior del hielo, allí vislumbra algunas figuras. Flotan entre las algas, en apariencia sin rumbo, igual que él.

Konrad trata de ver quiénes son. Le resulta imposible. Su vista está nublada. Hay algo familiar en ellos, pero los contornos se van difuminando y ahora tiene un dolor terrible en el pecho.

Necesita aire.

¡Simplemente tengo que respirar!, piensa, y abre la boca para dejar que el agua negra le llene los pulmones.

Ahora debería morirme.

Konrad abre los ojos y mira fijamente el radio despertador de la mesita de noche. Los dígitos rojos indican las ocho y diez.

Las sudadas sábanas se le adhieren al cuerpo como algas. Echa desorientado un vistazo a su alrededor. Tarda unos segundos en recordar dónde se encuentra.

Oye entonces el brusco golpe de una puerta cerrándose en el pasillo. Un ligero aroma a beicon frito penetra en la habitación, propagándose como maligna bruma por el suelo. La habitación que le han dado está pegada a la cocina. Las persianas de la ventana anegan el dormitorio en una tiniebla gris, aunque un punzante y sutil rayo de sol, que se cuele por uno de los mínimos resquicios de las láminas y agita las partículas de polvo procedentes de la moqueta llena de manchas, revela que el sol ya brilla con fuerza en el exterior. Parece que hoy también va a hacer calor.

Konrad se queda un momento en la cama tratando de capturar su sueño.

¿Qué había visto ahí dentro, entre las algas?

Las imágenes se desvanecerán en breve, pero la sensación que le deja ese sueño aún permanece, si bien imprecisa. Aunque en lo más profundo de su ser es capaz de darle un nombre.

Culpa.

Más claro imposible.

Konrad se desembara de las repugnantes sábanas y se dirige al cuarto de baño. El espejo sobre el lavabo está resquebrajado. Se contempla a sí mismo.

Las sombras bajo los ojos se han vuelto más oscuras. Los surcos que separan el área de la barbilla de las mejillas son ahora un poco más profundos. Tiene barba de tres días y su indomable cabello castaño comienza a encanecerse en las sienes. ¿Y qué le ha pasado a su mirada? ¿Parece asustada?

Resulta difícil ver porque la grieta del espejo le parte la cara en diagonal, desplazando ambas mitades varios milímetros. Mueve la cabeza ligeramente hacia un lado, pero el espejo es demasiado pequeño. Haga lo que haga no puede evitar que la grieta lo convierta en un cuadro de Picasso.

Se da por vencido.

Vuelve a dirigir su mirada al teléfono móvil. En esta ocasión se arma de valor y llama.

Suenan tres señales, seguidas por su voz grabada:

«Hola, soy Sonja. Como te habrás dado cuenta, estoy ocupada. Di algo si llamas por algún motivo. ¡Que pases un buen día!».

Vaya expresión de mierda, piensa él arrojando el móvil a la cama. ¡Que pases un buen día! Joder... ¿Por qué tiene que tener siempre el teléfono apagado?

Aunque, en realidad, se siente aliviado de que no haya contestado.

Konrad no puede seguir aplazándolo. Tiene que tomar una decisión. ¿Va a quedarse?

Formalmente es libre para ir a donde le plazca. La policía no le ha presentado objeción alguna, siempre y cuando les comunique su paradero. Así se lo explicó con toda nitidez Eva Ström. Obviamente captó la acusación.

La hasta hace poco secreta fortuna de Herman y Signe tiene dos herederos: Klas y él, lo cual, como es natural, lo convierte en sospechoso.

Si huye ahora, ¿adónde podría marcharse? De todas formas, su contrato de alquiler del apartamento de Malmö vence en unas semanas. ¿Qué hace ahí? Y Berlín... Konrad piensa en esa ciudad, que en cierta manera se ha convertido en la suya. Prenzlauer Berg. Sus paseos arbolados de generosas sombras, los cafés de la Kollwitzplatz con la gente sentada en las terrazas, arropada con mantas hasta bien entrado el otoño... Y Sonja. Ella siempre forma parte de la ciudad.

Finalmente, decide ir a desayunar. Tras una breve ducha se dirige con calma al comedor, donde se choca con el olor a beicon, aunque este ya no le

repugna. Tiene como una sensación de vacío en el estómago. Hambre.

Solo hay otro huésped del hotel en el comedor, un hombre pálido de ojos extrañamente abiertos. Lleva un corte de pelo anticuado, una especie de aureola erigida a base de secador que enmarca sus macilentas mejillas. Su chaqueta alterna varios tonos de rosa y tiene puesta una camisa estampada con florecitas. Masculla algo para sí mismo, sentado a la mesa redonda del centro de la sala. De hecho, tararea algo parecido a una melodía de una orquesta de música ligera. Junto al plato hay un bloc donde de vez en cuando hace pequeñas anotaciones, seguidas de un satisfecho asentimiento con la cabeza, tras lo que recupera el canturreo. Konrad lo mira asombrado y se dice que parece feliz. Desamparado, pero feliz.

Junto a la mesa del bufet hay algunos periódicos, que Konrad ignora. Se llena el plato con una buena porción de huevos revueltos y varias rodajas pringosas de beicon. Espanta a una mosca de la cesta del pan. Luego se sienta en una mesa con una solitaria flor de plástico dentro de un delicado florero, junto a la ventana. El primer trago de café negro le quema la garganta, haciéndole dar un salto y apaciguando por un momento esa desazón, esa zozobra machacona.

De repente la tiene sentada frente a él, con una sonrisa ambigua.

La mujer aparenta unos años menos que Konrad. Probablemente ronde la cuarentena. Su cabello, castaño rojizo, va ondulándose suavemente en su caída hacia el cuello. Unas cuantas pecas en la nariz y un cutis encarnado delatan tal vez una especial sensibilidad al sol. Lo observa con sus ojos verdes, ligeramente bizcos, lo que infiere a su mirada una extraña intensidad. Konrad percibe un suave aroma a piel caliente. Se diría que no ha parado desde tempranas horas de la mañana.

—No me reconoces, ¿verdad?

Él la mira tratando de rebuscar en su memoria. Se siente sorprendido, aún medio dormido. La mujer debe de haberse acercado sigilosamente por un costado, deslizándose en la silla mientras él observaba de hito en hito al otro comensal.

—La verdad es que no —admite él.

—Para serte sincera yo tampoco te reconocí en un primer momento. Luego me enteré de que habías vuelto.

A Konrad casi le salía humo de la cabeza, pero nada.

—Te has quedado en blanco, ¿no es cierto?

Él asiente y luego agita la cabeza desistiendo.

La mujer lanza una risotada y vuelve a sonreírle.

—Gertrud —confiesa—. Gertrud Myrberg.

Súbitamente el tiempo retrocede como en un remolino vertiginoso y la visualiza. Gertrud la Hormigueta. Ningún miembro de la familia se libraba del mote. Una niña enjuta que se mueve inadvertidamente en la gran residencia de los Myrberg, tan poquita cosa que nunca llegó a reparar en ella verdaderamente. La hermana pequeña de Sven. Estaba simplemente allí, en la casa, ese hogar cada vez más desierto por la salida sucesiva de los hijos mayores. ¿Gertrud tenía amigos? Konrad lo desconocía. Por aquel entonces le daba igual. Ahora, que ya ha caído en quién es, de repente le parece extrañamente familiar.

—Gertrud... —exclama Konrad un poco ridículo—. ¡Cuánto tiempo!

Le tiende entonces la mano por encima de la mesa y hace ademán de levantarse, pero al final se arrepiente. Se estrechan la mano como lo que son en realidad: desconocidos. A continuación se hace el silencio.

—Trabajo aquí —aclara ella pasado un momento.

—No me digas...

—Desde el otoño pasado.

—Bueno, yo acabo de llegar y solo me ha dado tiempo de...

—¿Has estado en la casa? —lo interrumpe ella—. La de Herman y Signe, quiero decir.

—Sí, ayer. Fue una sensación extraña —responde con lentitud.

Ella lo observa con gesto serio.

—Debe de haber sido terrible. Es tan difícil de creer... Un asesinato así en un pueblo de mala muerte como este.

Konrad reflexiona, auscultando sus propias emociones. ¿Qué siente en realidad? Finalmente se encoge de hombros.

—Hace tanto tiempo ya. El tiempo vuela, ya sabes, y uno cambia. Los recuerdos se van difuminando. Y la verdad, ellos tampoco eran mis padres biológicos.

Gertrud lo contempla, incrédula.

—Viviste con ellos... ¿Cuánto pudo ser? ¿Diez años? Incluso te adoptaron.

—Tienes razón... Y siempre fueron buenos conmigo. No se trata de eso.

Bebe un sorbo de su café ya tibio, que le sabe rancio y amargo. Gertrud lo observa impaciente, como esperando la continuación. No es hasta ese momento que Konrad advierte el logotipo de la cadena hotelera que lleva prendido sobre su camisa blanca, bajo la chaqueta negra. Ella le sigue la mirada mientras toquetea la insignia.

—Es solo temporal —explica ella casi como disculpándose—. Me refiero al trabajo. Fue lo único que conseguí cuando regresé. Me encargo de la recepción y un poco de todo. Hay que vivir de algo.

—Así que te fuiste...

—Sí, también pertenezco al grupo de los que no aguantaban esto, pero, bueno, eso es un tema aparte. Háblame más de ti.

—Ha sido tan raro... La casa de Herman y Signe, era como entrar en un museo —añade Konrad, ignorando su solicitud.

—¿Con una exposición sobre tu infancia?

—Sí, algo así.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte?

—No lo sé. En estos momentos todo está un poco confuso —responde él vagamente.

Gertrud lanza un resoplido que Konrad no puede determinar si es de desdén o una suerte de impaciencia. Adopta un gesto serio y empieza a eludirlo con la mirada, como preparándose para marcharse. Konrad siente que desea retenerla y se apresura a preguntarle:

—¿Estás casada?

Gertrud echa bruscamente la cabeza hacia atrás y estalla en una sonora carcajada mientras Konrad clava asombrado la vista en su blanco cuello.

—Bueno, quiero decir si tienes familia, hijos y eso...

—Perdona. Me ha hecho tanta gracia... Parecía como si te me estuvieras declarando.

Termina de reírse y se seca las lágrimas de los ojos con una servilleta de la mesa de él.

Konrad agita azorado la cabeza y siente que se ruboriza como no lo había hecho en muchos años.

—Solo trataba de conversar un poco.

Gertrud le da unas palmaditas comprensivas en la mano.

—A mí también se me da bastante mal.

Se oye entonces un chirrido contra el suelo, seguido de un bullicio de cubertería y vajilla, causado por el compositor de música ligera que al recular su silla se golpea las rodillas contra la mesa en el momento en que se pone en pie con visible esfuerzo. Su figura es espigada como un asta de bandera y mira con turbación a su alrededor, hasta que se le ilumina el gesto en dirección a Gertrud:

—Muchas gracias. Nos vemos mañana, preciosa —le suelta y se dispone luego a abandonar el comedor con renovado vigor.

Ella sonríe alegre y lo saluda con la mano, acompañándolo con la mirada hasta la puerta. Luego se vuelve de nuevo hacia Konrad:

—Nuestro mejor cliente habitual. Desayuna aquí todos los días. Es el cantante de Leif Jörgenz. Tuvieron una canción en la lista de éxitos en los setenta. Creo que está un poquito enamorado de mí...

—¡Ay va!...

De improviso, Gertrud, sin rastro de expresión alguna que pudiera delatar una intención cómica, le dice:

—¿No has mantenido contacto alguno con ellos?

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero a Herman y Signe obviamente...

Él sacude la cabeza y se apresura a explicar:

—Sabes..., era muy joven cuando me marché. Estaba harto de todo esto. Luego ocurrieron un montón de cosas y pasaron los años. De repente había transcurrido demasiado tiempo como para reanudar la comunicación.

Él mismo se da cuenta de lo pobre que suena, pero no se le ocurre nada mejor. Gertrud lo pasa por alto.

—Las cosas han cambiado mucho aquí —señala ella.

Justo cuando va a preguntarle de qué manera, suena el teléfono de la recepción. Ella parece sopesar la posibilidad de ignorarlo, pero finalmente se levanta con un gesto de fastidio y se encamina con paso ligero al vestíbulo. La oye hablar por teléfono. Su voz es agradable. Vocales suaves y redondeadas, y consonantes que tintinean en los oídos.

Nada más colgar, bajan por la escalera tres hombres del piso de arriba. Konrad los atisba únicamente a través de la puerta, pero un penetrante olor a loción de afeitarse inunda el comedor y se mezcla con el de la fritura. Parece que quieren pagar y marcharse. Oye a Gertrud bromear con ellos.

Konrad decide levantarse, no porque tenga alguna cita que atender o siquiera un lugar adonde ir, pero tiene las piernas agarrotadas y siente que debe moverse.

Los tres hombres meten en la cartera sus respectivas tarjetas y comienzan a hacer rodar sus maletas hacia la puerta que da a la plaza.

—¡Konrad! —lo detiene Gertrud cuando está a punto de pasar de largo.

Se detiene en seco.

—¿Sí?

—¿No me vas a preguntar por Sven?

A Konrad no le pilla desprevenido. Sabe tan bien como ella que la pregunta es inevitable, pero prefiere esperar. Aún no está preparado del todo.

—Más tarde, Gertrud. Estoy deseando preguntarte por Sven, pero un poco más tarde.

Siente de repente como si no pudiera apartar su mirada de ella. La mantiene varios segundos mientras Gertrud permanece inmóvil tras el mostrador. Una fotografía, una película muda. Se dijera horas. Ella se aparta del cuello uno de sus rizos pelirrojos, pero no añade nada.

Justo al salir del portal del hotel se da de bruces con el calor, húmedo casi tropical. Aunque todavía es temprano por la mañana se da cuenta de inmediato de que no debería haberse puesto una camiseta debajo de la camisa. Konrad quiere dar la vuelta, subir a la habitación y vestirse más ligero, pero eso lo obligaría a pasar por la recepción y, en estos momentos, se le hace imposible. Empieza a sudar.

Pasea sin prisa junto a la fuente y al lado del solitario frutero de la plaza, echa un vistazo por el escaparate de Systembolaget, la tienda estatal de alcohol, y continúa en dirección a la iglesia.

Debería enterarme de cuándo es el entierro, piensa.

Bordea la vía del tren y entra en el cementerio. El templo, de ladrillo rojo, parece bastante modesto. Un haya de gran tamaño extiende sus ramas cual

protectores brazos divinos sobre las tumbas. Los montoncitos de tierra en la hierba son buena muestra de que los topos suelen campar a sus anchas por las noches, cuando el enterrador se va a casa, pero los caminos de grava están cuidadosamente rastrillados. En la distancia, junto a un seto alto de boj, al lado de la caseta, ve al conserje soltando un rastrillo. Por lo demás, ni sombra de dolientes. Solo un par de urracas osan adentrarse, correteando, por los perfectos senderos.

Entonces repara en el perro.

Un chucho sarnoso de raza indefinida.

Lo ve completamente inmóvil en la lejanía, sobre la vereda de grava, pegado a un enebro. El can lo observa con las orejas en punta. Tiene un aspecto desgastado, de color marrón inmundicia. Está escuálido y destrozado, pero parece curioso y, al mismo tiempo, vigilante. Aunque la distancia es considerable, Konrad cree ver brillar sus ojos. No hay ningún amo a la vista. ¿Acaso hay perros asilvestrados en este lugar?

El pensamiento le hace sacudir la cabeza y en ese mismo instante el chucho echa a correr, como si algo lo hubiera asustado, internándose entre los setos para finalmente desaparecer.

¿Querría decirme algo?

Konrad deambula sin prisa entre las hileras de granito negro y parduzco. Farolillos con velas consumidas, jarrones con flores medio ajadas. Lee los nombres y las fechas. Algunos los reconoce. De eso hace ya mucho, pero en el pasado solía venir por aquí.

Konrad rastrea con la mirada, igual que hacía por entonces.

Aunque sabe que nunca encontrará lo que está buscando.

La tumba de Agnes.

Tal vez esté debajo del haya. Recuesta la espalda sobre el poderoso tronco y entorna los ojos en dirección al cielo, hacia los desordenados rayos de sol que se abren camino entre el follaje.

—¿Por qué me abandonaste, Agnes? —susurra.

4

Fue el animal el que lo despertó con sus quejidos. La decrepita perra rasguñaba con sus patas la puerta de entrada y gemía lastimeramente. Como de costumbre, se orinaba con urgencia nada más rayar el alba. Suspiró, se desembarazó del edredón y se incorporó sobre sus esqueléticas y rígidas piernas de anciano.

Es que las hembras no saben cerrar el pico, pensó. Lo mejor sería pegarle un tiro para ahorrarle el sufrimiento.

Sin embargo, al enfrentarse a su penosa mirada en el recibidor, se vio abrumado por los remordimientos de conciencia y le abrió la puerta para que el animal pudiera salir. Luego entró él en el cuarto de baño. El asiento del inodoro ya estaba levantado. Contempló el mortecino goteo sobre la porcelana amarillenta, se agitó el miembro y lo volvió a guardar dentro de sus calzones largos.

Ya no me sirve para mucho, se dijo. Quizá no es solo a la perra a quien habría que descerrajar un tiro.

Sopesó primero la posibilidad de meterse bajo el edredón y tratar de conciliar otra vez el sueño, pero luego se lo pensó mejor. Desde la muerte de Rut se había habituado a levantarse temprano, no porque antes hubiera sido un dormilón, ni tampoco porque tuviera tanto que hacer desde que se hubo jubilado. Ya había enviado a la cerda al matadero con sus últimos lechones y

las gallinas se contentaban con que les echaran de vez en cuando unos cuantos puñados de maíz. En realidad, la única que lo necesitaba era esa perra de hocico gris.

Se dirigió con pasos vacilantes a la cocina y sacó un bote de café de la despensa. Luego puso un cazo con agua en el fogón, midió el café del filtro y se sentó en una silla de la cocina a la espera de que hirviera. El viejo reloj de cuco de la pared que Rut compró como recuerdo en sus primeras y únicas vacaciones en el extranjero, un viaje en autobús a los Alpes, marcaba las cuatro y cuarto.

Tengo que arreglarlo hoy, pensó. Hacía varias semanas que ese ridículo cuco había dejado de salir y berrear a las horas en punto y, aunque es cierto que le había echado una buena bronca a Rut cuando lo compró en Sankt Anton, tenía que admitir que, con el paso de los años, le había cogido bastante cariño. Seguramente solo habría que cambiar algún muelle. Fuera ya se había hecho de día, pero aún faltaba un rato para que el sol se alzara sobre los sembrados y las colinas. El paseo de sauces que conducía a la carretera se encontraba desierto. Solamente un par de cornejas alborotaban en el canalón del agua de lluvia. Esperó que no estuvieran otra vez construyendo su nido en la chimenea. Más le valía avisar al deshollinador.

Entonces se percató de algo fuera de lugar. Un coche justo a la vuelta de la esquina, en su mayor parte oculto tras los sauces y el trigo. No obstante, a lo lejos se adivinaba un trozo del parabrisas y el techo de un automóvil blanco. Se inclinó hacia la ventana y entornó los ojos. Todo estaba en calma.

¿Quién me busca a estas horas?, se preguntó.

A los del servicio de asistencia domiciliaria no les tocaba venir hasta el jueves, el cartero nunca aparecía antes de la hora del almuerzo y del periódico se había dado de baja hacía tiempo. Raras veces veía ya a otra persona por estos pagos.

Cuando oyó que el agua empezaba a burbujear en el cazo se levantó y se dispuso a verterla en la cafetera. Advirtió un ligero temblor en su mano que lo irritó.

Súbitamente notó un movimiento justo en el exterior de la ventana, un simple y súbito revoloteo, como si alguien se hubiera asomado rápidamente y hubiera escondido luego la cabeza. El pulso se le aceleró.

¿Quién demonios...?

Apartó bruscamente a un lado el cazo, tanto que el agua salpicó y comenzó a chisporrotear en el fogón. A mitad de camino hacia la puerta se detuvo.

¡La escopeta! Debía ir a buscarla. Y los cartuchos... ¿Dónde diantres había puesto la caja de cartuchos que había comprado en Ystad?

Entonces llamaron a la puerta. Tres golpeteos vacilantes, no demasiado fuertes.

El viejo permaneció inmóvil, a la escucha. Oyó un débil murmullo, pero ninguna palabra.

Nadie puede venir con intenciones honestas a estas horas del día, caviló.

Por suerte hacía caso omiso de la admonición del registro de armas de la policía, que instaba a guardar las escopetas en una cámara acorazada, la cual costaba una fortuna. ¡Qué estupidez! Abrió lo más silenciosamente que pudo la puerta del armario y sacó el arma. La munición estaba dentro de la cómoda. Tras echar un rápido vistazo a la fotografía de boda, en blanco y negro y de marco dorado, tomada en la cuesta de la iglesia medio siglo atrás, logró introducir dos cartuchos en los cañones con cierta destreza, acariciando luego ligeramente con el puño la culata de la escopeta, brillante de tan desgastada. Era una sensación tranquilizante.

El cierre de la puerta trasera estaba bien engrasado, por lo que se abrió sin ruido alguno. Dobló sigilosamente la primera esquina de la casa ataviado con sus calcetines gruesos y sus calzones largos. Vio entonces el coche con más claridad. Un viejo y herrumbroso Nissan, con la parte izquierda del parachoques abollada y el faro destrozado.

Miró con cautela al otro lado del guardacantos siguiente.

Divisó a la perra, sobre el césped, junto a su mata de ajeno. Exánime como un trozo de carne muerta.

¡Qué cojones es esto!

Justo cuando corrió a acercarse vio a los dos jóvenes. Estaban junto a la puerta y se dieron la vuelta, evidentemente sorprendidos. Uno de ellos portaba una palanqueta en la mano y el otro se quedó boquiabierto.

—¿Qué coño creéis que estáis haciendo, golfos inmigrantes de mierda?

Sintió una especie de calor intenso en el cerebro. Las sienas le batían como campanas de iglesia, su mirada errante entre el cuerpo del animal y los

intrusos. Dudó. Los vio entonces dar varios pasos en su dirección, hablando en un idioma que no comprendía, tras lo que añadieron algo poco nítido en sueco, que tampoco captó. Pero se acercaban. Ya estaban a la altura del pozo y el mayor de ellos sostenía todavía la palanqueta en su mano mientras el otro gesticulaba y se intentaba sacar algo del forro del pantalón. ¿Podría ser un arma? Por la boca expulsaban una jerigonza incomprensible mientras la cabeza del viejo hervía de miedo y furia. De repente sintió la suavísima culata contra la mejilla. Apretó sin vacilación el gatillo, dos veces en rápida sucesión, y los dos hombres salieron despedidos como muñecos de trapo contra la pared de la casa.

El olor a pólvora penetró en su nariz. Abrió mecánicamente la escopeta y dejó caer los cartuchos vacíos sobre la hierba.

Luego no supo qué hacer. Observó a su perra, con una sensación de vacío en el pecho. El viejo animal parecía tan pequeño ahora que yacía muerto.

La casa del abogado está situada dentro de un sombrío jardín junto a la residencia de ancianos, rodeada de retorcidos árboles frutales.

Un seto de lilas de gran altura impide ver su interior. La hiedra encumbrada sobre los afilados costados de ladrillo muestra distintas tonalidades de negro. La sombra que cubre el cuidado césped exhala cierto olor a podrido, pese a que el tamaño de las manzanas, todavía verdes, apenas supera el de la cagadita de un conejo. La casa desprende frialdad.

Sobre la pequeña superficie adoquinada frente al garaje hay un Mercedes, oscuro y brillante como un coche fúnebre.

Konrad duda un breve instante antes de llamar al timbre. Retrocede dos pasos, esperando al erguido sirviente que abrirá la puerta, le lanzará una mirada de desprecio y con voz espectral lo invitará a seguirlo por lúgubres pasillos. Pero nada ocurre. Y vuelve a llamar. La pesada puerta de roble guarda silencio. La aldaba es de hierro macizo, como yunque en fragua. Al levantarla y dejarla escapar de la mano, el choque del metal contra la madera preciosa forma un estrépito.

En ese instante se abre la puerta.

—¿Qué tal? —dice una muchachita mientras gira sobre sus talones, lanzando al vuelo como bailarina de ballet su corta falda a cuadros. Es rubia y

huele a violetas.

Konrad no alcanza a captar más detalles antes de que desaparezca en el vestíbulo, aunque de inmediato vuelve a asomar su flequillo recto.

—¿Vas a entrar o no? Biggan te está esperando.

La niña lo mira con los ojos muy abiertos, asombrada, al tiempo que masca frenéticamente e, impaciente, hace un enorme globo de chicle que revienta con estruendo, tras lo que sigue masticando.

Con un movimiento de cabeza lo insta a que la siga.

La puerta del despacho del abogado Birger B. Berelius está entreabierta. Ella la abre del todo con un golpe de cadera y le indica con el dedo pulgar que entre. El hombre de chaqueta ya se ha medio levantado de la silla de su escritorio.

—Bienvenido, Konrad. Siéntese.

Le tiende entonces una blanca mano de oficinista, invitándolo con un gesto a sentarse en la silla de las visitas.

—¿Café?

—Sí, por favor. Con un poco de leche, si es posible.

—Emma, ¿puedes servir dos tazas?

La muchacha suspira profundamente.

—Se ha acabado el termo.

—En ese caso puedes preparar uno nuevo.

—Pero me dijiste que podría descansar...

El hombre dibuja una sonrisa forzada.

—Tal vez puedas retrasar unos minutos tu pausa, amiguita.

La chica levanta la vista con una mueca de hartazgo y se vuelve indignada.

—No soy tu puñetera amiguita —le suelta entre dientes, casi inaudible, al abandonar precipitadamente la habitación.

—Mi sobrina, que necesitaba un trabajo de verano. Disculpe...

Konrad mueve la cabeza en señal de aprobación y deja vagar su mirada por la estancia. El escritorio es pesado, de algún tipo de madera de color oscuro. Sobre el suelo, una gruesa alfombra oriental. Una de las paredes está recubierta de estanterías repletas de anuarios jurídicos encuadernados, de viejos registros oficiales de abogados y de revistas. Del otro lado cuelgan retratos de tres generaciones de Berelius, todos ellos miembros del colegio de

abogados del país, a juzgar por las plaquitas metálicas de los marcos. Konrad reconoce a Birger nieta en el cuadro al óleo de tonos ligeramente más claros.

El hombre situado detrás del escritorio ha tenido tiempo de engordar unos kilos desde que se realizara el cuadro. Da la impresión de haber rebasado recientemente la cincuentena, lleva gafas con montura plateada sobre una nariz rectilínea y sus mejillas son ligeramente rubicundas. El fino bigote refuerza la sensación de ausencia casi total de barbilla. La voz es clara y débil, pero con ramalazos roncros, como si en su juventud se hubiera esforzado para que sonara varonil.

—Sí, sin duda ha sido una sorpresa —asevera mientras abre una carpeta azul oscura—. Quiero decir, que hubiera tanto dinero en la sucesión. ¿Quién lo hubiera dicho?

El abogado revuelve entre sus papeles.

—Pensaba que estaba al tanto de casi todo lo que pasaba aquí en Tomelilla. Como sabe, es una pequeña localidad. Todos se conocen. O al menos es lo que uno cree.

Konrad se aclara la garganta y se siente compelido a decir algo. Desde que se adentró en esa tétrica vivienda ha estado rebuscando en su memoria. El abogado debe de ser de la edad de Klas. Konrad trata de visualizarlo con treinta años menos, pero sin éxito.

—Es cierto. Yo no tenía ni idea —responde sin bajar la guardia.

—Desde luego...

Berelius calla y lanza una mirada ambigua a Konrad.

—Por cierto —añade cambiando de tema, como si le hubiera leído la mente—. Klas y yo fuimos compañeros de clase en secundaria. Tal vez lo recuerde, aunque usted era bastante más joven. Bueno, no se puede decir que nos tratáramos mucho, y además, más tarde me largué al instituto de Ystad e hice la carrera en Lund.

—Tomó el relevo de su padre en el bufete, ¿verdad?

—Quien a su vez había sucedido a mi abuelo. Sí, se puede decir que estaba predeterminado desde un primer momento, pero no me quejo. Siendo el único abogado del municipio no te puedes lamentar en absoluto. De ninguna de las maneras.

Mira luego de reojo a los graves caballeros de la pared y se rasca

pensativo bajo la boca, donde debería haber una barbilla.

—Y usted, por lo que tengo entendido, ha estado viajando por el mundo. Debe de ser un trabajo apasionante...

—No está mal.

Konrad no tiene ni pizca de ganas de hablar sobre sí mismo. La gente dada a la conversación siempre lo había dejado mudo. Ahora únicamente deseaba saber por qué el abogado le había pedido que acudiera.

Pasan varios segundos en silencio, tras lo que Berelius se decide por colgar la chaqueta sobre el respaldo de su asiento. En el dobléz se aprecia una etiqueta del Rotary Club. El alfiler de la corbata reluce ostentosamente.

—Bueno, vayamos al grano. Me han designado albacea de la testamentaría. Se trata solo de una formalidad, pero que hay que cumplir. Le explico la situación. Tan pronto como la policía nos dé el visto bueno pasaremos a declarar la sucesión. Para ello, en realidad, basta con un heredero, pero dado que tanto usted como Klas se hallan aquí, podríamos hacerlo juntos. Hemos de acordar una fecha. No creo que Herman y Signe hayan dejado objetos de gran valor en la casa, pero sí una buena cantidad de dinero en el banco. Una vez que sepamos exactamente lo que hay procederemos a repartir la herencia. No hay ninguna...

Se interrumpe cuando la muchacha entra en la sala y estrella una bandeja con dos tazas de café sobre la mesa de trabajo. Les lanza una mirada llena de desdén y abandona el cuarto sin decir palabra.

—No hay ninguna cosa rara —completa el abogado mientras se encoge de hombros, resignado.

—Muy bien. En ese caso solo falta ponerse manos a la obra —repite Konrad.

Él mismo se percata de la excesiva indiferencia de su tono, como si la idea de que va a heredar varios millones no acabara de metérsele en la cabeza. Como si se negara a asimilarlo. Pensar en el dinero de Herman y Signe lo llena simplemente de desazón. ¿Por qué no se liquidaron el premio de la lotería mientras tuvieron oportunidad? ¿Por qué no se permitieron un crucero de lujo o al menos un coche nuevo? ¿Por qué no donaron el dinero a Save The Children? Konrad conoce la respuesta. La imaginación no les daba para tanto. Herman y Signe sencillamente no sabían qué hacer, así que dejaron el dinero

en la cuenta donde lo habían ingresado.

Dinero manchado de sangre, piensa Konrad.

Él no quiere dinero mancillado. Solo desea saber lo que pasó.

—En realidad no es tan sencillo —precisa Berelius.

—¿Qué quiere decir?

—Que no podemos dividir la testamentaría así sin más.

—¿Ah, no?

—Bueno, seguro que no va a ser un problema —afirma el abogado.

Se reclina entonces en su butaca entrelazando las manos tras la nuca, como en un gesto de distensión, pero los círculos de sudor en las axilas delatan cierto aire de inseguridad.

—Se trata de la policía. Creen que debemos esperar hasta que..., bueno, hasta que se haya esclarecido por completo si hay o no algún responsable.

Konrad lo mira sin entender.

—Suenan un poco extraño, en cierta manera brusco, si se me permite. No es que nadie piense que usted..., pero la ley estipula que un asesino no puede heredar de su víctima.

Berelius parece casi aterrado de lo que acaba de decir y muestra una sonrisa exculpatoria.

—Si lo desea puedo...

Hace ademán de ponerse en pie para ir a buscar un código de ley de la estantería.

—Se lo agradezco —le interrumpe Konrad—, pero creo que ya lo he comprendido.

Ninguno de los dos tiene nada más que añadir. Acuerdan brevemente hablar con Klas para fijar una fecha en la que repasar los bienes de la vivienda de Herman y Signe, tras lo que el abogado acompaña a Konrad hasta la puerta.

La sobrina ha desaparecido, pero la radio de la cocina emite música ambiental a todo volumen, que se interrumpe en el preciso momento en que van a estrecharse la mano.

Buenas tardes. Este es el informativo de Radio Kristianstad. Dos jóvenes han resultado muertos por arma de fuego en una casa a las afueras de

Onslunda. Según la policía, el presunto autor de los disparos mortales ha sido el propietario de la vivienda. Las autoridades mantienen un gran sigilo sobre el caso para no entorpecer la investigación, pero, según fuentes de Radio Kristianstad, todo apunta a que los hombres fueron sorprendidos por el propietario al intentar entrar en la casa. Volveremos a este suceso en los próximos informativos, cuando dispongamos de más detalles...

Permanecen un buen rato en el hueco de la puerta mirándose el uno al otro. Konrad trata de comprender lo que acaba de escuchar, pero antes de que le dé tiempo a sacar alguna conclusión, Berelius exclama:

—¡Esta sí que es buena!

El abogado parece súbitamente alborozado como un niño, su mirada resplandeciente detrás de las gafas de montura plateada.

—Entiende lo que esto puede significar, ¿verdad?

Konrad no comprende nada. ¿Qué está pasando en ese lugar apartado de la mano de Dios? ¡Si parece el mismísimo Chicago! Sacude la cabeza.

—Gamberros que asaltan casas de ancianos con el propósito de robarles —explica Berelius, triunfal—. Me apuesto lo que quiera a que fueron ellos los que acabaron con la vida de Herman y Signe.

5

La época anterior a su abandono. Konrad ha tratado en repetidas ocasiones de recordarlo, pero sin lograrlo verdaderamente.

Guarda algunas imágenes esporádicas, difusas y de difícil interpretación. También sensaciones, a menudo desagradables, que se confunden como pantanal brumoso que realmente no sabe si desea explorar.

Como es natural, ha hecho las cuentas hacia atrás. Debía de tener siete años el verano en que desapareció Agnes. Era 1968, de eso está seguro. El año de las revueltas. Había disturbios en París y torpes ocupaciones populares en las universidades suecas. Dos hombres negros alzando sus puños al cielo sobre un podio en unos juegos olímpicos. Para Konrad no son más que imágenes de televisión en blanco y negro de un pasado remoto. Los carros de combate soviéticos aplastando en Praga cuerpos humanos y sueños.

Lo que recuerda es la soledad. Un apartamento de dos dormitorios con empapelado de tono gris de guirnaldas floreadas en un gris más oscuro. Examina los serpenteos de las flores muy de cerca, los sigue desde la plumiza moqueta de linóleo sobre el suelo hasta el amarillento techo. Telarañas en un rincón. No huele absolutamente a nada. Hunde la nariz en su propia axila para por lo menos sentir algo. Hay ropa recién lavada amontonada sobre el sofá, y en la mesa de la cocina, justo a la altura de sus ojos, una tabla para cortar con una barra de pan y un cuchillo. Ve a Agnes sentada, mirando fijamente,

inmóvil, a través de la ventana. La lluvia golpetea contra el cristal y se desliza como lágrimas frías sobre la chapa de la ventana. El castaño de afuera se difumina dentro de una nube verde oscura. No se oye nada, excepto el monótono castañeteo de la lluvia. El geranio sobre el poyete de mármol ha perdido casi todas sus hojas. Parece triste y abatido, como si supiera que nadie va a salvarlo.

De vez en cuando, Agnes se vuelve y baja la cabeza para mirar a Konrad. Al tratar de sonreír se forman unas bellas arruguitas debajo de sus ojos, pero su mirada expresa algo completamente diferente. Tiende la mano y le acaricia el pelo, sus dedos fríos y endebles. Él aparta bruscamente la cabeza, aunque en realidad no desea hacerlo.

Konrad añora intensamente su abrazo, como no puede ser de otro modo... Aunque alberga también otro sentimiento. Una furia feroz. Quiere matar a la persona que le ha provocado tanta tristeza a Agnes.

Tres días antes de empezar las clases se mudó a la casa de Eternit gris situada entre el cementerio y el polideportivo. Herman y Signe, que lo aguardaban en las escaleras, intercambiaban miradas vacilantes. Todo se había decidido tan de repente.

—¿Cuánto tiempo va a ser? —había intentado preguntar Konrad.

Pero tanto la policía como la antipática señora de los servicios sociales que lo había ayudado a hacer la maleta le respondían con evasivas. Esta última era una mujer grande y tiesa como un pino, ataviada con un feo abrigo de color gris que le llegaba casi hasta el suelo. Solo sobresalían bajo el dobladillo un par de enormes zapatos marrones con lazos de cuero y tacón ancho. De camino al coche le apretó tanto la mano que le hizo daño. No se inclinó ni una sola vez hacia Konrad y él nunca alcanzó a verle bien la cara a la mujer.

—Tu madre necesita descansar, pero vas a estar muy a gusto con Herman y Signe —le dijo.

—¿Pero dónde está mamá?

—En un sanatorio. No pienses ahora en ella.

Konrad desconocía qué tipo de lugar era un sanatorio. En cualquier caso, no parecía ser muy agradable, pero no se atrevió a preguntar más y se mantuvo

callado durante el corto trayecto hasta su nuevo hogar.

El hombre y la mujer apostados en la escalera delante de la casa gris tenían las manos ásperas y olían raro, pero parecían buenos. Sus formas eran, por así decirlo, redondeadas y le dieron unas cuidadosas palmaditas en la cabeza. Tan pronto como le recogieron la maleta se metió las manos en los bolsillos del pantalón y clavó la mirada en el suelo. En el zapatero del vestíbulo había un par de botas de goma llenas de barro y tres pares de zuecos negros. De la cocina emanaba un olor a dulces recién horneados. Al menos contaba con eso. Sobre la mesa esperaba un plato con bollos de canela recubiertos de azúcar.

Comieron en silencio. Herman sorbía sonoramente de la taza de café y Signe mezclaba el azúcar con la cucharilla raspando contra la loza. La señora de los servicios sociales estaba sentada junto a la puerta, sin quitarse el sombrero, y extendía el dedo meñique al levantar su taza. A Konrad le sirvieron un jarabe de frambuesa aguado.

—Esperamos que te sientas bien aquí —dijo Signe.

Konrad guardó silencio.

—Tenemos conejos en una jaula en la parte de atrás —informó Herman—. Te los puedo enseñar luego.

Diez minutos más tarde la señora de los servicios sociales se despidió.

—Bueno, parece que ya estamos listos por hoy. Vamos a ver cómo van las cosas —señaló asintiendo hacia Herman.

—Hemos de confiar en el Señor —dijo Signe con un suspiro.

—Ahora pórtate bien —exhortó la mujer a Konrad.

La acompañaron hasta el recibidor mientras Konrad permanecía sentado en la mesa de la cocina, sin saber muy bien qué hacer. Cogió entonces otro bollo de canela, más que por hambre por tratar de llenar ese intenso vacío que sentía en el estómago. Sobre el manzano del otro lado de la ventana se cernían unos oscuros nubarrones. Un gorrión pasó aleteando entre sus ramas. Oyó entonces voces que murmuraban en el vestíbulo. A continuación, el abrir y cerrar de la puerta de entrada. El matrimonio reapareció y se lo quedó mirando.

Herman se rascó la cabeza y Signe empezó a quitar la mesa.

—Tal vez quieras ver tu habitación...

Sin esperar respuesta, Herman se dio media vuelta y se puso a subir las escaleras. Konrad observó su deshilachado mono de carpintero colgándole en la zona del trasero y lo siguió con un último bollo en la mano.

Allí arriba había cuatro puertas. La de la derecha daba acceso al dormitorio de Herman y Signe. Estaba entreabierta y Konrad pudo vislumbrar un trozo de una cómoda y un empapelado de flores verdes. La puerta del medio se encontraba cerrada. Del exterior colgaba un trozo de cartón escrito a mano junto a una calavera y unos huesos cruzados pintados con rotulador: «Solo blancos». La habitación de Konrad se hallaba a la izquierda del cuarto de baño.

—Ese es el cuarto de Klas —dijo Herman señalando con la cabeza hacia la puerta cerrada del centro—. No le hagas mucho caso.

Konrad miró fijamente el amenazante letrero. Las palabras no las comprendía, pero la calavera daba miedo.

—¿Es peligroso?

Herman se volvió y lanzó una risotada.

—No, en absoluto. Él es un muchacho como tú. Aunque dentro de poco ya será adulto, naturalmente.

Konrad no entendió dónde estaba la gracia. Entró entonces en su habitación. Olía a cerrado, como si no hubieran abierto la ventana en mucho tiempo. En una de las esquinas, había una estrecha cama con una colcha verde. El escritorio estaba formado por un tablón de madera sobre dos caballetes. Sobre el suelo había una alfombra a rayas hecha de retales. Y de la pared con estampado de color gris, frente a la ventana, pendía un cuadro bordado que representaba al Niño Jesús en el pesebre junto a los tres Reyes Magos. La cara de José aparecía algo borrosa porque los puntos de cruz se habían soltado en ese lugar, dejando un par de hilos colgados.

—Bueno, seguro que con el tiempo podemos arreglarla un poco —dijo Herman—. Colgar algún póster o algo así.

Contempló vacilante a Konrad con sus grandes y relucientes ojos grises y volvió a darle la espalda como inspeccionando la habitación para sopesar diversas alternativas de ornamentación.

—Se pueden hacer muchas cosas...

Se puso a silbar para sí mismo, pero, transcurrido un instante, se detuvo y

le dijo con una voz totalmente distinta:

—No tienes que estar triste, Konrad. A tu edad uno no comprende muchas cosas. Pero todo va a ir... bien.

Herman carraspeó y tragó saliva.

—Simplemente trata de no estar triste —volvió a repetir en lo que parecía una súplica, aunque Konrad no podía jurarlo puesto que lo único que veía de Herman era los fondillos de sus pantalones y el dorso de franela a cuadros.

¿Triste?

Él no estaba triste.

Era un volcán extinguido. Durante más de dos semanas, desde la noche en que Agnes no volvió a casa, había estado arrojando lava incandescente. Había gritado y berreado, se había puesto hecho una furia y arañado con las uñas. Había llorado y preguntado, acusado y maldecido hasta no poder más.

Ahora se encontraba únicamente vacío.

Era un cuerpo de niño que se paseaba entre figuras de cera y el escenario de lo que aún no había comprendido que sería su nueva vida.

Konrad se quedó en la cama, cerrando fuertemente los ojos todo el tiempo en que se atrevió a hacerlo, aunque tenía tantas ganas de hacer pis que sintió todo el bajo vientre a punto de estallar. Al final tuvo que darse por vencido.

No tenía intención de hacerse pis en la cama su primera noche en la nueva casa.

Buscó a tientas la lámpara de la mesita en medio de la oscuridad y la encendió. La intensa luz le lastimaba los ojos, que se vio obligado a entornar. Echó un vistazo a su alrededor. Todo aquello que acababa de conjurar durmiéndose estaba ahí, más amenazante ahora de noche que en el momento de acostarse. Olía a desconocido. El poste de la cama donde había colgado su ropa proyectaba una sombra fantasmal sobre la puerta. Una sombra negra. Una bruja con una guadaña al hombro. ¿Se estaba moviendo? Konrad inclinó la lámpara contra la pared.

Puso con cuidado sus pies desnudos sobre el suelo, que estaba frío y emitía suaves crujidos.

¿Dónde se encontraba el cuarto de baño?

Justo antes de meterse en la cama había ido a hacer pipí, pero estaba tan

cansado que no había prestado atención. Herman y Signe le dieron las buenas noches junto a la puerta y apagaron la luz. Se quedó dormido de inmediato.

Bajó sigilosamente el tirador. Lo último que deseaba era despertarlos. Solo quería orinar rápido y volver otra vez a la cama.

Lo ayudó a orientarse una lámpara de pared hecha de virutas de madera que desprendía un tenue resplandor amarillo en el vestíbulo. Cerró silenciosamente la puerta tras de sí, subió la tapa del inodoro y dirigió el chorro lo mejor que pudo en la oscuridad. El sonoro ruido del retrete hizo que apuntara un poco más arriba para amortiguarlo contra la cerámica.

Justo cuando se disponía a regresar al dormitorio oyó voces. Provenían de la cocina en un débil susurro. Al principio pensó hacer caso omiso, pero en ese momento se elevó una de ellas en un estridente arrebató.

—¿El hijo de la puta polaca? ¡Estáis locos!

Konrad se detuvo sobre su paso. Oyó un chis destinado a silenciar al indignado. Debían ser Herman y Signe, pero fue incapaz de discernir sus palabras.

Fue acercándose lentamente hasta la barandilla, pegó la frente contra dos de los barrotes y miró hacia abajo. La puerta de la cocina estaba medio abierta. Un haz luminoso se fugaba por la rendija, alumbrando un trozo de la alfombra del recibidor.

Konrad apretó más la cara contra los listones de pino para poder observar el interior de la cocina. Vio allí a un muchacho corpulento de pelo rubio y corto, con un jersey estilo islandés de rayas azules. Al volver un poco la cabeza, Konrad pudo comprobar que su rostro estaba rojo de furia y que esgrimía su puño.

—¡Sois unos malditos tarados!

—Pero Klas, hijo... —oyó decir a la voz de Herman—. No es para tanto. Es un niño tan bueno...

—Me importa una mierda. ¡Quiero que se vaya!

La última frase la dijo a gritos, a lo que siguió un silencio absoluto en la cocina. Konrad podía oír el latir de su propio corazón y presionó la mano contra el pecho para calmarlo. Luego volvió a alzarse la voz desconocida, ahora más estable, pero llena de ira contenida.

—Debéis tener una cosa clara. Es él o yo. El cachorro de la polaca o

vuestro propio hijo.

Durante varios segundos imperó el silencio. Entonces oyó a Signe, aunque le costó trabajo reconocerla, porque su voz, que durante el día se había manifestado suave y nimia como el aletear de una mariposa, ahora parecía implacable:

—Llevamos el pecado en la sangre —les espetó—. No hablaremos nunca más del tema, Klas. Pero tú lo sabes y lo sabemos nosotros. Cargamos con un pecado que hemos de expiar.

Konrad no lo entendió todo, pero sí lo suficiente como para darse cuenta de que estaban hablando de él.

Sin preocuparse de moverse con sigilo se lanzó corriendo a su habitación, apretó la cara contra la sábana, se cubrió la cabeza con el edredón y cerró los ojos.

6

La segunda mañana comprende que Örjan Palander sigue ahí. A duras penas reconoce el rostro en el recuadro del periódico, pero el nombre no deja lugar a dudas. Es imposible que dos periodistas se llamen de ese modo, en cualquier caso no en la misma redacción.

¡Santo cielo! El hombre debe de tener unos cien años...

Konrad lo recuerda de tiempos pretéritos. Un hombre corpulento y entrado en kilos con una gorra a cuadros calada en una cabeza calva como una bola de billar. Siempre a la carrera, acalorado y jadeante, y con su Nikon balanceándose sobre la barriga. La gente lo consideraba ciertamente un bicho raro, acaso porque de vez en cuando daba muestras de una formación humanística. Corría el rumor de que a Örjan Palander se le había aflojado algún que otro tornillo por haber devorado tantos libros en su juventud. Quizá fuera más joven de lo que la gente, engañada por su alopecia, pensaba.

A juzgar por la fotografía del diario, Palander se había dejado un enorme mostacho, que le otorgaba un aspecto de morsa. Konrad decide ponerse en contacto con él.

Pero antes de abandonar la mesa del desayuno del comedor del hotel, lee con atención la información de los periódicos sobre el suceso de Onslunda. La «carnicería», como lo denominan los periodistas. El relato del periódico *Ystads Allehanda* no difiere mucho de lo que vio en el informativo de la

pasada noche ni de lo que refiere el rotativo *Sydsvenskan*. Los dos varones muertos tenían solo veinte años y pertenecían a familias albanesas emigradas a Suecia, procedentes de Kosovo en los noventa. Por lo que parece, los pillaron con las manos en la masa, tratando de entrar en la casa del anciano. Ambos fueron tiroteados con un arma de grueso calibre en la cara y el cuello, y fallecieron presumiblemente en el acto.

Como es natural, los diarios especulan sobre la posible vinculación de lo acontecido en Onslunda con el asesinato de Herman y Signe. Cuatro personas abatidas en el espacio de una semana en el mismo municipio. No parece una casualidad, pero tampoco nadie dispone de datos definitivos, y todos se ven compelidos a remitirse a la policía, que, según señalan, mantiene un gran secretismo al respecto.

Palander escribe en un artículo de fondo que últimamente se han producido incidentes en Tomelilla. Ha habido enfrentamientos entre albanokosovares y jóvenes de la comarca, aunque, según señala, no hay constancia de que los disparos de Onslunda guarden relación con ese asunto.

Sobre un punto, Palander es algo más exhaustivo que sus competidores, concretamente el autor de los hechos, al cual describe como un viudo de setenta y cinco años. Un antiguo agricultor sin antecedentes penales que ya ha sido detenido y que en breve pasará a disposición judicial acusado de homicidio. Örjan Palander menciona incluso que el hombre ha ejercido de vocal en el juzgado de primera instancia de Ystad, por designación de los Demócratas de Suecia, el partido de extrema derecha.

En el momento justo en que se dispone a salir del hotel, Konrad recibe una llamada en su móvil. Es Maria y parece indignada.

—Hola, papá. ¿Por qué no has dado noticias?

—Maria, hola, cariño. Por supuesto que pensaba llamar...

Ella lo detiene en seco.

—Lees noticias relativas a un montón de asesinatos en Tomelilla y de repente te enteras de que son familia de uno. Bueno, o lo que sea. No es que tú tampoco me llevaras allí a conocerlos, pero de todas formas...

—Eran mis padres adoptivos. Herman y Signe me adoptaron cuando era pequeño. Tu abuelo y tu abuela adoptivos.

—Ya, bueno, me importa un bledo como se llamaran... ¿Tú cómo estás?
Konrad respira hondo y reflexiona.

—Estoy relativamente bien, aunque un poco aturdido. Sí, sobre todo me siento aturdido.

—¡Cielo santo, qué asesinatos tan terribles! ¿De qué clase de sitio vienes? Debería establecer mi bufete allí cuando me gradúe.

Konrad sonríe para sus adentros. Es su propia sangre la que hierve y burbujea en las venas de Maria, aunque ella sea todo lo que él nunca ha sido. Muchos años atrás su madre decidió cortar para siempre la comunicación con Konrad. La infancia de Maria se desarrollaría con normalidad más tarde. No parece haber sufrido daños por ese motivo. Ahora le queda poco para completar sus estudios de Derecho y está firmemente decidida a convertirse en abogada criminalista.

—Ayer fui a ver al abogado de la localidad, un muchacho que ha sucedido a su padre y a su abuelo en el despacho. Sin duda, le haría falta un poco de competencia.

Maria no tarda en reírse en el otro extremo de la línea.

Konrad intenta hacer memoria de la última vez que habló con ella. Debe de haber pasado más de un mes.

—Tenemos que vernos —dice él vagamente.

—Solo tienes que tomar el tren a Estocolmo. Ya sabes dónde localizarme.

No es capaz de discernir si su voz oculta un reproche.

—¿Qué tal te va realmente, Maria?

—No tienes motivos para preocuparte. Ya sabes que soy una persona con los pies en la tierra, aunque me pregunto cómo es posible con padres así. Por cierto, hablé con mamá hace poco. Me pidió explícitamente que no te mandara saludos. ¡Joder, parece mentira lo infantiles que sois!

—Ya sabes que no soy yo quien... —empieza a argumentar Konrad, pero comprende rápidamente que es una discusión que no conduce a nada.

Si hay algo que realmente puede considerar como un capítulo totalmente finalizado en su vida, ese es su matrimonio. ¿Cómo es posible que una persona que ha dado a luz a tu hija y con quien has compartido cama, frigorífico y cesta de la ropa sucia de repente te pueda importar tanto como un paquete de palitos de merluza?

—Entonces no le devuelvas el saludo —responde él con una alegría forzada.

Conversan unos minutos más mientras Konrad pasea compulsivamente de un lado a otro del vestíbulo del hotel. Maria lo interroga acerca de los asesinatos y sobre la información de la que dispone en torno a la investigación. Él le pregunta como de costumbre si tiene algún novio, aunque sabe que no le va a responder, y se compromete a viajar a Estocolmo en breve. Konrad echa de menos a su hija, pero no se lo dice abiertamente. Por un instante duda si contarle lo de la herencia de Herman y Signe. Parece tan irreal la historia esa de los millones... La idea del dinero lo irrita como un jersey de lana sobre la piel desnuda. Súbitamente va a ser rico. Eso sí, si a la policía no le da por declararlo autor de los asesinatos. Tampoco logra tomarse muy en serio ese pensamiento. No es posible que sean tan estúpidos, ¿no es cierto? Opta por no mencionarle a Maria lo del dinero.

—Y Sonja, ¿qué tal está?

Esa pregunta lo pilló por sorpresa, aunque no debería.

¿Cómo le va a Sonja? Realmente no lo sabe.

Sonja Kronstadt, artista de origen alemán de buena familia que ha roto relaciones con ella. Desde hace dos decenios repatriada en Berlín, cuenta con cierto éxito entre las pequeñas galerías de Prenzlauer Berg. Conocida sobre todo por una destacada exposición de arte corporal a mediados de los noventa, «El Muro dentro de nosotros», que, de acuerdo al crítico del *Berliner Zeitung*, «desenmascaraba implacablemente los muros psíquicos que el hombre moderno levanta dentro de sí mismo», pero también es una asidua proveedora del lucrativo arte pop estilo Andy Warhol desde su taller ubicado a cien metros de la Zionskirche. Sonja es, en otras palabras, una artista que hace dinero. Aunque, antes que nada, ha sido estos últimos doce años, por períodos, objeto de la ardiente pasión de Konrad.

¿Que cómo le va a Sonja? Konrad ni siquiera sabe cómo quiere que le vaya y evita la pregunta de su hija.

—Nos lo estamos tomando con tranquilidad en estos momentos.

—Ah, mira tú... —replica Maria mordazmente.

—Bueno, nos llamamos y eso. A veces. Ya veremos qué pasa —divaga Konrad.

La oye entonces resoplar y puede imaginar perfectamente cómo agita resignada sus rizos morenos.

—Eres un caso perdido —le suelta.

—Yo también te quiero —contesta Konrad.

—A veces me pregunto si vas a madurar alguna vez.

—Tal vez sea eso lo que por fin trato de hacer —dice totalmente en serio.

Örjan Palander acaba de empezar su primera cerveza Norrlands Guld en el momento en que Konrad abre súbitamente la puerta. Al entrar tintinea una agradable campanilla, lo que no quita que el redactor se quede petrificado y coloque un periódico abierto a modo de techo a dos aguas sobre la pilsener mañanera, antes incluso de alzar la mirada hacia su visitante.

—¡Joder! ¡Qué susto me ha dado! Pensaba que era Solveig —dice mientras arroja el diario a un rincón.

Cierra entonces los ojos y da varios tragos prolongados. Konrad observa el balanceo de la nuez de su garganta y las gotas de sudor que se deslizan desde sus sienes al cuello de la camisa.

Hasta que no ha emitido un soplo de regocijo seguido de un eructo estruendoso como un terremoto, Palander no levanta los párpados.

—Nos compraron hace unos años —dice a modo de excusa, como si eso lo explicara todo—. Me refiero a Bonniers. Ahora ellos son los propietarios de todo: *Dagens Nyheter*, *Sydsvenskan*, *Expressen*, TV4, etcétera, etcétera. Me pusieron una nueva vendedora de anuncios y desde entonces no hay manera de tomarse una birra sin que te den el coñazo.

A pesar del ventilador que zumba desde el armario metálico, frente al escritorio, hace calor en el local, casi tanto como fuera en la plaza. Konrad se siente empapado en sudor solo con el breve paseo desde el hotel. Su interlocutor debe haber advertido su mirada ansiosa.

—Tiene pinta de querer una...

Konrad asiente con la cabeza y Palander se dirige bamboleante hasta el frigorífico. Tiene los pantalones color caqui desgastados por la zona del trasero y los bolsillos de su chaleco de pescador parecen estar llenos de cosas. La lata que le tiende está empañada.

—Deberá arreglárselas sin vaso.

Konrad abre la cerveza y se riega el gaznate con un par de tragos. Él también se permite un pequeño eructo, en un gesto más bien de viril fraternidad, y entorna los ojos cuando mira a través de las persianas a medio abrir.

—Parece que hoy también va a hacer calor...

Örjan Palander se retuerce ligeramente el bigote con los dedos, momento en que Konrad advierte que lo lleva engominado. ¿Todavía hay gente que lo hace?

—Efectivamente —contesta Palander reclinándose bruscamente en su asiento—. La ola de calor va a durar toda la semana, si hacemos caso al melenudo. Ya sabe, al hombre del tiempo de la televisión. Parece Deep Purple en un campamento de confirmandos.

Al frotarse la bola de billar con la palma de la mano, varias gotas de sudor salpican el suelo. Le lanza luego a Konrad una mirada maliciosa, se sonríe burlonamente y comienza a declamar con voz solemne:

—«Traed el becerro cebado, y matadlo. ¡Vamos a comer y a hacer fiesta, porque este hijo mío estaba muerto, y ha vuelto a vivir!».

Konrad suelta una risotada que resuena en sus propios oídos como un bufido.

—Evangelio de San Lucas —aclara Palander—. «El hijo pródigo.» Porque ese es usted, ¿no es cierto? El hijo perdido que ha vuelto a casa.

—¿Yo el hijo pródigo? Debe estar de broma...

—Bueno, es cierto, tal vez resulte algo difícil encontrar a alguien para el papel de padre en esta obra.

Ambos callan, inseguros de cómo continuar la conversación. Konrad cae en la cuenta de que no se han saludado, pero una presentación se antoja innecesaria. No puede recordar que haya hablado en alguna ocasión anterior con Örjan Palander; solo ha oído rumores sobre su persona y lo ha visto pasar pedaleando a toda velocidad en su bicicleta.

—Evidentemente sabe quién soy, ¿verdad?

—Todos en el pueblo lo saben. Bueno, pero no se haga ilusiones. Conocen más bien poco su carrera periodística. Tras el asesinato de Herman y Signe ha habido mucho chismorreó.

—¿Qué dice la gente?

—Eh... Parecen no saber a qué atenerse. Aquellos con cierta edad recuerdan la historia de la desaparición de su madre y su adopción. Y el rumor del premio de la lotería ha comenzado sin duda a difundirse.

—Gracias por no haber escrito al respecto en el periódico.

—No hay de qué. Mañana será noticia de portada. Eso espero, al menos.

—Y luego tendré a todos sus colegas detrás de mí...

—Probablemente. Deberá encontrar alguna forma de deshacerse de ellos.

Konrad apura la cerveza, estruja la lata vacía y la tira a la papelera de Palander. Es una cerveza de alta graduación y siente cómo va calentándole el cuerpo.

—La gente obviamente está en estado de choque —agrega Palander—. Debe entenderlo. Tienen derecho a ser informados. Primero un doble asesinato tan brutal y luego el tiroteo de Tore Torstensson en Onslunda. Demasiada acción para un villorrio de mala muerte como este.

—¿Así se llama? ¿Tore Torstensson?

—Efectivamente.

—Mencionó que pertenece al Partido de los Demócratas de Suecia...

—Pues sí, tenemos bastantes de esos aquí, lo cual no nos enorgullece precisamente. ¿Sabía que el Primero de Mayo de este año hubo un solo sitio en el país donde esos majaderos convocaron una marcha con sus banderas azules y amarillas? Adivine dónde...

—¿En este pueblo?

—Justo. Los sociatas suspendieron la suya. En su lugar, nos brindaron un patético minidesfile nacionalista. Solo fueron unas cuantas decenas de personas, pero aun así...

—¿Y Torstensson?

—Participó, como no podía ser de otra forma.

Örjan Palander le clava la mirada durante un segundo y Konrad advierte que tiene la piel bastante lisa alrededor de los ojos, aunque probablemente se está acercando a la edad de la jubilación. Como mínimo.

El redactor murmura algo inaudible, rebusca en un espacioso bolsillo de su chaleco y saca un estuche metálico con puritos negros como el carbón. Tras tenderse a Konrad, que rechaza el ofrecimiento agitando la cabeza, se enciende uno. La nube de humo apesta como un lodazal.

—Compro el tabaco en Polonia. Auténtica mercancía cubana, o al menos eso afirman los polacos. Barátísimo. Y condenadamente fuerte. Hay que aprovechar que la fiera no está —afirma señalando con la cabeza hacia el escritorio vacío de la vendedora de anuncios.

—¿Cree que existe alguna relación? —inquire Konrad.

Él mismo se percata de cierto punto de impaciencia en su voz.

—Quiero decir entre los asesinatos. Tal vez fueran esos muchachos de Kosovo los que dispararon a Herman y Signe.

Palander se encoge de hombros y a continuación mira hacia el techo, como rebuscando en su memoria.

—«Deme seis renglones escritos por el más honesto de los hombres y yo hallaré en ellos un pretexto para ahorcarlo mañana.»

Konrad frunce el ceño con gesto interrogante.

—Richelieu, ya sabe, el cardenal francés. Él sabía cómo hacer las cosas. No porque esos chicos de Onslunda fueran particularmente honrados, pero puede estar seguro de que hay más de una persona aquí que opina que Torstensson tenía todo el derecho del mundo a tomarse la justicia por su mano reventándoles los sesos.

—Pero usted no...

—Bueno, es difícil de decir. Quizá fuera en defensa propia...

Palander comienza de repente a revolver entre el montón de papeles de su mesa de trabajo. Masculla para sí mismo hasta encontrar lo que está buscando.

—Por cierto, ¿ha visto esto?

El abogado menea una octavilla de color amarillo entre el pulgar y el dedo índice. Konrad la recoge y lee.

¡¡Libertad para Tore Torstensson!! Un honesto ciudadano de Onslunda ha sido arrestado ilegalmente. Su único delito consiste en defender su vida y su casa de agresores foráneos. Únete y protesta contra este error judicial. Jueves, a las 20.00 h, en la plaza central de Tomelilla.

—Es esta noche —resopla Palander.

—¿Quién hace circular esto?

—Como puede ver usted mismo, no va firmado.

—¿Cree que asistirá mucha gente? —se pregunta Konrad.

Este último imagina una multitud sedienta de sangre, como en una película de vaqueros estadounidense de los sesenta, con antorchas y lazos. Aunque si van a colgar a alguien, parece evidente que no será a Torstensson.

Palander se restriega su barbilla perfectamente afeitada.

—Diría que van a juntarse bastantes. Ya hace algún tiempo que los ánimos están caldeados en Tomelilla. Han venido bastantes familias de refugiados a los bloques de viviendas situados más arriba de la antigua escuela. Supongo que cuando se marchó había sobre todo cultivos en ese lugar. Seguramente la mayoría de ellos son personas decentes, pero hay también algunos pandilleros malnacidos, y la gente tiende a echarles la culpa de toda la mierda que ocurre en la comarca. Así que ha habido algunas broncas. ¿Quién ha sido el que ha tirado la primera piedra? Eso no lo saben ni Dios ni Alá...

Palander se ve interrumpido por el estrepitoso timbre del teléfono. Responde escuetamente y escucha luego buena parte del tiempo intercalando comentarios monosilábicos. Konrad se levanta de su asiento para darle a entender que no desea escuchar a escondidas. Detrás de la ventana se extiende la plaza casi desierta, lo que le confiere un aspecto tétrico. Ni siquiera el verdulero ha montado su puesto hoy. La fuente no está en funcionamiento; el agua estancada, recubierta de una fina capa de polen. En el banco bajo la sombra, justo a las puertas de la tienda estatal del alcohol, hay sentado un tipo demacrado que parece dormido. O tal vez muerto.

Konrad oye a Palander chasquear los dedos. Se da la vuelta y ve al redactor señalar hacia el frigorífico y levantar seguidamente dos dedos al aire. Atendiendo a su exhortación, saca otras dos latas de cerveza al tiempo que Palander cuelga el teléfono.

—Un colega del tabloide *Expressen*. Quería saber si podía proporcionarle algunas informaciones. Quizá haya advertido que en el hotel se hospeda una tropa de periodistas de Malmö y Estocolmo, pero mañana se marchan.

—¿Les ha dado algo?

—¿De qué tipo?

—Pistas.

Palander resopla, despreciativo.

—¡Qué va! Primero me tendrá que dorar la píldora con una buena cena. Además, no sé nada que él mismo no pueda deducir por sí solo.

De repente, el gesto de Palander se vuelve pensativo, como si se le acabara de ocurrir algo.

—¿Y usted? ¿Tiene intención de escribir sobre este tema?

A Konrad la pregunta le pilla desprevenido. Ni siquiera se le había pasado la idea por la cabeza.

—No, por Dios. Estoy demasiado metido en el ajo. Además, lo he dejado. O eso creo.

—¿Desde lo que pasó en Bagdad?

Asiente silencioso, por lo que Palander abre la boca con intención de seguir preguntándole. Sin embargo, se lo piensa mejor y Konrad le responde con una mirada de agradecimiento. Empieza a caerle bien este hombre. Tal vez en otra ocasión...

—Cuénteme todo lo que sepa de Herman y Signe —cambia de tema Konrad—. Seguro que los conoce mejor que yo.

—Lo dudo. He buscado en nuestros archivos y no he encontrado ni una línea sobre ellos. Espere, miento; de hecho, a Signe se la cita una vez en un reportaje acerca del mercadillo de la iglesia. Vendía bordados hechos a mano por ella. Pero debo advertirle que si vive en un pueblo tan pequeño como este, todo el mundo, y digo literalmente todo el mundo, antes o después aparecerá mencionado en la prensa local, excepto Herman y Signe Jönsson. Deben de haber sido unas figuras extremadamente grises.

Konrad intenta evocar su imagen. Sí, sin duda eran en todo momento unas personas grises. Tan discretos que se fusionaban con el empapelado de la pared. Lo asombra que él mismo sepa tan poco acerca de ellos, que sus sentimientos sean tan vagos por dos personas que, a fin de cuentas, se hicieron cargo de él cuando era niño, lo alimentaron, lo vistieron y le ofrecieron cobijo durante diez años. Posiblemente, el fallo no fuera de ellos...

Konrad no llega a completar su reflexión.

—En realidad, ¿por qué lo adoptaron?

—Lo desconozco —contesta pausadamente, todavía inmerso en sus pensamientos—. Cuando mi madre desapareció... no había ninguna otra persona.

—¿La Polaca, verdad? He oído hablar de ello, aunque sucediera mucho antes de que empezara a trabajar aquí en Tomelilla. Su nombre, por cierto, es

polaco, ¿me equivoco? Konrad. Así que su madre desapareció sin más y nadie se molestó en localizarla.

—Supongo que la buscaron, pero no recuerdo casi nada de esa época. Es como si ese período no existiera.

Konrad vacía su segunda lata de cerveza, la deja a un lado sobre el escritorio y se pone en pie. Siente cómo le da vueltas la cabeza y cómo la camisa se le pega a la espalda. Le hace una seña con la cabeza a Palander.

—Gracias por la cerveza. Supongo que nos volveremos a ver.

Al posar la mano sobre el tirador de la puerta repara en algo.

—Por cierto, Örjan. Estaba pensando... ¿Qué edad tiene usted?

—¿Por qué lo pregunta?

Konrad se encoge de hombros. En ese momento la rolliza cara de Palander se quiebra en una amplia sonrisa, acaricia suavemente su bigote engominado y declama:

—«Los años son un baremo que se aplica a las mujeres, los vinos y los modelos de coche». No a un vetusto gacetillero —aclara—. Me considero eternamente joven.

Konrad debe esperar la aclaración un buen rato.

—Eso procede del Glosario de 1966 de *La esquina de Hyland*, el programa de televisión. Dentro de la letra A. Uno de los mejores párrafos, en mi opinión.

—No me suena de nada —replica Konrad y cierra la puerta tras de sí.

7

Era solo un helado, un Top Hat de los de siempre, y Konrad lo hubiera soportado de no ser por la risita de superioridad de Göransson.

Ese cretino se estaba burlando realmente de él, disfrutando de cada segundo.

A Konrad nunca se le olvidaría esa mirada triunfal, ni tampoco el resolute dedo índice del maestro señalando hacia la papelera colgada en la pared, junto al estanque de las focas. Y no porque no fuera a sufrir adversidades peores en su vida. En apariencia se trataba de una tontería, una simple minucia que el resto de la clase sin duda habría olvidado al día siguiente. Pero en la memoria de Konrad esa mofa había permanecido grabada a fuego.

Tenía diez años y para él no se podía haber expresado con mayor claridad. Ya puestos, el profesor de matemáticas, Donald Göransson, podría haber comprado un anuncio a toda página en el periódico *Ystads Allehanda* o proclamar por el patio del colegio con un megáfono pegado al morro: «Ese niño de mierda llamado Konrad Jönsson es un bastardo, la cría de una polaca. No es como el resto de nosotros».

De todos era conocido que Göransson era una mala persona. Severo, pero justo, en opinión de un sector de los adultos, si bien ellos no sabían de qué hablaban.

O tal vez sí lo supieran.

El profesor de matemáticas tenía tendencia a hacerles la pelota a los padres con dinero e influencias. Cuando recorría a toda prisa el pasillo con su melena gris y su temido llavero en ristre, nunca eran los hijos de estos los que recibían una colleja si no metían los pies con la suficiente rapidez. A pesar de que en sus expediciones de castigo Göransson iba a gran velocidad y con la mirada alzada, sabía exactamente las cabezotas que iban a cobrar. Cuando acertaba de pleno, podía hacer ver las estrellas y pajaritos cantarines a cualquier niño, pero raras veces salían mal parados los vástagos de la clase media.

Gunnel era una de sus víctimas predilectas. La niña se sentaba al fondo, junto a la ventana del aula, y fue sometida durante cada una de las clases de todo un año escolar a la tortura psíquica de Göransson. Estaba gorda y su aspecto no tenía nada de particular. No era fea para nada, pero su mirada transmitía cierta apatía. Era hija de una trabajadora de la central lechera, madre soltera, siempre estaba masticando chicle y tenía dificultades de aprendizaje aisladas. Principalmente, le resultaba del todo imposible memorizar la tabla del siete.

Göransson aprovechó esa circunstancia para iniciar todas y cada una de sus clases con la misma pregunta: «Gunnel, ¿cuánto es siete por ocho?».

La chica automáticamente se tornaba lívida y tartamudeante decía lo primero que le venía en mente. Una vez se puso tan nerviosa que vomitó sobre el cuaderno. Naturalmente la respuesta siempre era incorrecta, ante lo que la clase prorrumpía en una carcajada que con el tiempo adquirió casi tintes rituales. Donald Göransson recibía su recompensa con una sonrisa de felicidad.

En una ocasión una de las víctimas trató de denunciar ante el consejo estudiantil los maltratos que infligía Göransson con el llavero, pero, a pesar de correr los años setenta, no se puede afirmar precisamente que las reformas educativas, la democracia escolar, la prohibición del castigo físico y demás modernidades hubieran arraigado en Tomelilla, así que el asunto pronto quedó en nada. Para ser francos, Donald Göransson no era el único docente que repartía cera a discreción entre sus alumnos sin que trascendiera fuera del aula.

Konrad había estado aguardando con ilusión la excursión al zoo de

Escania. Le habían asegurado que allí había lobos, lince y víboras.

—Supervenenosas —confirmó Sven Myrberg mientras subían al autobús.

Como de costumbre, Sven venía ya informado.

—Si te muerde, te fríe las venas. Pero, por suerte, no tienen ninguna cobra escupidora. Esa nos podría matar con un escupitajo mientras estamos pasmados mirándola.

—Ya te lo estás inventando todo otra vez, Sven —intervino el profesor Göransson.

En su asiento junto al conductor del autobús, había estado escuchándolo disimuladamente. Llevaba para la ocasión unos prismáticos colgados con una correa al cuello, además de una cazadora de marca Fjällräven y botines.

—Ninguna serpiente escupe. Además, no te tienen que dar miedo las serpientes, Sven. Ya sabes que las hormigas rojas acaban con ellas, ¿verdad?

El chófer y algunos de los escolares, que habían captado su maldad, se echaron a reír con crueles carcajadas. Sven guardó silencio y se volvió a su asiento. Allí apoyó la frente contra el cristal y murmuró algo que formó una capa de vaho sobre la ventana. «Gilipollas», había escrito con el dedo índice, borrándolo acto seguido para que nadie pudiera chivarse.

Tardaron apenas una hora en llegar a Frostavallen y ya a mitad de camino el autobús olía a calcetines gruesos, plátanos medio podridos y mohosos paquetes de bocadillos. Konrad abrió su recipiente de comida para echarle un vistazo. Signe había metido tres bocadillos de salchichas, un huevo cocido y un bollo de canela. Llevaba también una botella de zumo de naranja y dos coronas para comprar un helado en el puesto, aunque tuvo que dar mucho la tabarra para obtener el dinero.

—No le digas nada a mamá —le susurró finalmente Herman metiéndole la moneda mientras lanzaba una mirada nerviosa en dirección a la cocina.

En la casa de Eternit gris de los Jönsson no sobraba precisamente el dinero. Signe predicaba incesantemente que la austeridad era una virtud. Inducida por su pavor a la miseria, elaboraba sin descanso jarabes y confituras hasta llenar todo el sótano de botes de vidrio. Las noches se las pasaba siempre frente al televisor remendando y recosiendo las prendas que se le habían quedado pequeñas a Klas. Konrad las odiaba tanto como a su hermanastro. Parecía como que el olor nunca se les fuera. Le picaban y

rozaban. Pero todas las mañanas, sentado en calzoncillos sobre el borde de la cama, acababa poniéndose esa ropa.

Ahora Konrad apretaba en su mano la moneda que le había introducido Herman en el bolsillo del pantalón y repasaba en su mente la lista de helados. El polo de sabor a pera y el Puck bien valían su precio, pero eran un poco aburridos. Obviamente podías hacer la jugada de comprarte dos Igloo. Se preguntó si habría helado blando. No iban a poder comprar golosinas, eso se lo había dejado ya claro Göransson. Tendrían ocasión de comprar el helado después del almuerzo.

Antes de que Donald Göransson indicara que era la hora de comer, estuvieron dando vueltas un par de horas entre jaulas y cercados con alces, jabalíes y cabras hasta la extenuación. Caía una ligera llovizna y los niños trataron de apretujarse como pudieron bajo los refugios contra el viento situados entre el vallado de los ciervos y el estanque de las focas. El maestro se sentó solo a un lado y empezó a comerse una hamburguesa con un huevo frito acompañado de una cerveza sin alcohol.

Tras ingerir los bocadillos y el bollo de canela, y deshacerse del huevo cocido en un matorral de ortigas, Konrad ya no fue capaz de esperar más y se dirigió hasta el puesto de helados.

—Un Top Hat, por favor.

—Son dos coronas —dijo la chica de la ventanilla. Era rubia con trenzas y lo observaba recelosa, como convencida de que no tenía tanto dinero.

Konrad depositó el dinero sobre el mostrador con desdén.

—Échale también un poco de virutas de chocolate.

—Las virutas solo se le ponen al helado blando —contestó ella, insolente.

—Entonces da igual —dijo Konrad.

En el preciso instante en el que cogió el helado una sombra planeó sobre él, un nubarrón amenazante portador de malos presagios. A Konrad no le hacía falta darse la vuelta para saber de quién se trataba. Sintió una especie de mano fría oprimiéndole el corazón.

—¿Qué estás haciendo si se puede saber?

Donald Göransson lo contemplaba como si acabara de descubrir que había cazado un ratón en una trampa y barajara cuál podía ser el método más doloroso para sacrificarlo. El profesor esbozó una sonrisa gatuna.

—Me lo he comprado con mi dinero —pió Konrad miserablemente.

Göransson se volvió hacia la clase para asegurarse de que todo el mundo le prestaba atención. Algunos de los alumnos prorrumpieron en unas risitas expectantes mientras otros contenían la respiración aterrados.

—Que yo recuerde no he dado permiso para esto —declaró el profesor con un artificioso tono de sorpresa.

Konrad enmudeció.

—¿Verdad, niños? ¿Alguien me ha oído decir que podíais ir a compraros un helado?

Se oyó un murmullo y risas ahogadas entre la bandada infantil, pero nadie se atrevió a decir nada en voz alta.

—Muy bien. Entonces vas a ir a esa papelería de allí y vas a tirar tu helado —dijo Donald Göransson extendiendo su nudoso dedo índice, aunque su semblante permaneciera engañosamente manso como el de un pastor evangelista. Luego se mantuvo inmóvil un largo rato como si pretendiera posar para una estatua regia.

Y luego se rió burlescamente, el infame, con un gesto apenas perceptible, pero rebosante al mismo tiempo de placer y de desprecio.

Ahogando el llanto, Konrad se encaminó a la papelería y arrojó su Top Hat de dos coronas entre cáscaras de plátano y sándwiches a medio comer. Sus ojos se oscurecieron de odio cuando volvió a dirigir la mirada a Göransson.

—Bueno, ya está —exclamó jovialmente el maestro—. Ahora nos toca a nosotros, los que tenemos dinero, compraros un helado.

Fue en el autobús de regreso cuando Sven Myrberg le preguntó por primera vez sobre Agnes.

Nunca antes nadie había tocado el tema, y ya hacía tiempo que Konrad había comprendido que tampoco se esperaba de él que lo hiciera.

—Y tu madre, ¿dónde está realmente?

—¿Signe?

—No, tu madre de verdad...

Konrad se encoge de hombros y mira por la ventana. Ya ha oscurecido afuera. El autobús avanza a toda velocidad por una carretera provincial, a través de tupidos bosques de abetos, pero lo único que adivina es el reflejo

tergiversado de sus compañeros de clase. Ahueca las manos sobre el cristal, pero ni siquiera así consigue ver mucho, ni siquiera un alce escapado del zoológico. A Konrad le gustaron esos imponentes animales, que se pasaban el tiempo mascando con sus anchos hocicos detrás de la valla. Despedían un olor acre pero agradable. Deberían huir, pensó. No debe de ser tan difícil saltar de improviso la cerca y desaparecer en el bosque infinito.

—¿Es verdad que era de Polonia? —insiste Sven.

—Sí, ¿qué problema hay con eso? —le replica Konrad en un tono fuera de lugar.

—Ninguno —dice Sven y deja estar el asunto.

Permanecen callados bastante rato. Ahora huele a pedo y a sudor de pies en el autobús. Algunos de los niños se han dormido.

—¿Pero crees que está viva?

Konrad se siente de repente totalmente frío y vacío por dentro.

—¿O crees que se ha muerto?

—¡Por supuesto que vive! O, por lo menos, eso pienso —agrega en voz baja—. Una vez me dijeron que había ido a un sanatorio.

Sven Myrberg no acierta a preguntar lo que es un sanatorio, pero pone cara de saberlo.

—¡Qué imbécil ese Göransson! —señala pensativo cambiando de tema—. Se merecería que le metieran una sierra ardiendo por el culo...

8

La pizzería se llama Bella Napoli, pero la lleva un turco procedente de la ciudad septentrional de Kiruna.

El local tiene cuatro mesas redondas rodeadas de aromas saturados de humedad y anhelos frustrados. Hay manteles de cuadros rojos, flores de plástico en jarrones y velas en campanitas de cristal. De la pared cuelgan dos pósters enmarcados: en uno se observa una puesta de sol sobre Capri y en el otro esa misma esfera incandescente descende, esta vez, por detrás de la Mezquita Azul de Estambul.

El menú está plastificado y tan desgastado y rayado que apenas puede leerse, aunque un cartel sobre el mostrador proporciona consejos. «Las diez mejores del mes» muestra que la pizza de solomillo de cerdo ha sido la más popular, seguida de cerca por «La especialidad de Göksin»; Konrad no puede evitar preguntar al respecto.

—Una vez fue la de carne de alce —responde el hombre detrás del mostrador con un cantarín acento del norte—. Todo un éxito. Yo mismo lo atropellé a las afueras de Sjöbo.

Tiene el cutis recubierto de pequeños cráteres y un velloso y desordenado bigote sobre el labio superior. De su camiseta a rayas horizontales de gondolero, manchada de harina, asoman dos trozos de carne velludos a modo de brazos. La cadena de oro que lleva alrededor del cuello da la impresión de

pesar medio kilo.

—¿Carne de alce?

—Sí, aunque en general son de otros sobrantes de carne, como, por ejemplo, kebab. Suelo venderlo a precio especial. Para ser sincero, a menudo sabe a rayos. ¿Quiere probar?

Recoge un pedazo de masa de un recipiente en el frigorífico y empieza a amasarlo sobre la plancha de mármol.

—Creo que me quedo con una simple Margarita —dice Konrad prudentemente.

—Una opción inteligente —masculla el turco de la provincia de Norrland sin levantar la vista.

Las otras mesas están vacías. Unas moscas merodean alegremente en torno a un plato con bordes de pizza desechados. Un gato gordinflón con manchas marrones se restriega contra las patas de las sillas lanzando miradas hambrientas. Por un instante parece sopesar la posibilidad de brincar sobre la mesa para llevarse algunos restos de comida, pero luego decide que no vale la pena el esfuerzo. Konrad sigue al gato con la mirada hasta que se interna en la cocina.

Más tarde echa un vistazo a la calle a través de la polvorienta yuca de la ventana. La plaza parece tranquila, pese a que solo queda media hora para que comience la protesta. Tampoco se ve muy bien porque el cristal está atravesado por una grieta chapuceramente arreglada con cola y cinta protectora.

—Tómese una cerveza Efes —sugiere el turco—. Así combinará lo turco con lo italiano.

Konrad mueve la cabeza en un gesto de aprobación.

—Usted es Göksin, ¿verdad?

—El mismo que viste y calza.

—Tiene algunos enemigos —dice Konrad apuntando con el pulgar hacia el vidrio roto.

—Pues sí. Es la cuarta vez en medio año. No hace mucho me dejaron el cristal hecho añicos. Doce mil coronas me costó cambiarlo. Ahora hay que contentarse con un pequeño apaño.

Introduce la pizza en el horno después de extenderla a toda prisa, saca dos

botellas de cerveza de la nevera y, sin previa invitación, se sienta en la silla frente a Konrad. Quita las chapas con un abridor que se columpia en una cadena colgada del forro del pantalón. Luego ríe con cierto aire de resignación y sacude la cabeza, como si hubiera recordado algo cómico.

—Son tan cretinos...

—¿Quiénes?

—Bueno, la gente... Yo qué sé...

Göksin se saca de la boca una porción de tabaco *snus* y mira titubeante a su alrededor. Tras echar un vistazo en dirección a la maceta de la ventana, arroja el *snus* al plato junto a la pizza a medio comer y luego se abalanza hacia Konrad apoyándose sobre los codos, en un gesto de confidencialidad.

—Cuando llegué aquí hace tres años les dije a todos que era de Kiruna, porque es verdad. Mi padre se mudó allí en los sesenta, aproximadamente un año antes de que naciera yo. Trabajaba en la mina, y bueno, yo también. Hasta que una mañana, en ese ascensor que se movía a sacudidas me dije: Me niego a dejarme la piel en este jodido infierno oscuro el resto de mi vida. Así que cogí el ascensor de vuelta derecho al jefe, tiré el casco sobre su escritorio y me despedí. Luego me fui tan lejos como pude del frío y la oscuridad. Y me fue muy bien. Me dieron un subsidio para poner en marcha el negocio y todo lo demás. ¿Y sabe? Cuando le puse Bella Napoli a la pizzería todo el mundo pensaba que era italiano. Les pareció bien. Un ciudadano de la Unión Europea y eso. Pero al final alguien se dio cuenta...

Konrad lo mira sin comprender.

—¿Se dio cuenta de qué?

—De que ningún italiano se llama Göksin.

—Claro...

—Finalmente, algún lumbrera se percató. El de Norrland en realidad es turco. Un inmigrante de mierda. Fueron ellos los que empezaron a arrojar piedras contra mi ventana.

Se echa hacia atrás, abre sus fauces y realiza un rápido movimiento giratorio con la mano que sostiene la botella de cerveza, haciendo desaparecer su contenido con un remolino en la garganta. Emite un ruido gutural, como cuando el agua de la bañera termina de colarse en el desagüe, y golpea a continuación el casco contra la mesa con tal fuerza que salpica espuma.

—Cuatro en ocho segundos. Ese es mi récord. Me valió el segundo puesto en el concurso de bebedores de cerveza de Gruvtolvan, mi sindicato minero.

Konrad se deja impresionar. Da un sorbito a su Efes y no puede evitar sentirse un blandengue.

—¿Quiénes son?

—¿Los que tiran las piedras? ¡Qué demonios sé yo...! Aquí también hay buena gente, entiéndame, pero me gustaría echarles el guante a los cobardes miserables que han hecho esto.

—¿No puede tratarse de una simple gamberrada?

Göksin lo observa incrédulo.

—¿Cuatro veces seguidas?

Se levanta, va a recoger su pala de madera y saca del horno la Margarita de Konrad. La pizza echa humo y huele realmente bien. Konrad cae en la cuenta de que no ha comido nada desde la mañana. Se pasó la tarde durmiendo sin tener sueños en la cama del hotel. Göksin pone sobre la mesa un cuenco con una aceitosa ensalada de repollo aderezada con pimienta negra.

—No es por nada, pero, ¡joder!, ¡si es que he nacido en Suecia!

Konrad asiente y le da un bocado a la pizza. Le arde el paladar. El queso pringoso le quema y se lanza a por la cerveza.

—¡Dios!

Por un instante Göksin se esfuma en medio de una neblina lacrimógena. Konrad pestañea y se seca las lágrimas de los ojos con el pulgar. Al despejarse su visión advierte la sonrisita socarrona del turco. Moqueante, vuelve a clavar el cuchillo en la pizza.

Transcurrido un momento, Konrad intenta otra vez sondear la plaza a través de la palma de yuca y del vidrio resquebrajado. Parece que la cosa empieza a animarse a las puertas del establecimiento de venta de alcohol. Göksin se lleva el plato de la mesa vecina y sacude las migajas del mantel mientras habla entre dientes para sí mismo. Por su parte, Konrad termina rápidamente de comer, en silencio.

—Quizá estén allí —dice más tarde.

—¿Quiénes?

—Aquellos a los que no les gustan los turcos.

Konrad pone un billete de cien coronas sobre la mesa y se dispone a

abandonar el establecimiento.

—Ni los albaneses...

Nada más pisar la acera irrumpe el himno nacional en la plaza.

«Tú ancestral, tú libre, tú norte de altas cumbres...», vocifera un coro masculino a través de dos altavoces colocados en la caja de un camión. Al lado de este ondea una enseña azul y amarilla.

Frente al vehículo se concentra una tropa de hombres y mujeres de gesto adusto y rígido como si estuvieran asistiendo a un entierro. Uno que medio desganado y torpemente se pone firme, otro que mira alrededor nerviosamente, un grupito que entona el himno..., pero la mayoría se limita a mover los labios al tuntún, como si estuvieran buscando las palabras. En mitad de ellos hay un grupo de jovenzuelos de aspecto completamente diferente. Llevan la cabeza rapada, sus cráneos rugosos y blancos como bejines. Tatuajes belicosos adornan sus nuca y hombros. Parecen prestos para la batalla.

Cesa entonces la música. Un joven de flequillo rubio y mejillas encarnadas entrega su bandera al vecino y se encarama a la plataforma del camión. Lleva pantalones de pana bien planchados y un jersey de lana de cordero sobre la corbata. A pesar del calor.

A continuación, agarra el micrófono.

Los altavoces emiten un penetrante pitido y todo el mundo hace ademán de retroceder.

El segundo intento sale mejor:

—La justicia sueca ha capitulado ante la delincuencia de los extranjeros —inicia el orador y otea la plaza con una solemne expresión en el rostro.

Además de los participantes en el acto, alrededor de cuarenta personas, se han formado algunos grupitos de curiosos. Las alargadas y suaves sombras del atardecer se proyectan contra el empedrado. Konrad hace un repaso de los presentes, tratando de catalogarlos, de insertarlos en un patrón. A fin de cuentas, es por ese motivo que se encuentra ahí, para lograr algún tipo de estructura. Pero no lo logra. En la cara de una persona cree reconocer un rasgo que le resulta familiar. Un parpadeo, un modo de torcer la cabeza, una mirada inquieta... Luego desaparece ese elemento y todos se vuelven igual de anónimos.

Ya no reconoce esta sociedad. No es la suya. Tal vez nunca lo haya sido.

Un equipo de la televisión local está en el lugar, junto a bastantes otros periodistas enviados ex profeso. Konrad no reconoce a ninguno de ellos. Örjan Palander ha desplegado con oficio una silla de playa a rayas junto a la fuente, como si esperara una larga representación. Con su cuaderno de notas sobre las rodillas mira expectante, con los ojos entornados, hacia el piquete de la policía desplazado desde Ystad para la ocasión. Junto al puesto de comida se han estacionado una pandilla de adolescentes y hombres jóvenes que se diferencian claramente. Hay algo peculiar en sus ojos. Agresividad. Aunque intentan simular indiferencia. Tal vez una especie de miedo. Fuman y lanzan miradas de desprecio en dirección al desorientado grupo apostado junto al camión.

—¡Tore Torstensson es un héroe! —proclama el hombre del micrófono en un tono claramente desafiante. De lejos se aprecia su semblante congestionado. Deja tiempo para que las palabras se asienten. En la plaza reina un completo silencio.

De repente Konrad, siente que alguien lo observa fijamente, como una especie de calor en la mejilla, y rastrea la mirada desconocida. En un primer momento no entiende de dónde procede. Pero luego lo ve. Es Klas. Se encuentra solo, entre los asistentes, pero a algunos metros de distancia, como si no pudiera decidirse si de veras quiere formar parte de ellos. Lleva zuecos en los pies y una camiseta holgada con el logotipo de una central lechera de la provincia.

Sus miradas se cruzan un breve instante. Klas lo contempla con la mirada vacía e inexpresiva, como si su cerebro estuviera en otro lugar muy muy lejos de allí. Luego parece volver en sí de repente, le hace una señal casi imperceptible con la cabeza y se vuelve rápidamente hacia el orador.

—Tore Torstensson es un héroe porque lo que hizo es la obligación de cualquier sueco decente.

La voz del hombre montado sobre la caja del camión parece a punto de entrar en falsete. Baja entonces una octava su tono antes de proseguir.

—Tore defendió su hogar contra los intrusos y ahora lo han metido en la cárcel. Se está cometiendo una verdadera injusticia y nuestro deber como suecos es protestar.

El conferenciante alza una mano hacia el cielo del atardecer, pero la baja con premura mientras echa una inquieta ojeada a los fotógrafos. Su camarilla de fieles aplaude. Konrad ve cómo Klas hunde las manos en los bolsillos del pantalón y ahueca sus hombros poderosos como si fuera un toro.

En ese momento se alza otra voz.

—¡Asesino hijo de puta!

El grito del jovenzuelo junto al puesto de comida deja a todos petrificados. Ha avanzado dos pasos hacia el camión y extiende el dedo corazón rígido al aire, los ojos ardientes y la boca trazando una delgada línea. Sus compañeros se menean inquietos, sopesan su furia y evalúan sus opciones, como si no supieran muy bien qué hacer. Konrad advierte que hay algunas chicas adolescentes entre ellos.

—¡Asesino hijo de puta!

En esta ocasión algunos de los otros se suman a la llamada como en un eco.

Los participantes intercambian miradas vacilantes, excepto los cabezas rapadas, que lentamente empiezan a acercarse hacia el grupo situado junto al puesto de comida. El iracundo jovencito permanece inmóvil como una estatua, con el dedo en alto.

Acaso esas pocas palabras distorsionadas sean las únicas que sepan decir, pero el significado de su arrebató no se le escapa a nadie. El orador de la plataforma enmudece y mira inseguro a su alrededor al tiempo que los curiosos retroceden un poco. Las cámaras de los fotógrafos castañetean.

Durante un momento parece como si la situación pudiera irse de las manos, como si se hubiera encendido la mecha y la chispa se precipitara hacia el barril de pólvora sin que nadie quisiera apagarla.

Los cabezas rapadas sonrían con avidez. Junto al quiosco de comida se divisan músculos faciales tensos y puños fuertemente apretados. La explosión se antoja inevitable.

Sale entonces a escena una cuadrilla de policías que se alinea con las piernas abiertas entre el grupo de inmigrantes y el camión.

—Ahora todo el mundo tranquilito —dice el corpulento agente que parece estar al mando mientras engancha los pulgares por detrás del cinturón—. En este país hay libertad de reunión.

El joven exaltado le clava los ojos y respira pesadamente, mirando de reojo a los demás, como suplicando su apoyo. Baja luego el dedo y escupe con rabia al suelo. Un compañero tira de él y finalmente se deja llevar con desgana. La panda se va escabullendo por la esquina. El último en desaparecer es un muchachito escuálido que no aparenta más de diez años.

—¡Que os jodan! —exclama con voz de pito lanzando él también un escupitajo, antes de que una chica, posiblemente su hermana, lo agarre del brazo y se apresuren los dos tras la estela de los demás.

Cuando el hombre del camión vuelve a tomar el micrófono dibuja con la comisura de los labios una ligera sonrisa de indulgencia.

—Lo que acabamos de presenciar es una nueva prueba de que a ciertas personas les cuesta respetar la democracia y la libertad de expresión —pregona con aire triunfal.

Sus seguidores ríen entre dientes de un modo forzado.

Con el orador todavía pronunciando su discurso, el equipo de televisión empieza a llevar sus bártulos al vehículo. El espectáculo de la tarde ya ha finalizado. Los periodistas enviados empiezan a marcharse poco a poco hacia el hotel para elaborar sus artículos, seleccionar algunas imágenes y remitir el material a sus respectivas redacciones. Si se dan prisa, llegarán a tiempo para tomarse un par de cervezas antes de que cierre el bar. Konrad da un suspiro de alivio. Ninguno de ellos parece haberlo reconocido.

Cuando se disponía a irse siente una pesada mano sobre su hombro. Es Palander.

—Mats Blomberg —afirma señalando con la cabeza al hombre del jersey de lana de cordero que todavía no ha finalizado su intervención desde la caja del camión.

—Uno de los nuevos chicos listos. No es de aquí. Ha venido de Malmö para aprovechar la ocasión, por así decirlo. Bien manejada, esta historia puede ofrecerles grandes réditos a estos tipos.

Se saca su pitillera del bolsillo del chaleco y enciende uno de los puritos negros. En un impulso súbito, Konrad lo detiene antes de que vuelva a guardar el estuche. Ese tabaco polaco-cubano huele bien.

—No estaría mal probar uno de esos...

Palander arquea la ceja sorprendido y le da fuego. Konrad aspira el humo.

El alquitrán le escuece en su camino a los pulmones como si fuera ácido. Los ojos se le llenan de lágrimas por segunda vez esa tarde y comienza a toser.

—¡Dios mío!

Örjan Palander se ríe ahogadamente, con tanta intensidad que se sacude su estómago. Da la impresión de tener una pulla en la punta de la lengua, pero decide guardársela para sí mismo.

—¿Qué quiere decir? —grazna Konrad una vez que ha terminado de toser.

Palander adopta un gesto pícaro y apunta con el purito hacia la plataforma del camión, donde Blomberg parece estar finalizando.

—Hombre blanco es atacado por dos inmigrantes, defendiendo su hogar y su patria, y lo meten en chirona por ello. El hecho de que esté afiliado al partido no empeora precisamente el asunto. A estos tipos les encanta el victimismo. Es una verdadera situación de ensueño para ellos.

Konrad deja caer el purito al suelo a sus espaldas, confiando en que el otro no lo vea.

—Pero su gente de aquí no tiene las luces suficientes como para comprender el partido que se puede sacar de esta situación —continúa Palander—. Ellos son los verdaderos perjudicados de los nuevos tiempos que corren. Sienten que han perdido su tren y el miedo los convierte en personas enfurecidas, así que se agarran como náufragos a sus tablas de salvación: ¡Retrasad las manecillas del reloj! ¡Echad a todos los que destruyen nuestro bonito país! Y elaboran ensoñaciones sobre los comienzos del estado del bienestar, en los que todo el mundo comía el mismo tipo de salchicha y reinaba la tranquilidad y la armonía. Mi mamá me mima, mi papá fuma pipa, ya sabe. Y todos eran felices y comían perdices.

—¿Pero ha sido alguna vez así?

—Por supuesto que no, pero lo importante es la imagen. Sobre ella se basa su nacionalismo. La imagen del feliz estado del bienestar.

Konrad observa a los asistentes, congregados delante del camión. La mayoría son hombres y mujeres de mediana edad. Se esfuerza por leer sus pensamientos. ¿Ve cólera en ellos? ¿Deseos de venganza? No, nada por el estilo. La mayor parte de los rostros se antojan vacíos. Algunos parecen incómodos, como queriendo que termine todo. Konrad tiene la impresión de que añoran el sofá frente al televisor de su casa, con sus programas de

variedades.

—En cualquier caso —retoma Palander—, cuando las cosas se ponen calientes y saben que ha acudido la prensa, el partido envía naturalmente a un tipo inteligente, como Mats Blomberg.

—¿Y ahora qué?

—Es difícil de saber. Blomberg seguramente se había esperado algo más de acción esta tarde. Un ataque en toda regla por parte de esos jóvenes inmigrantes para que la policía tuviera que intervenir. Eso hubiera sido lo ideal. En realidad, a los cabezas rapadas no los quieren en sus filas. Casi siempre son fuente de problemas.

—¿Quiénes eran los otros?

—¿El grupo de inmigrantes? No lo sé muy bien. No me sorprendería que alguno de ellos fuera familiar de los pobres a los que les volaron la cabeza en Onslunda. Pensé hacerle algunas preguntas al muchacho que levantó el dedo, pero se ha largado tan rápido. Tendré que esperar a mañana.

Un apagado aplauso procedente de la zona del camión indica que el acto ha terminado. Palander se disculpa raudo y va en busca de Blomberg. Konrad le ve torcer la cabeza mientras hace algunas preguntas y anota en su bloc. Mats Blomberg parece tener muchas cosas que decir, por lo que Palander, que apunta y gesticula agitando el bolígrafo, debe interrumpirlo varias veces. Unos minutos después da la impresión de tener suficiente.

Al regresar, la plaza está ya prácticamente vacía. Konrad observa rostros confusos, como si la gente no estuviera muy segura de lo que acaba de presenciar. El sol ha desaparecido por detrás de la caja de ahorros, pero aún queda un rato antes de que anochezca. Tal vez sea la visión del mostacho de mayorista de Palander lo que le recuerde a Konrad que falta menos de una semana para el día de San Juan.

—Bueno, ¿qué? —pregunta, curioso.

—«Hay tres tipos de mentiras: las mentiras, las mentiras podridas y las estadísticas.»

—Mark Twain —replica ágilmente Konrad.

Palander parece impresionado.

—Es un manantial inagotable de estadísticas sobre delincuencia. Si hacemos caso a todo lo que dice, no hay ni un solo sueco nativo que haya

cometido un asesinato o violación en el último medio siglo.

—¿Nada nuevo entonces?

—La misma cantinela de siempre. Es escurridizo como una anguila.

—He estado pensando en sus palabras —confiesa Konrad.

—¿Ah, sí?

—También podría ocurrir al revés. Quizá no sea en absoluto un sueño para ellos, sino una pesadilla. De hecho, el relato puede resultar completamente diferente a lo esperado: «Un miembro de los Demócratas de Suecia mata a sangre fría a unos chicos inocentes».

Palander agita poco convencido la cabeza.

—Tal vez... Pero la cuestión es si eso les importa mucho a ellos.

—¿Qué quiere decir?

—Creo que lo fundamental es el conflicto. El miedo. Llevar el agua a su molino y seguir dando la lata con que lo multicultural no funciona, que al mezclar negro y blanco todo se va al garete.

Más tarde se dan la mano y cada uno se marcha por su lado, Palander para escribir un artículo, y Konrad para..., bueno, en realidad no lo sabe muy bien. Tal vez para matar una hora en el bar, aunque tampoco le parezca una opción particularmente atractiva.

En su paseo camino al hotel avista otra figura conocida: Gertrud, que acaba de pasar junto al pub irlandés y el pequeño repecho del paso a nivel, y está a punto de desaparecer por la esquina del edificio de la estación.

Solo acierta a vislumbrar su perfil, su cabello pelirrojo lanzado al vuelo por una ráfaga de viento.

Pero no le cabe duda. Es Gertrud.

9

El calor hace que Konrad añore el mar.

Hace mucho tiempo se lanzó a los océanos para escapar. Lo más lejos posible.

Con diecisiete años, llevando a cuestas amargos recuerdos y la desgastada maleta a cuadros marrones de Signe, cuya asa se la clavaba en la mano, compró un billete de tren solo de ida a Malmö. Era temprano por la mañana, después de la última noche. Una sensación de vacío se había impuesto dentro de su pecho sobre la rabia, pero no regresaría nunca jamás. Era una promesa solemne que se había hecho a sí mismo. El mango del mazo de Herman, que con tanta fuerza había apretado esa noche, lo dejó en la estación. Había estado tan cerca de matar. Cuando el tren abandonó el andén, no miró en ningún momento atrás.

—Es por tu propio bien, Konrad. Creo que si te ve, te mata a golpes.

Las palabras de Signe, la infelicidad en su mirada, lo acompañaron durante un tiempo. La sombra de Herman despidiéndose con la mano al otro lado de la ventana de la cocina. Pero en breve desaparecerían para siempre.

Había olvidado los motivos por los que había viajado precisamente a Oslo para enrolarse. Tal vez porque se lo aconsejaron, o acaso porque el dinero solo le alcanzó hasta allí. En cualquier caso, el armador no le hizo ninguna pregunta y el sueldo estaba bien.

Durante las primeras semanas, las prolongadas marejadas del Atlántico lo hicieron vomitar día y noche. Los marineros más veteranos se reían de él, y aun así no echó de menos su casa ni un solo segundo. Cuando avistaron el estrecho de Ormuz por primera vez, Konrad ya tenía callos en los puños como un hombre hecho y derecho.

El petrolero *Knut Hamsun* tenía una tripulación de veintiséis personas. Konrad era el más joven, pero no por ello ocupaba el último lugar de la escala. Ese honor correspondía a los marineros filipinos, al margen de su edad. Pronto aprendería de los noruegos que a los amarillos había que tenerlos atados corto.

A Konrad le gustaba la vida en alta mar. Había dejado tras de sí todas aquellas estrecheces de miras y las mezquindades, las insidias y los lugares ya manidos. Las miradas antipáticas y los chismorreos.

En el mar era libre. O al menos eso creía al principio. Había un orden establecido, sabías quién mandaba, y cuando las cosas se ponían feas, lo más aconsejable casi siempre era cerrar el pico.

Los buques cisterna y cargueros lo llevaron a lugares que únicamente había visitado en sus sueños. Estuvo en Nueva York y Río de Janeiro, en Rotterdam y Áqaba, y muy a menudo en el golfo Pérsico.

Finalmente, Konrad acabó hartándose después de siete años. No por la dureza del trabajo, sino por la lentitud. La mayor parte del tiempo se lo pasaba mirando el cielo y el mar. Los días eran idénticos unos a otros. Tenía demasiado tiempo para pensar. Lo único que cambiaba eran los matices de las puestas de sol.

El frío del norte y el rugir de las tormentas. El acero de la embarcación, que implacable se abría camino entre las grises masas de agua.

Todo eso lo lleva consigo.

Pero Konrad se acuerda con más frecuencia del viento tibio que ayudaba a refrescarse. Y cuando en verano aprieta el calor, siempre echa en falta el mar.

La llamada de Eva Ström pidiéndole que cogiera el coche y fuera a Ystad supone casi una liberación. El termómetro del exterior del vestíbulo del hotel marca veintisiete grados a la sombra, aunque todavía sea temprano por la mañana.

—Son solo algunos interrogantes que debemos aclarar —explica la agente.

—Parece ser algo sencillo —responde él, desenfadado, guardándose luego el móvil en el bolsillo.

A la hora de marcharse echa un vistazo en el vestíbulo para comprobar si está Gertrud, pero no la ve. Konrad no ha vuelto a hablar con ella desde la primera mañana que estuvo en el hotel. Le perdió el rastro desde que se esfumó tras la concentración de la plaza.

Desde Tomelilla hasta la costa del sur no hay más de quince kilómetros en línea recta. Tarda poco más de un cuarto de hora en abandonar la localidad, torcer hacia el sur a la altura de la iglesia de Benestad y adentrarse en Ystad ya con las ventanillas bajadas, pasando luego junto a la antigua torre de agua con aspecto de biberón. Aparca su Opel delante de la comisaría y contempla el antiestético edificio de ladrillo antes de entrar en el vestíbulo.

En la recepción encuentra solo a una mujer uniformada. Lleva el cabello recogido en un descuidado moño atravesado por un lápiz y parece infinitamente aburrida. Konrad resiste el impulso de preguntar por Kurt Wallander. Puede ver por un instante la figura abotagada del resacoso comisario aproximándose cansinamente desde el cuarto de la cafetera al fondo del pasillo.

—Eva Ström —termina diciendo—. Busco a Eva Ström.

—¿Y quién es usted?

La recepcionista remata su pregunta con la boca abierta, como si no quisiera desconcentrarse escuchando la respuesta y masticando al mismo tiempo. Sobre el mostrador contiguo hay una cajita con chicles de nicotina. Parece impaciente. Le cuelga de una de las orejas el cable de un iPod. Konrad advierte que tamborilea furtivamente con los dedos sobre el tablero al ritmo de la música.

—Konrad Jonsson. Me ha pedido que viniera.

—Siéntese —le ordena la mujer señalando con la cabeza hacia un conjunto de sillones de cuero negro debajo del tablón de anuncios.

La funcionaria levanta el auricular, pero antes siquiera de que Konrad haya tenido tiempo de sentarse, se abre impetuosamente una de las puertas blindadas. Eva Ström parece tener prisa. Tiene un aire considerablemente más severo que la última vez y apenas lo saluda.

—Va a hablar con el comisario —le suelta.

—¿Wallander? —replica sin poder evitarlo.

Ström aprieta sus ojos rasgados, lo que le ensancha aún más la cara. Konrad no puede discernir si se trata de una sonrisa o de otra cosa. Quizá tenga sangre esquimal en la familia, reflexiona.

—Nada de eso —dice Eva Ström—. Más bien todo lo contrario, si es que se puede decir. Se llama Björn Bernhardsson y adivine si ya ha tenido ocasión de escuchar ese tipo de bromas sobre Wallander...

Para su sorpresa, Konrad no es conducido al despacho del comisario ni tampoco a una sala de interrogatorios, en la que policías, testigos y víctimas pueden observarlo a través de cristales ahumados. Una gran mesa oval de madera clara de abedul es lo primero que ve cuando Eva Ström abre la puerta. Detrás de ella hay un rotafolio. Alguien ha dibujado con un rotulador flechas de un sitio para otro, acompañadas de cifras. Tal vez la planificación de una redada. Konrad supone que se encuentra en una especie de sala de conferencias. Quizá quieran hacer que se confíe antes de tenderle la trampa. En cualquier caso, se está fresquito con el aire acondicionado.

Bernhardsson ya está allí. Al verlo, Konrad comprende lo que quería decir Eva Ström.

El comisario es extremadamente pequeño, delgado y nervudo. Su cabeza calva y algo rugosa lo dota de una apariencia de reptil. Bernhardsson lleva una camisa de un blanco deslumbrante, corbata de seda color lima y un traje a rayas con aspecto de ser caro. Su mirada venenosa evidencia que no está para bromas. Ni ese día ni ningún otro.

—¿Café?

Bernhardsson debe rondar los sesenta, pero habla como un chaval al que aún no le ha mudado la voz. Konrad acepta con un movimiento de cabeza y coge el vaso de cartón que se le ofrece. Eva Ström rechaza el ofrecimiento con la mano.

—Estómago de policía. Trato de limitarme a dos tazas al día —explica mientras se deja caer en el sillón más cercano a la puerta.

Bernhardsson da unos sorbitos a su café humeante. Se ha traído de la sala su propia taza, donde puede leerse «Mi abuelito es el mejor». Examina a Konrad por encima del canto del recipiente.

—Estamos hasta arriba —toma la palabra el comisario—. Cuatro víctimas mortales que investigar de una tacada. No es algo habitual en Ystad.

Señala con la taza una silla y él se sienta en otra, tal vez demasiado cerca para que Konrad pueda sentirse cómodo. Bernhardsson gesticula, pero no logra ahogar por completo un eructo silencioso. Konrad retrasa discretamente un poco su asiento a fin de evitar el aliento del comisario.

—Ya conoce a la inspectora Eva Ström, pero nos haría falta saber algunos detalles más. Lo cierto es que no conseguimos comprender el asesinato de sus... padres adoptivos.

—¿No tienen ninguna pista?

Bernhardsson, ignorando su pregunta, saca unos papeles de una carpeta marrón.

—Me gustaría que me explicara con todo detalle qué hizo el doce y el trece de junio. Fue la noche entre esos dos días cuando acabaron con la vida de Herman y Signe Jönsson.

Su mirada lo muestra inequívocamente. El comisario es un lagarto mortífero a la caza de una presa. Al menor desvarío o evasiva atacará. Konrad siente cómo se le forma un nudo en el estómago.

—Ya se lo he contado —responde y lamenta de inmediato no haberse limitado a hacer lo que le ha pedido su interlocutor.

Bernhardsson se humedece con la lengua sus finos labios.

—En fin —añade Konrad al instante—. Seguramente estaba en el apartamento de Möllan, o sea, de la plaza Möllevång de Malmö. Hace unos meses que subalquilo un apartamento allí.

—¿Seguramente?

—Sí.

—¿Se trata de una conclusión o de algo que recuerda realmente?

Konrad mira a Bernhardsson y luego a Eva Ström, pero no advierte en ellos intención alguna de ayudarlo en su contestación.

Cierra entonces los ojos y se esfuerza por contar los días, en vano. Desde que ocurrió lo de Mahmud y volvió a Berlín, la vida de Konrad ha sido un desastre. De repente sintió como si ya no conociera a Sonja ni a sus antiguos amigos. La cosa tampoco mejoró al mudarse a Malmö. Acaso se tratara de una huida sin sentido, o quizá intuyera que ya era el momento de regresar... a casa.

Esa palabra de su pensamiento lo irrita: ¿qué casa?

En Berlín al menos conducía un taxi de vez en cuando, lo que lo obligaba a mantenerse sobrio. Pero en Malmö... ¿Qué hacía de sus días? Konrad guardaba un recuerdo difuso de haber estado frente al ordenador en esa habitación oprimente, en su mayor parte borracho como una cuba, para poder escribir algo que valiera la pena. Tiene que haber dormido mucho.

—¿No tiene ninguna agenda que pueda consultar?

—No.

De repente siente una avalancha de ira recorriéndole el cuerpo. ¿Por qué tiene que estar ahí sentado avergonzándose? Simplemente porque esos inútiles policías de pueblo no son capaces de hacer su trabajo. ¿Por qué tienen que inmiscuirse en su vida, su desesperante vida de mierda? Konrad logra contenerse en el último momento. No perder los papeles. Nada de patéticos ataques de cólera ahora.

—En serio no pensarán que yo...

—¿De qué vive en la actualidad? —interrumpe Bernhardsson.

—¿Cómo dice?

—Debe de tener algún tipo de ingreso, porque supongo que no es una carga para la sociedad y vive de los subsidios...

—No, tengo algo de dinero... Bueno, tenía.

—¿De su actividad como periodista en Berlín?

Su mirada es gélida y la voz rezuma incredulidad.

—Sí, me fue bastante bien durante un tiempo. Trabajaba por cuenta propia para algunos diarios alemanes importantes. Guardé un poco de dinero para mi pensión. Luego sufrí un... accidente, por llamarlo de algún modo. Así que lo dejé.

Konrad tiene que realizar un esfuerzo titánico para apartar los recuerdos de su mente. No hay imágenes. Solo oscuridad. Sonidos y aromas. Unas voces exaltadas. Las penosas súplicas de Mahmud. El disparo que retumba en su cabeza. Y los olores. Acero, pólvora y sangre caliente.

¿Por qué no hizo nada?

Konrad reprime los últimos destellos y abre los ojos.

—Ahora se me ha acabado prácticamente el dinero —confiesa.

—Fue una tragedia —exclama Bernhardsson con un suspiro, y parece

decirlo de corazón.

—La noticia tuvo bastante difusión aquí —interviene Eva Ström—. En los informativos y eso, pero usted se mantuvo al margen. Nunca contó públicamente su versión, ¿verdad?

—No.

—No nos adelantemos en eso ahora. El asunto que debemos abordar aquí es si puede probar de algún modo dónde se encontraba esa noche crítica, la del doce de junio.

La límpida voz de niño de Bernhardsson recupera ahora su implacabilidad. El comisario aprovecha para arreglarse su corbata verde.

—Por desgracia, no —contesta Konrad sacudiendo la cabeza—. No puedo decir nada concreto... Simplemente no me acuerdo.

—¿Pero se hallaba en Malmö?

—Sí, sin lugar a dudas. Tiene que haber sido así.

—Contamos con un testigo muy creíble que afirma otra cosa.

Bernhardsson permanece inmóvil a la espera de su presa, como incitándola a que inicie su movimiento. A que se acerque. O huya.

—¿Quién?

—No se lo puedo desvelar.

Konrad se vuelve hacia Eva Ström, que lo mira fija e imperturbablemente a los ojos, con su rostro de esquimal. Su mirada es una advertencia. No piensa acudir a su rescate.

—La persona a la que me refiero lo ha visto aquí, en Tomelilla, ya entrada la noche del doce de junio. De hecho, menos de una hora antes del momento en que, según el forense, dispararon a Herman y Signe Jönsson.

Súbitamente le cuesta trabajo respirar el aire de la habitación. ¿Se ha apagado el aire acondicionado? Konrad suda. Se siente atrapado por una pegajosa telaraña, en unos hilos invisibles, pero duros y resistentes.

—La cosa no pinta nada bien —agrega Eva Ström—. Si hay algo que nos está ocultando, es el momento de confesarlo.

Está totalmente vacío. Konrad se encoge de hombros resignado.

Los tres permanecen callados un largo instante, que se hace eterno. Aunque el reloj digital de la pared no avanza más que un minuto antes de ponerse Bernhardsson en pie.

—Consulté con el fiscal antes de que acudiera usted. Ha de saber, Konrad, que está muy cerca de ser detenido. Tiene un motivo y ninguna coartada, pero el fiscal opinaba que debíamos esperar...

El comisario abre la puerta del pasillo y la deja entreabierta.

—Reflexione para ver si puede conseguir algo que demuestre que no miente. El recibo de un cajero automático o de una gasolinera, o algún tipo de pago con tarjeta de crédito en cualquier lugar —señala Bernhardsson.

Que no miente. Konrad está a punto de protestar contra esa expresión, pero no se siente con fuerzas.

Se levanta, saluda a Eva Ström con una leve inclinación de la cabeza y sale de la habitación. Tras dar unos pasos en el corredor lo detiene la aguda voz del comisario.

—Queremos que se ponga en contacto con nosotros por lo menos una vez al día. Hasta nueva orden. Es una decisión del fiscal.

Konrad recoge la tarjeta de visita con el número de teléfono y abandona la comisaría sin decir palabra.

El calor lo golpea como una bofetada. No hay ni una ligera brisa en el aparcamiento. Debe de estar preparándose una tormenta, piensa. Vendría muy bien una borrasca para aliviar la presión. Pero el cielo aparece totalmente azul, sin una mísera nube. La calle está prácticamente desierta. Solo un pájaro carbonero trina débilmente en la copa de un abedul.

El coche está ardiendo como un horno, así que baja ambas ventanillas y arranca tan rápido como puede. Hace tiempo que dejó de funcionar el climatizador, pero al menos el reproductor de CD suena bien. Konrad rebusca en la guantera y encuentra un disco de Bruce Springsteen. Lo inserta y sube el volumen.

Voy a vaciarme el cerebro, piensa. Limpiármelo.

Aumenta la velocidad rumbo al este, a través de Sandskogen, sintiendo cómo el viento le echa el pelo para atrás. Los bramidos del saxofón de Clarence Clemons. Konrad está solo y a voz en grito entona:

*Nena, esta ciudad te desgarrá los huesos de la espalda.
Es una trampa mortal, un golpe suicida,*

*tenemos que salir mientras seamos jóvenes,
porque los vagabundos como nosotros, nena,
hemos nacido para correr.*

No hay casi nada de tráfico. Por lo visto, la gente no había previsto esta temprana ola de calor. La estampida vacacional se hará esperar hasta después de San Juan. Por el momento, la mayoría se limita a sudar en sus respectivos trabajos.

El mar.

Era eso lo que lo atraía. Konrad decide bordear la costa en dirección este y norte.

Al pasar junto a los pinares de Sandhammaren rumbo a Simrishamn le sobrevienen los pensamientos. Tras la noticia de la muerte de Herman y Signe no ha bebido prácticamente nada, a pesar de lo cual siente como si estuviera en trance de derrumbarse, a punto de hundirse en un pantano sin fondo que tira de él hacia abajo. La decisión de regresar ya no le parece tan inteligente. ¿Pero qué otra opción tenía? Konrad maldice su debilidad y todas las veces que se ha emborrachado en un estado de patética autocompasión. No puede hacer caso de su visceral impulso y huir simplemente de toda esa mierda. La policía lo localizaría rápidamente. La idea de ser detenido y encerrado en una celda le resulta insoportable. Por cierto, ¿le estarán vigilando ahora mismo? ¿Habrán pinchado su teléfono? Konrad siente un desagradable cosquilleo en la columna vertebral, como si se le hubieran metido hormigas por debajo de la camisa. Trata de desembarazarse de los recelos.

En realidad, se dice, es fundamental que él mismo sea consciente de su propia inocencia. La justicia sueca no puede ser tan ciega como para condenar a un inocente, ¿verdad? Pero quién demonios sabe...

—Tienes que averiguar la verdad por ti mismo —se dice en voz alta oyendo cómo sus palabras alzan el vuelo en compañía de Springsteen a través de la ventanilla del coche.

¿La verdad acerca de qué?

Quién mató a Herman y Signe, obviamente.

Pero Konrad se sorprende de que sea otro misterio el que, una y otra vez, se aparezca en su mente.

Diminutos retazos de recuerdos van tomando cuerpo poco a poco en su cerebro. Las imágenes siguen siendo difusas, apenas discernibles. Sin embargo, Konrad empieza a presentir que tal vez un día sea capaz de ver su significado.

¿Agnes, adónde fuiste a parar?

El móvil lo arranca de sus cavilaciones. Suena estridentemente en el asiento del copiloto y Konrad se teme lo peor. No reconoce el número que aparece en la pantalla.

—¿Diga?

—Hola, soy Linus Persson, del periódico *Expressen*. ¡Por favor, no cuelgue todavía!

Konrad suspira profundamente. Es la tercera propuesta desde que Palander publicara el artículo sobre él y la herencia de Herman y Signe.

—No me interesa.

—Espere —resuella nerviosa la voz—. Usted también es periodista. Comprenderá que su caso es de un enorme interés para la opinión pública.

—Lo que quiere decir es que la gente siente curiosidad. Eso no es problema mío.

—Pensaba hacerle una entrevista en profundidad, en la que cuente lo que pasó en Bagdad y ahora acerca del asesinato de sus padres adoptivos. El redactor jefe me ha dado el visto bueno para ofrecerle cierta compensación...

—Lo siento. Es el tercero que me pregunta.

—¡Venga hombre! Muestre un poco de solidaridad con un colega.

—Ya no tengo tiempo.

Súbitamente se desvanece la amabilidad de la voz de Linus Persson.

—Ya sabes que al final vamos a escribir lo que queramos y, ¡joder!, eres sospechoso de asesinato...

—Haz lo que te dé la gana...

Konrad cuelga y maldice para sus adentros. En realidad le gustaría apagar el móvil, pero la policía podría creer que se está escabullendo. ¡A la mierda lo que pueda escribir Linus Persson en su periodicucho!

La posada de Svinaberga se ubica a la sombra de dos enormes robles,

justo al lado de la carretera. Se trata de una lúgubre edificación, rodeada de un profundo verdor que se extiende por la pendiente hasta llegar a una dehesa con enebros, pedruscos enormes y blancas vacas de manchas amarillentas apostadas bajo los árboles. Sobre el rellano hay una gasolinera, algunas cajas de frutas apiladas y un pequeño y vetusto tractor de color rojo.

Konrad no puede evitar hacer un alto en el camino.

Se adentra en la oscuridad y en un primer momento no acierta a ver nada. Luego se le aparece un local gris y vacío, decorado con madera oscura y una alfombra de fieltro punzonado en el suelo. Conserva un olor a cerveza derramada y borrachera vieja. En una pizarra se ofrece cerdo asado con salsa de cebolla por sesenta y cinco coronas.

Detrás de los grifos de cerveza de la barra hay un hombre que resulta ser el propietario, cocinero, camarero y barman del establecimiento, todo en uno. Una persona obesa, con un pendiente en la oreja, que lleva unos pantalones de cuadros pequeños con manchas de salsa. La tripa, embutida en una camisa negra, le cuelga sobre el cinturón como una balsa neumática pinchada.

Aparte del dueño solo hay otra persona en el local, una muchachita flaca sentada en la mesa de la esquina con una montaña de albóndigas y un bote de plástico de ketchup delante de ella. Tiene una cara extrañamente arrugada, como si hubiera envejecido prematuramente, la frente surcada por pliegues profundos y meditabundos. Abraza su muñeca con fuerza y contempla preocupada las albóndigas.

—Quisiera lomo de cerdo con salsa de cebolla —dice Konrad vacilante, tratando de apartar la vista de la niña.

—Está de rechupete —constata el gordo—. Además, llena. Con esto va a aguantar bastante tiempo.

Diez minutos más tarde le pone sobre la mesa un plato con una cantidad nada desdeñable de filetes de cerdo y patatas nuevas anegadas en salsa. La niña, tal vez su hija, ha desaparecido.

—¿Cómo va el negocio?

El camarero-cocinero se para en seco con aire desdichado.

—Ya lo puede ver. Vacío. Así está casi siempre.

—Tendría que haber un montón de gente —declara Konrad sin precisar los motivos de su apreciación.

—Efectivamente...

Konrad recuerda entonces algo.

—Creo que en el pasado había un salón de baile allí arriba, entre los manzanares. En los setenta...

El afligido restaurador esboza una furtiva sonrisa, tras lo que vuelve a hundir sus mejillas.

—Sí, recuerdo ese lugar —confirma con aire nostálgico—. Magic Eye se llamaba, el ojo mágico. Se encontraba en el sótano de un antiguo almacén de fruta, subiendo un poco por la cuesta. Se liaba buena entre los manzanos... Más de uno perdió allí su virginidad.

—¿No seguirá existiendo...?

—¡Qué va!

El señor grueso sacude la cabeza, pero no se va de la mesa, dando la impresión de que no le importaría charlar un ratito más. De sus desastrosos negocios, por ejemplo.

—Son los turistas —afirma—. No les gusta la cocina casera. Los peores son los de Estocolmo, unos malditos señoritingos. Ellos lo quieren todo elegante y con estilo. Ahora hay un montón de sitios de esos por estos lares. Dos espárragos y una gamba en un montoncito. ¿Quién demonios puede quedarse satisfecho con eso?

Konrad asiente con la cabeza.

—Empecé con pizza y kebab y durante un tiempo me fue bastante bien —suspira el propietario mirando hacia la esquina pegada a la barra, donde puede verse un horno de pizza de acero sobre un banco unido a la pared—. Me traje a un pizzaiolo de Montenegro, bastante bueno. Pero el hijo de puta se largó el invierno pasado.

—¿Se escapó?

—Sí, se largó sin decir ni pío y aquí me quedé yo con un horno recién comprado. Yo no puedo estar con el horno y en la cocina al mismo tiempo.

—Una pena —comenta Konrad.

El otro lo confirma con un gesto pensativo.

—Lo peor de todo es que se llevó a mi mujer...

No es de extrañar pues que la niña parezca estar triste, se dice Konrad al sentarse un momento más tarde frente al volante.

En el prado del mercado situado sobre Kivik ya empieza a amarillear la hierba, a pesar de que queda todo un mes para que se arremoline el gentío entre comerciantes de cestos, puestos de chucherías, vendedores ambulantes de perritos procedentes de la provincia de Esmalandia, insistentes cuchilleros y los ruidosos tiovivos del parque de atracciones. Ahora apenas se ve a nadie.

Unos kilómetros más adelante Konrad gira en dirección al campo de tiro de Ravlunda. Encuentra un polvoriento camino de tierra que atraviesa el bosque de hayas, arces y pinos, el cual alberga aquí y allí pequeños claros con cercados de piedra, suave hierba y nudosos robles.

Al abrirse el paisaje ve el caminar indolente de unos caballos sobre los brezos. A baja altura surcan el cielo gorjeantes alondras de los prados, mientras que rebaños de ovejas blancas y grises oscuras se apretujan en cualquier lugar donde encuentran sombra.

Y luego el mar.

Amable y reluciente.

Konrad estaciona el vehículo bajo un viejo cerezo y recorre a pie el último tramo. Va a sentarse donde la duna de arena recubierta de hierba se asoma al mar. Desde el puerto de Vitemölla resuena un pequeño barco pesquero y, un poco más allá, Stenshuvud posa su cuerpo de color verde oscuro en el mar. Hacia el norte divisa el contorno de los silos portuarios de hus.

Llena sus pulmones de aire y se tiende en el suelo. Sobre su cabeza chillan un par de gaviotas.

La tierra despide un agradable olor a hierba y a serpol.

Sven Myrberg se le aparece de improviso en la mente. A veces venían aquí desde Tomelilla haciendo autostop o pedaleando como fieras en sus bicicletas. A Sven le costaba trabajo con su cojera. En alguna ocasión pudieron acompañar a un pescador y lanzar redes para la pesca de la platija, solo por diversión. A ambos les gustaba dar vueltas por el bosque.

Konrad sonrío al recordar el andar tambaleante de su camarada, aunque ello no vaya acompañado de una sensación agradable.

Cuando montaban el mercado en Kivik, Sven no se cansaba jamás de ver los Jinetes de la Muerte, de William Arne. Una y otra vez obligaba a Konrad a acompañarlo dentro del estruendoso tonel de madera sobre cuyas paredes intrépidos motociclistas daban vueltas con sus vehículos como moscas

rabiosas. Después solía soltar entusiasmados discursos sobre cómo la fuerza centrífuga es capaz de vencer las leyes de la gravedad.

—Tienes que pisar el acelerador como un loco y coger velocidad. Si te asustas, la has cagado. Estás perdido.

Cuando Konrad y Sven se hicieron un poco más mayores, los principales atractivos eran las strippers de El Dorado y los espectáculos en directo de El Rubí Rojo. Raras veces el dinero les alcanzaba para la entrada, pero las señoritas vestidas de lentejuelas ya mostraban en la balaustrada del exterior de la carpa una apetitosa carne blanquecina suficiente mientras se anunciaban sus números acrobáticos. A veces se podía mirar a hurtadillas por las ventanas de sus caravanas, donde, según se decía, atendían visitas. Y si tenías mucha suerte te podías colar por debajo de la lona de la carpa y ver toda una representación gratis.

—He estado pensando en la tipa del culo enorme toda la noche —le confesó Sven una mañana—. Me he hecho seis pajas.

—Yo también —admitió a su vez Konrad.

Mucho más tarde reparó en ello: Sven Myrberg nunca dio pruebas de ser muy diferente cuando se acercaban sigilosamente a las strippers de Kivik.

10

Herman y Signe creían en la Palabra que se expresaba a través de la Biblia y se predicaba en la iglesia del pastor Waltersson.

Dios creó la Tierra en seis días y al séptimo descansó. El hecho de que Herman no tuviera que acudir a la sección de destripado del matadero de Scan más que cinco días a la semana y que Signe no se viera obligada a fregar escaleras los fines de semana eran ventajas que los socialdemócratas habían conseguido obtener del mismísimo Señor. Los Jönsson confiaban ciegamente en ambas partes, aunque lo celestial, naturalmente, precedía a lo terrenal.

—Es con los adeptos de la Iglesia libre con quien debes tener cuidado. No lo olvides, Konrad —afirmaba Herman bonachonamente esbozando una sonrisa mientras sorbía su café en la mesa de la cocina, bajo el tapiz bordado.

En esos términos se expresaba Waltersson. Cada domingo, después de misa, solía hacer un aparte con Herman y Signe, en el exterior del templo, a fin de dirigirles un par de palabras de advertencia. Los Jönsson no eran los únicos. El sacerdote sabía detectar a las almas dóciles de la parroquia, y tenía el sentido común suficiente como para comprender que Satán podía manifestarse de distintas formas, en función de quién fuera la persona susceptible de perdición.

En el caso de Herman y Signe no era la botella, y mucho menos herejía política alguna. De todas formas, al pueblo no le había alcanzado la ola

revolucionaria de izquierdas, pese a correr la década de los setenta, y aunque lo hubiera salpicado, Herman y Signe hubieran sido los últimos en dejarse arrastrar por ella.

La política era como era. Una vez cada cuatro años se vestían elegantemente y se encaminaban a las instalaciones de la universidad popular para votar, por Erlander primero, y luego por Palme, aunque en el fondo el ardiente temperamento de este les provocara cierto rechazo. Pero los socialistas lo habían hecho tan bien en el pasado que ahora tocaba ser un poco indulgentes con ese tipo de cosas.

En la iglesia, Signe era la que cantaba más alto, no solo en lo que se refiere al tono, sino también en decibelios. Era como si la cercanía de Dios Padre le infundiera a su figura, por lo demás tan apocada, una fuerza supraterrrenal. Con el cabello prematuramente encanecido recogido en un púdico moño, alzaba tanto la voz que el director de ceremonia, un paciente hombre de rostro lívido, en una ocasión tuvo que pedirle que se moderara un poco para no ahogar el canto del coro de la tribuna del órgano.

Seguramente fue ese fervor, en combinación con las pocas luces de Herman, lo que indujo al pastor Waltersson a temer que los Jönsson pudieran ser víctimas de tentativas de seducción por parte de otros cazadores de almas.

Y la tentación vivía en la casa de la torre ubicada detrás del parque del Pueblo. Ese era al menos el análisis del cura, que se demostró bastante acertado.

—Los fieles de la Iglesia libre, Konrad. No permitas que te hagan caer en la tentación —le advirtió Herman esgrimiendo amistosamente su bollo de canela.

Signe, apostada junto a los fogones como de costumbre, aprobaba con la cabeza, pero con una mirada no exenta de pesar y añoranza. La estricta doctrina luterana de acuerdo con la interpretación y las prédicas de Erik Waltersson podía resultar bastante fría. Con su faz roja e hinchada y su blanco pelo desmelenado cual luces de bengala, era uno de los últimos predicadores apocalípticos de la Iglesia estatal.

¿No podrían hallar algo más de calidez por otro sitio?

No había muchos testigos de Jehová en Tomelilla, pero la competencia por las almas era reñida. Los pentecostales, los evangelistas de la Misión de

Elim y los de la Iglesia reformada ya tenían lo suyo, así que la clave estaba en la perseverancia. Y un día nublado de otoño llamaron a la puerta de la casa de Eternit con manchas de humedad, situada entre el cementerio y la vía del tren.

Eran un hombre y una mujer de pulcra vestimenta y, como quiera que portaban sendas biblias en su mano y solicitaron permiso para entrar, en un abrir y cerrar de ojos ya se habían quitado el abrigo y estaban sentados en la mesa de la cocina.

Un rato más tarde volvió a cerrarse la puerta. Se desconoce lo que pasó exactamente esa tarde en la cocina de Herman y Signe, pero el resultado fue bastante dramático, puesto que esa misma noche los Jönsson se presentaron en la Sala del Reino para iniciar sus estudios bíblicos, firmemente decididos a, con el tiempo, dejarse introducir en la piscina alicatada de la casa de la torre encalada con el objeto de bautizarse por segunda vez en sus vidas. Aunque esta vez no en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, ya que sus nuevos patrocinadores negaban el misterio de la Trinidad. En esta ocasión el bautismo se llevaría a cabo en nombre del dios único, Jehová.

Signe se pasó dos semanas dando vueltas por casa con un no sé qué beatífico en la mirada. Konrad tenía solo doce años, pero se percató perfectamente de que algo había sucedido. Signe canturreaba salmos que nunca había oído antes, respondía escuetamente cuando se dirigía a ella y, a veces, al pasar el trapo por la encimera, podía detenerse en seco y ponerse a mirar por la ventana, más allá del manzano cubierto de musgo y por encima del seto de lilas, hacia un horizonte que debía encontrarse bien a lo lejos.

Herman seguía más o menos como de costumbre, aunque se lo advertía a todas luces dividido. También se había comprometido a bautizarse, pero más bien, seguramente, por seguir el ejemplo de Signe. Konrad comprendió que compartía con él parte de su propia inquietud.

Un domingo por la noche, catorce días después de la conversión, aparecieron unos nubarrones anunciadores de tormenta que oscurecieron el cielo sobre la casa de Eternit. Un puño huesudo golpeó la puerta, pesadamente y con insistencia. Herman y Signe supieron de inmediato quién era e intercambiaron temerosas miradas. Signe se secó las manos en el delantal y lo colgó rápidamente en el escobero. Herman se levantó del sofá de cuadros marrones con gesto azorado y apagó el televisor, como si lo hubieran

sorprendido haciendo algo prohibido.

—¡Buenas noches a la casa! —tronó el cura inclinando benevolente la cabeza.

Sin estrechar ninguna mano ni esperar a que lo invitaran a pasar, se internó en la sala de estar con varias zancadas de alce. El sofá rojo de felpa del rincón elegante crujió al sentarse el sacerdote.

Herman y Signe se quedaron plantados en mitad de la estancia, como dos escolares que aguardan una azotaina; él, con la cabeza gacha, en la cual resbalaban sus finos mechones repeinados sobre su calva, la holgada chaqueta sin abrochar y un agujero en el dedo gordo del calcetín izquierdo; ella, ataviada con una blusa de flores azules y zapatillas de abuela desgastadas por un lado. Ni siquiera se les ocurrió invitarlo a tomar café.

Waltersson los contemplaba bajo sus cejas desordenadas cual cepillo de cerdas.

—Estoy aquí para hablar de cosas serias —anunció con parsimonia.

Probablemente Erik Waltersson no se hubiera atrevido a echar en muchos otros hogares una reprimenda como la que se sucedió. Si lo hubiera hecho en una casa equivocada, sin duda hubiera corrido el riesgo de ser expulsado o instado a irse al infierno. No en vano corrían otros tiempos y tenía ante él, sobre la alfombra del cuarto de estar, a dos personas adultas. Pero Herman y Signe no eran como los demás. Y el pastor era un tipo inteligente que conocía a las ovejas de su rebaño.

—Sabemos a lo que se refiere —masculló Herman.

—Perdónenos —musitó Signe.

—¿O sea, que es cierto lo que he oído de que habéis entrado en contacto con los testigos de Jehová? —inquirió Waltersson, con una voz sorda y amenazadora.

Herman y Signe asintieron con un gesto y bajaron la cabeza.

—¿Sabéis que los seguidores de Jehová consideran a los fieles de la Iglesia estatal como renegados de Satán? No escatiman medios. ¡Pero yo os digo, aquí y ahora, que son ellos los que sirven al Príncipe de las Tinieblas! —exclamó con su ganchudo índice en alto—. No lo olvidéis jamás.

Konrad permanecía sentado en el piso superior, petrificado y con la cara apretada contra los listones de la barandilla, conteniendo la respiración, más

por curiosidad que por miedo a ser descubierto. Si Waltersson se hubiera dado cuenta de que estaba ahí, al menos no lo había demostrado todavía.

¿Por qué tienen tanto miedo?

Cuando Konrad era más pequeño lo llevaban a la iglesia. Últimamente se había negado en redondo. Esa humedad desnuda, los duros bancos de madera y el olor a muerte provocaban su rechazo. Por no hablar de los interminables sermones de Waltersson, y no es que se fijara precisamente en el contenido de los mismos. Konrad había tratado de matar las horas pasadas en el banco del templo elaborando textos de canciones que tenía previsto componer cuando hubiera aprendido a tocar la vieja guitarra de Herman, o bien pergeñando el modo de poner a punto la última carrilana de Sven Myrberg. Pero era como si la voz machacona del cura se le metiera en la cabeza. Su tono monocorde le provocaba repelús y le resultaba imposible concentrarse.

Cuando Signe sacó el tema de que Konrad debía empezar a prepararse para su confirmación se hizo el loco.

¿Por qué le tenían tanto miedo a ese maldito cura?, se decía perplejo mientras observaba a través de la baranda a Waltersson, quien ahora había intensificado el tono de su sermón de tal manera que se había visto compelido a levantarse del sofá de felpa, con su cara hinchada roja como una estufa repleta de brasas.

—¡Dios no tiene piedad alguna con los apóstatas! —rugió—. Vuestra única salvación consiste en suplicar de rodillas clemencia para poder regresar a su rebaño.

Herman y Signe parecían completamente derrotados, sus brazos caídos, e incapaces de tomar ninguna decisión. Desde las alturas del cuadro colgado en la pared, sobre el conjunto de felpa, la Virgen María y el Niño Jesús los miraban indulgentes y compasivos.

—Así pues, ¿tenéis intención de continuar por el camino del pecado, o bien queréis pedir perdón a Dios nuestro Señor?

El silencio aplastante se cernía sobre sus hombros como plomo mientras los ojos de Waltersson resplandecían de fe inquebrantable.

—¿Qué tenemos que hacer? —gimoteó Signe con voz apenas audible.

—¡Poneos de rodillas! Aquí y ahora vais a pedir perdón a Dios nuestro Padre y a prometerle de todo corazón que jamás volveréis a dudar de la

doctrina verdadera.

El sacerdote señaló apremiantemente hacia el suelo.

Y, sin pestañear, los Jönsson cayeron de rodillas a los pies del pastor. Llorosos y sollozantes se postraron sobre su propia alfombra de la sala de estar con sus redondeados traseros al viento hasta que, tras un buen rato, Waltersson les pasó su mano sancionadora sobre la coronilla y les comunicó que podían ponerse en pie.

—Hay algo que quisiera saber —dijo en tono benevolente.

—¿Qué?

A Signe le temblaba el labio inferior y Herman permanecía acurrucado como un perro sometido a un látigo.

—¿Os acompañó el muchacho en ese espectáculo pagano?

—¿Klas? Ya es mayor y, de todas formas, no hace lo que...

—Me refiero por supuesto a Konrad —interrumpió el sacerdote áasperamente.

Herman y Signe se afanaron en sacudir sus cabezas.

—¡No! —aseguraron al unísono—. Él tampoco.

Waltersson los miró inquisitivamente, como si no estuviera del todo seguro de que pudiera confiar en ellos.

—Muy bien —repuso—. Él ya arrastra lo suyo...

Entonces se dirigió sin previo aviso hacia la puerta de entrada y recogió su abrigo. En ese punto se dio de nuevo la vuelta:

—Bueno, quiero decir teniendo en cuenta... sus antecedentes.

Herman y Signe permanecieron en el vestíbulo con los ojos clavados en la puerta cerrada hasta que oyeron desvanecerse el ruido del motor del Volvo negro del sacerdote. Luego, sin decir ni una palabra, cada uno fue por su lado; Signe puso rumbo a la cocina y Herman, con pasos pesados y cansados, subió las escaleras.

Fue entonces cuando vio al niño. Se detuvo y abrió la boca. Konrad se mantuvo a la espera, pero no salía palabra alguna de la boca de Herman. Sus mofletes de manzana, que siempre solían iluminarse con una sonrisa, se tornaron fofos y pálidos. Apartando la vista, pasó junto a Konrad camino del dormitorio y se desplomó sobre la colcha como una mole desganada.

11

No era solo el nombre, pero indudablemente también ayudaba lo suyo. Pronto entraría en una relación de amor-odio con él.

—Konrad. Un nombre bonito —comentó la sustituta de sueco e inglés de sexto curso.

Acababa de graduarse de la escuela superior de magisterio de Kristianstad y aún mostraba una actitud positiva ante casi todo. Una ingenua, en opinión de Donald Göransson y demás veteranos de la escuela primaria. De hecho, al límite de lo cándido, por su creencia de que todos y cada uno de los niños escondían algo bueno.

A Konrad le cayó bien desde el primer momento. Se llamaba Veronica, según les dijo en la primera clase. Le había bastado eso, que se hubiera presentado con el nombre de pila. Tampoco era habitual en Tomelilla permitir que los alumnos tutearan a los profesores y contar con permiso para responder sin levantar la mano.

—A la anarquía, a eso conduce —se lamentaba Göransson en la sala de profesores—. Esta no va a durar mucho aquí.

Göransson pasaba con aire arrogante junto a ella por el pasillo sin saludarla.

Veronica era de corta estatura y rellenita. Tenía el cabello rubio claro, siempre recogido en un moño en lo más alto de su cabeza, probablemente para

compensar su falta de centímetros. Llevaba vaqueros ceñidos y desgastados y, con frecuencia, zapatos de tacón alto, que le hacían balancear el culo de un modo simplemente maravilloso. Pero, sobre todo, sus labios eran rojos y regordetes, y sus ojos destellaban inocencia. En pocas palabras, era el sueño caliente de todos los chicos que entraban en la adolescencia.

Los maestros más veteranos la observaban con desaprobación. Cuchicheaban sobre ella en el despacho del director y la miraban mal en la sala de profesores. O era comunista u otra cosa sospechosa. Veronica no lo veía, o fingía no hacerlo, y decidió hacer caso omiso de todas las habladurías.

—Es polaco —respondió Konrad no sin cierto orgullo.

—¿Ah, sí? Pensaba que Konrad era un nombre alemán —dijo ella torciendo luego la cabeza para reflexionar al respecto—. Konrad Adenauer fue, como sabéis, canciller de Alemania. Y luego está Konrad Lorenz, a quien le dieron el Nobel de Medicina el otoño pasado, aunque, bueno, él es austríaco.

—Es polaco. Me lo puso mi madre. Ella era de Polonia.

Una insidiosa risita ahogada se propagó por el aula. Veronica miró a su alrededor, aparentemente incapaz de interpretarla.

—En cualquier caso, es un nombre muy bonito —dijo ella con tacto volviéndose a continuación hacia la pizarra.

«Konrad is a nice name. It's Polish», escribió bajo una línea con otras construcciones en inglés.

Konrad sintió un codazo de Sven Myrberg en el costado.

—¡Ya la tienes en el bote! —le susurró guiñándole un ojo.

—A mí me suena a «cola» —exclamó ruidosamente Benny desde la última fila de pupitres.

Era el más grande de la clase y jugaba de central en el equipo de fútbol del colegio. Un chico de trece años casi rapado, construido de hormigón armado y siempre con una sonrisa maliciosa en los labios.

Se hizo el silencio en el aula. Veronica miró indecisa a su alrededor. Era solo su tercera semana y esta situación era nueva para ella. Dudó un segundo de más.

—O a «calzón» —terció Roland, vecino de pupitre y amigo de Benny.

—No. Suena como a «condón» —continuó Benny con una sonrisita repleta

de confianza en sí mismo—. A condón en la «cola» —agregó explotando en una carcajada fanfarrona.

Y remató:

—¡Ahí está el mismísimo Konrad Cipote!

Toda la clase empezó a reír, primero tímidamente y luego, al comprobar el desconcierto de Veronica, con una intensidad creciente. Un par de bolas de papel volaron hacia Konrad.

—¡Bueno, ya es suficiente...! —ensayó Veronica dando varios pasos en dirección a Benny y Roland, pero se detuvo acto seguido. Algo le dijo que ya era demasiado tarde. Las risas de burla le hicieron dar marcha atrás.

Konrad sintió cómo le hervía la sangre. ¡Chulos de mierda! Pero el miedo a los duros puños de Benny era tan grande como su furia. Miró de soslayo a Sven para ver si contaba con algún tipo de respaldo, pero, como solía suceder cuando sonaban tambores de guerra, el Hormiguita miraba hacia otro lado. Konrad comprendió que su único amigo se arrugaría.

—¡Konrad Cipote, Konrad Cipote, Konrad Cipote! —vociferó triunfalmente el tándem invencible de la última fila de pupitres.

Y consiguieron que se les uniera el resto. De repente, la clase retumbaba como un estadio de fútbol rebosante de gente. Las gomas de borrar empezaron a surcar el cielo. Incluso las niñas más buenas, que solían mantenerse aparte, estaban exultantes y metían baza como redomadas *hooligans*.

Veronica se plantó en mitad de la clase aguantando el chaparrón. El brillo de sus ojos se había esfumado. Ahora solo se divisaba en ellos desesperación. Era evidente que estaba a punto de echarse a llorar.

—¡Ya basta! Esto no tiene gracia. ¡Callaos de inmediato! —gritó con su voz quebrada en falsete.

De repente Benny alzó al viento su brazo y cual caudillo victorioso logró apaciguar a la masa. La clase lo observaba con una mezcla de admiración y pavor. Benny torció los labios en una sonrisa despótica. Parecía estar disfrutando con toda su alma.

—Me parece que la señorita está deseando que le metan una deliciosa polla polaca en su coñete —proclamó casi con dulzura—. ¡Vamos, Konrad Cipote! ¡Demuestra lo que vales, joder!

La devastadora réplica final de Benny desencadenó tres reacciones, todas

ellas igual de violentas a su manera.

La clase explotó por completo en un festival de carcajadas, alaridos y gritos. Bolígrafos, libros y, en fin, todo lo que no estaba atornillado a las paredes o al suelo voló por la sala en dirección a la aterrorizada profesora y a Konrad.

Veronica prorrumpió en un llanto y abandonó corriendo la clase con un reguero de lágrimas sobre las mejillas.

Y en lo que a Konrad respecta, saltó del pupitre y corrió a abalanzarse con la mente en llamas contra su enemigo. El primer golpe alcanzó de lleno a este. Konrad podía sentir el olor a sangre. Benny estaba tan fascinado de su propia maestría en el arte de la mofa que había olvidado mantener en alto la guardia. Durante un breve instante permaneció inmóvil en su asiento, contemplando obnubilado esa porquería roja que goteaba sobre el libro de texto desde su nariz.

Entonces se armó la de Dios es Cristo.

Benny se tiró hacia su contrincante con un rugido propio de un toro en celo. Para Konrad fue como si lo atropellara un autobús: salió despedido varios metros hacia atrás y aterrizó en el suelo con por lo menos ochenta kilos macizos de treceaño encima. Su delgada caja torácica se desinfló por completo con un silbido, y cuando el rechoncho puño de Benny lo atizó en la mejilla, la oscuridad se cernió sobre él.

No obstante, fueron las consecuencias de este episodio las que abrieron las heridas más profundas, luego devenidas cicatrices, en el joven espíritu de Konrad.

Dos horas después del drama se halló sentado en el banquillo de los acusados dentro del despacho del director. En la puerta se había cruzado con Benny, que llevaba un trozo de algodón sanguinolento dentro de la nariz y su habitual expresión burlona en el rostro. Justo al pasar junto a él dibujó con los labios un mudo «Konrad Cipote» que nadie más vio.

Las magulladuras de Benny no eran nada en comparación con las de Konrad: los labios hinchados y un moretón sobre un ojo cerrado, aparte de un dolor de cabeza que era como tener a alguien tocando la tuba en su cerebro. Al recuperar la conciencia había notado con la lengua que le faltaba una muela.

Detrás del escritorio estaban Sune Alling y su tutor, que no era otro que Donald Göransson. Alling era un tipo de aspecto deportivo, un antiguo profesor de gimnasia que había instruido a sus alumnos siguiendo el espíritu de Pehr Henrik Ling y que se había beneficiado de un ascenso al aproximarse a su jubilación. Su cuerpo todavía era robusto. Adornaba su labio superior con un fino bigote y tenía un cuello nervudo. Cuando apretaba su oronda panza por detrás de la chaqueta al hacer sus rondas por el patio de la escuela parecía convencerse, a sí mismo al menos, de su apariencia de deportista.

Se rumoreaba que Alling se había dejado seducir por el nazismo en su juventud. Quizá se tratara únicamente de malintencionados infundios. En cualquier caso, solo a un ciego se le podría escapar que prefería a atletas rubios de fuerte complexión antes que a escuálidas crías de polacos.

—Este es un asunto particularmente grave —inició Alling con severidad.

Göransson movió aquiescente la cabeza mientras se pasaba la mano por su melena gris.

—Revuelta en la clase y una agresión en toda regla contra un compañero. Naturalmente no podemos tolerar este tipo de cosas —afirmó—. Imagina que hubieras lesionado gravemente a Benny. Es la pieza principal del equipo del colegio y queda poco para el partido contra Sjöbo —informó Alling.

—Fue él quien comenzó —gimió Konrad.

Donald Göransson y Sune Alling contemplaron con desagrado su cara inflamada.

—No según la información de la que disponemos —intervino Göransson—. Los testigos coinciden en afirmar que tú fuiste el que asestó el primer golpe, el cual, por cierto, provocó una hemorragia a tu compañero de clase.

—El hecho añadido de que seas peor combatiente carece de importancia —continuó Alling.

Konrad sintió surgir dentro de él una oleada de llanto que logró contener no sin un gran esfuerzo. Al menos esta alegría no se la iba a dar a esos cabrones. Fue su único triunfo.

—Benny me llamó...

De repente enmudeció.

—¿Qué?

Göransson lo contemplaba implacablemente.

—A la mierda...

—No vas a arreglar las cosas utilizando palabrotas en el despacho del director —declaró Alling, indignado.

Tras unos minutos más de sermón, pronunciaron su veredicto: se quedaría castigado después de clase toda una semana. Además, la nota de Konrad en conducta peligraba sin lugar a dudas.

Tres días más tarde Benny marcó dos goles de cabeza contra Sjöbo y pusieron una foto suya en el tablón de anuncios del comedor de la escuela.

A Veronica no se la volvió a ver por el colegio. De acuerdo con las filtraciones de la sala de profesores, había decidido precipitadamente aceptar una oferta de sustitución de corta duración en Lund.

Herman y Signe recibieron una llamada de Sune Alling. Cuando Konrad llegó a casa por la tarde lo estaban esperando de pie junto a la mesa de la cocina ya puesta, con una mirada poco amistosa.

La cazuela borboteaba sobre el fogón y Konrad reconoció de inmediato de qué se trataba por el olor: el conejo de manchas grises que había visto como Herman sacaba pataleando esa misma mañana de la jaula de la parte de atrás y que luego colocó sobre el tajo.

A Konrad se le quitó el hambre.

—Hay que portarse bien en el colegio —dijo Herman suspirando.

—El director parecía enfadadísimo —añadió Signe en tono desdichado.

—¿Te duele? —preguntó Herman e hizo ademán de tocarle la herida.

Konrad se escabulló rápidamente y los observó durante un instante sin saber realmente qué decir. Luego subió a toda prisa por las escaleras y se encerró en su habitación.

Esa noche se acostó en la cama con la ropa puesta y su cara hinchada contra la almohada. Pero sus ojos no derramaron ni una sola lágrima.

Esos cerdos de mierda no me van a hacer lloriquear, pensó justo antes de caer dormido.

12

Por la mañana Konrad hace tres llamadas.

La primera al Dresdner Bank de Berlín, que le revela que sus activos se han contraído con una preocupante rapidez.

Luego a su casero de Malmö para comunicarle que ya no desea alquilar el apartamento de la plaza Möllevång. Sus pocas pertenencias de valor las ha metido en el coche. El resto puede tirarlo o venderlo, como quiera. El alquiler está pagado por adelantado.

La tercera llamada es a Sonja.

Hace tiempo que no habla con ella y casi se asusta un poco cuando le responde.

Su voz suena formal, como si ya hubiera empezado a apartarlo de su vida.

El alemán es un idioma frío, se dice Konrad. Frío como un divorcio.

Le pregunta cómo se encuentra. Sí, muy bien. Teniendo en cuenta las circunstancias, al menos. Mientras le habla de su exposición, que ha atraído mucho público, Konrad trata de imaginársela pegada a su cuerpo.

Están sentados junto a una pequeña mesa redonda del restaurante italiano de Rosenthaler Platz. Una vela se refleja en su mirada, pero esta es ligeramente esquiva, como si una inquietud le recorriera el cuerpo. La botella de vino está prácticamente vacía. Ella habla sin parar y estruja una servilleta con una mano.

Luego la ve en casa, en el apartamento del cuarto piso de Zehdenicker Strasse. Está sudando. La cama toda revuelta. Mechones húmedos de su pelo sobre el cuello. El pecho, que acaba de tener en sus manos, se alza con una respiración pesada. Sonja apila varios cojines detrás de su espalda, pero se arrepiente y se estira luego en busca de sus cigarrillos. Lanza una risotada cuando Konrad navega con la lengua por su nuca. Sus costillas son afiladas. Da una calada profunda al pitillo y él ve cómo su mirada se pierde por la ventana.

¿Volverá?

Por supuesto que sí. La pregunta es cuándo.

La voz dentro del auricular le es tan familiar... Y al mismo tiempo no. Algo en su tono de voz le hace vacilar. Tal vez había esperado que mostrara más interés.

Decide no hacerle la pregunta que ha motivado su llamada. El dinero lo obtendrá de otro modo.

Konrad termina la conversación al estilo habitual entre ellos. De repente, Sonja suena exactamente como siempre.

Te echo de menos. Un abrazo. Nos vemos pronto.

Konrad cuelga y se siente únicamente desconcertado.

La cuarta llamada no llega a hacerla nunca. La casa del abogado Birger B. Berelius está muy cerca. Andando se tarda menos de diez minutos desde el hotel.

La lúgubre edificación de ladrillo lo hace dudar, como le ocurrió la primera vez. La hiedra y todas las sombras de las honduras del jardín le infunden el temor de no ser capaz de salir jamás de allí. Hay algo en ese lugar, donde el sol nunca alcanza, ni siquiera cuando pega implacable desde un cielo azul claro. Corros de brujas en la hierba. Manzanas que se pudren antes siquiera de llegar a madurar.

Es el propio abogado quien le abre. Konrad se siente como un indigente que pide limosna con la gorra en mano.

Pero Berelius se muestra afable, pese a tratarse de una visita no anunciada.

—Konrad Jonsson, ¡qué sorpresa!

—¿Molesto? —dice Konrad maldiciéndose de inmediato para sus adentros

por esa pregunta que resuena tan ridículamente sumisa.

—En absoluto. Pase.

Berelius le estrecha la mano y lo invita a que pase al vestíbulo. Ni rastro de la arisca sobrina necesitada de trabajo estacional. Tal vez se haya hartado o la hayan echado.

—Tengo un invitado al que debería saludar —anuncia el abogado dándole la espalda.

Ve entonces a un hombre sentado en el sofá junto a la pequeña mesa de las visitas. En un primer momento Konrad divisa únicamente su nuca, que sobresale por encima del alto respaldo. Su blanca cabellera ondulada desciende desde la coronilla hasta el cuello de la camisa. El aroma que envuelve al invitado se le antoja anticuado, huele a loción capilar o aftershave de una marca pasada de moda.

—Arvid, aquí está Konrad Jonsson, del que le hablaba hace un momento —señala Berelius, quien tira ligeramente a Konrad del brazo y quedan ambos frente al anciano que está acomodado en el sillón.

—Le presento a Arvid Linder, catedrático emérito en Derecho Penal, mi antiguo profesor y docente predilecto de la Facultad de Derecho de Lund. Duro pero ecuánime. *Nullum crimen sine lege*, ningún delito sin ley. Era ese tipo de cosas las que nos grababa Arvid en nuestra dura mollera de estudiantes, aunque ya han pasado muchos años de eso.

La risa de Berelius suena algo forzada. Se nota que todavía guarda respeto por su otrora enseñante.

Arvid Linder lleva unos pantalones de verano de color claro y una fina chaqueta deportiva sobre una camisa a rayas azules abrochada hasta el cuello. Bajo su piel arrugada se adivina una afilada laringe. Tiene el rostro tostado y curtido, como si hubiera pasado mucho tiempo a merced del sol y del viento. Sus manos grandes provocan en Konrad la impresión de que el catedrático ha manejado objetos notablemente más pesados que los códigos de ley del pasado. Arvid Linder parece de gran estatura, aunque resulta difícil saberlo con certeza puesto que está sentado. El anciano examina a Konrad con unos ojos amables de color gris acero, pero no hace ademán alguno de levantarse para saludar.

—Disculpe que no me levante de un brinco. A mi edad hay que racionar

ese tipo de ejercicios.

—No se preocupe —contesta Konrad, tendiéndole rápidamente la mano.

El puño de Linder está reseco como un pergamino. El viejo sonríe con aire perspicaz.

—Por lo que me han dicho se ha metido en algunos líos —comenta el catedrático.

Su voz es académica y equilibrada, pero al mismo tiempo rebosa curiosidad. Konrad intuye que se está convirtiendo en un caso legal de gran interés.

—Sí, me he pasado por aquí porque tengo... un problema. Me resulta un poco embarazoso decirlo, pero se trata de dinero.

Konrad no está muy seguro de cuánto se atreve a confesar en presencia del venerable profesor. En el fondo de su cerebro surge una leve irritación que no termina de tomar forma.

Konrad Jonsson, del que le hablaba hace un momento.

¿Acaso los abogados no están sujetos a secreto profesional?

—El catedrático Linder es uno de los más destacados expertos en código penal de todo el país, por no decir el que más.

Berelius sigue con la cháchara como si no se hubiera percatado de que Konrad solo trataba de plantearle una duda.

—Tengo el privilegio de poder consultar con él de vez en cuando en relación a causas penales bastante espinosas.

—Bueno, bueno —replica Linder quitándole hierro al asunto—. No es nada. De hecho, solo minucias.

Este contempla entonces a Konrad con ojos bondadosos y, levantando el pulgar por encima de su propio hombro, señala en dirección a la ventana.

—Vivo aquí por la zona, ¿sabe? Poder ejercitar un poco el cerebro en mi vejez es una agradable distracción. Uno no quiere marchitarse con el alzhéimer, no si puede evitarlo. Y a Birger le hace falta toda la ayuda que se le pueda prestar.

Remata esas últimas palabras con un guiño, ante el que Konrad no puede por más que esbozar una sonrisa. Bajo las claras cejas del profesor adivina un destello.

—Sea como fuere —interviene Berelius sin poder ocultar su descontento

por la pulla— le he hablado de su delicada situación a Arvid en caso de que las cosas empeoraran para usted. Bueno, en el periódico aparecen casi todos los detalles, pero, de todas formas, puede ser que el asunto evolucione de tal modo que necesitemos su apoyo.

—Está bien —responde Konrad con reticencia.

Le molesta su forma de expresarse. ¿Cómo que necesitemos? Que él sepa, no le ha encomendado a Berelius la misión de ser su abogado defensor. La idea de que le hiciera falta uno ni siquiera se le ha pasado por la mente.

En ese momento aparece por fin la sobrina y un aroma a violeta inunda la habitación. Ignorando la presencia de Konrad, dibuja su sonrisa más edulcorada al servir al catedrático una estilizada taza de café decorada con pequeñas florecitas.

—Aquí tiene, tío Arvid. Espero que le guste.

—Gracias, mi pequeña Emma.

Linder vuelve la cabeza de un modo apenas perceptible para acompañarla durante un trecho con la mirada mientras abandona la sala. La falda vaquera apenas alcanza a tapar el ribete de sus bragas.

—¿Cree de verdad que...? —reanuda Konrad.

—Uno nunca sabe —interrumpe Berelius mientras agita el interior de la taza con un meticuloso movimiento.

Atenúa su voz hasta un tono confidencial.

—Personalmente, por supuesto, estoy convencido de su inocencia, pero hoy he hablado con la fiscal, Cecilia Bengtsson, que me ha dejado bien claro que tiene usted un problema serio. Un motivo de peso y sin coartada alguna. ¿Dónde estuvo realmente esa noche?

Konrad se ve de repente abrumado por un sentimiento de ira, que le atraviesa el cuerpo como un caudal ardiente. Salta de la silla.

—¿Quién demonios le ha dado permiso para husmear en mi vida? —prorrumpe con las sienas palpitantes y agudizando luego su voz—. ¡No estoy acusado de nada! Y usted administra una sucesión y nada más.

Birger Berelius se echa para atrás aterrorizado, su boca petrificada forma un agujero negro sobre su bigote ralo de pez. Al posarla tembloroso, la taza tintinea ligeramente sobre el platito.

Konrad toma asiento de nuevo y su acceso de furia remite. Súbitamente se

siente tremendamente agotado.

Arvid Linder observa a ambos con un gesto ligeramente divertido, como si estuviera en el teatro, y da un sorbito a su café.

—Bueno, no nos adelantemos a los acontecimientos —declara.

—Les pido disculpas por haber perdido los nervios —rezonga Konrad.

—No es extraño teniendo en cuenta la situación de gran estrés en la que se encuentra. Es una reacción totalmente normal —señala Linder.

Berelius todavía parece algo contrariado.

—Lo que Birger está tratando de explicarle es que está a su disposición en caso de que las cosas no se arreglen. Tal vez mis conocimientos en este ámbito puedan resultar también de utilidad.

Konrad asiente mudo. En realidad debería sentirse agradecido.

—En cualquier caso todavía es demasiado pronto. Lo más inteligente que puede hacer ahora es aguardar —constata el docente.

Entonces se pone en pie con una agilidad mayor a la que Konrad le había supuesto. Su pierna derecha rígida otorga a su figura un aire ligeramente marcial, como la de un antiguo oficial de caballería, se le ocurre a Konrad.

—Señores, tendrán que disculparme ahora. Pretendo desplazarme hasta Kivik para ver si encuentro en la pescadería una platija fresca para la cena.

Acompañan a Linder hasta la calle. Se despiden ahí y se mantienen en silencio mientras el veterano catedrático se monta en su Land Rover, pone en marcha el motor y desaparece lentamente por la esquina hacia la carretera de Simrishamn. Lo último que divisan de él es una mano que agita jovialmente sobre su coronilla blanca.

—Venía por algo concreto, ¿verdad? —se interesa Linder.

—Así es —contesta Konrad, molesto.

Por un segundo se plantea la posibilidad de mandarlo todo a paseo, pero luego carraspea con la mano tapándose la boca y añade:

—Tengo ciertos problemas de liquidez. No he trabajado en los últimos meses, bueno, durante un período bastante prolongado. He vivido de mis ahorros, que ahora comienzan a agotarse.

—Quiere un anticipo de la herencia...

—Si se puede.

Birger Berelius estira ligeramente la espalda, como si su mayor deseo

fuera contemplar a su cliente desde las alturas. Su semblante es completamente neutro, pero por primera vez Konrad cree advertir una especie de... desprecio.

—Imposible —replica tajantemente el letrado.

Konrad no tiene tiempo siquiera de preguntar por qué.

—La testamentaría de Herman y Signe no puede repartirse todavía. Usted es sospechoso de asesinato y no creo tampoco que el otro beneficiario estuviera de acuerdo, así que olvídelo. Las posibilidades son nulas.

El primer impulso de Konrad es estrellar el puño contra la jeta desbarbillada del abogado, pero se abstiene de levantarlo haciendo un esfuerzo titánico. Decide entonces darse media vuelta y marcharse.

Justo al terminar el informativo de la noche suena el teléfono del tercer piso en el edificio de apartamentos de ladrillo rojo de Sundbyberg.

El hombre medio adormilado del sofá de cuero se frota los ojos, apaga el televisor, deja escapar un gemido y se levanta trabajosamente. A medio camino suelta un sonoro pedo. A la quinta señal alcanza el auricular.

—¿Diga?

Primero oye únicamente una respiración profunda.

—Pajillero de mierda... —masculla entre dientes y en el momento preciso que va a colgar escucha una voz ronca.

—¿Hablo con Gunnar Nilhem?

—Sí, ¿quién es?

Gunnar ahoga un eructo y dirige la mirada hacia las tres botellas de cerveza que hay sobre la mesa de centro. Por suerte Lisbet está en el gimnasio, piensa. Si no ya me estaría echando la habitual bronca. Vaya mierda que uno no pueda tomarse unas cervezas, aunque al día siguiente tenga que ir ya a trabajar.

—Soy yo.

—¿Quién?

—¿No reconoces a tu viejo amigo?

Se oye una risa nerviosa al otro lado del aparato y luego un silencio absoluto que dura varios segundos. En ese ínterin tiene tiempo de rascarse su abultado vientre por el resquicio que dejan la camisa y los pantalones desabrochados, mientras su mente se ve asaltada por la desconcertada idea de

que acaso se trate de un agente comercial que aterroriza a la gente por teléfono en plena noche.

Entonces comprende.

—¡Qué cojones!

La mano le tiembla de repente y siente tanto frío que se pone a tiritar.

—Han ocurrido cosas. Tenemos que hablar —oye decir a la voz al otro lado de la línea.

Pasmado y boquiabierto se coloca la mano sobre el pecho. Le recorre un sudor frío y siente mareos. Aunque no deja de pensar febrilmente no consigue articular ni una palabra.

—Primero pensé en pasar de todo, pero es imposible. ¿Qué mierda vamos a hacer? —dice la voz, desesperada.

Por fin recupera el aliento. Con un esfuerzo supremo consigue abrir la exclusiva de su planta hidroeléctrica interna y empiezan a brotarle las palabras vigorosamente, cual masas de agua espumeante.

—¡Maldito estúpido! ¿Es que no te enteras? Dijimos que cerraríamos el pico. Yo no sé quién eres y tú no sabes quién soy yo, ¿comprendes? ¡No me vuelvas a llamar nunca!

Arroja a continuación el auricular en un estruendo de plástico termoendurecido y saca de inmediato el cable de la toma de la pared.

Acto seguido busca con dedos torpes el móvil dentro de la cartera y lo apaga también. Se desviste precipitadamente y se pone el pijama a rayas rojas que le regaló su mujer en Navidad. Luego se cepilla los dientes con tal fuerza que gotea sangre en el lavabo.

Debo dormirme antes de que vuelva, piensa ya tendido bajo el edredón con los ojos cerrados y el corazón palpitante. Mañana me reincorporo a la oficina y todo volverá a ser como siempre.

Gertrud se le aparece como si de un ángel salvador se tratara.

El reloj que preside la barra del bar marca una hora tan avanzada que parece borroso. El asiento de hule está sudado y le duele la espalda. Debe de haber pasado un buen rato desde que pidió su última cerveza y le solicitó al fantasmal barman de tez grisácea que se lo cargara a su habitación.

—Seguramente eres la única persona despierta. En el hotel, quiero decir.

Lennart cerró la caja y se fue a casa hace media hora.

Él la observa fijamente con una mirada ridícula.

—¿Te acercas siempre sigilosamente a la gente por detrás?

El mismo Konrad se da cuenta de su hablar balbuceante. ¡Joder! La cabeza le pesa como una losa de granito. Trata de incorporarse, pero se le resbala el codo sobre la barra y está a punto de caerse.

Ella se ríe.

—Yo me voy para casa —le informa.

Konrad busca desesperadamente en su mente el modo de impedir que se marche, pero cuando las palabras por fin empiezan a encontrar su camino, ella ya está saliendo por el vestíbulo.

—¡Espera! —le dice a voz en grito.

Gertrud se detiene y deja que vuelva a cerrarse la puerta de cristal. Parece sorprendida.

—¿Qué sucede?

—Discúlpame. Es que... bueno, simplemente sentía que me haría falta algo de compañía.

—Lo siento, pero es demasiado tarde para mí.

Gertrud no se mueve, aunque acaba de sugerir lo contrario. En su mirada se aprecia un punto de lástima, lo que no gusta a Konrad. Compasión no es lo que necesita.

—No conocerás a alguien que alquile una habitación a buen precio...

—¿No te sientes a gusto en el hotel?

La mujer se aproxima nuevamente y sonrío con gesto sarcástico. A Konrad lo irrita que pueda pensar con mayor claridad que él. Se toma el último trago de cerveza y busca en su cerebro una réplica inteligente.

—Me estoy quedando sin blanca —admite él.

Para colmo de males le entra hipo en el preciso instante de su confesión. Gertrud le pone la mano en el pecho.

—Contén la respiración —le ordena.

La presión de sus dedos hace remitir sus espasmos. Durante un breve segundo, sin que ella parezca advertirlo, su cabello le roza la cara. Konrad permanece inmóvil sobre el taburete absorbiendo su aroma con una profunda inspiración.

—¿Mejor ahora?

Él asiente ruborizado. Debería reírse de mí, piensa. Esto es tan ridículo...

Pero la voz de Gertrud se antoja dolorosamente neutra.

—En otras palabras, que no tienes dinero para quedarte en el hotel. ¿Es ese tu problema?

—Más o menos...

—Y yo que pensaba que te habías hecho millonario.

—¿Qué? ¿Cómo sabes...?

Gertrud suspira hondamente.

—Deberías saber que esto es un pueblucho minúsculo, y por tanto no existen los secretos. A estas alturas todo el mundo está enterado de que Herman y Signe tenían un montón de pasta en el banco. Apareció hasta en el periódico.

—Un dinero que no es mío. No por el momento, en todo caso...

Gertrud recoge su bolso, que había dejado caer al suelo en su acto de salvamento, y se dispone a marcharse.

—Tal vez tenga una solución. Hay una señora en mi escalera con un espacioso apartamento de cuatro habitaciones que se queja siempre de lo caro que es y ha mencionado la posibilidad de alquilar habitaciones. Si quieres, le puedo preguntar.

Konrad hace unas muecas silenciosas y de significado impreciso. La idea de ser el inquilino de una vieja desconocida no le resulta particularmente atractiva, pero no le queda otra.

Gertrud parece interpretar su ausencia de respuesta como un sí y le da unas palmaditas rápidas en la mejilla.

—Anda, ve a acostarte ya.

En un abrir y cerrar de ojos se esfuma en la noche estival. La cerradura de la puerta se cierra con un nítido chasquido.

Konrad permanece sentado un momento a la escucha y oye respirar al hotel, profunda y tranquilamente. ¿Será el único cliente?

Busca entonces torpemente en los bolsillos la tarjeta de plástico de la habitación, a la que llega a dar tres vueltas hasta conseguir que se encienda la lucecita verde y abrir la puerta. Al entrar se da de frente con el olor a moqueta, un hálito agrio y viciado. Enciende luego la lámpara del techo, que

vuelve a apagar acto seguido. Abre la persiana, que había cerrado esa misma mañana para que no entrara la luz del sol, y pega la cara contra el cristal, primero a la derecha y luego a la izquierda.

La plaza aparece desierta bajo la luz de la luna. Y Gertrud se ha marchado.

13

El espíritu de Klas flotaba sobre la edificación de Eternit como un nubarrón, que unas veces pasaba de largo y otras se cernía sobre la casa, negro y amenazador.

Cuando Konrad se mudó a ella, el hijo de Herman y Signe ya era casi adulto y entraba y salía cuando quería.

Del retrovisor de su Amazon azul oscuro tuneado, cuyo motor tronaba como una tormenta, pendían dos dados blancos de peluche. «Hunter» podía leerse en el abeto oloroso de color rosa con forma de cuerpo femenino desnudo. El raído asiento trasero estaba forrado con una bandera texana de gran tamaño.

En el maletero llevaba siempre varias botellas de aguardiente Explorer. De todos era conocido que Klas se sacaba algunos cuartos comprándoles alcohol a menores de edad en la tienda estatal, pero Konrad, ni siquiera de mayor, se atrevió a pedirselo.

También guardaba en el maletero, oculto bajo una manta, una escopeta de marca Remington y un par de pequeñas cajas de cartuchos, que Konrad vio por casualidad en una ocasión que accidentalmente dejó abierta la tapa un instante.

Alguna que otra vez Klas llegaba a casa y arrojaba una sanguinolenta liebre sobre la encimera, delante de Signe. Lo que no estaba claro era dónde la había abatido. Que los padres supieran, no tenía permiso de caza, pero

nunca hicieron preguntas. Signe desollaba las liebres, les limpiaba la piel y las colgaba fuera de la caseta de las herramientas para que se secaran. Más tarde rellenaba sus relucientes cuerpos con manzanas, ciruelas y perejil del jardín, y las asaba en el horno. A Konrad le hacían pensar en niños pequeños desnudos. Signe era una bruja mala que transformaba las liebres en Hansel y Gretel. Esa visión le revolvió el estómago. Cuando la cena estaba lista solo era capaz de comerse unas pocas patatas. Mientras tanto, Klas se daba el festín en silencio, apresurándose en rebañar en el plato la salsa y la jalea de grosella casera preparada por Herman, antes de desaparecer una vez más.

La chica se llamaba Janet y su nombre se pronunciaba justo como se escribía o, mejor dicho, «Jaunet», con el típico diptongo del sudeste de Escania, que hacía que sonara muy diferente de la estrella de cine estadounidense que, probablemente, inspirara a sus padres en el pasado.

Con bastante frecuencia se la veía en el Amazon azul oscuro de Klas, y Konrad no podía comprender qué demonios hacía ahí.

Janet tenía varios años menos que Klas. Era tierna como una rosa, de ojos relucientes y rizos dorados que solía recoger con una cinta de seda roja en la nuca. En la memoria de Konrad viste siempre luminosos vestidos de verano, tejidos de color rosa o menta que ondean como pétalos en torno a sus bronceadas pantorrillas. Al reír dejaba ver una pequeña mella entre sus dos blanquísimas paletas, lo que la hacía irresistible.

¿Cómo podía ese ser maravilloso dejarse conquistar por alguien como Klas?

El primogénito de Herman y Signe había empezado ya a trabajar en el matadero, igual que su padre. Macizo como un bloque de cemento, estaba hecho para esa labor.

—Lanza los marranos como si fueran gatitos —comentaba Herman con una risa sofocada, sin poder ocultar su satisfacción.

Pero Klas era también un defensa derecho aceptable, temido por sus violentas entradas en plancha que habían quebrado las ambiciones ofensivas de más de un delantero de los equipos rivales. Ya había jugado varios partidos en el primer equipo. Quizá eso impresionara más a las chicas que sus habilidades con los cuchillos de cocina y con los ganchos para colgar las

piezas.

De vez en cuando Janet hablaba con Konrad, casi siempre de pasada.

Klas había aparcado su Amazon en la calle y se disponía a recoger algo de su secreto espacio cerrado bajo llave. Gunnar y Benga, sus sempiternos acompañantes, se hallaban junto al coche, fumando entre risitas. Janet bostezaba, se estiraba indolente sobre el capó y soltaba frases tipo «¿Cuándo mierda viene?» o «¡Qué calor tengo!».

En una ocasión, tras sacarse una cajita con pastillas para la garganta de su bolso de charol y meterse dos bolitas blancas en la boca, se percató de la presencia de Konrad, que había puesto patas arriba la bicicleta sobre el césped para echar aceite a la cadena.

—¿Quieres una?

—Eh... No.

—Coge una. Están ricas.

—No... Esas son para tías borrachas.

—¿Cómo?

La sonrisa divertida de Janet se congeló en un gesto de sincera sorpresa. Su boca crujió al triturar una bolita entre los dientes.

—Tías borrachas... Las que empinan el codo.

—¿De dónde has sacado eso?

Konrad se encogió de hombros y se quedó mirando la oxidada cadena de su bicicleta, en silencio y con la cabeza gacha.

De Sven, por supuesto. Era el tipo de cosas que solía decir. Cuando salía de su boca sonaba tan evidente... Como un hecho científico igual de comprobado que el teorema de Pitágoras: «Las pastillas Tulo son para viejas borrachas que le dan a botellas escondidas en el escobero y que tienen miedo de que su marido les parta la cara».

Tal vez Sven basara sus afirmaciones en investigaciones científicas emprendidas en el Hormiguero. Pero a estas no tenía acceso Konrad, por lo que se limitó a murmurar:

—Eso lo sabe todo el mundo...

—Así que piensas que soy una borracha.

Janet dio varios pasos hacia donde estaba y separó las piernas frente a él a la vez que contoneaba las caderas. Llevaba en esa ocasión unos vaqueros

recortados y una blusa de algodón ceñida.

Konrad apenas se atrevió a mirar. Mientras se ponía rojo con la cabeza vuelta hacia la bicicleta sintió el aroma a Tulo y a lirio de los valles.

—Bueno, puedo probar uno si quieres...

Ágilmente se volvió hacia la sonrisa de dientes nacarados de Janet y escarbó con los dedos en la cajita que le tendió.

Konrad se atrevió a brindarle una mueca de agradecimiento.

—Gracias.

—¿Cómo te llamas?

—Konrad... ¿Y tú?

Él sabía perfectamente cómo se llamaba. Y es que Janet arrastraba cierta fama, como tantos otros cuya apariencia despierta envidias. Todos sabían que Janet le daba a esto y a lo otro, incluso aquellos que nunca se habían atrevido a hablar con ella y que en el fondo de su ser comprendían que jamás tendrían la oportunidad de hacerlo. En Tingvalla y Gislövs Stjärna era una presa muy codiciada.

—Me llamo Janet.

En ese momento se cerró violentamente la puerta de la calle y Klas bajó las escaleras con una bandolera repleta de cosas. Gunnar y Benga apagaron sus cigarrillos y se dispusieron a subir al Amazon.

—Venga, nos largamos.

A medio camino del coche, Klas se detuvo y le echó una mirada poco amigable a su novia.

Janet sonreía impertérrita.

—Qué mono tu hermano pequeño.

El semblante de Klas se ensombreció. Durante un breve instante Konrad se topó con su mirada furiosa antes de darse la vuelta a toda prisa y recoger del suelo el bote de aceite.

La voz a sus espaldas resonó como un trueno.

—Él no es mi hermano.

Esa misma noche unos ruidos animalescos despertaron a Konrad.

Se incorporó en la cama medio dormido, parpadeando hacia la luz de la luna que anegaba la habitación. Se le había olvidado echar el estor. Se diría

que el globo blanco estuviera suspendido justo al otro lado de la ventana. Los mares misteriosos por los que Armstrong y su colega se habían paseado un par de veranos atrás se mostraban como sombras oscuras, casi igual de nítidos que en el mapa de Texaco.

Pero los ruidos que lo habían arrancado del sueño no provenían de la luna. Guardaban, eso sí, cierto parecido con el aullar nocturno de una loba, si bien su origen estaba mucho más próximo. Del otro lado de la pared, en la habitación de Klas. Detrás de la puerta con la siniestra calavera que vetaba la entrada a todo aquel que no perteneciera a la raza blanca.

Y una vez más ese sonido. En esta ocasión no parecía lobuno, sino más bien como el mugir de una vaca con las ubres hinchadas de leche. Un berrido prolongado, pleno al mismo tiempo de tormento y placer, atravesó la noche. Debe oírse en toda la casa, pensó Konrad. En toda la maldita Tomelilla.

Comprendió entonces de lo que se trataba. Sven Myrberg sabía también bastante de ese asunto, al menos sobre un plano teórico, y de buena gana compartía sus conocimientos al respecto.

Sin embargo, los carnales relatos de Sven tenían siempre un punto de atractivo, un algo que le provocaba cosquilleos en el bajo vientre. Piel ondulada y suave. Formas redondeadas y arrolladoras. Aromas salados y dulzones.

Pero los ruidos que penetraban desde el dormitorio de Klas eran diferentes. Amenazantes y agresivos. Como procedentes de las cavernas.

Se oían gemidos y chirridos. Golpes sordos contra la pared. Como si un rebaño completo de animales en celo lo arrasaran todo a su paso al otro lado de la pared, produciendo el espantoso ruido que se propagaba por la estructura y las vigas del techo de la casa de Eternit, hasta alcanzar la blanca luna llena.

Konrad se cubrió la cabeza con el edredón para no oírlo.

Cuando se despertó ya estaba la mañana bien entrada. Un resplandeciente sol le proyectaba su calor sobre la cara a través de la ventana. A Konrad le ardía el cerebro y al cerrar fuertemente los ojos veía estrellas de color rojo. Se estiró para buscar a ciegas sus calzoncillos.

Luego se sentó en el borde de la cama y se puso a la escucha, aún

somnoliento, mientras se rascaba una picadura de mosquito en la pierna. Una urraca parloteaba estrepitosamente en su nido del castaño y la oyó luego levantar el vuelo.

En la casa imperaba el silencio. Herman debía de haberse marchado hacía rato al matadero en su bicicleta y Signe probablemente estaba en algún sitio limpiando.

Se vistió. Los ruidos de la noche aún resonaban en su cabeza y la sensación de malestar se negaba a abandonar su cuerpo.

Sobre la encimera reposaban algunos platos pringosos. No era habitual que Signe se dejara cosas por hacer. Konrad echó un vistazo por la ventana y advirtió que el Amazon no estaba. Sacó copos de cereales de la despensa y leche del frigorífico y, por enésima vez, leyó la inscripción del tapiz bordado: «La soberbia es la antesala de la perdición». Nisse, el gato de manchas grises, saltó silencioso desde el sofá de la cocina y se frotó contra su pierna arqueando la espalda. Konrad le rascó de pasada detrás de la oreja.

Justo cuando se estaba zampano la última cucharada del desayuno oyó un débil sollozo a través de la ventana abierta.

Se levantó para mirar, pero al principio no vio nada. No había nada en el césped bajo el manzano. En la calle, al otro lado de la rosaleda y de la valla de madera roja, no se veía un alma.

Entonces volvió a llegarle un sollozo y descubrió a Janet sentada en el suelo, a la sombra, justo al lado de la caseta de herramientas. La espalda contra el tabique de tableros, los brazos en torno a sus piernas dobladas y la cara oculta entre las rodillas.

—¿Qué ocurre, Janet? —gritó por la ventana.

Ella levantó la cabeza.

—¡Nada que te importe, mocosos!

Tenía los ojos rojos de llorar y su rímel negro se le había corrido hasta las mejillas.

Antes de darse cuenta, Konrad ya había salido corriendo por la puerta del recibidor, pero se detuvo a varios metros de distancia. El corazón le palpitaba fuertemente en el pecho. Deseaba tocar su cabello dorado, pero no tenía el valor suficiente.

—Perdóname —dijo ella lanzándole una rápida mirada.

—¿Qué ha pasado?

Janet sacudió sus rizos y volvió a ocultarse en el hueco de sus brazos. Konrad se aproximó con prudencia, se sentó junto a ella y sintió las rugosas planchas de la barraca contra su espina dorsal.

—No lo quiero volver a ver jamás —la oyó musitar.

—¿A quién? —inquirió Konrad, aunque sabía perfectamente a quién se refería. Presentía una catástrofe, aunque no comprendiera de qué se trataba. Solo que había ocurrido alguna cosa terrible, algo ya sin remedio.

En su mente revivió los ruidos de la noche anterior.

—¿Te ha pegado...? ¿Te hizo daño anoche?

Volvió a elevar el rostro de ojos hinchados que ya no brillaban.

—¿Oíste algo?

Konrad se encogió de hombros y perdió la mirada hacia la esquina de la calle, como si estuviera esperando la llegada de alguien.

Janet esbozó una sonrisa cansada a través de las lágrimas.

—No hagas caso de eso. Son cosas de mayores...

—Ya lo sé. No hace falta que me lo digas...

Pero Konrad no tenía ni idea. Todo él era un hervidero de preguntas. Si no eran esos horribles ruidos, ¿por qué estaba tan triste?

Con cuidado, como si se dispusiera a desactivar una bomba, rozó su pelo con las yemas de sus dedos. Su cuello se volvió rígido, pero le dejó hacer. Él fue cogiendo valor; le pasó la mano por los suaves rizos, la acarició detrás de la oreja, como acababa de hacer con el gato.

—Me gusta eso que me estás haciendo —admitió ella.

Una suave brisa suscitaba el ligero crepitar de las hojas del manzano y un abejorro zumbaba amistosamente en torno a la lavanda. Ambos permanecieron callados un largo rato, hasta que la calma se vio interrumpida por el tren de Ystad, que atravesó con gran estrépito la vía al otro lado de la vivienda. Los dos escucharon cómo el golpeteo contra los raíles iba muriendo en la lejanía.

De improviso Janet le apretó con fuerza la mano. Su mirada le sacó de su ensimismamiento, una mirada negra como el agujero infernal donde tuvo que haber estado aquella noche. Su semblante le provocó miedo a Konrad.

—No es lo que tú piensas —dijo ella—. Lo que oíste anoche no significa nada. Es... nada.

Konrad vio como las palabras daban vueltas en su cabeza y se sintió impotente.

—Se trata de otra cosa, Konrad. Después de lo que pasó anoche, Klas empezó a contarme algo. No creo que tuviera previsto hablarme de ese asunto. Estaba borracho como una cuba. Balbuceaba e insinuó un montón de barbaridades. Era como si me quisiera entreabrir una puerta para que echara un vistazo dentro, simplemente por diversión. Pero luego se arrepintió y la cerró de un portazo.

—¿Qué puerta? ¿Qué viste?

Janet exploró a su alrededor, como si tuviera miedo de que los escuchara alguien, se levantó rápidamente y se enjugó los ojos con la manga de su blusa.

—Me tengo que ir.

Antes de darle la espalda se inclinó hacia él y le susurró:

—Klas es peligroso. Mantente lo más alejado que puedas de él, Konrad.

Esa fue la última vez que habló con Janet. De hecho, la última vez que la vio en su vida.

14

Debe de haberse imaginado que la verdad se oculta en algún lugar entre esas páginas, esperándolo como una chica ligera de ropa en una revista subidita de tono, lista para ser desplegada y contemplada.

Obviamente, no es así.

Tiene que haberse imaginado que con solo viajar en el tiempo la imagen ganaría claridad, los contornos se definirían y las sombras se dejarían interpretar, como en una vieja fotografía amarilleada, pero nítida e inequívoca. Konrad no puede evitar sentirse decepcionado.

Es como si el líquido de revelado se hubiera llenado de impurezas. Se encuentra ahí, en el cuarto oscuro, con la bombilla roja encendida y la mirada fija en la cubeta llena de solución, pero bajo la superficie solo ve un papel blanco, vacío. Mueve la hoja y sacude un poco el recipiente, formando pequeñas olas. En vano.

Konrad debería entender que la verdad no se deja capturar en una sola exposición. Ni siquiera en mil.

Ahora bien, se puede encontrar. Esto es algo que también sabe a ciencia cierta. Detrás de la siguiente curva del camino, en las profundidades del bosque donde nunca penetra la luz o en el fondo del maloliente foso de marga del barrizal. Tal vez tenga la verdad frente a sus narices, pero sea incapaz de reconocerla.

El convencimiento de que ha de buscar con persistencia lo agota. Examinar las sombras y los matices, descartar y empezar de nuevo.

La cabeza le pesa como una sandía madura. Es tarde, pero la noche se presenta luminosa. Oye voces en la calle, al otro lado de su ventana entreabierta, pasos que se van perdiendo en la distancia. Tiene los músculos del cuello doloridos. Se sacude para dispersar las brumas.

Konrad se siente irritado, aunque, por supuesto, no debería.

Sus primeros pasos titubeantes en búsqueda de la verdad los dio en Berlín.

Corría abril de 1989, es decir, faltaba aún medio año para que tiraran el muro. La lluvia caía pesada y deprimente sobre Malmö cuando Konrad cogió el catamarán que atraviesa el estrecho de Oresund con una mochila a la espalda.

Otra vez huyendo.

Trataba de convencerse de que no tenía sentido quedarse.

Pero cuando el tren nocturno abandonó la estación central de Copenhague, una sensación de vergüenza le abrió hondas heridas en el alma.

Él que también había sido abandonado.

Una especie de pecado original.

Maria tenía dos años y en los últimos tiempos no había podido verla con demasiada frecuencia. El apartamento de Lindängen estaba infectado de decepción e impotencia que poco a poco fueron derivando en silencios y, más tarde, en la ruptura y la soledad. Naturalmente, Maria no entendió nada, ¿cómo habría podido?, y Konrad jamás hizo tentativa alguna de explicárselo.

Imperceptiblemente, la traición se le fue grabando en la médula espinal.

Konrad tiró la toalla y buscó refugio en Berlín, la ciudad que se extendía como una isla en medio de tierra enemiga.

Fue a parar a Kreuzberg, entre turcos, donde alquiló una habitación a un anciano encorvado y de frágiles articulaciones que no hacía otra cosa que quejarse de los forasteros. Konrad no tardaría en comprender que el tipo estuvo entre los últimos que se quitaron el uniforme de las SS cuando llegaron los rusos. En el fondo del cajón de la cómoda tenía oculta la cruz de hierro. Le gustaba sacarla tras su cotidiano aguardiente de ciruela, sin disimular su orgullo. Afirmaba, además, que la había recibido de las propias manos del

Führer.

—¡Malditas sabandijas! Vi morir a mil compañeros intentando parar a los bolcheviques, y yo mismo estuve a punto de palmarla varias veces. ¿Qué está sucediendo? Los comunistas tienen la mitad de la ciudad y los turcos la otra — refunfuñaba el viejo.

Konrad apenas soportaba escucharlo.

Quería sumergirse, dejarse devorar, pero no por el pasado, sino por lo nuevo. Y eso estaba ocurriendo, según había podido entender, al otro lado de aquel muro repleto de pintadas y coronado de alambre de espinos.

Cada vez con más frecuencia, Konrad se metía su pasaporte sueco en el bolsillo y caminaba hasta Friedrichstrasse y Checkpoint Charlie, donde se cuidaba muy mucho de mirar directamente a los ojos a los policías de frontera cuando lo dejaban pasar al lado este.

Las primeras veces quedó asombrado por todo ese gris y marrón, por el olor a monóxido de las calderas, por el ronroneo de los Trabant que circulaban por las calles y por la gente que apartaba siempre la vista.

Más tarde empezó a apreciar los matices.

La mujer de la tienda donde solo tenían pan y grisáceos tarros de conservas se reía con ternura cuando él decía algo raro en su peculiar alemán; el joven revisor del tranvía que se limitó a encogerse de hombros aquella vez que se le olvidó comprar el billete; la anciana que vendía cerveza y salchichas en aquella mugrosa cantina junto a la Zionskirche y que lanzaba sibilinos vaticinios con su desdentada sonrisa: «Ese muro, ese muro no durará para siempre...».

Y fue ahí, en los alrededores de la iglesia de Prenzlauer Berg, donde encontró a los otros. Los valerosos, los que no se arredraban ni guardaban silencio.

Konrad se reunía con ellos a altas horas de la noche en sótanos oscuros, desvanes cerrados a cal y canto y frías salas parroquiales. Había sacerdotes, catedráticos y ecologistas, obreros que venían con sus monos sucios directamente del trabajo, pianistas profesionales con sueldos de miseria y punkis con botines, púas y cortes de pelo a lo mohicano. Eran todos los que se negaban a ir corriendo a chivarse a la policía secreta, aquellos a los que les daba igual tener los teléfonos pinchados y que su portero los espicara; los que

preferían realizar fotocopias bajo la luz de las velas que ensalzar a los líderes de la república popular. En la iglesia de Prenzlauer Berg se congregaban personas a menudo temerosas, pero que, al fin y al cabo, siempre se atrevían a protestar.

Konrad hablaba con ellos, reía y participaba en sus cantos, aunque más que nada escuchaba.

Una noche se le ocurrió una idea. Le pidió al viejo nazi que le dejara la máquina de escribir, una antigualla marca Halda, y cargó con ella hasta su buhardilla de Kreuzberg. Una vez ahí abrió la ventana y se dejó invadir por los sonidos de la noche. Luego se puso a escribir.

Al principio le costó trabajo, los dedos no siempre acertaban a encontrar las teclas. En el colegio había sacado notas pésimas, también en lengua, aunque alguna vez en la clase de la vieja señorita Nordström sí que recibió elogios por su fantasía. Tampoco ahora las palabras venían a él como maná del cielo. Se veía obligado a luchar contra ellas, darles vueltas aquí y allí, tachar y añadir. Lentamente, las frases empezaron a tomar forma. Y las personas que deseaba plasmar fueron cobrando vida.

Konrad escribió sobre Helmuth, el cura que prefería predicar política a religión, y que ya había recibido por eso varios avisos de la Stasi. Acerca de Alexi, la empleada de la confitería que había sido despedida por darse de baja del partido. Narró la historia de Marlene, a cuyo padre se habían llevado cuatro años atrás unos desconocidos con gabardinas grises y del que se había perdido el rastro; de ella, que iba todos los días a la comisaría a exigir explicaciones. Konrad escribió sobre Klaus y Gerhard, dos homosexuales que se negaban a ocultar su amor y que, de hecho, últimamente habían podido pasear de la mano por Kastanienallee sin ser acosados en todo momento por la policía.

Cuando hubo terminado, el sol ya se enseñoreaba sobre los techos de las casas, y abajo en la calle empezaban a oírse los llamamientos y proclamas de los vendedores de verduras que desempaquetaban sus coles, pepinos y tomates importados.

Descendió por la escalera y echó un vistazo a la cocina del veterano nacionalsocialista.

—Has estado aporreando a la Halda como si pretendieras matarla —

farfulló el viejo mientras se servía café en una agrietada taza sobre la mesa.

—Están ocurriendo cosas importantes al otro lado del muro —respondió Konrad.

El nazi lo observó desconfiado.

—¿Has ido a visitar a los rojos?

Él asintió con la cabeza.

—Habría que reventar esa mierda por los aires. Dejar que un batallón de tanques Tiger la hiciera picadillo. Y ya verían esos cretinos —exclamó el anciano sofocando una risotada, a todas luces animado por la idea.

Konrad no se molestó siquiera en argumentar. Se tomó de un trago su café, recogió sus folios de la habitación y se dirigió a la oficina de correos más cercana, donde pidió que se los fotocopiaran en ocho ejemplares. Más tarde introdujo su artículo en sendos sobres, compró sellos y los envió a otros tantos diarios de Suecia.

Una semana más tarde su texto había aparecido publicado en *Helsingborgs Dagblad*, *Norrköpings Tidningar* y *Dalademokraten*. Le pagaron una miseria, pero fue el primer trabajo de Konrad como periodista.

Esa noche mágica de noviembre comenzó como cualquier otra. Konrad se encontraba en un bar de la Kollwitzplatz con varios de los amigos que acababa de hacer, cuando un joven, sudoroso y con la cara roja, abrió súbitamente la puerta y gritó para que todos pudieran oírle:

—¡Está abierto! Se puede pasar al oeste. Los guardias de fronteras no mueven un dedo.

Un rumor inquieto se propagó por el local. ¡Vaya estupidez! Un granuja que trata de hacer creer ese tipo de cosas a la gente... Pero la curiosidad y el anhelo eran intensos. ¿Era posible algo así? Alguien puso una radio. Entonces todo el mundo empezó a levantarse y a lanzarse a la calle para examinar el asunto con sus propios ojos.

Konrad, en su asombro, también se dejó arrastrar. En poco tiempo ese reguero de personas se convirtió en un riachuelo, el cual devino un imponente río avanzando impetuoso e imparable en dirección al muro. Y cuando Konrad vio al gentío en la frontera, a los audaces que habían arrancado el alambre de espino y se habían encaramado en todo lo alto del muro, a los alborozados y a

los furiosos que la habían emprendido contra el hormigón con picos y palancas, a los coches tocando el claxon y a los guardias de frontera de brazos caídos, entonces comprendió que era verdad.

La noche se volvió irreal y llena de extrañas sensaciones. La alegría era incontenible. Las risas y el llanto sabían a champán y a sangre. En los abrazos se juraba amistad eterna y el júbilo parecía retumbar en todo el universo. Y en esos momentos, en esas precisas horas de locura, Konrad se creyó también liberado.

Mucho después, una vez que su recuerdo de aquella noche fantástica se había congelado en una fotografía, comprendería que no era así.

Fue en aquella zona de Prenzlauer Berg donde Konrad más tarde conocería a Sonja.

Aunque esos ya eran otros tiempos.

15

Alguien golpea a la puerta, de un modo insistente y aciago. Todavía desperezándose, Konrad oye voces que murmuran en el pasillo, pero es incapaz de distinguir palabra alguna. Todo su ser se llena de presentimientos negativos.

Medio dormido, echa una ojeada a la habitación. ¿Hay alguna vía de escape?

La ventana, sopesa la ventana..., pero sabe que esta se atasca y comprende que jamás le daría tiempo.

La luz del amanecer se cuela por la persiana.

La hora de los lobos.

Vuelven a aporrear la puerta. Tres golpes con el puño cerrado. Luego se hace de nuevo el silencio. Konrad siente crecer el miedo dentro de sí, como gas tóxico.

Hace un momento estaba dormido y ahora la adrenalina le recorre todo el cuerpo. A esta hora de la mañana solo viene gente con malas intenciones. Busca a su alrededor algún objeto contundente, pero lo único que encuentra es la silla de madera sobre la que ha tirado la ropa.

Konrad está desnudo e indefenso.

Ellos son como mínimo dos, piensa. He oído dos voces.

Se enfunda ágilmente los calzoncillos, arroja las otras prendas a un lado y

agarra la silla por el respaldo. Los músculos de la espalda se tensan al alzarla. Parece un guerrero dispuesto a lanzarse al ataque.

En ese momento oye un chasquido en la cerradura, la empuñadura baja y la puerta se abre suavemente.

Konrad se siente de inmediato extremadamente ridículo.

Eva Ström lo observa de hito en hito, con una mirada provocadora que sus ojos achinados apenas saben disimular.

—Al menos ha tenido tiempo de ponerse los calzoncillos —constata secamente.

Entra seguida de un agente uniformado, tan alto que sobresale por detrás con toda su cabeza. La porra que oscila en su cadera parece una cerilla y lleva el cráneo rapado. En sus ojos, grandes y azules como piscinas, se lee más que nada asombro.

Konrad vuelve a colocar la silla en el suelo.

—¿¡Qué coño quieren tan temprano!?

—Venimos a por usted.

La voz de Eva Ström es fría como el acero. Su sonrisa se ha esfumado y la mirada no deja margen alguno para la duda.

—¿Cómo?

—Póngase unos pantalones —le ordena.

—Pero yo...

—¡Vístase ahora! Tiene exactamente treinta segundos.

Eva posa una mano sobre la funda de su arma y da un paso adelante en la habitación para dejar sitio al gigante que la sigue. Ahora es él quien ríe, como si hubiera visto algo divertido. Su rostro se ilumina al señalar hacia las partes íntimas de Konrad.

—¡Dressman! Tres pares por cien coronas. Esos mismos me he comprado yo.

Eva Ström le lanza una fugaz mirada rabiosa.

—¡Cállate, imbécil!

Se vuelve de nuevo hacia Konrad, saca la pistola de la cartuchera y apunta directamente a su frente. Está tan cerca que Konrad siente el olor de la grasa del arma.

—¡Qué cojones...! —acierta a decir.

El agujerito negro que constituye la boca de la pistola apunta directamente a su ojo derecho. Un solo parpadeo y es hombre muerto. Pero el miedo de Konrad se ha esfumado. Ahora se siente furioso.

Antes de que le dé tiempo a hacer nada, Eva Ström hace una señal con el cuello a su compañero.

Los ojos celestes del policía gigantón parecen casi desbordarse de felicidad cuando alza su porra y asesta un violento golpe sobre el hombro de Konrad. Se oye un crujido al fracturarle la clavícula. Un dolor agudo le secciona el cerebro a Konrad. El brazo desaparece. Está paralizado.

Luego se apaga la luz. Le han ensartado un pequeño saco en la cabeza que le roza contra la mejilla. Se retuerce tratando de liberarse, y enseguida le ponen las muñecas contra la espalda y se las atan. Trata de gritar, pero la boca se le llena de tela que sabe a tierra, y escupe. Le aprietan entonces una correa sobre la boca, que lo obliga a abrir la mandíbula.

Unos brazos fuertes como palas de excavadora lo levantan. El policía de uniforme tiene que habérselo echado a la espalda. Konrad cuelga como un puerco recién sacrificado, toda la sangre le fluye a la cabeza. Al golpearse el hombro destrozado contra algo todo se oscurece.

Cuando recobra el conocimiento está tendido sobre el suelo. Con la mano puede palpar un duro pavimento de hormigón. Debe llevar inconsciente un buen rato, ya que lo han trasladado a otra habitación. El hombro le palpita dolorido. La correa le inserta en la boca el saco negro y siente ganas de vomitar.

Entonces oye a Mahmud a su lado. Gime como un perro y suplica por su vida. Aunque lo haga en árabe, Konrad comprende el significado. Y sabe lo que va a ocurrir.

El disparo seco. El olor a pólvora quemada y a sangre.

Y luego el silencio.

Entonces lo alzan a él sobre sus rodillas. Un cuchillo corta la correa, alguien le arranca la caperuza sin muchos miramientos y un brillo blanco cegador le explota a Konrad en la cara, que cierra los ojos con fuerza.

Alguien muy cerca ríe, con un eco extrañamente familiar.

El reptil.

Está justo enfrente de él. Konrad prácticamente solo aprecia su silueta, ya

que el comisario tiene la intensa luz detrás, pero reconoce el destello de su mirada venenosa. Cuando Bernhardsson tuerce ligeramente la cabeza para decirle algo a Eva Ström, apostada en el fondo, puede ver una fina lengua actuando sobre los labios.

En el suelo junto a él hay un bulto con una forma indeterminada. Es Mahmud. En torno a su cabeza se ha formado un pequeño charco negro.

—Al moro ya le hemos dado su merecido. Ahora te toca a ti —afirma Björn Bernhardsson con su voz cristalina.

Konrad siente un poderoso puño agarrándole del pelo y tirando de su cuello hacia atrás. Debe de tener al coloso a sus espaldas. El cálido aliento de Eva Ström cae sobre él con pequeñas gotitas de saliva. Su cara flota sobre la de Konrad y su voz se vuelve ahora casi maternal:

—¿No crees que es mejor confesar? —le pregunta—. Sabemos que asesinaste a Herman y Signe Jönsson.

Konrad trata de negar con la cabeza, pero lo tienen sujeto. Quiere protestar, sacarse de encima toda su desesperación. Desea gritarles que es un malentendido.

Pero ni una sola palabra sale de sus labios.

Súbitamente Eva desaparece de su campo visual y dejan de apresarle el cuello. Konrad ve subir un brazo enchaquetado y un cañón de pistola convirtiéndose en un negro pozo sin fondo delante de sus ojos.

En algún lugar detrás de él, Bernhardsson susurra:

—¡Polaco de mierda! Tú no perteneces a este lugar. Nunca lo has hecho. Entonces dispara.

Los siguientes golpecitos son delicados, pero suficientemente fuertes como para abrirle un camino de huida de la muerte. Konrad se abalanza hacia su salvación con un alarido abismal.

La voz del otro lado de la puerta es límpida y afable.

—¿Konrad? Soy solo yo, Gertrud.

Se sienta en la cama y mira desconcertado a su alrededor. Pasan varios segundos antes de comprender dónde está.

Vuelven a llamar a la puerta.

—¿Oye?

—Eh... Espera un momento.

Konrad se dirige tambaleándose al cuarto de baño, abre el grifo y se empapa la cabeza bajo el agua gélida. El cerebro le relampaguea. Un chiflado escuálido con pelo liso chorreándole y ojos hinchados le clava la mirada desde el otro lado del espejo resquebrajado.

Rápidamente aparta la vista y va a ponerse los vaqueros y la camisa que están tirados sobre la silla de madera.

—¡Joder! —dice a modo de saludo mientras se pasa la mano por el pelo mojado.

—Buenos días para ti también —replica Gertrud.

Ella lo examina perpleja, como si fuera el último ejemplar de una especie animal en extinción.

—Gritabas como si hubieran estado a punto de asesinarte.

—No te lo puedes ni imaginar...

—Perdona, lo dije sin pensar —declara embarazosa—. Ha sido una estupidez. Me refiero..., teniendo en cuenta lo de Herman y Signe.

Él agita la mano como quitándole importancia al asunto.

—No te preocupes.

Konrad hace luego un gesto indeterminado, como invitándola a pasar. Gertrud, tras echar una ojeada, descarta la cama y se sienta en el borde de la silla. Las uñas de los pies pintadas de rojo destacan sobre sus sandalias blancas, relucientes cual flores contra la moqueta. Tiene el pelo húmedo, como si se acabara de duchar. Resopla lanzando una mirada hacia la ventana.

—¿Quieres que la abra? —se apresura a preguntarle Konrad, que levanta acto seguido el estor para que la luz del día llene la habitación, y despliega los postigos.

No se ha atascado en absoluto. Una brisa templada llena de oxígeno la habitación. Konrad se da cuenta de que ya son las diez pasadas.

—Parece que se va a solucionar —indica Gertrud—. He hablado con la señora de mi edificio. Quiere ochocientas coronas mensuales por la habitación. Eso sí, me ha dejado bien claro que por anticipado. Eso es lo que tú pagas por una noche en el hotel, ¿verdad?

Konrad se siente confuso. Parte de él todavía se encuentra en estado de pánico. De hecho, Bernhardsson lo ha ejecutado. ¡Cerdo asqueroso! ¿Es

Gertrud real? ¿Ha logrado escapar de alguna manera milagrosa a la muerte? Un estremecimiento lo atraviesa.

—No está nada mal —añade ella—. Tienes entrada propia desde la escalera. La vieja puede parecer algo ruda, pero en el fondo es buena persona. Cuentan que la vejez la ha desorientado un poco, pero no sé... Por cierto, se llama Gudrun Verneresson, Gudán para los que la conocen bien.

—Parece que no tengo otra opción...

—Es una propuesta, pero ya le he dicho a la mujer que la aceptas. Y le he garantizado que eres un hombre de bien y prácticamente abstemio.

—Gracias —contesta Konrad sintiéndose como un fracasado.

Gertrud se levanta de la silla.

—Bueno, solo venía a decirte esto.

De nuevo esa sensación de querer que no se vaya, de impedirle que desaparezca otra vez por la esquina. Konrad se pregunta por qué lo cuida, si apenas lo conoce. Tantas cosas que desearía preguntarle, pero sus ideas aún se agitan dentro de su mente como en un cuenco de papilla.

—¿Sabes que mañana es la víspera de San Juan? —le pregunta de improviso con una mano ya en la empuñadura de la puerta.

Él sacude la cabeza torpemente.

—No, he estado ocupado con tantas otras cosas...

—Bueno, no te puedo ofrecer ningún baile en el embarcadero, pero tal vez sí un trozo de arenque con un chupito de aguardiente.

Konrad tarda una eternidad en comprender que se trata de una invitación. Cae en la cuenta de que hace mucho tiempo que no lo invitan a ningún sitio.

—Vale. No tengo ningún plan en concreto...

—Ya. Me lo imaginaba.

La voz de Gertrud revela una inequívoca ironía.

—De hecho, tampoco tengo nada especial que hacer pasado mañana, ni los próximos cien o mil días.

Gertrud ríe y alrededor de sus ojos se forman unas fugaces arruguitas.

—Es en casa de Sven. Creo que vamos a ser cinco.

—¿Quién...?

—Aparte de tú y yo estarán Sven y Lena. Y luego no he podido evitar invitar a Palander.

—¿A Palander?

—Sí, los foráneos tenemos que hacer piña.

—Pero él ha vivido aquí durante décadas.

—Ya, pero para algunos eso no es suficiente. Son como forasteros de nacimiento...

Konrad reflexiona sobre lo que acaba de oír. En su mente se le aparece Sven Myrberg, en una imagen que el tiempo ha envuelto en una bruma indefinida y cuyo significado resulta ya difícil de discernir. Una vaga desazón le produce una especie de vacío en el estómago. Lo lógico sería que estuviera deseando verlo, piensa Konrad. Pero siente antes que nada deseos de rechazar la oferta.

—Deberías tener curiosidad por encontrarte con Sven —le suelta Gertrud como si pudiera leer sus pensamientos.

—Claro. Va a estar muy bien.

Vacilante, lanza una pregunta que no consigue más que llegar a la mitad:

—¿Esa Lena es...?

—¿Quieres decir la media naranja de Sven? Bueno, supongo que se podría afirmar eso.

—Pensaba que él...

De nuevo los ojos de Gertrud relucen con un punto divertido.

—Ya lo vas a ver. Te va a sorprender.

Tras macharse, el aroma de Gertrud permanece en el cuarto. Konrad lo aspira hondamente con el fin de distinguir todos sus matices. Trata de determinarlo, pero comprende que sus conocimientos sobre perfumes femeninos son bastante limitados. Limón sobre piel caliente, tal vez. Poco a poco Gertrud se va desvaneciendo, devorada por el polvo y la soledad de la habitación del hotel.

Un impulso lleva a Konrad a llamar a Palander.

Con la lógica del pobre, que le dice que quizá esa sea la última vez que el alquiler lleve incluido el desayuno, se da un banquete de huevos y beicon, yogur y panecillos con queso, que remata con un café y un grasiento bollo estilo vienés.

En contra de lo esperado se siente muy fresco, dispuesto a enfrentarse a cualquier contratiempo. No había regresado a Tomelilla precisamente para

perder el tiempo en una especie de viaje nostálgico.

¿Por qué lo había hecho en realidad?

Por Herman y Signe, obviamente. De hecho, la propia policía se lo había pedido. Eso sí, cuando llamaron todavía habría tenido la posibilidad de escaquearse, cosa que no hizo. Decidió volver voluntariamente, aunque sintiera rechazo por dentro. Nadie lo forzaba, o al menos se decía a sí mismo que había sido por propia voluntad. Ahora la situación es diferente, reflexiona. Los focos me apuntan directamente a la cara. Sé que van a hacer todo lo posible por echarme el guante.

Herman y Signe. ¿Quién se colocó esa noche detrás de ellos en la caseta de las herramientas y les puso el cañón de la pistola sobre la nuca? Primero a él y luego a ella. ¿O fue al revés?

¿Suplicaron por sus vidas, igual que Mahmud?

¿Qué sintió en el último instante aquel de los dos al que le otorgaron un par de segundos más de vida, con su cerebro aún en funcionamiento? ¿Un pavor que aniquilaba todo lo demás? ¿O acaso alimentaba un penoso último atisbo de esperanza? Quizá el momentáneo superviviente se viera sobre todo abrumado por un sentimiento de vergüenza, por no haber sido capaz de salvar a su compañero de toda la vida. O por no haberse atrevido siquiera a intentarlo.

Konrad trata de imaginarse a Herman y Signe ante la muerte. Un vago recuerdo de ellos arrodillados frente al pastor Waltersson cruza su mente. Con toda seguridad rogaron por sus vidas. ¿Quién no lo haría?

Echa un vistazo por la ventana. La plaza está desierta, esa deprimente *piazza* del estado del bienestar nacional. Fría incluso bajo el calor.

Las respuestas están ahí fuera en alguna parte, piensa Konrad.

Pero el impulso que le ha llevado a sacar el móvil para llamar a Örjan Palander no está relacionado con Herman y Signe.

Se trata de Agnes.

Por cada día, por cada hora que pasa ella está más presente. Quizá viva todavía por la zona. Es una idea que Konrad ha barajado varias veces, aunque sabe que carece de verosimilitud. A veces cree verla pasar con la apariencia que guarda de ella en su memoria. Una cara medio oculta detrás de la cortina de una cocina en el tercer piso. El reflejo en un escaparate. Una mano que

quita de en medio un par de mechones oscuros de la frente. Una sombra en el cementerio.

Tiene que haber pistas.

Tal vez viva en un lugar alejado de allí, sola en un apartamento de un edificio alto en las afueras de alguna gran ciudad. A estas alturas debe de estar jubilada. ¿Tendrá ella alguna fotografía que contemplar? Puede que se encuentre en alguna remota playa de Asia. De ser así, ¿pensará en él cuando contempla el mar? O quién sabe si ahora está sentada en una larga mesa en un prado exultantemente veraniego, en Suecia, con el pelo adornado con una corona de margaritas y acianos, riendo felizmente con su esposo y sus nuevos hijos y nietos. ¿Se le aparece en la mente como un quebradero de cabeza del pasado? ¿O acaso se queda paralizada por un instante, invisible a los demás, preguntándose lo que habrá sido de su niño? Tal vez haya regresado a Polonia. Konrad cae en la cuenta de que no tiene ni idea de cuál es la localidad polaca de la que es originaria Agnes.

Pero debe haber indicios.

Llama entonces a Palander.

Después de cinco señales oye un gruñido impreciso al otro lado de la línea. Konrad va directo al grano.

—Me dijo que había buscado en la hemeroteca todas las menciones de Herman y Signe.

—Mmm..

Los ruidos guturales en el auricular revelan que Palander está dando cuenta de un almuerzo temprano. Konrad oye tragar al redactor.

—Así es.

—¿Hasta dónde se remonta la hemeroteca?

—Bastantes años atrás.

—¿Hasta la época en que desapareció mi madre?

Por un momento reina el silencio.

—Comprendo a donde quiere ir —le dice Palander—. Lo cierto es que ya he hecho algunas averiguaciones. Venga por aquí y se las mostraré.

Diez minutos más tarde Konrad abre enérgicamente la puerta de la redacción local y está a punto de chocarse con Solveig, la vendedora de

anuncios, quien alcanza a echarle una mirada demoledora antes de sortearlo de camino a la calle.

Encuentra a Palander confortablemente reclinado sobre el asiento del escritorio, con los pies apoyados sobre un cajón abierto y un miniventilador en la mesa, a apenas dos metros de distancia, que sopla con tal fuerza que el viento hace balancear su tieso bigote. Lleva una camisa playera de floripondios abrochada solo hasta la mitad del pecho, que se muestra igual de pelado que su cráneo, y tiene delante los restos de una hamburguesa y otros acompañamientos comprados en un puesto callejero. Palander estruja los desechos y los arroja a la papelera.

—De hecho, había pensado llamarle hoy mismo —le comenta mientras baja los pies.

—¿Cómo va lo de los asesinatos? —pregunta Konrad sentándose en el desgastado sillón de las visitas.

Se da cuenta que lleva dos días sin siquiera mirar un periódico y, por supuesto, también ajeno a los informativos de la televisión o la radio.

—Parece que las cosas están un poco estancadas para la policía, o bien se les está dando especialmente bien evitar las filtraciones. La prensa internacional se ha hartado, como puede observar en el hotel, que vuelve a estar vacío como de costumbre, ¿no es cierto? De vez en cuando me llaman de Malmö o de Estocolmo para preguntar si sé algo nuevo, lo cual no me sucede nunca...

Hace una pequeña pausa, pero no lo suficientemente prolongada como para que Konrad tenga tiempo de formular alguna pregunta.

—Por supuesto se preguntará si sigue siendo el principal sospechoso...

—Sí, se podría expresar así.

—De acuerdo a mis fuentes me temo que sí. Usted y Klas Jönsson. Puede estar seguro de que los están examinando con lupa. Personalmente no creo que dispongan de muchos elementos concretos, pero Björn Bernhardsson es como un turón, que te muerde con una fuerza descomunal y no te suelta.

Palander lanza un suspiro profundo con gesto casi desdichado.

—Naturalmente, también investigan si hay alguna relación con el tiroteo mortal de Onslunda. Se trata de un procedimiento rutinario.

—¿Alguna novedad sobre los albaneses?

—Me he pasado por los edificios donde vivían y he tratado de hablar con la gente, pero se muestran recelosos y no dicen mucho. Dan a entender que los muchachos a los que Torstensson les voló la cabeza eran unos angelitos y que habría que colgar de inmediato al susodicho. Están furiosos. Ya lo pudo observar usted mismo en la concentración de la plaza. Un par de ellos se volvieron un poco agresivos, así que tuve que poner pies en polvorosa.

Konrad asiente silencioso y deja vagar su vista hacia la ventana. El hombre demacrado que dormitaba frente a la tienda estatal del alcohol también está hoy ahí. ¿Vivirá en ese lugar? Se aprecia desde lejos que se ha orinado encima. Sus pantalones grises oscuros se ven negros por la zona de la pelvis y un trozo hacia el interior del muslo, pero al tipo no parece importarle. Mueve la boca, aparentemente lanzando improperios, aunque no hay nadie en las proximidades que pueda escucharlos.

—Pero es por Agnes que está aquí, ¿verdad? —dice Palander con calma.

—Sí, pensaba que...

—La verdad es que me entró la curiosidad la última vez que nos vimos, así que cogí el coche y me fui a Ystad. Allí les solicité a las señoras del archivo de la redacción central que me ayudaran a encontrar en el sótano lo que buscaba. Lo nuevo está naturalmente en formato digital, pero de las cosas antiguas lo único que hay son recortes.

A continuación, abre el cajón de abajo del escritorio y arroja tres sobres marrones sobre la mesa. Huelen a polvo y tienen los bordes harinosos de tantos años de manoseo. En la parte superior del sobre situado arriba aparece escrito con una máquina de escribir de las de antes «Crimen y castigo. Tomelilla. 1968».

—Ya los he examinado —afirma Palander y saca del sobre tres trozos de papel amarillentos unidos por un clip—. Esto es lo que tienen sobre ella.

Los tres recortes van firmados por la rúbrica «NS». Se trata de un artículo bastante corto, una noticia breve y un texto algo más largo.

—Es la abreviatura de Nils Söder —informa Palander—, un tipo extraño que me antecedió en el puesto. Lo conocí muy de pasada cuando lo relevé a mediados de los setenta. Un hombre sin nada de particular. Pertenece a la antigua estirpe de periodistas que se limitaba a escribir lo que el consejo municipal y el jefe de la policía le dictaban. Como podrá apreciar, no brillaba

por su estilo, precisamente.

Konrad se queda mirando los trozos de periódico que le aguardan encima de la mesa. Siente como si le llamaran a voces, como si esos frágiles pedazos de papel durante tanto tiempo encerrados tuvieran vida propia y solo desearan narrarle a él su historia. Pese a todo, se toma su tiempo. Apenas se atreve a cogerlos. ¿Qué se espera? No son más que unas reseñas sobre sucesos recogidas a toda prisa, una labor rutinaria de un redactor que con toda seguridad no ha ahondado por su cuenta en el asunto.

Sin embargo, le tiembla la mano con la que coge el primer artículo.

«Mujer misteriosamente desaparecida», reza el titular.

El texto es escueto y parece contentarse con citar a un comisario de policía de nombre Kurt Nilsson. Tal vez fuera redactado avanzada la noche, puesto que aporta pocos datos.

Refiere que una mujer de treinta años residente en Tomelilla desaparece sin dejar huella. El asunto llegó a conocimiento de las autoridades cuando los vecinos advirtieron que nadie cuidaba de su hijo de siete años, informando además de que los servicios sociales asumirán en lo sucesivo la custodia del pequeño.

«Aún no sabemos si la mujer se ha marchado por propia voluntad o si se trata de un hecho delictivo», refiere el comisario Nilsson.

Konrad deposita cuidadosamente el artículo sobre la mesa, pero enseguida vuelve a cogerlo esforzándose por penetrar detrás de las letras, compuestas con la discreta tipografía de la época. Ve a un muchachito delgado, solo junto a la mesa de la cocina de un apartamento vacío con un empapelado gris de guirnaldas floreadas. El viento azota un imponente castaño oscuro al otro lado de la ventana. Al niño le duele la barriga, pero no solo de hambre. Espera a que venga alguien. Está a la escucha, añorando oír pasos en la escalera.

Konrad alza la vista en dirección a Palander, que lo observa con suma atención, como si no quisiera perderse la menor de sus reacciones.

El segundo artículo es simplemente una noticia breve con fecha del día siguiente al de la primera. El redactor Söder constata que la policía sigue sin tener ninguna pista, pero que las investigaciones continúan.

El tercer texto es el más extenso. El papel tiene los bordes deteriorados y parece quebradizo cual hoja de Biblia, como si amenazara con deshacerse en

cualquier momento. El artículo fue escrito una semana después de la desaparición. Parece que la labor policial ya ha finalizado y da la impresión de que Nils Söder ha optado por rematar el asunto con una versión algo más sustanciosa, en la que se permite insertar sus propias especulaciones.

Por primera vez, Agnes es mencionada por su nombre.

El titular reza: «Una ciudadana polaca abandona a su hijo».

Como si hubiera tenido otra opción, piensa Konrad mientras siente crecer una especie de furia dentro de sí, pero ¿contra quién ha de dirigirla?

Es evidente ya desde el principio que Nils Söder se ha formado una idea muy concreta sobre Agnes.

«Agnes Stankiewicz vivió nueve años en Tomelilla. Un ave exótica en el paraíso escanés.»

La lacrimógena continuación, en la que Söder habla del pequeñín abandonado, le provoca náuseas a Konrad. Tiene la clara impresión de que el periodista se lo inventa casi todo.

El texto pasa entonces a narrar de un modo minucioso los planteamientos de la policía y de las instancias sociales.

Los párrafos más interesantes no aparecen hasta el final.

«La policía no ha hallado nada que evidencie que Agnes Stankiewicz haya sido víctima de un crimen» escribe Söder. «Puede ser que haya decidido por voluntad propia abandonar nuestra comarca y probar suerte en algún otro lugar. Los servicios sociales admiten que probablemente deberían haberse hecho cargo antes del pequeño.»

Sin embargo, no se menciona como fuente a ningún funcionario de dichos servicios. La cita final se le atribuye al comisario Kurt Nilsson:

Nos consta que se sustentaba de una forma poco honesta, a la que no estamos habituados en nuestra localidad. No podemos excluir ninguna posibilidad. Nos hemos puesto en contacto con varios de sus denominados clientes, pero no han podido aportar ninguna información de valor.

Al apartar a un lado el último recorte, Konrad se da cuenta de que está tiritando. Por el exterior de la ventana, el sol abrasa el asfalto hasta dejarlo blanco, pero dentro es como si un viento frío procedente de un oscuro y húmedo sótano abovedado del inframundo recorriera la redacción. Sin pedir

permiso a Palander, apaga el miniventilador y cuando el susurro de este se desvanece deja tras de sí un sonoro silencio en el local.

Palander se aclara la garganta y coge uno de sus puritos negros. Tras estudiarlo por un momento se lo coloca detrás de la oreja.

—¿Está vivo? —pregunta Konrad.

—¿Nils Söder? ¡Qué va! Pasó a mejor vida pocos años después de dejar el puesto.

—¿Y ese comisario?

Örjan Palander sacude la cabeza.

—No lo sé, pero no debe ser tan difícil averiguarlo.

Konrad se pone en pie lentamente, como si no pudiera decidir si irse o quedarse. La cabeza le da vueltas, tiene la presión arterial baja. Se da cuenta de que la pierna derecha se le ha quedado un poco dormida.

—Parece un poco pálido —le comenta Palander afablemente.

—Me siento fatal...

—Por el hecho de que su madre...

Konrad se tambalea un poco. El mareo se niega a remitir.

—Por que tuvieron razón —dice en voz baja—. Por que sea cierto que soy hijo de una puta.

16

Los gitanos llegaban siempre en primavera y, poco después, indefectiblemente, las viejas que vivían en los bloques bajos de apartamentos de alquiler ya estaban chismorreando sobre los niños que se cagaban entre los arbustos.

Solían llegar por la noche, o eso era al menos lo que la gente afirmaba, porque, al parecer, nunca nadie había visto a los carromatos atravesar el pueblo. Simplemente, aparecían ahí por la mañana, formados en círculo, como temiendo un ataque, en el pequeño camping junto a los baños de Vålbadet.

Nadie sabía de dónde venían, ni tampoco adónde se dirigían cuando se marchaban. ¿Cómo iban a saberlo? Por supuesto, no había razón alguna para hablar con los forasteros y, por otra parte, ellos tampoco entendían el sueco. No pocas veces eran desalojados por la policía tras las denuncias de los inquilinos de los apartamentos y de los propietarios de las viviendas unifamiliares de las proximidades.

Si eras una persona de bien, naturalmente te convenía mantenerte alejado de los gitanos; aunque mientras permanecían en el pueblo eran objeto de un espanto generalizado, mezcla de excitación y de terror.

Se rumoreaba acerca de hombres de ojos oscuros y peligrosa mirada aterciopelada que iban de un sitio a otro ofreciéndose para afilar cuchillos, mujeres de recio carácter ataviadas con faldas doradas y otros llamativos

colores, con volantes, viejas desdentadas que auguraban riquezas e infortunios con las cartas, y chavales tan mugrientos y desgredados que parecían duendecillos del bosque.

Por las noches, llegaban melodías de violín y acordeón desde las hogueras que resplandecían bajo los olmos junto al arroyo. Aquellos que tenían balcones enfrente aseguraban que se bailaba bajo la luz de la luna. Seguramente asaban también los erizos cazados en la maleza. De hecho, el propio conserje del balneario afirmó haber encontrado el año anterior extraños restos óseos entre la ceniza, una vez que la chusma se hubo marchado.

Nadie sabía de qué vivía la caterva acampada junto al arroyo. En consecuencia, todo el mundo daba por supuesto que robaban.

—Tienen la ratería en la sangre —declaró Signe tras cerrar en las narices la puerta de la casa de Eternit a una mujer con un niño pequeño en brazos que había venido para venderle rosas cortadas.

Al echar a un lado la cortina de visillos de la ventana con el fin de escudriñar a la gitana, el semblante de Signe se ensombreció como si hubieran puesto en la radio música pop un Viernes Santo.

—Llevan colgado al cuello al mismo demonio —masculló Signe.

—¿Ha robado algo? —preguntó Konrad, sentado en la mesa de la cocina dibujando monstruos en un bloc de notas.

Ella asintió gravemente.

—He visto cómo afanaba del estante la gorra roja de Herman.

—¿Y por qué no la has detenido? —inquirió Konrad, sorprendido.

Signe sacudió la cabeza y lo miró fijamente en los ojos con el convencimiento del justo.

—Tenía un cuchillo bajo la falda. Siempre lo llevan.

No sería correcto afirmar que los gitanos fueran odiados. Eran demasiado insignificantes para tal cosa.

Aunque alguno que otro los tildaba horrorizado de parásitos, siempre se esfumaban después de una semana y, en realidad, nadie creía seriamente que amenazaran el orden establecido y los patrones de conducta de la sociedad.

Para la mayoría, los gitanos eran más bien una atracción exótica, personas

indudablemente de otra clase. Inferior. Temperamentales como niños, poco fiables y arrinconados, seguramente más peligrosos que un perro salvaje herido. No obstante, aunque pocos de los habitantes del pueblo hubieran estado dispuestos a admitirlo, tenían también algo de seductor; su orgulloso desprecio, su libertad de poder largarse en cualquier momento, de alzar el vuelo como grullas sobre el litoral, resultaba incitante.

Para Konrad y Sven, gitanos era sinónimo de aventura.

Siempre que podían se escondían entre los matorrales que rodeaban el camping y fantaseaban sobre lo que se traían entre manos en el interior del círculo de carromatos.

—¡Cómo nos pillen vas a ver! Nos van a clavar en un pincho para asarnos sobre la hoguera —le susurró Sven en una ocasión que se apostaron especialmente cerca, moviéndose a rastras a través de la hierba alta del año anterior, con las barrigas mojadas.

—Si nos descubren, cruzamos pitando el arroyo. Tienen miedo al agua —respondió Konrad también en voz baja.

Sven aprobó con la cabeza y formó un anillo con el dedo pulgar y el índice: buen plan. Escrutaron a través del crepúsculo con los ojos entornados, una vez echado a un lado el poco de hierba que obstaculizaba su vista. Luego se arrastraron hasta llegar un poco más cerca. Entre las ruedas de los carros atisbaron el fulgor de las llamas, rojas y sugerentes. En el interior se movían unas sombras. Oyeron voces, una que reía, otra que discutía y, de repente, un perro comenzó a ladrar.

—¡Mierda! Nos ha olido —exclamó Sven, olvidando por completo atenuar su voz.

Se puso entonces a cuatro patas dispuesto a huir, pero, antes de que Konrad tuviera tiempo de imitarlo, el camino ya estaba bloqueado.

Una figura enorme y poderosa, con las piernas abiertas, se erigía justo encima de ellos. Probablemente se les habría acercado a hurtadillas. Una sonora carcajada les sacudió en la hierba, indefensos como dos conejos que han caído en una trampa.

—Pero ¿que tenemos aquí? ¡Unos espías!

A Konrad le latía el corazón dentro del pecho como una locomotora desbocada y en los ojos de Sven pudo vislumbrar lágrimas de terror. ¡Joder!

Ahora va a acabar con nosotros, atravesó su cerebro en estado de pánico. Pero para no irritar aún más al gigantesco gitano, ambos mantuvieron el pico cerrado.

Dos manos fuertes como alicates los agarraron del pescuezo para ponerlos en pie.

—Vamos a ver lo que hemos cazado para la olla —rezongó el hombre y empezó a arrastrarlos sin miramientos en dirección a la hoguera.

Al otro lado de los carrmatos se toparon con miradas hambrientas, deseosas de carne de hombre blanco. La marmita que se levantaba sobre el fuego tenía el aspecto que Konrad se había temido, con capacidad suficiente para albergar a dos muchachos, troceados convenientemente. Hombres de mirada asesina enmarcada en rostros llenos de cicatrices, mujeres melladas de hinchados labios rojos y niños de aspecto famélico los miraban fijamente, murmurando y señalándolos.

Konrad y Sven se prepararon para morir. Cerraron los ojos con fuerza y suplicaron un milagro.

No ocurrió nada.

Escucharon las voces que hablaban en susurros.

Transcurrido un momento se atrevieron a mirar con cautela a su alrededor. Entonces se dieron cuenta de que la gente que los rodeaba no era agresiva en absoluto. ¡Pero si se estaban riendo...! Súbitamente Konrad advirtió unos ojos que brillaban de curiosidad. Manos infantiles tapando alegres bocas que reían a escondidas. Oyó sonoras carcajadas y aullidos de regocijo. Y el musculoso gitano que los había atrapado hacía ya rato que los había soltado.

Cuando volvió a tomar la palabra se percataron de que hablaba un sueco con acento que entendían sin dificultad alguna.

—¿Tenéis hambre, niños? Íbamos a comer ya.

Sin esperar respuesta, los puso en uno de los bancos alrededor de la fogata. Una mujer vieja y gorda, que quizá fuera su esposa, empezó a echar cazos de estofado en unos cuencos de metal que después repartía a cada uno.

—¡Comed! —les instó el hombre y, bajo la luz vacilante del fuego, Konrad pudo ver que sonreía.

—¿Qué es? —pió Sven, preocupado.

—Carne de niños, con un poco de verduras. Estuvieron por aquí espiando

ayer por la noche.

Konrad le devolvió la sonrisa y se introdujo valientemente en la boca toda una cucharada del estofado. Sabía... bastante parecido a un guiso de ternera.

Konrad y Sven no hablaron por los codos, precisamente, durante la hora que pasaron esa noche junto al fuego, pero lo que sí es seguro es que ninguna otra persona del pueblo había compartido antes cena con los gitanos.

Los muchachos comieron en silencio, mirando con los ojos muy abiertos y aguzando el oído. Cuando quedaron satisfechos vieron cómo las mujeres se llevaban la vajilla al arroyo, los niños se acurrucaban entre las mantas y edredones dentro de las tiendas de campaña, y los hombres se relajaban con sus pipas o iban a ocuparse de sus caballos.

—Y ahora corriendo a casa, niños, y contadle a vuestros padres que habéis cenado con el patriarca gitano Zandor —les exhortó a voz en grito el hombre grandullón antes de desaparecer en una caravana.

A la mañana siguiente los gitanos se habían esfumado. El camping junto al balneario de Vålabadet volvía a estar igual de desierto que de costumbre. El único rastro que se apreciaba de Zandor y su séquito era el césped maltrecho y las cenizas aún humeantes de una hoguera.

Naturalmente, Konrad no se atrevió a contar nada a Herman y Signe. ¿Qué hubieran podido entender de todas las impresiones que bullían dentro de él? Herman lo observaría fijamente con sus desdichados ojos de ternero y luego miraría de reojo a Signe, la cual, con toda seguridad, mandarían a Konrad al baño del piso de arriba para que se frotara bien y se quitara toda la roña mientras ella entonaba una oración por su alma.

Y sobre lo que opinaba Klas no había ninguna duda.

—La chusma gitana se ha ido con la música a otra parte —anunció satisfecho la noche siguiente mientras cenaban reunidos alrededor de la mesa—. ¡Qué alivio deshacerse de esa basura!

Herman, Signe y Konrad siguieron masticando en silencio.

—¿Sabéis que tienen los cerebros atrofiados? Se ha comprobado científicamente. Son como los negros, aunque más astutos —insistió Klas lanzándose hacia atrás en la silla de la cocina con gesto rebelde.

—Bueno, gracias por la comida —dijo entre dientes Herman y se levantó

para encargarse de los platos.

Konrad clavó la mirada en su última albóndiga apretando los puños por debajo de la mesa.

—En Estados Unidos el Ku Klux Klan cortó por lo sano con los negros. Eso tendríamos que hacer nosotros con los gitanos —afirmó Klas.

Cuando el hermanastro se dispuso a franquear la puerta, Konrad explotó en un chillido:

—¡Tú eres el que tiene el cerebro atrofiado! ¡Solo tienes pis en tu maldita cabeza de cerdo!

Con el rugir de un toro encolerizado a sus espaldas, Konrad se precipitó hacia las escaleras y fue a encerrarse a su habitación.

Y Sven, como de costumbre, no pudo mantenerse callado.

Cierto es que su cerebro era el más lúcido de todo el colegio en lo que a relaciones matemáticas y físicas se refería, incluyendo aquí también a los profesores, pero no cesaba de cacarear, y a una velocidad que superaba con creces la de la rotación de los electrones alrededor de su cráneo.

—Zandor era un tipo amable —proclamó al pasar cojeando junto a Konrad después de la última clase, con su bolsa de deporte al hombro apestando a sudor.

Su voz rezumaba una artificiosa indiferencia y hablaba a un volumen suficiente como para asegurarse de que todos lo oyeran.

Las clases de gimnasia de Sune Alling eran una tortura constante para Sven, que, siempre que se atrevía, hacía novillos. Cuando asistía, nunca se libraba de la humillación y las risas burlonas en sus intentos fallidos de saltar el potro o en sus lanzamientos de pelota a una ridícula distancia. Terminada la clase, ardía en deseos de revancha. Esto era peligroso, y ahora parecía evidente que los instintos de Sven habían quedado anulados.

—¿Cuándo crees que volverá Zandor? —inquirió a voz en grito, haciendo caso omiso del semblante de enfado de Konrad.

Cuando finalmente se percató del «¡calla la boca!» cuchicheado por su compañero ya era demasiado tarde.

—¿Quién es Zandor? —le preguntó Lisa Pålsson, la empollona de la clase y, en virtud de su cabello largo y rubio, la representante natural de Santa Lucía

en su festividad de diciembre.

—Nadie realmente —se apresuró a contestar Konrad.

—Un tipo al que conocimos —repuso Sven, todavía ajeno a lo que estaba a punto de ocurrir.

—¡Qué nombre tan raro! —replicó Lisa, perdiendo aparentemente el interés.

Pero Benny, la estrella de fútbol hecho de alambre de espino y de hormigón armado, había cazado al vuelo lo suficiente como para poner en marcha su malintencionado cerebro.

—Seguramente no sea más que un polaco —lanzó al aire con tono inocente.

—Pues no. Es un patriarca gitano. Konrad y yo cenamos con su familia en el campamento —se afanó en informar Sven.

La bandada de alumnos se detuvo en seco.

Ahora, en teoría, había dos alternativas posibles. Los curiosos, los que querían saber, podrían haber prevalecido lanzando preguntas a Sven y Konrad para que estos detallaran su aventura junto a la hoguera del cabecilla gitano Zandor. Pero se trataba únicamente de una posibilidad teórica bastante alejada de la realidad. En consecuencia, se impuso la segunda posibilidad: Benny puso fin a la discusión con una demoledora sonrisita de lobo.

—Gitanos o polacos... son la misma cosa. Todos saben que cagan como cerdos entre los matorrales.

A la mañana siguiente alguien había restregado un zurullo sobre el sillín de la bicicleta de Konrad.

17

Su último recuerdo de Sven Myrberg está impregnado de un sentimiento de vergüenza.

Plúmbeas nubes otoñales ocupan la llanura. Por los pardos cultivos recién arados, unos grajos rechonchos se pasean entre los surcos, bamboleándose con su luctuosa vestimenta, a la caza de gusanos y otros bichos. La carretera provincial está desierta. Los sauces del paseo que conduce a la finca esperan agazapados la lluvia, mientras que en los vallados las vacas se arremolinan con sus morros eternamente masticantes bajo los avellanos.

Dentro del pueblo las calles aparecen anchas y sin vida. De vez en cuando alguien dobla a toda prisa la esquina o entra en un portal. Una motocicleta pasa de largo repiqueteando con su motor y junto al puesto de salchichas de Bertil se ven algunos coches aparcados.

Hay luz dentro de la majestuosa oficina de correos, pero la puerta de la tienda de puros de Jove Bengtsson está cerrada, y en la fuente de la plaza no se divisan más que hojas viejas y agua de lluvia.

Ahí afuera, en el exterior de la ferretería Rosengren, situada en la calle que conduce al parque del Pueblo, avanza cojeando por la acera una figura solitaria. La llovizna ha humedecido sus rizos pelirrojos y lleva casi arrastrando por el suelo su impermeable de hule, la mirada sumida en el adoquinado y sus finos hombros elevados contra el cuello, se diría que en un

intento de aislarse de todo cuanto hay a su alrededor.

El muchacho se detiene y echa un fugaz vistazo a un escaparate, quizá con la intención de captar, pese a todo, un reflejo de su entorno. Luego reanuda su andar entrecortado, arrastrando esforzadamente su pierna rígida.

En el último recuerdo que Konrad tiene de Sven, este pasa en bicicleta junto a dos muchachitos, dos mocosos con chándal y zapatillas de tacos que salen del polideportivo. Cuando se percatan de la ermitaña figura le dan fuerte a los pedales de sus bicicletas para luego surcar la calle rodando. Tras intercambiar susurros y hacer señas secretas, proclaman por la plaza con toda la fuerza de sus voces agudas:

—¡Ahí va Sven el maricón, el que la polla del viejo chupó!

Luego se miran el uno al otro y ríen alborozados, prosiguiendo su camino con un alegre pedalear.

El caminante solitario del chubasquero apenas parece reaccionar. Solo se detiene un instante con gesto atento, como si hubiera oído a un pájaro inusual a través del viento o la voz de un amigo que lo llamara, aunque sin duda debe haberse equivocado.

Y en lo que a Konrad respecta, se vuelve hacia el otro lado y se da prisa en cruzar el paso en alto sobre la vía férrea, en dirección al edificio de la estación.

Sven conocía casi todos los secretos de la vida. Bueno, al menos sobre un plano teórico.

Ya de jovencito sacaba prestados grandes cantidades de libros de la biblioteca municipal y convenció a la bibliotecaria, la profesora de primaria jubilada Svea Andersson, para que encargara volúmenes científicos que nunca nadie en Tomelilla había oído mencionar antes.

Durante mucho tiempo el catálogo *Hobbex* fue su biblia. Tan pronto llegaba un nuevo número al buzón, se lanzaba sobre él dispuesto a absorber los últimos avances tecnológicos.

Sven y Konrad canjeaban cascos de botellas, recogían fresas y, en el peor de los casos, birlaban dinero del bote de galletas donde Signe guardaba el dinero para los pequeños gastos cotidianos, para poder encargarse de las «ingeniosas construcciones» que se mostraban en los dibujos de reducidas

dimensiones del catálogo.

Una semana después aproximadamente iban a la oficina de correos a recoger el paquete e, ilusionados, lo abrían a todo correr. Aunque los objetos raras veces estuvieran a la altura de sus expectativas, no cejaban en su empeño.

«El binoscopio, la máquina maravillosa que transformará tu televisión en blanco y negro en televisor a color» se componía de unas birriosas láminas de plástico que convertían la granulosa pantalla del viejo aparato de la casa de los Myrberg en una especie de obra de arte psicodélica.

«Los cuchillos de lanzar para profesionales que siempre aciertan en la diana» —no estaba claro si se trataba de una alusión desafortunada del catálogo— resultaron ser unos cuantos perfiles de hierro chapuceramente recortados que nunca conseguían llegar con la punta por delante, aterrizando una y otra vez en el suelo con ignominioso estrépito.

Tenían depositadas particulares esperanzas en las gafas radiográficas X-Ray. La ilustración del catálogo *Hobbex* parecía prometedora: un niño con unos gruesos anteojos negros sobre la nariz y una radiante sonrisita en los labios miraba fijamente a dos chicas muy monas, ataviadas con un vestido veraniego y lazos en el pelo. Por los contornos de líneas intermitentes que marcaban los cuerpos desnudos de las niñas se entendía que el chaval, gracias a X-Ray, podía ver a través de su ropa.

Armados con este fantástico instrumento, Sven y Konrad se dirigieron en sus bicicletas a la casa de baños de Vålabadet y se acomodaron sobre las gradas de madera de color verde de la piscina, donde el equipo femenino de natación practicaba las salidas en los dos carriles más próximos, mientras que el resto estaban abiertos al público. Konrad fue el primero en ponerse las gafas.

—¿Ves algo? —preguntó Sven, emocionado.

—Está un poco borroso...

—Déjame probar a mí.

Sin embargo, de ahí no pasaron, porque en ese momento se les apareció el guarda de los baños, un musculitos de pelo rapado llamado Jan-Erik, que durante el otoño y el invierno trabajaba de portero en un bar de Ystad.

—¿Qué estáis haciendo? —refunfuñó.

—Nada... —murmuró Sven.

Pero junto a él en el graderío tenía tanto el catálogo *Hobbex* como las instrucciones incluidas con las X-Ray. Con una agilidad vertiginosa, Jan-Erik arrancó las gafas de la nariz de Konrad y se puso a leer el manual.

—¡Malditos cerdos! —gruñó lanzándoles una mirada furiosa.

A continuación se puso él mismo las gafas radiográficas y dirigió la vista hacia una de las nadadoras que estaba calentando junto a la plataforma de salida.

—¡Madre mía!

Durante un buen rato permaneció inmóvil relamiéndose los labios, hasta que finalmente se quitó los anteojos.

—Esto me lo quedo yo. Confiscado. Y no quiero veros por aquí durante como mínimo una semana. Podéis estar contentos de que no os eche para el resto de la temporada. ¡Y ahora largo!

Cabizbajos, Konrad y Sven se pusieron desganados rumbo a casa.

—¡Qué mierda! Doce coronas a la basura —murmuró Sven y pateó una piedrecita que salió disparada y golpeó el parachoques de un Volkswagen estacionado al otro lado de la calle.

—¿Sabes? —dijo Konrad—. Me apuesto lo que quieras a que funcionaban.

—¿En serio?

—Cuando vino a echarnos la bronca, antes de birlarme las gafas, me pareció ver su esqueleto.

Sven lo contempló incrédulo.

—¿Estás seguro?

Konrad asintió en silencio.

—Seguro que se las guarda para él.

—Mmm...

—¡Maldito suertudo!

En cierto modo, Sven Myrberg parecía predeterminado a convertirse en un marginado.

Por un lado, por supuesto, estaba lo de su desgraciada cojera.

Pero el hijo menor de la enorme casa situada junto al lago Myrsjö

destacaba también por otros motivos. Algunos de sus hermanos y hermanas mayores lo defendieron mientras vivieron en casa, pero fueron desapareciendo progresivamente, uno a uno, hasta que finalmente solo quedaron en el hogar los más pequeños, Sven y Gertrud, en compañía de sus alcoholizados padres.

Sven era, en ciertos aspectos, un genio. Ahora bien, su gran error consistía en que raras veces era capaz de ocultarlo.

En ocasiones, ello tenía ciertamente sus ventajas, como aquella vez en que Donald Göransson propuso una competición en la clase de matemáticas para ver quién podía sumar números primos más rápido. El maestro comunicó con gesto altivo a sus alumnos que él mismo participaría fuera de concurso con el fin de estimularlos. El ganador, o sea, aquel que se acercara más al profesor Göransson, podría esperarse un trato favorable cuando llegara la hora de poner las notas antes de las vacaciones de Navidad.

—¿Alguien puede aclarar lo que son los números primos, para que todos estén al tanto?

Algunos escolares levantaron el brazo, pero ninguno con tanto ímpetu como Lisa Pålsson.

—¿Lisa?

—Un número primo es un número entero mayor que uno y divisible solo por sí mismo y por uno.

—Exactamente. Y hay una cantidad infinita de números primos, como demostró el antiguo matemático griego Euclides —proclamó Göransson.

Se fijó un tiempo de cinco minutos, prohibiéndose el uso de otro instrumento que no fuera lápiz y papel. Sobre su mesa, el profesor colocó un reloj de cocina. Al sonar, todos deberían dejar de inmediato a un lado sus lápices. Solo se aceptarían las sumas correctas y siempre siguiendo el orden preestablecido.

Los alumnos más torpes refunfuñaron, pero ni siquiera Benny-Hormigón se atrevió a quejarse en voz alta cuando Göransson barrió el aula con su gélida mirada de radar mientras sus pequeñas y nervudas manos apretaban el puntero. Lisa Pålsson se acomodó en el pupitre con aire esperanzado.

A más de uno de los pupilos de Göransson se le pasó por la mente que el maestro tal vez hubiera practicado de antemano en la sala de profesores o en su piso de soltero, lo cual le otorgaba una considerable ventaja. De hecho,

podría equivaler a hacer trampas, pero, por supuesto, a nadie se le ocurrió manifestar dicha sospecha.

Tras el pistoletazo de salida, Donald Göransson se abalanzó sobre su bloc cuadriculado de anillas, afanándose como el que más. Konrad se concentró con todas sus fuerzas, pero se sentía derrotado de antemano. Sven fue el que se lo tomó con más tranquilidad de todos. Sin prisa aparente alguna, sacó un sacapuntas de su estuchito de rayas de tigre y le dio varias vueltas a su retazo de lápiz, tan corto ahora que desapareció por completo dentro de su mano. Seguidamente comenzó a escribir cifras metódicamente sobre el papel.

Cuando sonó el reloj, Göransson ordenó a todo el mundo que parara y arrojó su propio lápiz sobre la mesa con brío militar.

—Muy bien —dijo entonces contemplando a su rebaño de ovejas con aire victorioso—. Ahora vamos a ver las respuestas correctas sobre la pizarra.

Se levantó y cogió una tiza.

—Yo he llegado hasta el 25 en la lista. Tras sumar 24 números primos me salió una suma de 961. Añadiéndole el vigésimo quinto, que es el 97, el sumatorio resultante es, por lo tanto, 1.058.

El maestro de matemáticas se puso a transcribir a una velocidad endiablada sus soluciones en la pizarra, rematándolo con un golpe final de tiza que originó una nube de polvo.

—¿Alguien se ha aproximado?

La mano de Lisa Pålsson se alzó al viento.

—Yo he llegado al duodécimo —afirmó satisfecha—. La suma es 197.

—No está mal —elogió Göransson—. De hecho, es excelente.

Konrad observó las lamentables cuentas de su papel y se percató de la inutilidad de dar razón de ellas en voz alta. Benny-Hormigón bostezó y miró aburrido por la ventana.

—¿Algún otro? —consultó Göransson con una sonrisita socarrona en los labios—. ¿Gunnel quizá?

Los mofletes de Gunnel se pusieron como un tomate de inmediato, apreciándose en sus fatigados ojos cómo se preparaba para la habitual humillación, pero esta vez Sven salió a su rescate.

—Yo he llegado hasta el 30 —prorrumpió con una voz potente y clara—. La suma da 1.593.

Göransson se retorció como si alguien le hubiera tirado una patata fría a la nuca en el comedor escolar, lo cual, todo sea dicho, se trataba de una eventualidad altamente improbable. Su rostro reflejó su absoluta incredulidad, aunque también un asomo de inquietud. Sven Myrberg ya había dado muestras antes de talentos imprevisibles. ¡Pero treinta pasos! Eso era imposible, ¿no?

—¡Ah, no me digas! —repuso Göransson arrastrando las palabras.

Súbitamente se pudo percibir la tensión en el aula. Los perezosos e indiferentes, que se habían dedicado a perderse en sus ensoñaciones, volvieron en sí. Veintiocho pares de ojos observaban con curiosidad a Donald Göransson, a quien a todas luces le costaba decidirse por el modo de gestionar esta inesperada situación.

—Vamos a comprobarlo todo.

Con un ligero temblor en los dedos recogió el papel que Sven le tendió. Examinó las cifras y sobre su ya de por sí estricto semblante se extendió un halo de incertidumbre.

—¿No has puesto ningún cálculo? Solo están las sumas. Eso no vale. Hay que hacerlo así —declaró blandiendo su cuaderno frente a la clase.

En él se mostraban todas las adiciones, anotadas con un lápiz afiladísimo sobre pulcros renglones.

—Es totalmente innecesario —afirmó Sven con desenfado.

—¿Cómo dices?

—Lo hice mentalmente. Es fácil. Eso te evita tener que escribir un montón. Basta con pensarlo.

Göransson lanzó una mirada furiosa a su alumno y volvió a sentarse detrás de su mesa. Tras rebuscar en su desgastada cartera marrón, sacó una pequeña calculadora y empezó a hacer los cálculos de nuevo. El dedo índice de la mano derecha se deslizaba como la aguja de una máquina de coser. Tras cada suma realizaba una anotación en el bloc y sacudía su cabeza gacha.

Finalmente, Donald Göransson alzó su rostro grisáceo hacia la clase, con la mirada vacía y pusilánime.

—Es correcto —musitó con un hilo de voz, casi para sí mismo—. Treinta números primos seguidos. La suma es 1.593.

Permaneció durante un buen momento inmóvil en su silla, con los hombros caídos. La sala se vio recorrida por un murmullo. Por un instante pareció que

se acababa de producir algo histórico. La pata de una silla se arrastró por el suelo, alguien tosió sordamente sobre la manga del suéter y pequeñas motas de polvo revolotearon por el aire, iluminadas por los rayos de sol que penetraban por la ventana.

¿Había sido realmente derrotado? ¿Habían asistido a un milagro?

En el preciso instante en que sonó la campana del recreo, Donald Göransson se puso en pie de un salto con una expresión de desesperación en el rostro. Había logrado confeccionar *in extremis* algo parecido a un contraataque. Haciendo un gesto con la mano detuvo a los alumnos todavía en los pupitres.

—En cualquier caso —comunicó— el papel de Sven no muestra las cuentas concretas, lo que supone una flagrante irregularidad. Por eso proclamo a Lisa ganadora del concurso.

La clase prorrumpió en un murmullo de difícil interpretación que, por una vez, Göransson no consiguió acallar con su mirada de acero. El maestro introdujo rápidamente la calculadora y los libros en la cartera y abandonó la sala.

Cabría pensar que Sven Myrberg al menos pasaría a convertirse en el héroe del centro durante un tiempo, teniendo en cuenta que nunca antes nadie había conseguido dejar tan chafado al detestado profesor de matemáticas. Pero no fue así. Lisa Pålsson y sus amiguitas difundieron rápidamente el rumor de que Sven había hecho trampas, una convicción que Donald Göransson también logró asentar dentro de la sala de profesores.

Y a Benny y sus compinches no les resultó difícil tornar el brillante triunfo de Sven en una dolorosa derrota. El Hormiguita una vez más había demostrado que no era una persona del todo normal.

—A ese le pasa algo en la cabeza con tanta cifra —exclamó Benny nada más salir al pasillo.

—Seguro que se lía a pajas con el libro de matemáticas por las noches —sugirió Roland entre risitas.

—¡Jodido marica de los numeritos! —masculló Benny entre dientes.

Cuando Konrad, muchos años después, comprendió cómo lo había hecho se reafirmó en su convencimiento de que Sven Myrberg, efectivamente, era una especie de genio.

En el verano posterior al noveno curso, Konrad y Sven consiguieron un trabajo en el silo de la cooperativa Lantmännen, a las afueras de Spjutstorp. Ambos habían sido admitidos para el siguiente otoño en la línea de ingeniería mecánica del centro de secundaria Österport de la ciudad de Ystad, lo que tampoco era una hazaña precisamente. Ciertamente es que Sven fue tratado muy injustamente por el cuerpo docente de Tomelilla, pero teniendo en consideración sus extraordinarias dotes resultó imposible no otorgarle unas notas que de sobra hubieran bastado para cursar una rama tecnológica o de ciencias naturales. No obstante, Sven no se conformó con matricularse en la línea práctica de dos años.

El trabajo de verano en el silo era ideal. Pagaban bastante bien la hora y requería en su mayor parte un esfuerzo limitado. Cuando los campesinos llegaban en sus tractores repletos de colza y nabos, y un poco más tarde también con maíz y trigo recién cosechado, Konrad y Sven solo tenían que asegurarse de que el grano fuera aspirado sobre la cinta transportadora correspondiente, que lo llevaba hasta el espacio de almacenamiento adecuado. Si todo funcionaba bien, el proceso se gestionaba por sí solo. Si se iba a la mierda, podían verse de repente tosiendo entre humeante colza ennegrecida hasta la cintura. En ese caso no había más remedio que liarse a paladas como unos locos antes de que apareciera Kuno el Ratas.

El capataz del silo se había ganado ese sobrenombre debido a su pasión por dichos roedores, los cuales abundaban en el almacén de grano. Kuno sentía una gran admiración por ellos o, mejor dicho, un respeto al estilo del que puede albergar un guerrero por un valeroso enemigo.

—Chavales, ¿no pensáis que son unos animales maravillosos? —compuso el semblante mientras agarraba con el pulgar y el índice la cola de un ejemplar particularmente espléndido, con el cuello quebrado por una de sus trampas.

Konrad y Sven contemplaron con asco a la peluda rata que se balanceaba frente a ellos.

—¡Joder! —renegó Sven.

—Las cabronas saben cómo sobrevivir —insistió Kuno, pese a que el cadáver que pendía de su mano en cierta manera contradijera esa afirmación—. Comen cualquier cosa. Son más listas que las personas.

En cualquier caso, que determinadas personas, pensó Konrad,

absteniéndose de decir nada, ya que había oído rumores sobre lo que Kuno el Ratas solía hacer con los sustitutos a los que consideraba demasiado escrupulosos. Lo último que deseaba Konrad era que se enfadara.

Pese a ser de corta estatura, Kuno era un hombre que infundía miedo. Seguramente no pasaba de los treinta, pero ya se veía estropajoso como una cabra. Iba siempre ataviado con enormes botas de goma y un mono verde lleno de manchas de aceite, del que sobresalían un par de puños tan roñosos que piel y uñas mostraban el mismo tono negruzco. Tenía una nariz afilada y el cutis devastado por antiguas espinillas. Quizá fueran sus dientes amarillos los que le confirieran ese aire de roedor. A su favor estaban su larga melena alisada de estilo heavy metal, que le colgaba sobre los hombros, y el hecho de que en todos los descansos pusiera en su mugriento magnetófono una cinta de Deep Purple, subiendo el volumen al máximo mientras se zampaba sus bocadillos de salchicha.

—Uno que trabajó aquí se quedó atrapado hasta el cuello en un montículo de nabos —relató Kuno mientras se comían los sándwiches traídos de casa en su pequeña oficina—. El cretino no podía moverse. Estaba totalmente pillado. Gritó como un condenado, pero nadie lo oyó. Entonces vinieron las ratas y le devoraron la cara.

—¿Y murió? —preguntó Sven con los ojos muy abiertos.

Kuno sacudió la cabeza haciendo revolotear sobre la espalda sus mechones de pelo cual colas de rata.

—No, pero acabó en un manicomio, el de Sankt Lars en Lund, creo.

A pesar de su fascinación por las ratas, Kuno era consciente de que su misión consistía en combatir las, labor que desempeñaba con entusiasmo.

En su tiempo libre construía trampas de madera con sus propias manos, que no solo trituraban las vértebras del cuello de los animales, sino que a veces las asfixiaban con ayuda de un alambre o les atravesaban la cabeza con un clavo.

También con cierta frecuencia se empleaba en una batalla cuerpo a cuerpo contra ellas. Armado de una pala y de un cubo metálico se adentraba en alguno de los depósitos y realizaba verdaderas masacres. Desde fuera se oían desagradables ruidos amortiguados; espeluznantes chillidos de ratas y golpes secos seguidos de imprecaciones de Kuno. Luego salía con la cara polvorienta

surcada por hilos de sudor y el cubo lleno hasta los bordes de cadáveres de roedor.

En una de esas ocasiones Konrad fue incapaz de reprimir su repugnancia.

—¡Eres un jodido enfermo! ¡Maldito maltratador de animales!

Fue sin duda un error.

A Kuno se le oscureció por completo el semblante. Dejando al descubierto las encías sobre sus colmillos amarillos profirió algo incomprensible. Si había algo que le sacaba de quicio era cuando chiquillos así, que preferían no ensuciar sus deditos de señorita, lo increpaban por llevar a cabo su trabajo.

—¿Ah, sí? ¿Es eso lo que opinas...?

De la melosa voz de Kuno, que no encajaba para nada con la penetrante expresión de sus ojos, Konrad sacó la conclusión de que la cosa se estaba poniendo fea. Entonces se levantó lentamente del trozo de césped donde había estado sentado bronceándose a pecho descubierto, junto a la pared del granero, y miró a su alrededor en busca de posibles vías de escape.

Kuno cogió una enorme rata sanguinolenta del cubo, la agarró del rabo y empezó a girarla a toda velocidad por encima de la cabeza, como un lanzador de honda de la Antigüedad.

El primer cuerpo de rata lo estrelló contra la pared de tablones, justo al lado de la cabeza de Konrad. El segundo le impactó entre los hombros cuando ya había emprendido la huida. Y antes de que Kuno finalmente desistiera de su cacería salvaje, Konrad ya había sido alcanzado por una rata en la nuca, otra en los fondillos del pantalón y una más sobre la mejilla, tan cerca de la boca que sintió el sabor de sangre de rata en la lengua.

Trascurrió toda una semana antes de que Konrad se atreviera a regresar a su empleo veraniego.

Los mejores momentos con Sven los pasaron tumbados boca arriba sobre la alta hierba de la pendiente que termina en el lago Myrsjö, dedicados a la simple contemplación de las nubes estivales deslizándose por el cielo. Cuando dejaban volar sus pensamientos, lejos, muy lejos.

Iban a ser astronautas, exploradores y millonarios. También futbolistas profesionales, aunque ninguno de los dos logró entrar en el equipo masculino, y estrellas del rock, pese a que ni él ni Sven tuvieran una guitarra.

Con los insectos revoloteando amistosamente alrededor de su cara, Sven trataba de explicar las leyes de la física que hicieron posible el golazo de Ralf Edström contra Alemania Federal durante el Mundial.

Y mientras se cruzaba una mariposa ortiguera con su aleteo, Konrad soñaba en voz alta que ayudaba a Agneta Fältskog, la rubia de ABBA, a quitarse esos pantalones de lentejuelas que hacían de su culo una maravillosa tarta de arándanos azules.

—¿Cuántas veces lo has hecho? —preguntó Sven en una de esas ocasiones en que tomaban el sol.

—¿A qué te refieres?

—A follar. De verdad.

Konrad trató de aparentar un aire reflexivo tumbado sobre el césped, mientras mordisqueaba una brizna de hierba. Su única experiencia cercana al objeto de la pregunta de Sven fue el lote que se pegó con Gunnel en un rincón oscuro detrás de la máquina expendedora de leche, una noche que organizaron una disco para los alumnos en el comedor del centro de secundaria.

—¿Sobar tetas cuenta?

—No.

—Entonces cero.

Konrad no creyó necesario contraatacar con la misma pregunta. Descartaba por completo la posibilidad de que Sven, por obra de alguna circunstancia milagrosa, hubiera logrado perder su virginidad.

—Imagínate que uno fuera marica —comentó de súbito Sven.

Konrad hizo un alto en sus cavilaciones.

—¿Qué quieres decir?

—Si nunca has probado, no lo puedes saber, ¿verdad?

—Vaya guarrada. ¡Qué asco!

—Leí un libro de un tipo que se llamaba Nelson Rockweiler. Lo encargué en la biblioteca. Un psicólogo estadounidense. En él decía que se puede ser marica sin saberlo. Como mínimo uno de cada diez lo son. Solo en nuestra clase habría tres. Bueno, uno y medio si no contamos a las tías.

—¿Un medio mariquita...?

—Lo digo en serio. ¿Cómo se puede saber si no lo has probado?

—Bah... Déjalo ya, joder.

Konrad se puso en pie de un salto. Se le habían quitado de repente todas las ganas de estar tirado sobre el césped especulando.

—Tengo que irme a casa. Creo que Signe ha preparado albóndigas.

Después de ese verano en el silo de Spjutstorp las cosas no volvieron a ser lo mismo entre Konrad y Sven.

Algo había ocurrido, aunque ninguno de los dos comprendía muy bien el qué. Era como si una niebla se hubiera instalado entre ellos, y lo que en el pasado se había antojado sencillo y natural ahora parecía difuso y borroso. Habían sido ellos dos contra el mundo, pero tal vez se percataran ahora de que la cosa no era tan sencilla.

Dos meses después de iniciar el semestre de otoño-invierno, Sven abandonó la línea de ingeniería mecánica de Ystad y comenzó a trabajar en la central lechera de Lunnarp.

—Con lo listo que tú eres, no puedes quedarte ahí meándote en la leche toda la vida —protestó amargamente Konrad, sintiéndose abandonado.

Sven se encogió de hombros, resignado, y le lanzó a Konrad una mirada repentinamente extraña.

—¿Qué tiene de malo? Si tus padres son unos borrachos, no te queda otra que trabajar.

Sus encuentros eran cada vez más espaciados. Konrad se dirigía a Ystad en solitario con el autobús de la mañana y se pasaba las tardes y noches tumbado en la cama de su cuarto infantil en la sombría casa de Eternit, soñando con mundos lejanos. Sven todas las mañanas recorría en bicicleta los seis kilómetros que lo separaban de la central lechera y raras veces le llamaba cuando volvía a casa.

No estaba muy claro cuándo empezó a difundirse el rumor ni tampoco lo que lo impulsó, pero, de un día para otro, la gente del pueblo adoptó un nuevo tono al cotillear sobre Sven el Hormiguita.

Konrad lo advirtió en algún momento a principios de primavera, cuando empezó a derretirse el fangoso amasijo de nieve que llevaba cubriendo Tomelilla desde el mes de diciembre. Fue Klas quien lo expresó por primera vez en voz alta.

—Supongo que ya sabrás que tu amigo es maricón, ¿no?

—¿Qué cosas dices, Klas! —exclamó Signe mientras, apostada junto a la encimera, enjuagaba los platos.

El hijo se limitó a lanzarle una mirada llena de desdén.

—Rune, el que trabaja en Lunnarp, afirma que el Hormigueta tenía revistas de maricones escondidas en su taquilla. ¡Joder, qué asco! Dicen que va por ahí mirando a los otros como si quisiera chupársela.

—¡Que Dios se apiade de él! —prorrumpió Signe, que arrojó el cepillo de fregar los platos en el fregadero y salió disparada cerrando la puerta de la cocina de un portazo. De sus palabras no podía deducirse si se refería a Sven o a Klas.

Konrad guardó silencio.

Recordó lo que Sven había mencionado cuando estaban tirados sobre el prado, frente al lago Myrsjö, observando las mariposas.

En esa ocasión Konrad había pensado que era el científico que llevaba dentro quien había suscitado su curiosidad. Una hipótesis no puede desecharse hasta que no se ensaya, solía decir. ¿Cómo puede saber uno si es mariquita si nunca lo ha probado?

¿Y ahora qué debía pensar?

Konrad se mantuvo callado.

Y hasta el día en que le llegó el turno de abandonar el pueblo evitó a Sven Myrberg.

18

Örjan Palander llama por teléfono temprano por la mañana en la víspera de San Juan. Suenan siete señales antes de que Konrad oiga el aparato desde la ducha. Cierra el grifo, coge a toda prisa una toalla de felpa, sale a trompicones del baño y agarra el móvil cuando Palander ya estaba a punto de colgar. Parece excitado, a juzgar por la voz:

—Están pasando cosas. ¿Puede venir enseguida?

Konrad tiene el cuerpo goteando y trata de secarse con una mano mientras con la otra sujeta el teléfono.

—Eh... Por supuesto, si me dice de lo que se trata.

—He recibido un soplo de un confidente dentro de la policía, pero no tengo tiempo para charlar al respecto. Ya se han puesto manos a la obra. Diríjase a la casa de Tore Torstensson en Onslunda, y rapidito. Está en mitad de la llanura, a un kilómetro al norte de la población propiamente dicha. Basta con seguir la carretera que atraviesa la localidad y la verá. ¡Hasta luego!

Antes de que Konrad pueda tomar aire para decir nada, Palander ya ha interrumpido la comunicación.

En un primer momento Konrad se plantea volver a llamar, pero comprende de inmediato que sería solo una pérdida de tiempo. Sea lo que sea lo que está pasando parece urgente. Se pone los calzoncillos, los vaqueros y una camisa de manga corta y se mete en el bolsillo las llaves del coche y la billetera.

Luego baja a toda prisa las escaleras y en el vestíbulo saluda con la mano a Gertrud de pasada mientras le anuncia a voces que en un par de horas regresará para pagar y dejar la habitación. Ella responde con un gesto de sorpresa.

Konrad tiene el coche aparcado a la vuelta de la esquina. Alguien ha escrito con el dedo en el polvo de la luna trasera, «Este coche es de un marica». Konrad no se toma la molestia de borrarlo y arranca en seco el automóvil, provocando el aullido de los neumáticos sobre el asfalto, aunque se arrepiente de inmediato y aminora un poco la marcha.

La vía que conduce a Onslunda cruza vastas tierras de cultivo. La cosecha del trigo acaba de iniciarse y la colza se ha despojado ya de sus flores amarillas. Las fincas desprenden una sensación de calma. El único ser humano al que ve es una mujer mayor plegada sobre una pala en un patatal, que levanta curiosa la cabeza al pasar él con el coche. En el cielo no se divisa ni el más mínimo rastro de nubes. Se anuncia un nuevo día de calor.

De repente un tractor se incorpora a la calzada y Konrad se ve obligado a frenar. El camino tiene cierta pendiente y está lleno de curvas, y al volante hay un campesino con protectores auditivos bajo la gorra, en apariencia indiferente ante la idea de bloquear el paso. Konrad, que avanza ahora a paso de tortuga, siente cómo su cuerpo empieza a bullir de impaciencia.

¿Qué está sucediendo en la granja de Tore Torstensson? Debe de ser algo importante. De lo contrario, Palander no le habría llamado y metido miedo en el cuerpo. Tiene que ser algún asunto relacionado con el propio Konrad.

¿No había mencionado Eva Ström, o tal vez ese reptil venenoso que ejercía de comisario, que la policía estaba buscando vínculos entre la refriega de Onslunda y los asesinatos de Herman y Signe? Le dio la impresión de que se trataba más bien de un procedimiento rutinario, algo que estaban obligados a hacer cuando cuatro personas sufrían una muerte violenta en el plazo de una semana dentro de un mismo municipio. Pero nunca se sabe, pensó Konrad detrás del runrún del tractor. Tal vez hayan encontrado algo.

Según Palander, Torstensson era un canalla. Si se ha cargado a esos pobres albaneses, quizá también acabara con la vida de Herman y Signe por algún motivo. Konrad se los imagina de nuevo, de rodillas antes de la matanza. ¿Tuvo tiempo Signe de prepararse para el encuentro con su Dios? ¿Fue capaz

Herman de comprender lo que les esperaba? Konrad no puede evitar sentirse avergonzado de que en ese momento su deseo más intenso no sea otro que librarse de la sospecha que apunta hacia él como al asesino.

Ya ha pasado una semana desde que llegó a Tomelilla y aún no ha conseguido ni un ápice de la información que se había propuesto encontrar. De hecho, ni siquiera ha logrado averiguar por dónde empezar.

Justo como Palander le había indicado, la casa de Torstensson es fácil de divisar a lo lejos. Un pequeño camino de tierra que sale de la carretera provincial, bordeado por un paseo de sauces, conduce a la finca, donde ya hay estacionados tres vehículos de la policía, y detrás de estos, un Citroën rojo, que tiene que ser de Palander.

Konrad se detiene a cierta distancia de la vivienda, sale del vehículo y recorre caminando el último tramo. Un par de cornejas surcan el sembrado graznando. Huele a estiércol. Cerca del arriate de hierbas aromáticas junto a la verja, un gato gris se escurre entre la mata de ajeno y el desgarrado eneldo. ¿Será el gato de Torstensson? Tendrá que alimentarse de ratones ahora que su amo está entre rejas.

Los agentes se han concentrado alrededor del pozo. Konrad cuenta hasta seis policías, pero es Örjan Palander, ligeramente apartado, quien, con su Nikon sobre la barriga, lo ve primero. Con los dedos sobre los labios le señala a Konrad que se mantenga al margen. Dos fornidos agentes sujetan una cuerda que se pierde en las profundidades.

—Han bajado al pozo. Con un poco de suerte podrán encontrar ahí tu certificado de inocencia —le susurra con voz ronca.

Konrad avanza un par de pasos y echa un vistazo al agujero. Ve el jugueteo del haz de una linterna y una sombra que se mueve allí abajo, entre la penumbra.

—Pero ¿qué demonios...?

Al otro lado del hueco aparece Eva Ström con su camisa de policía gris azulada llena de manchas de sudor. Seguramente estaba dentro de la casa en el momento de su llegada. La agente lo mira fijamente con aire disgustado.

—¿Cómo mierda ha venido hasta aquí? ¿Palander se ha ido de la lengua otra vez?

Konrad no alcanza a responder.

—¡Maldita sea, Ström! —refunfuña Palander con aspecto de jabalí dispuesto a batirse—. ¿Ha oído hablar de la Constitución? Debería saber que está prohibido indagar sobre las fuentes de los periodistas.

La inspectora lanza un profundo suspiro.

—La presencia de un sospechoso durante la recogida de pruebas vulnera seguramente todos los puntos del código de enjuiciamiento civil —masculla Ström.

—Lo que no quita que le montemos un circo si nos echa de aquí —replica Palander añadiendo una sonrisa para quitarle hierro al asunto.

En ese momento se oye una fuerte voz desde lo hondo del pozo.

—¡He encontrado algo! —retumba sordamente desde la oscuridad.

Todas las conversaciones se interrumpen y las miradas se dirigen a la vez hacia el foso.

—¿Es un arma? —consulta Eva Ström con el submundo.

Parece ser ella la que está al mando. No recibe respuesta alguna. Se oyen los jadeos de alguien. Konrad siente cómo su corazón comienza a latir más deprisa. Poco a poco va comprendiendo lo que están buscando.

En ese momento asoma una cabeza por encima del brocal. Un rostro, rojo por el esfuerzo, y una melena rubia empapada. Y, lo más importante, una mano que sostiene una pistola negra y brillante.

—Estaba en el fondo, pero el agua no tiene más de un metro de profundidad ahí abajo —informa el policía mientras se esfuerza por salir del agujero.

Örjan Palander no puede contener un silbido de entusiasmo. Seguidamente alza la cámara y toma varias fotografías. Eva lo mira irritada antes de ensartar un bolígrafo por el guardamonte del arma e introducir la misma en una bolsa de plástico.

—Va a ser imposible encontrar huellas, pero de todos modos... —murmura como para sí misma.

—Una Luger —proclama Palander en voz alta—. Es una pistola alemana. Los nazis la utilizaban durante la guerra; hay un montón de ellas en Suecia.

Konrad permanece a la espera junto al hueco negro mientras los agentes empiezan a recoger sus equipos. Tendrán que darle alguna explicación, ¿no? Pero nadie parece reparar ya en él. El hombre que se internó en el pozo se

pone ropa seca bajo el manzano al tiempo que sus colegas enrollan las cuerdas. Eva Ström se ha ido a un rincón y habla frenéticamente por el móvil. Por su parte, Örjan Palander realiza anotaciones en su cuaderno, acomodado en una silla de jardín pintada de blanco.

Konrad contempla la casa y el jardín, y trata de visualizar lo que pudo ocurrir aquella mañana. Echa un vistazo a la pradera y constata que el vecino más próximo queda lejos. Al lado de la caseta de la leña, unas gallinas picotean inquietas en el suelo. Hay un hacha firmemente anclada en un tajo. Junto a la puerta de la vivienda encalada divisa la salpicadura de color rojo oscuro sobre la pared. Torstensson debió utilizar una escopeta capaz de derribar lobos y alces.

—Bueno, supongo que le gustaría saber lo que significa todo esto.

Al volverse, Konrad se encuentra cara a cara con Eva Ström, que parece tener ahora una actitud algo más amistosa.

—He hablado con Bernhardsson, que me ha indicado que ya no es problema que lo sepa. Piensa..., en fin, pensamos que ya no puede perjudicar la investigación —señala dejándose caer pesadamente en la silla de jardín blanca pegada a la de Palander, cuya madera gime bajo el cuerpo de la agente.

Konrad opta por la silla de madera.

—Indudablemente, puede tener importancia para usted —comenta Eva, dubitativa.

—Empiece desde el principio —apremia Konrad sin ocultar su impaciencia.

Palander acerca un poco su asiento y hojea su cuaderno hasta llegar a una página nueva.

—Torstensson sostuvo desde que lo detuvimos que actuó en defensa propia —dice Eva Ström—. No cabe duda alguna de que disparó con su escopeta directamente a la cara a esos dos albanokosovares, pero, evidentemente, si puede demostrar que su vida estaba amenazada será absuelto. Es lo que el código penal denomina legítima defensa. Y Torstensson afirmó que llevaban una pistola.

La inspectora efectúa una pausa para secarse minuciosamente con un pañuelo el sudor de la frente.

—¿Quiénes eran realmente?

—Feriz Rama y Sali Mato. Unos delincuentes de poca monta, con un par de detenciones a sus espaldas, pero nada serio.

Konrad asiente pensativo.

—En definitiva, en un primer momento no creímos la versión de Torstensson. Como saben, los muchachos mataron al perro golpeándolo con la palanqueta, lo cual no habrían hecho si hubieran tenido un arma de fuego, ¿no es cierto? Además, peinamos todo el jardín y no encontramos nada, pero Torstensson se empecinaba como una mula. Juraba y perjuraba que llevaban una pistola y que por eso les disparó. Que le dieran veneno si mentía, insistía. Por otra parte...

—Es un reconocido racista, ¿verdad? —tercia repentinamente Örjan Palander sin levantar la vista de sus notas—. No es extraño que la policía sospeche que se pueda cargar a unos inmigrantes de mierda sin motivo, ¿me equivoco, Ström?

Esta le lanza una mirada hosca.

—Son sus palabras, Palander, no las mías.

—Continúe —conmina Konrad.

—Bueno, al final nos decidimos por ir al fondo del asunto, por decirlo de algún modo. De hecho, fue el abogado defensor de Torstensson quien planteó la hipótesis de que la pistola podía haber ido a parar al pozo. Existía la posibilidad de que hubieran optado por liquidar al perro con la palanqueta únicamente para no hacer demasiado ruido, o que uno de los chicos estuviera desenfundando el arma cuando recibió los disparos de Torstensson. Como saben, sus cuerpos salieron despedidos al menos un par de metros, así que una eventual pistola también pudo haber salido volando. La tapa del pozo estaba a medio colocar. Torstensson había tenido problemas con el tubo de la bomba.

—¡Sí, seguro! —suspira Palander con cierto aire de alborozo infantil, como si acabaran de contarle un cuento de final feliz.

—Su abogado defensor... —pregunta Konrad—, ¿quién es?

Eva Ström lo observa con una expresión de sorpresa en su ancho rostro.

—Birger Berelius, como no podía ser de otro modo. Si no me equivoco, es el que detenta el monopolio aquí en la comarca.

Konrad se sobresalta al oír esa noticia. Siente como si le hubieran confirmado una desagradable sospecha, pero se ve incapaz de discernir sus

implicaciones concretas. Aún no. Todavía quedan demasiadas cosas por aclarar, pero, indudablemente, resulta extraño que Berelius haya ejercido simultáneamente de abogado defensor de Torstensson y de albacea del testamento de Herman y Signe.

—¿Significa esto que Torstensson va a ser puesto en libertad? —inquire Palander.

Eva Ström se encoge de hombros.

—Eso depende del fiscal.

—Lo importante para usted, Konrad, es lo que digan los técnicos de la policía sobre la pipa que acaban de pescar —comenta Palander, jubiloso—. Herman y Signe fueron abatidos con una pistola de nueve milímetros. Con un poco de suerte coincide con la que estaba en el fondo del pozo.

—Millonarios víctimas de un asesinato con intento de robo de manos de dos forajidos —añade Eva vacilante—. En fin, ¿por qué no?

Konrad la contempla mientras una pregunta va tomando forma en su cabeza. Dos pandilleros cazan al vuelo el rumor sobre el premio de la lotería y deciden probar su propia suerte. Es una posibilidad. Pero ¿por qué dan el golpe una semana más tarde en casa de Tore Torstensson? ¿Por no haber sido capaces de hacerse con la fortuna de Herman y Signe?

En el momento en que Eva Ström se da la vuelta para dirigirse al coche patrulla, donde su colega la espera impaciente, Konrad la detiene.

—Dígame, Eva, ¿quién afirmaba haberme visto en Tomelilla la noche en que asesinaron a Herman y Signe?

La policía lo observa con una mirada totalmente desprovista de sentimiento.

—No creo que lo llegue a saber jamás —dice, marchándose en el acto.

El golpe de la puerta del vehículo al cerrarse está a punto de matar de un susto a una gallina que andaba por ahí picoteando junto a uno de los neumáticos delanteros. El animal sale corriendo batiendo las alas despavorido.

Konrad se queda mirando el coche patrulla que se aleja. Tras él oye un agudo silbido y la voz meditabunda de Palander:

—«No es siquiera el principio del final. Puede ser, más bien, el final del principio».

19

Konrad tarda menos de cinco minutos en recoger a toda prisa sus bártulos de la habitación del hotel. Si hay algo que ha aprendido en la vida es a hacer las maletas. A marcharse. Ya sea de una cochambrosa habitación de hotel en Amán, de un apartamento berlinés o de una vida de mierda.

Echa una ojeada a su alrededor para asegurarse de que no olvida nada y cierra la puerta a continuación, dejando del otro lado, con una sensación de alivio, la moqueta manchada y el espejo rajado del baño.

Gertrud sigue a cargo de la recepción. La encuentra sentada frente al ordenador, tan sumida en algún tipo de lista de reservas que no se percata de su presencia. El vestíbulo está vacío y en la penumbra del bar divisa a Lennart, el barman de palidez grisácea, ocupado secando vasos. A Konrad le da la impresión de que lo mira raro. Trata de recordar hasta qué punto se emborrachó la otra noche y ha de reconocer que iba más que servido. Pero no puede ser el primer huésped que se tambalea a altas horas de la madrugada.

—¡Vaya prisa que llevabas esta mañana! —proclama Gertrud alzando la vista. Imprime el recibo y lo pone sobre el mostrador frente a Konrad, que le entrega su Visa.

—Sí, han pasado algunas cosas...

Gertrud le clava sus ojos con una mirada verde clara, rebosante de una curiosidad indisimulada.

—... que no piensas contarme, ¿verdad?

Son interrumpidos por unos pasos y unas voces en las escaleras. El vestíbulo se ve de repente acaparado por un hombre y una mujer que hablan inglés con acento de Estados Unidos, a voz en grito, visiblemente enojados. El hombre es de una obesidad colosal y tiene la cara roja como un tomate. Sus pantalones cortos de deporte son del tamaño de un hospital de campaña. El estadounidense arrastra dos gigantescas maletas Samsonite que le hacen bambolearse como un pato. Detrás de él se desliza con paso grácil una mujer flaca de pelo rubio platino, seguramente su esposa. Su rostro muestra un gesto atormentado, lo cual puede deberse a que tiene los pies encajonados en un par de sandalias de tacón alto, que la obligan a hacer un gran esfuerzo para seguirle el paso a su marido.

—¡Estamos en el medio de la nada, Margie! —refunfuña el hombre en inglés—. ¿Quién demonios nos manda quedarnos aquí?

—Cariño, ha sido solo por una noche. Mañana estaremos en Copenhague.

—Odio los sitios con camas para enanos —refunfuña el esposo mientras echa mano de una tarjeta de crédito de color verde.

Gertrud les sonríe con profesionalidad y le hace una seña a Konrad para que espere. Este ve cómo les cobra y a continuación les llama un taxi.

—Que pasen un día agradable. Estaremos encantados de tenerlos de vuelta —le espeta a la desorientada pareja, también en inglés, agitando la mano a modo de despedida.

—¡Sobre mi cadáver! —replica el hombre. La mujer responde al saludo de Gertrud acompañándolo de una sonrisa exculpatoria.

Una vez que han desaparecido por la puerta de entrada, Gertrud se vuelve otra vez hacia Konrad, apenas ocultando una sonrisa de pilla.

—El señor y la señora Andrew Darlington de Bed Rock, Wisconsin —le informa—. Su primer viaje a Europa. La esposa es descendiente de suecos que emigraron a su país en los años treinta. Deberías haber visto a la pobre mujer ayer por la noche. Estaba desesperada. Supuestamente, su bisabuelo por línea paterna tenía que estar enterrado en el cementerio de Tomelilla, o al menos eso creía ella, pero, por lo visto, se había equivocado de localidad. No encontraron ninguna tumba, y el tipo, como habrás podido comprobar, estaba cabreadísimo por haber tenido que venir hasta aquí en vano.

Konrad observa por la ventana a los señores Darlington, que todavía están en la acera esperando su taxi. Puede ver cómo el hombre le sigue echando la bronca a la esposa, que sacude la cabeza y se vuelve enfurecida hacia otro lado.

Súbitamente Konrad se ve abrumado por un sentimiento de pesadumbre. Hay algo tan descorazonador en todo aquello...

—En el pasado me sabía de memoria los nombres de cada una de las lápidas que hay allí —comenta casi como si hablara para sí mismo.

Gertrud lo mira interesada.

—¿En el cementerio?

—Sí.

—O sea, estabas buscando...

Konrad confirma con la cabeza y se traslada en su mente hasta la oscuridad de debajo del castaño y a la lúgubre haya roja, pero cambia rápido de chip intentando salir de su decaimiento.

—Gertrud, por casualidad no... ¿A qué hora sales de trabajar hoy?

—En un cuarto de hora más o menos —responde.

—Tengo cierta tendencia a agobiarme. ¿Por qué no..., bueno, hacemos algo? Es decir, salir en coche a algún sitio a la costa u otra cosa por el estilo.

—Me parece bien. No tengo ningún plan concreto para la tarde —contesta ella—. Nada importante, en cualquier caso.

Pero su voz denota cierta duda, o acaso Konrad se equivoca en su percepción.

—De todas formas, no creo que Gudan llegue a casa hasta la noche. Para que te dé la llave de la habitación, quiero decir.

Konrad se echa la bolsa de viaje al hombro.

—¿Y por qué no ahora mismo?

Gertrud mira de reojo a Lennart, el barman.

—No te preocupes, Gertrud —sentencia el camarero con su voz espectral—. Puedes irte. Yo me quedo defendiendo la plaza.

Por lo que parece, ha estado espiando su conversación.

—Pero tengo que advertirte una cosa: mi Opel no tiene aire acondicionado —avisa Konrad.

—No importa —replica Gertrud desenfadadamente y lo coge del brazo.

A pesar de haber estado aparcado apenas media hora, el aire ya está ardiendo en su interior. Bajan todas las ventanillas al máximo.

—Arranca antes de que me derrita —ordena ella entre risas.

El sudor ya se manifiesta en el brillo de sus sienes.

—¿Ya te has arrepentido?

—¡Conduce y calla!

Sin consultarle adónde quiere ir, pone rumbo hacia las playas de Haväng. El primer tramo del camino es el mismo que recorrió esta mañana, por Onslunda. Durante un momento permanecen callados, dejándose refrescar por el viento. Konrad observa a Gertrud a escondidas. Lleva puestas unas gafas de sol y reclina ligeramente la cabeza. Su pelo vuela sobre el reposacabezas como un incendio forestal y asoma uno de sus codos por la ventanilla, lo que permite al viento colarse bajo su fina blusa de algodón.

Gertrud no dice nada, pero lo mira de soslayo en varias ocasiones, aunque las gafas de sol hacen muy difícil saber con precisión hacia dónde dirige la vista. Después de un rato, comprende que lo que desea es que le cuente.

Sin embargo, Konrad aguarda hasta haber rebasado Onslunda y, mientras atraviesan el paseo de sauces, señala hacia la finca de Torstensson. Prácticamente tiene que gritar para hacerse oír en medio del ruido.

—Es ahí donde he estado esta mañana. Palander llamó para avisarme. Solo Dios sabe cómo se entera de todo, pero cuando llegué ya estaba ahí.

Gertrud sube su ventanilla hasta dejar solo un pequeño resquicio.

—Allí fue donde ese viejo racista mató a tiros a los ladrones albaneses, ¿verdad? —pregunta.

Konrad asiente. ¿Racista? Sí, eso es lo que todos afirman. Le cuenta a Gertrud lo del sondeo de la policía en el pozo y el hallazgo de la pistola. Esta comprende de inmediato las posibles implicaciones.

—Es decir, si el arma coincide, si fue con ella con la que dispararon a Herman y Signe, entonces desaparecerán todas las sospechas contra ti.

—Así es. La policía está comparando los calibres y seguro que enviarán a analizar las balas halladas en la caseta de las herramientas. Los técnicos comprueban las marcas que dejan las acanaladuras del cañón. Si la bala no está excesivamente aplastada pueden determinar con exactitud el arma desde la que ha sido disparada.

Gertrud se sume en un nuevo silencio con la mirada oculta bajo sus cristales negros. ¿Se ha puesto las gafas para protegerse del sol o para que no pueda verle los ojos?

—Eso significa que dentro de unos días serás libre de marcharte a donde te plazca —comenta, sin revelar emoción alguna, transcurrido un rato.

—Efectivamente...

Al ver que no continúa se vuelve hacia él y se despoja de las gafas de sol, pero Konrad se anticipa:

—Aunque siento que hay bastantes cosas que debo resolver aquí —agrega rápidamente.

Después de Vitaby se desvían hacia el litoral. La iglesia encalada de blanco centellea como un terrón de azúcar bajo el sol y, por debajo de los campos en pendiente, se extiende en medio de la calima la bahía de Hanö, azul oscura, como un paisaje de ensueño. Konrad desciende pausadamente por la cuesta que conduce al puerto de Vitemölla, atraviesa el arroyo y aparca junto a la playa. Por encima de las dunas se aprecian las nasas de anguilas que los pescadores han desplegado sobre unos troncos. Junto a un granero rojo se divisa un herrumbroso tractor con redes y boyas sobre la plataforma. Flota un ligero olor a brea y algas.

Empiezan a andar hacia los vallados costeros del norte. El escaramujo acaba de florecer y los matorrales, que brotan como islas en la arena, desprenden delicados aromas. Junto al pueblo de pescadores se ven pequeños grupos de bañistas, pero más allá la playa está prácticamente vacía, con únicamente algún que otro paseante.

Justo cuando Konrad se dispone a decir algo repara en una figura familiar. Un hombre alto y de pelo cano, que lleva un bastón en una mano y un sombrero de paja en la otra, camina solitario por el pequeño sendero que bordea la alambrada de los prados. Aunque avanza con brío hacia la aldea, se aprecia en la distancia que cojea ligeramente.

Aunque lo separan más de cincuenta metros de la zona de vegetación litoral por donde marchan Konrad y Gertrud, el hombre los descubre y saluda alegremente con el sombrero. La vista también la tiene bien, se dice Konrad, quien le devuelve amablemente el gesto en dirección a la pendiente.

—Es Arvid Linder —explica—. Catedrático de derecho penal. Lo conocí

en casa de Berelius. Parece ser un viejo bastante simpático.

Gertrud no le dedica al anciano más que una mirada fugaz. Por lo visto, nunca ha oído hablar de él.

—Estabas a punto de contarme algo...

—Sí, pensaba en... —inicia Konrad, pero se interrumpe no sabiendo muy bien cómo expresarse.

—Pensabas en Agnes, tu madre, ¿me equivoco?

Konrad la mira asombrado.

—¿Cómo lo sabías?

Gertrud ríe y él no es capaz de dirimir si está ruborizada o si se trata de su sensible piel que ha tomado demasiado sol.

—¿A qué otra cosa podrías darle vueltas en la cabeza?

Se sientan en el suelo, apoyando la espalda contra una de las antiguas fortificaciones de hormigón erigidas en el pasado con el fin de detener la invasión rusa que supuestamente amenazaba al país. Ahora el búnker está cubierto de manchas de líquen amarillo. Examinan la oscuridad a través de una abertura y constatan que alguien ha dejado tras de sí una pila de latas de cerveza. Pero allí arriba hay un olor fresco a serpol y a mar.

—Palander me informó de algunas de las averiguaciones que había realizado —dice Konrad—. Nada extraordinario, simplemente varios recortes de periódico relacionados con la desaparición de mi madre.

—¿Ah, sí?

—Puede que fuera un simple chismorreó, aunque no lo creo. En uno de los artículos se sugería con bastante claridad que había ejercido de... prostituta.

Gertrud coloca su mano sobre la de Konrad.

—¿Era algo que ya conocías... o sospechabas?

Él niega con la cabeza y dirige su mirada hacia el mar, donde se adivina el contorno de un carguero en la lejanía del horizonte. El agua permanece prácticamente inmóvil pese a ser mediodía. Solo rachas de viento ocasionales levantan suaves ondulaciones sobre la superficie del mar. Unas olas diminutas, nimias, susurran contra la orilla. Ven una golondrina de mar lanzándose al agua a la caza de pequeños peces.

—No sé. No debería ser tan complicado imaginarlo. Una mujer polaca sola y marginada en este pueblo de mierda... Pero no guardo ningún recuerdo

al respecto, al menos no nítido. Herman y Signe se negaban a hablar de ella y, cuando me hice mayor, era como si la idea nunca se me hubiera ocurrido.

—Sven me dijo en alguna ocasión que se metían contigo a causa de ella.

—Sí, de vez en cuando, pero jamás dejé que me afectara. Estuve convencido durante mucho tiempo de que regresaría para llevarme con ella. Luego decidí que se había muerto.

Les llegan de improviso unas voces. Una pareja joven pasa junto a ellos en bicicleta con toallas de baño dentro de los cestos. Se ríen y resoplan al hundirse las ruedas en la arena y tienen que emplearse a fondo con los pedales para hacerlas girar. Gertrud los sigue con la mirada.

—¿Y tu padre...? —dice con la cara aún vuelta del otro lado—. ¿Nunca supiste quién fue?

Konrad se pone de repente en pie.

—¿Con una madre puta? ¡Joder! Podría ser cualquiera...

Konrad baja al mar sintiendo cómo le queman la espalda los ojos de Gertrud, coge un canto grisáceo suavemente pulido por el mar, lo calibra con la mano y lo arroja con todas sus fuerzas. Luego lo sigue con la mirada hasta que cae y destroza el espejo de agua con un «plop». Más tarde, se adentra un poco él mismo en el agua gélida sin que le importe mojarse las sandalias y las perneras del pantalón. Su pulso, tan repentinamente desbocado, se ve apaciguado por el frío.

Cuando vuelve a ascender hasta el búnker de hormigón se encuentra a Gertrud tendida boca arriba en la hierba, con los ojos cerrados.

—Perdona —le dice—. No tenía derecho a enfurecerme de ese modo.

Ella calla como un muerto.

—Háblame de ti, Gertrud —insiste reclinándose de nuevo sobre la fortificación.

—Pensé que nunca me preguntarías —replica ella sin abrir los ojos.

Konrad ve cómo se dibujan sus costillas a través de la tela de algodón, justo debajo de dos blandas colinas. Se vislumbra una rendija de piel entre la blusa y el forro de sus desgastados vaqueros. Mueve un poco uno de los pies, como dormida. Konrad se ve atenazado por un deseo intenso de tumbarse junto a ella, pero no se atreve. Apenas ha pasado una semana desde que ni siquiera acertó a adivinar quién era. Ahora la siente extrañamente conocida. Es la

hermana menor de Sven, lo que la convierte en cierto modo en algo... prohibido.

—Como sabes, era la más pequeña, así que fui yo quien tuvo que soportar durante más tiempo esa situación de mierda —afirma Gertrud en tono vago.

Konrad se siente sorprendido como un voyeur, aunque ella continúe tendida con los párpados cerrados. Trata de recordar la casa de los Myrberg tal y como la vio la última vez. Con suciedad incrustada por todas partes. Restos de comida y botellas vacías. Alguien roncaba en la planta de arriba, en una habitación que no quería conocer.

—Tus padres, Sixten y Elsa, le daban mucho a la botella.

—Es cierto —admite ella, y lo extraño es que parece aflorar una pequeña sonrisa sobre sus labios—. A mí me tocó limpiar sus últimos vómitos. Sven también estaba ahí, por supuesto, al menos de vez en cuando, pero él es como es. Por suerte murieron pronto, con solo un par de meses de diferencia. En el caso de mi padre, el hígado dijo basta, y en cuanto a ella, era como si ya no deseara seguir viviendo. Se negaba a comer y a beber. Se pasaba el día en la cama mirando fijamente su antigua foto de bodas y afirmando que había decidido que quería morirse, porque así podría verlo de nuevo. En el cielo. Ni siquiera sabía que fuera creyente.

—¿Y por qué...?

Gertrud se reincorpora de repente.

—No lo sé. Pimplaron desde que tengo uso de razón, pero nunca se portaron mal, ni entre sí ni con nosotros, los hijos. Parece que, sencillamente, no podían con la vida. Creo que fue a Sven a quien le afectó más.

Una vaga desazón se extiende por el estómago de Konrad.

—Él vivió un infierno, ¿sabes? —dice Gertrud con una renovada intensidad en la voz.

Ese mirar oblicuo, que, en cierta manera, la obliga a esforzarse para poder penetrar en él, la llena de inseguridad. Konrad se vuelve cara al mar sin saber qué decir. ¿Debe disculparse después de treinta años? Tiene la impresión de que ninguna palabra resultaría adecuada.

—Tengo que hablar con él ahora que estoy aquí —declara.

—Deberías hacerlo —confirma ella.

El encuentro con Sven todavía lo puede aplazar por un momento. Aparta a

un lado esa sensación de incomodidad y en el rostro de Gertrud puede adivinar que comprende perfectamente sus pensamientos.

—¿Adónde se fueron todos tus otros hermanos? —pregunta Konrad de golpe.

—El viento se los llevó —contesta ella—. Cuando once niños se ven obligados a vivir bajo el mismo techo, tal vez lo más natural sea querer huir lo más lejos posible tan pronto se presente la ocasión. Tengo contacto con varios, alguno que otro ha seguido las huellas de mis padres. Y Lelle está entre rejas en Kirseberg.

—¿Está en la cárcel?

Konrad rebusca en su memoria y se le aparece en la mente la imagen difusa del hermano mayor de Sven. Lelle, el bala perdida de la mirada oscura. Uno de los varones de en medio. Se rumoreaba de él que le había desencajado la mandíbula a tres policías en la puerta del Gislövs Stjärna, antes de ser reducido. Ya en la época se lo consideraba un tipo muy peligroso. A Konrad no le sorprende la noticia.

—Lo condenaron hace trece años por asesinato. A cadena perpetua. Entró por la fuerza en casa de un libanés que vendía anfetaminas en la plaza Möllevång de Malmö y lo acuchilló con una de esas navajas tradicionales de la ciudad de Mora hasta acabar con su vida.

Gertrud contempla a Konrad con la mirada vacía.

—Nos escribimos cartas. Él ha... encontrado a su Dios, según me cuenta. Y creo que lo dice sinceramente.

Un débil jadeo del mar desplaza un mechón de pelo sobre su frente, que Gertrud aparta pensativa con la mano.

—¿Y tú? —pregunta Konrad calladamente.

—¿Yo?

Su gesto es casi de sorpresa.

—Después de morir mi padre y mi madre me largué tan pronto como pude. Sven se quedó en la casa. Y ahí sigue viviendo. Yo fui a parar a un apartamento colectivo en Lund, un lugar realmente hippy en Norra Fäläden. Estudié algo de literatura en la universidad y trabajé a tiempo parcial en el hospital. Luego me fui a Asia con la mochila al hombro en varias ocasiones. Regresé y estudié enfermería. Y en cuanto a tu pregunta la respuesta es sí.

Konrad no sabe a qué se refiere y ella se ríe de su gesto de desconcierto.

—¿No te acuerdas? Fue lo primero que me preguntaste cuando nos vimos en el comedor del hotel. «¿Estás casada?»

—Ah... Entonces, ¿sí?

Gertrud asiente con la cabeza y afirma con una indiferencia que le parece impostada:

—Pues sí. Casada y divorciada. Me enamoré de un médico. Como en las series de televisión, amor en el hospital, ya sabes... Era guapo e inteligente. Se llamaba Joakim. Nos dio tiempo a casarnos, mudarnos a Estocolmo y vivir diez años en una casa adosada en Viksjö antes de darme cuenta de que era un hijo de puta.

—¿No tenéis...?

—¿Niños? No, yo...

Gertrud se interrumpe en mitad de la frase, como si se hubiera arrepentido y no deseara ahondar en el asunto.

—¿Por qué tantas mujeres bellas se sienten atraídas por cretinos? —inquire Konrad con curiosidad sincera.

Gertrud prorrumpe en una sonora carcajada y él la mira asombrado sin entender dónde está la gracia.

—Eso ha sonado a una réplica realmente mala propia de una película —afirma una vez recuperada y tras secarse una lágrima de la comisura del párpado con el dorso de la mano.

Konrad no puede dejar de sentirse ligeramente ofendido, aunque sabe que tiene razón.

De improviso, Gertrud le da un beso en la mejilla y se levanta apresurada.

—¡Vamos! Es hora de volver a casa.

20

El papel que tiene delante está en blanco.

La mano sostiene el bolígrafo, acaba de apagar el televisor y ahora no puede evitar escuchar.

Ahmed no debería derrochar su semen de ese modo, piensa sulfurándose una vez más.

Es un ruido imposible de obviar. Los jadeos de Ahmed. Los oye casi cada noche.

Está casado con una atractiva muchacha. Debería reservarse para ella, se dice a sí mismo mientras le sobreviene una punzada de envidia que preferiría no sentir. No lo desea en absoluto. Quiere iluminar el alma. La oscuridad no debe apartar a un lado la luz.

Pero bueno, se había propuesto concentrarse en la carta. No solía serle tan difícil comenzar.

Piensa a menudo en ella, prácticamente a diario. Le sienta bien hacerlo, aunque también resulte doloroso. Ha tenido que sufrir tanto. Por aquel entonces jamás se le ocurrió compadecerse de ella como hace ahora.

Del otro lado de la pared, no puede separarles más de un metro, los gemidos y resuellos se intensifican. Una tortura. Finalmente llega un pequeño grito medio ahogado. Tan lamentable. Y a continuación se hace el silencio.

Por fin, piensa. Ahora solo falta que se duerma y habrá paz. Vuelve a coger

el bolígrafo que ha dejado caer sobre la sábana y en la parte superior del papel escribe: «Querida hermana».

Pero sus pensamientos comienzan otra vez a errar de un sitio a otro. Le resulta tan irritante... No debería haber muchas cosas aquí que pudieran distraerlo. Tal vez sea en este punto donde radique precisamente el problema: el hecho de que haya tan pocos motivos. Es como si cada uno de los objetos reclamara su atención. Los libros, el peine, la cuchilla de afeitar y el bote de espuma de afeitar del estante. Su ropa diligentemente doblada sobre la silla y el crucifijo de la pared, donde antes estaban las esculturales mujeres semidesnudas que él mismo había arrancado. La Biblia, siempre en la mesita de noche junto a la cama. Y la luz de la luna, sobre todo la luz de la luna, que penetra a raudales por la ventana enrejada y dibuja una sombra en forma de cruz sobre la pared, lo cual no deja de ser una señal propicia.

A lo lejos escucha a alguien gritar su angustia, como un animal salvaje herido. Es como si su voz se propagara a través de los muros e hiciera vibrar a la propia piedra. Oye pasos en el corredor, y acto seguido vislumbra un fugaz ojo en el ventanillo de la puerta.

—No era aquí. Quizá ha sido en el tercero —oye decir a una voz, seguida de pasos que van atenuándose.

Los carceleros. Antes los odiaba y se hubiera cargado sin pestañear a alguno de ellos si se le hubiera presentado la oportunidad. Cuando ya has matado a alguien, es como si el duende hubiera salido de la botella. Lo puedes volver a hacer.

Siempre y cuando no te hayas redimido.

Ahora siente más bien pena por ellos. Todos somos hijos de Dios.

Bueno. La carta. Vuelve a contemplar esas dos palabras: «Querida hermana».

Quizá sea más sencillo empezar más o menos como suele hacer. Con menos dramatismo.

«Esta es la carta número cuarenta y siete que te escribo desde que vi la luz. ¡Alabado sea el Señor!»

Aguza el oído un breve instante, masculla luego algo para sí mismo y reanuda la escritura.

«De tu última carta deduje que volver a Tomelilla no te ha resultado fácil.

Te conozco muy bien. Han pasado muchas cosas malas. Yo tengo la culpa de parte de ellas.»

Descansa un momento la mano y trata de evocar su imagen, la de la mujer que va a recibir la carta, una muchachita con la preocupación grabada en los ojos. ¿Por qué no la ayudó nunca por aquel entonces?

Pero jamás le puse la mano encima, trata de disculparse en su mente. Ni siquiera en la peor época cuando daba rienda suelta a mi maldad.

Se arrepiente de inmediato de su evasiva y maldice su propia miseria.

Tuvo que cargar tantas cosas sobre sus pequeños hombros. Demasiado. Llevaba unos enormes lazos celestes en su cabello pelirrojo, siempre ligeramente torcidos. ¿Quién se hubiera molestado en arreglarlos?

Pero esa imagen pertenece al pasado. Le ha enviado por carta una foto reciente, que él le pidió expresamente. Le encanta observarla. Una mujer madura y muy hermosa. Ahora sus ojos verdes rebosan fortaleza, lo cual lo alegra.

Un nuevo alarido procedente de las entrañas del edificio de piedra interrumpe sus pensamientos. Esta vez puede discernir un par de palabras. Alguien quiere morir. Trata de distinguir al autor de los gritos, pero sin éxito.

¿No le podrían dar un poco de valium?

Olsson solía sonar así por las noches antes de su muerte. Antes de que se colgara en su celda. Una historia demasiado triste.

Pensaba que era posible salvar su alma. Faltó muy poco. Esa era en cualquier caso mi impresión.

Se imagina al otro. Sus ojos grises, espesos como medusas. Una tez tan tenue que sus vasos sanguíneos amenazaban con reventarla en cualquier momento. Sus finos mechones grises sobre las venas inflamadas de sus sienes. Era un milagro que viviera, considerando todo el aguardiente que se había metido entre pecho y espalda.

¿Por qué estaba preso en realidad? Probablemente, ya se le ha olvidado a todo el mundo. Era la vigésima vez, por lo menos. Drogas o un atraco a cualquier casa, ¿qué importa?

El caso es que estaba tan cerca. Eso es lo que le fastidia. Con toda seguridad, la cura de la cárcel, esa jovencueta, conversaba con él. ¿Pero para qué sirvió? Para nada. Su mensaje era excesivamente difuso, demasiado

relativo, como si se pudiera creer un poquito según como le apeteciera a uno.

Agita indignado la cabeza en su soledad. O crees del todo, o en absoluto, se dice. Uno tiene que abandonarse incondicionalmente, ese es el único camino para la salvación.

Olsson estaba casi listo. De eso está convencido. Si hubiera aguantado vivir un poco más...

Se ha hecho tarde. Ya es casi de noche. Siente un temblor en los párpados. El agotamiento le sobreviene ahora como un regalo del cielo. Si trabajas duro en el taller, ejercitas tu cuerpo en el gimnasio y tu espíritu con los estudios, el cansancio te llega por la noche de improviso, como un premio.

Pero aún le queda por escribir unos pocos renglones en el papel que apoya sobre sus rodillas, que colorea de amarillo el estrecho haz de luz de la lámpara de su mesita de noche.

Olsson tenía algo que contar. De eso no le cabe duda alguna. Deseaba aliviar su corazón.

Es por ese motivo que escribo esta carta, piensa.

La cruz de la pared, enviada por la luna. La mira durante un buen rato, buscando la fuerza para formular sus palabras.

21

Al verse cara a cara con Sven, Konrad no comprende en absoluto de qué tenía miedo.

Su sonrisa pecosa sigue siendo igual de conciliadora que hace treinta años. Ya no están los rizos pelirrojos. Ahora cubre su cabeza un pelo rapado color bronce ajustado al cuero cabelludo. Como es natural, el rostro, antaño redondeado e infantil, se ha vuelto más anguloso, y sobre la barbilla exhibe una perilla bien cuidada. Pero bajo las gafas, cuya montura presenta distintos matices de verde lima, brilla la misma mirada: unos ojos despiertos de ardilla, vivos y curiosos por todo lo que lo rodea.

¿Qué se había esperado Konrad? ¿Un desecho de persona que ha desperdiciado su vida lamentándose de todas las traiciones? ¿Un tipo raro marginado, resignado y destrozado? ¿Tal vez una sombra solitaria que se escabulle entre la lluvia?

Sven no irradia nada de eso al hacer su aparición en el hueco de la puerta. Su apretón de manos desborda energía.

—¡Konrad! Joder, me alegro tanto de verte.

—¡Sven!

Esa es la única palabra que logra pronunciar.

Durante una décima de segundo da la impresión de que fueran a abrazarse, pero finalmente optan por abstenerse. O, al menos, esperar. Konrad le tiende

la botella de aguardiente con sabor a saúco comprada momentos antes en la tienda estatal del alcohol.

—Para el arenque —le informa algo titubeante.

Pero Sven ya ha desplazado su atención a Gertrud, que lo espera atrás, a un lado.

—Mi hermanita pequeña..., ¡más bonita que nunca! —exclama abrazándola tan efusivamente que su camisa de lino le revolotea sobre la espalda.

Konrad echa un vistazo al vestíbulo, pero es incapaz de reconocerlo.

Ya un rato antes, cuando se aproximaban a la casa de los Myrberg, comprendió que había habido grandes cambios. La fachada, en el pasado siempre tornasolada y fea, refulgía enlucida bajo el sol. El jardín, antaño su selva, se mostraba ahora aseado y verde, pero no por ello convertido en parque. Junto al seto de lilas, donde comenzaba la pendiente que desembocaba en el Myrsjö, había divisado unos muebles de jardín recién pintados.

Ha desaparecido del recibidor el empapelado parduzco hecho trizas. Ahora unas líneas onduladas rojas y blancas recorren unas paredes blancas como la nieve. Donde estaba la vieja cómoda desvencijada se alza ahora un sillón de orejas de estampado a rayas y un gran espejo con marco de acero. El suelo de madera se ve recién acuchillado y resplandeciente. Ha desaparecido la peste a calcetines avinagrados y a millares de desgastados pares de zapatos, y de la cocina ya no se desprende ese olor a grasa y a viejos restos de comida. Todo parece recién reformado.

Sven le sigue la mirada y no hace intento alguno por disimular su orgullo.

—Se debe a Lena, que es artista. Y un genio en materia de decoración interior.

—Dos lumbreras bajo un mismo techo —replica Konrad percatándose de la mordacidad de sus palabras, aunque no era su intención.

Gertrud se ríe, pero Sven le lanza una mirada ambigua.

—Pasa a saludar. Örjan ya está sentado en el porche con una copa en la mano —explica.

En ese preciso instante asoma una cabeza de la cocina. Una cabeza de color morado.

—No le creáis sus fanfarronadas —profiere la mujer sonriendo jovialmente—. Tendríais que haber visto este cuchitril cuando me mudé. Yo

me he limitado a darle un toque de color.

Vuelve a evaporarse en la cocina por un instante y pueden oírlos enjuagándose las manos bajo el grifo. Acto seguido reaparece, se diría una obra de arte dibujada con espray en el metro. Lleva los ojos maquilladísimos, con el lápiz de ojos que le llega hasta las sienes, sus labios rojo cereza, tres aros en la oreja izquierda y otro que le atraviesa el labio inferior. Y sobre su pálido semblante flamea un incendio que oscila entre el morado y el violeta.

—Hola, yo soy Lena —anuncia tendiendo la mano, fría y un poco húmeda.

—Un placer —contesta Konrad, pretendiendo tener la situación bajo control.

Se hace el silencio en el vestíbulo.

—Hace como cien años que no nos vemos —dice Konrad mirando a Sven.

—Por lo menos mil.

—Te encuentro muy bien...

—Sí, la verdad es que es así... Tú también. Estás igual.

Sven esboza una sonrisita indescifrable mientras manosea la etiqueta de la botella de aguardiente. A Konrad le entra una tos seca. Gertrud abre la boca para decir algo, pero Lena la detiene.

—Bueno, Sven..., ¿por qué no acompañas a los invitados arriba mientras yo voy a por las patatas? El resto ya está en la mesa.

—Claro que sí.

Al volverse hacia la escalera, Konrad se percata de que Sven no ha perdido la cojera. Como si eso pudiera desaparecer sin más... Siempre encontró un punto emotivo en ello. También ahora. Sven parece mantener una buena forma física, con más músculo en el cuerpo que de joven. Pero su forma de andar, esa espasticidad, lo vuelve de repente tan familiar... Como si fuera ayer.

En el descansillo a mitad de la escalera, Sven se vuelve inesperadamente y, en un tono confidencial, posa una mano sobre el brazo de Konrad.

—Más vale aclararlo desde el principio.

—¿Cómo?

—Lo estás pensando, ¿verdad? ¿Pero no era marica? Eso es lo que tienes en la cabeza.

—No, no... En absoluto.

La mirada que atraviesa las gafas de tono lima le hace sentirse ridículo. Pillado in fraganti. Se encoge de hombros en un gesto de disculpa.

—Bueno, quizá sí...

—Hay que reconocer que en ese punto tenían razón, los que se burlaban de mí —sentencia Sven con un aire al mismo tiempo satisfecho y orgulloso—. Soy marica. O, mejor dicho, bisexual. Prefiero pensar que pertenezco a la comunidad del arcoíris. Me llevó bastantes años darme cuenta. En cualquier caso, ahora estoy profundamente enamorado de ese ser maravilloso que está abajo en la cocina. Por cierto, Lena también es homosexual.

Al adivinar la confusión en los ojos de Konrad agrega:

—Es decir, bisexual.

—No tuve... —ensaya Konrad—. Nunca creí...

—No hace falta decir más por el momento. Tal vez más tarde, si te apetece. Simplemente, me parecía adecuado despejar ese interrogante. He aprendido que las cosas casi siempre son más fáciles cuando actúas con franqueza.

Le lanza a Konrad una sonrisa de ánimo y continúan subiendo la escalera.

El porche está situado en el extremo superior de la parhilara, igual que antes. Su puerta de cristal sigue atascándose como siempre, si bien el sol de la tarde se extiende ahora sobre un suelo de tablones recién aceitados y de la baranda cuelgan pequeñas macetas con geranios.

—Mi puente de mando —declara Sven con gesto hospitalario.

—Querrás decir tu rampa de despegue...

Todos prorrumpen al unísono en una carcajada que suena auténtica, a la que sucede una fugaz ráfaga de desconsuelo, y pierden sus miradas en la lejanía del lago y en aquella islita pedregosa a la que llamaban la Luna.

—Pues sí... ¡Vaya aventura! —suspira Sven.

—Te convertiste en mi héroe —dice Konrad.

Permanecen así un buen rato, absortos en el recuerdo, antes de ser arrancados de su ensimismamiento por una voz honda que declama:

—«El recuerdo de la felicidad ya no es felicidad; el recuerdo del dolor es todavía dolor».

Örjan Palander está acomodado en las profundidades del sofá junto a la pared.

—Sí, comprendí que os referíais al temerario recorrido aéreo de Sven. Me ha contado esa historia —explica ahogando una risa.

—¿No fue Lord Byron quien escribió eso? —pregunta Gertrud.

Palander parece desconcertado.

—La verdad es que sí. No está nada mal, amiguita mía.

La mesa que tiene delante está cubierta de un mantel blanco sobre el que ya reposan varios cuenquecitos con arenques. Una botella empañada de aguardiente Jubileum se erige junto a la bandera azul y amarilla que preside la mesa.

—¿Qué queréis beber, amigos? —consulta Palander, que se ha recuperado rápidamente y, por lo que parece, se ha autoproclamado comandante en jefe del grupito reunido en torno a la mesa de los licores. Sostiene en la mano un gin-tonic y lleva puesta para la ocasión una corbata roja, que ya se le ha desanudado en el cuello.

—¿Puedo proponeros el combinado de ginebra, ese clásico estival? En mi opinión, una bebida claramente infravalorada. Por lo que parece, la juventud de hoy no lo consume mucho. Los británicos tuvieron el acierto de apreciarlo allá en la India. Se afirmaba que era beneficioso contra la malaria, aspecto sobre el que no podría pronunciarme. Pero, en cualquier caso, se trata de una fantástica bebida con la que refrescarse tras un día caluroso. Mi pronóstico es que el consumo de gin-tonic incrementará drásticamente en el país conforme el efecto invernadero nos vaya regalando veranos cada vez más tórridos.

Sin esperar respuesta ni reacción a su pequeña perorata prepara dos bebidas de ginebra que completa con sendos gajos de limón. Konrad y Gertrud se ríen entre dientes con él. En ese momento aparece Lena en el porche con una humeante cacerola llena de patatas nuevas.

—Por favor, sentaos —dice en un tono que recuerda al de un ama de casa invitando a la cena del domingo.

Pero Palander, ni corto ni perezoso, se levanta con toda su imponente altura de la esquina donde está el sofá.

—Ahora que estamos todos reunidos quisiera proponer un brindis —anuncia.

Tras una pausa efectista, su semblante adopta un gesto de gran solemnidad.

—Brindemos por... la justicia.

Unos ojos sorprendidos dirigen la mirada hacia él, pero nadie osa preguntarle lo que realmente quiere decir y beben en silencio.

—¡Aaah! —resopla Palander apoltronándose de nuevo en el sofá con estruendo. Tiene la parte inferior del bigote mojada por la bebida. El sol del atardecer hace brillar su cráneo con sus rayos oblicuos.

—¿Por la justicia...? —pregunta Gertrud, intrigada.

—¿No crees que sea el momento, mi amiga? Han acabado con la vida de cuatro personas de la localidad. A mí me parece que es preciso hacer justicia.

El arenque marinado tiene su punto justo de sal y la patata muestra una tonalidad amarilla y sabe a almendra. La cerveza surte un efecto refrescante y el primer chupito de aguardiente difunde un agradable calor por el cuerpo. La tarde se presenta verdaderamente suave como el terciopelo. Sobre la pendiente bajo el porche refulgen blancos los troncos de los abedules. El sol juguetea todavía en las copas de los árboles y, más abajo, se extiende el Myrsjö, reluciente y negro, con sus mosquitos y sus gobios. A Konrad le parece oír el croar de una rana.

Hablan de esos temas que suelen sacar a colación las personas que no se han visto en mucho tiempo. La comida sobre la mesa, la casa, reflexiones superficiales que nadie se toma en serio..., «pero, ¡joder!, si es que estás igual que antes». Se preguntan, por supuesto, por las altas temperaturas: «¿Se puede disfrutar de estas tardes templadas sabiendo que al planeta le está dando un golpe de calor?». Y avanzan a tientas, auscultando las reacciones de los demás, temerosos de ir demasiado lejos.

Sven, el gallardo anfitrión; Gertrud, con su corona de flores en el pelo; Palander, con su mostacho de mayorista; y Lena, una versión punk de la tía Gredelin, el personaje de los cuentos de Elsa Beskow.

Al observarlos, Konrad se ve atenazado por una sensación de irrealidad cada vez más acentuada. ¿Acaso estoy en una especie de vídeo publicitario? De ser así, el anuncio es bastante agradable.

Siguiendo las órdenes de Palander cantan incluso una breve canción:

—*Y si tuviera este trago en el cuello colgado...*

—¡Saluuuuud!... ¡Feliz día de San Juan!

Ríen y barbullan todos juntos sobre ningún tema en concreto. De

improviso, Lena, con su cabellera imposible, exclama:

—Pues sí, ¡Dios mío!, ¡qué horror todos esos asesinatos que ha habido últimamente...! Una verdadera matanza. Te mudas al campo para vivir en paz y armonía, y vas a parar al salvaje oeste.

Todos callan, pero a nadie se le escapa que, tarde o temprano, deberán hablar del tema esa noche. Örjan Palander se aclara la garganta profundamente y aprovecha para sacar su pitillera metálica de puritos.

—¿He dicho alguna estupidez? —se pregunta Lena.

Konrad siente la mirada de los demás sobre él.

—No, no hay ningún problema —afirma y, además, con toda sinceridad.

Esas dos personas que, pese a todo, fueron sus padres en cierto modo... Nunca los llegó a comprender mientras fue joven. Y ahora..., bueno, ahora son sus propios sentimientos los que no entiende. Y necesita ayuda para interpretarlos.

—He estado dándole muchas vueltas a una cosa —dice Sven, pensativo—. Es muy raro, pero cuando me enteré de que Herman y Signe habían sido asesinados no me extrañó en absoluto. Perdóname si suena perverso, pero cuando éramos niños, siempre irradiaban tanta desgracia... Signe, ya sabéis, era como era, y Herman, bueno, podía bromear con nosotros de vez en cuando. Pero en esa casa donde vivías, Konrad, flotaba una especie de pesadumbre. Por aquel entonces no hubiera podido expresarlo en palabras, pero luego he estado pensando que era como si, de alguna manera, supieran que tarde o temprano iban a ser... sacrificados.

—¿Sacrificados? —prorrumpe Gertrud—. ¿De manos de quién?

—¿Para quién? —pregunta Lena con los ojos como platos.

Sven se encoge de hombros.

—Era solo un presentimiento.

Lanza a continuación una mirada intranquila a Konrad.

—Supongo que... Doy por hecho que no tienes inconveniente en que hablemos del tema...

Konrad sacude la cabeza. Sacrificado como un cordero, piensa. Sí, tal vez haya algo de verdad en ello.

—Tú que vives aquí. ¿Ves a Klas? —pregunta.

—No mucho. En realidad, no nos movemos en los mismos círculos. O,

mejor dicho, yo no me muevo en ningún círculo. Más allá de lo imprescindible. Y él, tu hermanastro, o lo que sea, era uno de los peores, como todo el mundo sabe. No se puede decir precisamente que me haya apetecido ir en su busca.

Palander da la impresión de querer decir algo, pero se detiene y, en su lugar, arroja una aromática nube de humo contra un mosquito.

—Espero no molestar a nadie con esto.

—De todas maneras, el tema de los asesinatos es un apasionante misterio —afirma Lena con sus pintarrajeados ojos muy abiertos—. Porque alguien tiene que haberles disparado. De verdad. Y esa persona no fuiste tú, Konrad, ¿verdad?

—¡Claro que no!

Konrad conjura las sospechas con una risa hueca y aparenta tomarse la pregunta de Lena como una broma. Aunque no está del todo seguro. Contempla a la mujer que se ha convertido en el amor de su amigo de la infancia. Resulta difícil determinar si simplemente es tonta o si su intención era provocarlo. O bien si verdaderamente cree que ejecutó a sus padres adoptivos con sendos disparos en la nuca para hacerse con el premio de la lotería.

En cualquier caso, la mirada de Sven rezuma ternura.

—Creo que debemos partir de la premisa de que Konrad es inocente —asevera Palander con autoridad—. La policía dispone actualmente de ciertas pruebas que..., en fin, lo podéis leer en la edición digital del periódico *Ystads Allehanda*. Desafortunadamente no vamos a poder llevarlo a imprenta como es debido hasta después del fin de semana.

—Una pistola —informa Gertrud—. En el pozo de ese loco de Torstensson en Onslunda.

—Ahora sí que no entiendo una mierda —comenta Sven con una confusión que Konrad no reconoce en él.

Palander explica lo de la pistola en el pozo y los chicos albaneses armados, seguramente con la misma pistola con la que dispararon a Herman y Signe en la nuca. En definitiva, que la policía está obligada a abandonar sus sospechas respecto a Konrad.

—¡Ajá! —exclama Sven, aliviado.

Tras lo que Lena añade con candidez:

—Entonces tienes que haberte sentido maravillosamente, Konrad...

¿Cómo se siente? Se encuentra ahí riéndose con los otros, observando con una sonrisa la espontaneidad de Lena, que aún no sabe si es o no auténtica. De nuevo, la sensación de irrealidad. ¿Cómo he ido a parar aquí, a esta otra vida?, se dice. El rostro de Sonja se le aparece fugazmente en la mente, pero vuelve de inmediato a difuminarse sin que le dé tiempo a añorarla. Al otro lado de la mesa advierte las mejillas enrojecidas de Gertrud. El sol ya se ha puesto, pero el crepúsculo continúa vistiendo el más luminoso de sus matices grises.

¿Cómo se siente? Pues bastante... bien, aunque pueda parecer extraño, piensa Konrad.

Cuando el teléfono empieza a vibrarle en el bolsillo se sobresalta como si le hubiera picado una abeja. Los otros lo siguen con la mirada.

Es un SMS de Maria.

¡Feliz San Juan, papá! Estoy con unos amigos en un pequeño islote que no sé cómo se llama y me siento como en ese anuncio de cerveza donde todos son felices. El mar está más bonito que en un sueño. Tienes que venir a visitarme como me habías prometido. Abrazos, MARIA

Como en un anuncio. Konrad se ríe para sí mismo y al levantar la vista comprende que les debe una explicación.

—Es de Maria, mi hija. Parece que ha..., se nos ha, ocurrido la misma idea.

—¿Os sucede a menudo?

Los ojos de Gertrud se ven ahora serios.

—Creo que sí. No siempre hemos mantenido un contacto frecuente, pero sí... Quiero creer que es así.

—Telepatía... —concluye Lena asumiendo un aire soñador en su mirada—. Eso mismo nos ocurre a Sven y a mí. Con mi anterior chica, o pareja, por llamarlo de algún modo, todo era sexo, sexo y más sexo.

Lena mira a Sven con gesto de disculpa y este hace como si no fuera con él.

—Pero con Sven es algo como si dijéramos mágico. Nunca necesitamos decir nada en voz alta. Es como si nuestros cerebros estuvieran

interconectados.

—Mmm... —musita Palander.

Konrad resiste un malintencionado impulso de pedirle que sume números primos y, un segundo más tarde, ya siente alivio de no haberlo manifestado. Resulta imposible albergar malos sentimientos contra Lena.

—¿Qué edad tiene? —pregunta Sven.

—¿Maria? Cumplió veinte la pasada primavera.

—¡Es hora del café! —irrumpe Palander golpeando las rodillas contra la mesa, lo cual hace tintinear la vajilla—. Que todo el mundo se quede sentado. Yo me encargo.

En un abrir y cerrar de ojos ha recogido unos pocos platos y desaparece con Lena, que le sigue la estela. Gertrud se estira perezosamente.

—Bajo a echar una mano —proclama y se marcha también.

Quedan Konrad y Sven. Cara a cara.

En silencio.

—Tu hija... —inicia Sven.

—¿Maria?

—¿Cómo...?

—Su madre y yo nos separamos hace mucho. La cosa está muerta entre nosotros. Pero a Maria la veo tanto como puedo.

—Qué bien.

Sven asiente meditabundo como si acabara de oír una buena noticia y echa a continuación más aguardiente en los vasos.

—¿Y tú qué? —dice Konrad—. ¿Sigues trabajando en la central lechera?

—Sí. Ya son casi treinta años —indica Sven, de repente con un gesto ligeramente rebelde, como si lo acusaran de algo.

—¿Es..., te sientes a gusto?

—Sé exactamente lo que estás pensando.

—¿De verdad?

—Piensas lo siguiente: este tío tan listo, ¿cómo ha podido ser tan imbécil de quedarse ahí trajinando con la leche? ¿Cómo ha podido este genio de las matemáticas dejarse humillar de ese modo, un año tras otro? ¿Me equivoco?

Su voz se vuelve súbitamente agresiva y desafiante. La mirada que mora detrás de las gafas se le incrusta y penetra en él.

—Sé que debería haber dicho algo...

Sven se bebe de un ávido trago su bebida.

—Tú deberías haber dicho algo... Yo debería haber hecho algo... Son tantas las malditas cosas de las que uno puede arrepentirse en la vida. ¿Pero de qué sirve?

Sus ojos abiertos de par en par son tan intensos que a Konrad no le queda otra que seguir su ejemplo y vacía su cuarto chupito.

—Te voy a contar algo —dice Sven—. Si hay alguien que se ha arrepentido aquí en esta vida, ese soy yo. Durante un montón de años fui por ahí escondiéndome, con la cabeza agachada, tanto en el trabajo como por la ciudad. Los oía susurrar y burlarse de mí. Y al principio, sabes, me hizo tanto daño que jamás te rebelaras...

¿Qué se puede decir ante eso? El licor comienza a hacerse notar en la cabeza de Konrad y sus sentimientos de culpa se entremezclan con confusas ideas de perdón. ¿Qué responde uno al comprender que una traición, que uno ha reprimido durante treinta años, ha atormentado a otro ser humano durante todo ese tiempo?

—No sé qué decir, Sven.

—Que le den por culo. Solo quería explicártelo.

—¿Por qué no te largaste de aquí? ¿Por qué no te fuiste de este pueblo de mierda? Dios santo, podrías haber sido catedrático en cualquier sitio...

Sven resopla irritado, se encoge luego de hombros y su mirada parece volverse evasiva.

—Viajaba a Malmö de vez en cuando. Ligaba con alguien. A veces tenía que pagar. Pero siempre regresaba aquí. No sé, quizá era porque no se me ocurría adónde ir si no. Posiblemente fuera porque me negaba a darles a esos gilipollas el gusto de ver cómo me rendía.

Su rostro se ve atravesado entonces de un fulgor más amable.

—Un día —explica con parsimonia— simplemente me decidí. No sé lo que lo provocó. Acaso una mirada, alguien que murmuraba o me señalaba. Sea como fuere, me traje hasta aquí a mi novio de turno...

Y diciendo esto hace rápidamente la señal de las comillas con los dedos en el aire.

—Fui de la mano con él desde la estación de tren hasta la plaza, y enfrente

de la estatua de Carl Milles me di con él el morreo más húmedo que jamás se haya visto en este agujero. Imagínate si la gente se nos quedó mirando. Lo extraño es que después de eso prácticamente nadie se ha vuelto a mofar de mí.

Sven pronuncia estas últimas palabras con una sonrisita sin amargura.

—Lo irónico del caso es que poco después conocí a Lena y me enamoré perdidamente de ella.

—Me alegro de verdad por ti.

—Me di cuenta de algo —añade Sven adoptando un gesto filosófico—. ¿Se ama a un hombre o a una mujer? —pregunta sacudiendo luego la cabeza negativamente en respuesta a sí mismo—. Se ama a un ser humano.

El silencio de Konrad le provoca una sonrisa.

—Y no hace falta ser psicólogo para entender que tú te estás enamorando de mi hermana pequeña.

Es la segunda vez en una semana que me ve borracho, piensa Konrad. ¿O la tercera?

La corta noche ya está a punto de concluir y una fina bruma cubre el lago Myrsjö. La vela del farolillo que Lena prendió al atardecer se ha agotado y Palander se ha quedado dormido en el sofá, con una sonrisa beatífica y las manos estrechadas en torno a una copa de coñac sobre la barriga. Emite un ronquido apagado. El primer mirlo de la mañana llevó a Lena a la cama. Ahora escuchan a un ruiseñor entonando su peculiar melodía a lo lejos. Las mantas en las que se envolvieron han amanecido cubiertas de rocío.

—¿Te acuerdas...? —balbucea Sven por enésima vez esa noche, aunque esta vez se detiene en el intento.

Konrad bosqueja en su cara una sonrisa boba.

—Por supuesto que sí...

Se aparece entonces un antiguo interrogante en su mente.

—Ese concurso en la clase de mates de Göransson... ¿Lo recuerdas? El de los números primos. ¿Cómo diantre lo hiciste?

Una sonrisa de satisfacción se extiende por el semblante de Sven. En el interior del cristal de sus gafas se ha formado un poco de vaho.

—Fue sencillo. Él hizo trampas, así que yo también.

—Pero ¿cómo?

Sven se seca las gafas con una servilleta y lo contempla con una mirada maliciosa a la par que exultante.

—Resulta que me colé en la sala de profesores el día antes. Estaba vacía. Y su cartera completamente abierta. Así que eché un rápido vistazo y encontré toda la hilera de cuentas ya realizadas. Comprendí inmediatamente lo que estaba preparando. Me bastó con ir a la biblioteca, averiguar qué mierda era un número primo, hacer unas cuantas sumas y aprenderme todo el percal de memoria.

—¡Madre mía...! —exclama Konrad, impresionado.

—Tal vez no sea un genio, pero tengo una memoria del copón.

Ríen durante un largo rato, con una risa redentora, hasta no poder más, y luego se sumen en un dulce silencio.

—Pero mira que eran idiotas —señala Sven finalmente.

—Mmm..

—Los otros, quiero decir.

—Nosotros éramos los otros, Sven —sentencia Konrad en un momento de lucidez.

Habían pasado tres horas desde que se abrazaran por primera vez y más de dos desde que Konrad había dejado de preocuparse por la sensiblería llorica que los había sorprendido a ambos, como si de una vieja película de Spencer Tracy se tratara.

Los párpados le pesan como el plomo y es Gertrud quien pronuncia las palabras salvadoras.

—Bueno, ahora tenemos el mismo camino hasta casa, ¿no es cierto?

—Podéis acomodaros donde queráis. La casa es grande. Por mi parte, yo me voy a la cama —informa Sven.

Van caminando hacia el centro de la localidad por calles desiertas.

Gertrud se ha enfundado un jersey rojo de punto que le ha cogido prestado a Sven y que lleva arremangado. A Konrad le sorprende que él mismo no tenga frío, pese a llevar solo una camisa. Un resplandor anaranjado hacia el este testimonia que el sol se está alzando a través de la neblina de la mañana. No se ve ni un alma, ni siquiera el coche de un rocker cualquiera arrancando a todo gas, ni a un gato doblando una esquina. Sobre los techos de las casas los

pájaros gorjean desamparados, como única prueba de la existencia de vida en el pueblo.

Sin embargo, es una noche que no se puede acabar.

—Ha sido... curioso —dice Konrad, dubitativo.

Ella se detiene y lo observa con ojos llenos de promesas.

—¿Encontrarte con Sven?

—Todo. Sven y su nueva pareja. Ese Palander. Y tú, sobre todo tú.

A la altura del parque del Pueblo, con todas las farolas apagadas, siente la mano de ella en la suya, propagando una ola de calor por todo su cuerpo. De repente es como si la niebla se despejara y la embriaguez del aguardiente se dispersara. Como por arte de magia, todo lo que apenas un momento atrás era difuso se vuelve completamente nítido y claro. Se inclina ligeramente hacia ella y aspira sus aromas sin que ella lo advierta. Con los dedos capta hasta el movimiento más insignificante de los músculos de su mano.

Cuando llegan al portal de la casa de ladrillo rojo y palpa en su bolsillo la llave que Gudan le había entregado le dice como si fuera la cosa más natural del mundo:

—Puedes dormir en mi casa si quieres.

En el vestíbulo se acumulan cajas de mudanza nunca desempaquetadas. Sobre la mesa de la cocina divisa una solitaria taza de café. La flor de la ventana está un poco mustia. Una pálida luz inunda el apartamento.

No esperan.

Ambos han estado esperando demasiado tiempo.

El jersey rojo de Sven ya yace en el suelo, la blusa de florecitas azules desabrochada. En la cálida penumbra bajo el tejido adivina los pechos blancos de Gertrud.

Ella ciñe ávida con sus brazos la cabeza de Konrad y absorbe los labios de este en su boca.

Konrad explora feliz el cuerpo de Gertrud.

Cuello desnudo, ojos cerrados. Sus manos escrutan a tientas y siente el sudor en la espalda de ella, que va a su encuentro con suavidad y dureza, uñas desgarrando piel.

El sol se cuela entonces por una rendija de la cortina del dormitorio, anunciando un nuevo día de calor sofocante.

22

Las imágenes más nítidas se encuentran en ese terreno limítrofe entre el sueño y el despertar. Permanecen un segundo. O una eternidad.

Es asombroso lo que cabe en una unidad de tiempo tan indeterminada, piensa Konrad. O quizá lo esté soñando.

Se dice que quien se está ahogando ve pasar toda su vida por delante de él en un instante.

Konrad se ve a sí mismo: al niño abandonado. Al atendido, pero nunca amado. ¿O acaso Herman y Signe sentían algún tipo de amor por él a su torpe manera? Herman le sonrío, pero no pronuncia palabra y no le toca ni por asomo. Signe le mira de reojo por el borde superior de la Biblia y adopta un gesto se supone que de amabilidad. Quizá únicamente sintieran pena por él, como a un gatito que uno encuentra desvalido por la calle. Pero ¿y la fotografía que estaba entre las demás en su librería de gala? ¿Acaso no aparece encaramado a los hombros de Herman? Un aroma a loción capilar, un atisbo de calva pobremente camuflada con el pelo de través. Es raro que no pueda recordar cuándo se tomó esa foto.

Pero Konrad ve más cosas en esa moviola vertiginosa que se proyecta ante él: el levantisco mocosito polaco que siempre se metía en riñas y al que siempre lo zurraban. El bravucón lleno de arañazos, moratones y chichones, con una rebeldía en la mirada que sus profesores detestaban.

Y el escapista. Aquel que se quemó y finalmente empezó a evitar el fuego. A mirar hacia otro lado. A dejarse llevar.

Maria lo está llamando desde hace tiempo.

Aparecen rostros de mujeres, unas dispuestas a sacrificarlo todo, otras de las que ni siquiera recuerda el nombre. Sonja, también ella se evapora en una neblina.

Pero Konrad no se ahoga, sino que sale flotando a la superficie.

Los rayos de sol calientan sus párpados y la última fracción de segundo que pasa en esa región fronteriza se colorea de un naranja vivo.

La mano se desliza sobre la sábana, arrugada y caliente. Sonríe para sí mismo expectante, feliz por lo que las yemas de sus dedos están a punto de tocar. Ahí en algún lugar... busca a tientas... Pero no encuentra nada.

Ha desaparecido.

Konrad abre bien los ojos y mira a su alrededor. Sabe exactamente dónde se encuentra y todo es justo como se lo espera. Excepto que Gertrud no está. Inmediatamente la echa tanto de menos que el pecho empieza a dolerle.

Es probable que simplemente haya salido a comprar el pan para el desayuno.

Pero Konrad se ve atenazado por algo que recuerda a... un ataque de pánico.

Eso es ridículo, se dice.

Pero su sentido común aún no ha despertado. Aprieta la nariz contra la sábana y absorbe el olor de su cuerpo. Luego se queda tumbado boca arriba, desnudo, con los ojos fijos en el techo.

Ahí ve a una araña desplazándose lentamente, un enorme bicho gris oscuro con un aspa sobre el dorso, que sale de su nido, dentro de una grieta encima de la ventana, y se lanza a recorrer la tela que ha tejido en un rincón bajo el techo.

No recuerdo haber visto una araña de la cruz desde que era pequeño, discurre Konrad.

En mitad de la malla ha quedado atrapada una pequeña mosca. No parece que esté muerta aún. Mueve una de sus alas, o tal vez sea la corriente de la ventana la que la agita. La araña llega ahora a su destino, se posa sobre su presa y luego queda totalmente paralizada.

En ese momento suena el móvil.

Tras dar un salto de la cama y rebuscar entre su ropa, Konrad lo encuentra finalmente en el bolsillo de sus vaqueros, que están tirados por el suelo, y pulsa impetuoso el botón de respuesta.

—Le habla Palander.

Konrad se siente al mismo tiempo decepcionado y aliviado y se deja caer pesadamente otra vez sobre el borde de la cama. ¿Qué había esperado que Gertrud le contara?

Echa un vistazo al barato reloj de pared de Ikea. Las nueve y cuarto. No ha podido dormir muchas horas. ¿Es posible que se le haya pasado la borrachera a Örjan Palander tan pronto?

—Estuvo bien lo de anoche, ¿verdad? —dice con un tono descaradamente despierto.

—Sí, sí, superagradable...

—Y Gertrud se aseguró de que llegara sano y salvo a su nueva casa, ¿no es cierto? —suelta Palander en tono inocente.

La pregunta irrita a Konrad. ¿Lo estará espionando? O acaso tenga una intuición muy desarrollada. No puede saberlo, pero sus instintos de topo parecen funcionar de maravilla. Seguramente solo sienta curiosidad, como suele ocurrir con las personas que se preocupan de uno. En ese caso, no hay motivo para molestarse.

—La última vez que lo vi estaba tirado en el sofá de Sven con una botella de coñac en el regazo. Parecía estar soñando —le dice Konrad con una risita y oye a Palander ahogar también un risa en su garganta.

—Es imposible encontrar mejor compañera de cama.

Una idea pasajera cruza la mente de Konrad: ¿No habrá estado nunca con una mujer? Naturalmente que sí, pero cuando llegas a los sesenta quizá no te apetezca hablar de ello todo el tiempo.

—En fin —añade Palander—, el motivo por el que le llamo a esta hora tan intempestiva es que tengo una noticia.

—No me diga...

—Bueno, mejor dicho, dos. Una buena y otra mala.

—Y ahora tengo que elegir cuál quiero oír primero...

—No, empezaré con la buena de todas formas.

—¿Ah sí?

—Esta mañana me llamó un informador que tengo en la policía que, a juzgar por su voz pastosa, se encontraba en un estado igual de lamentable que el que le habla. Sin embargo, me debía un favor, así que me contó que los técnicos de la policía estuvieron haciendo algunas horas extras ayer, en la mismísima vigilia de San Juan, con objeto de examinar la pistola del pozo.

—¿Y? —agrega Konrad impaciente.

—Teníamos motivo para ser optimistas respecto al hallazgo de Onslunda. Los resultados preliminares evidencian que la Luger es del mismo calibre que el arma empleada por el asesino de Herman y Signe. Una antigualla de pipa, seguramente de la guerra, pero en buen estado, según mi fuente. Y las marcas de las balas parecen corresponder con la pistola.

—Suenan... bien —replica Konrad, sin sentirse realmente aplacado.

Lo único que tiene en la cabeza es dónde puñetas se ha metido Gertrud.

—Quiero insistir en que se trata de resultados preliminares. Sin duda enviarán tanto la pistola como las balas a Malmö, o bien a los laboratorios centrales de la policía técnica en Linköping, que cuenta con un equipamiento más avanzado, para un análisis más minucioso.

—Me parece estupendo que hayan encontrado algo que haga que el tal Bernhardsson me deje en paz —señala Konrad.

—Mmm... Por supuesto.

Se hace un silencio en el auricular.

—También hay otra cosa —anuncia Palander con algo de misterio en su voz.

—¿Ha llegado el momento de la mala noticia?

—Resulta un poco difícil, así, por teléfono... ¿Dónde se encuentra?

Konrad vuelve a echar una ojeada al apartamento, como si necesitara convencerse a sí mismo antes de contestar. Sobre la pared del dormitorio pintado de blanco cuelga un póster enmarcado. Girasoles de Van Gogh. Hay un par de pantalones tendidos sobre un viejo sillón de mimbre. Junto a la cama, una mesita de madera de pino sobre la que reposan algunos tubitos y frascos, y un par de libros de bolsillo. Una caja a medio abrir de pastillas contra la acidez. ¿Tendrá problemas estomacales? Ve un ramo de flores secas amarradas con una cuerda al espejo. Flota un algo de precipitación en todo ello. Un

cuarto habitado por alguien que no piensa quedarse mucho tiempo. Del otro lado de la puerta del dormitorio vislumbra una estantería llena de libros, excepto en una de las baldas, ocupada por dos fotografías, demasiado alejadas como para poder ver lo que representan. Observa un estor azul oscuro bajado hasta la mitad.

—En casa... —contesta vacilante.

—¿Puede pasarse por la redacción?

—¿Está ahí?

—No, solo quiero que conozca a la limpiadora... ¡Pues claro, cabeza de chorlito! Entonces, ¿viene?

—Vale.

—Muy bien —repite Palander colgando acto seguido.

Durante un instante, Konrad se queda ahí parado con el teléfono en la mano y la clara sensación de haber sido interrumpido en mitad de algo. Un pensamiento que estaba tomando forma. Sacude la cabeza.

Siente unas ganas intensas de orinar. Recuerda que el baño está en el vestíbulo y se encamina hacia él. Su vista vuelve a posarse entonces en las fotografías, dos imágenes en un mismo marco de madera, sencillo.

Konrad coge una de las fotos. Da la impresión de ser bastante reciente, tal vez del verano anterior. Gertrud y Sven delante de la gran casa junto al lago Myrsjö. Van ligeros de ropa y ríen en dirección al fotógrafo. Sven apoya protector su brazo sobre los hombros de Gertrud. Las sombras, alargadas, llegan casi hasta la vivienda. Seguramente se hizo bien entrada la tarde. Coloca de nuevo la fotografía sobre el estante.

La otra instantánea es más antigua. No puede deducirse dónde ha sido tomada. Gertrud parece más joven, rondando la treintena. Posa en una calle, pero las casas son anónimas y resulta imposible distinguir los rostros de las personas en segundo plano. Tiene delante a una niña pequeña que mira tímida hacia la cámara, una muchachita con el cabello pelirrojo rizado y una camiseta celeste de Mickey Mouse. Gertrud está agachada con los brazos a ambos lados del cuello de la pequeña en un cariñoso abrazo.

Konrad encuentra un enorme parecido entre ellas. Pero ¿no le había dicho Gertrud que no tenía hijos?

Vuelve a examinar la imagen. La niña parece algo enfurruñada, como si

acabaran de tener una pelea y Gertrud tratara de aligerar el ambiente frente al fotógrafo. Su sonrisa se antoja forzada.

Konrad se dirige confuso hacia la cocina.

No hay huellas de que alguien haya desayunado allí. En la encimera, pegado a la cafetera, ve un trozo de papel, que resplandece blanco y burlón hacia él.

Su letra es descuidada y salta a la vista que tenía prisa al escribir el mensaje:

Tengo que irme corriendo. Cuando te vayas, basta con cerrar la puerta.
¡Nos vemos! GERTRUD

Konrad contempla con la mirada vacía esas fútiles palabras. Un cosquilleo de abatimiento gana terreno dentro de su estómago.

La soledad a la que no ha tenido más remedio que acostumbrarse. Ahora siente pavor de ella. Gertrud no puede desaparecer así sin más. Debería comprenderlo. No puede abandonarlo de esa forma.

Es como si un caudal de un gélido manantial subterráneo traspasara sus vasos sanguíneos.

¿De qué tengo miedo?, se pregunta en su foro interno en un intento de poner orden a sus sentimientos.

Esas palabras... Son tan correctas.

Durante un segundo vuelve a evocar su imagen: el calor; la ferocidad inesperada de su mirada; los rizos empapados de sudor sobre el cuello; el cuerpo, blanco y tenso como una catapulta; más tarde, el sopor; los ojos verdes, que tiene tan cerca, y las suaves yemas de los dedos sobre su columna vertebral, justo antes de caer dormido...

¿Por qué mierda no podía explicárselo?

Siente el impulso de llamarla, pero cae en la cuenta de que ni siquiera tiene su número de móvil.

Eso no significa nada, trata de convencerse. ¡Joder, ya eres mayorcito! Lo que tienes que hacer ahora es serenarte un poco.

Se obliga a reprimir el deseo de hurgar a fondo en todo su apartamento.
¿En busca de qué?

¿Alguna pista?

No tengo derecho alguno sobre su vida, piensa Konrad.

Echa un último vistazo al dormitorio y, a continuación, se marcha cerrando la puerta tras de sí.

Al darse la vuelta descubre a Gudrun Vernersson en la escalera, justo debajo del rellano. Se ha detenido sobre su paso y lo mira fijamente con gesto asombrado.

Gudan, como la llaman sus conocidos, es una mujer grande pero de carnes enjutas. Va tocada con un sombrero de paja blanco que Konrad creía que las señoras mayores habían dejado de utilizar tres décadas atrás. Parece sacada de uno de esos antiguos largometrajes suecos. Las venas grises se destacan en sus manos, una de las cuales tiene apoyada sobre un bastón mientras la otra sujeta una bolsita de galletas.

—Hola —dice Konrad tratando de adoptar un aire desenfadado.

Solo se ha encontrado una vez con su casera, y a toda prisa. Fue, en concreto, el día anterior, cuando Gertrud se la presentó y la señora le entregó la llave para que pudiera dejar sus cosas en la habitación.

—Buenos días —responde con tono gruñón al tiempo que frunce los labios.

El apartamento de Gudan se encuentra dos pisos más arriba, con la entrada principal a la derecha, mientras que la puerta de él está a la izquierda. Ello significa que debe acompañarla dos tramos de escalera si quiere ir a su habitación.

Konrad duda.

—¿Se ha equivocado de lugar? —pregunta la mujer con un mirada que desvela claramente la absoluta imposibilidad de que lo crea así.

Se abre paso entonces junto a Konrad y comienza a subir bamboleante los escalones siguientes, casi arrastrando el abrigo gris por el suelo de piedra.

—Eh... No. Solo somos amigos —tartamudea Konrad sin entender verdaderamente lo que quiere decir.

Desde lo alto de la escalera le llega un bufido.

—¡Amigos! ¡Ya lo creo! Pero, bueno, qué le importa eso a una vieja como yo...

Konrad emprende el camino de bajada hacia el portal.

Palander lo aguarda fuera de la puerta de la redacción en pantalones cortos, camiseta y con su vetusto chaleco de pescador. Las piernas le refulgen como si se hubiera hecho la cera. Parece impaciente.

—Maldita sea... Me siento algo nervioso. ¿Por qué no andamos un poco mientras le cuento?

—Me parece bien.

Un gruñido proveniente del banco situado frente a la tienda estatal de alcohol, en la otra acera, capta momentáneamente la atención de ambos. El mismo borracho al que vieron la última vez empapado en su propia orina se acurruca ahora como un desastrado fardo. Rezonga en sueños y reniega furioso. Quizá maldiga el sol, que ha desalojado a la sombra y se desparrama implacable sobre el banco. Por algún motivo a Konrad le viene en mente la imagen de los padres de Gertrud, Sixten y Elsa. Ellos al menos se libraron de dormir la mona en la calle.

Pasean durante un momento en silencio. Les da tiempo a recorrer tres manzanas, y casi a torcer por el caminito que bordea el cementerio y que lleva luego al polideportivo y a la pendiente de Skogsbacken, sin cruzarse con nadie. Un hombre con zuecos y relucientes pantalones de chándal es arrancado brutalmente de su sueño de una noche de verano por su perro salchicha, ansioso por aliviar su vientre. Irritado, tira de la correa obligando a su mascota a que se siente.

Los pensamientos vienen y van en la cabeza de Konrad. No es capaz de desembarazarse de esa compulsiva inquietud por la repentina desaparición de Gertrud, aunque él mismo comprende que es exagerada. Lo lógico sería que la mala noticia de Palander le preocupara más, se dice intentando concentrarse.

—Bueno, ¿me lo va a soltar ya?

Palander introduce la mano con un mohín dramático en uno de los numerosos bolsillos del chaleco de pescador y se saca un papelito.

—¿Qué le parece esto?

Konrad se detiene y lo coge. Es un breve mensaje. Las palabras están escritas con un rotulador negro, con trazos desgarrados e infantiles:

Feriz y Sali no dispararon a los ricachones suecos. Compraron la pistola después de matarlos. De uno que los conoce.

Relee tres veces esos renglones antes de enfrentarse a la expectante mirada de Palander, lo cual no lo tranquiliza precisamente.

—¿Qué se supone que significa esto? ¿Es una broma?

—No sé. Dígame usted.

—¿Piensa contarme de dónde lo ha sacado...?

—Ha entrado por la rendija del correo de la puerta de la redacción. Esta mañana me desperté temprano, como siempre me ocurre cuando pillo una buena tajada. Es como si me picara todo el cuerpo. Me cuesta trabajo estar quieto, así que me paseé hasta el local y lo encontré ahí, en la bandeja del correo.

Llegan hasta un banco, a la sombra de un abeto donde se inicia el sendero que desciende hasta el arroyo. Konrad se sienta de un golpe y Palander sigue su ejemplo. Ambos miran fijamente el trocito de papel con gesto desvalido.

«Los ricachones suecos.» A Konrad le cuesta trabajo imaginarse a Herman y Signe como personas adineradas. Probablemente ellos también se vieran incapaces de hacerlo. Tal vez fuera por ello que no supieran qué hacer con todo ese dinero.

—Feriz y Sali...

—Los jóvenes albaneses que Torstensson se cargó —explica Palander—. Feriz Rama y Sali Mato.

—Sí, ya lo sé. Pero... ¿quién ha podido escribirlo?

—Ni idea. Adivínelo usted. Quizá sea como dice: alguien que los conoce.

—Es decir, un familiar o un amigo. El lenguaje es sin duda torpe, como redactado por alguien que no lleva viviendo mucho tiempo en el país.

—«Compraron la pistola después de matarlos» —declama Palander y lanza un resoplido—. La alusión es fantástica.

—Como si los muertos pudieran comprar armas —señala Konrad reflexivo.

—Quienquiera que haya escrito este papel, me gustaría hablar con él.

—O con ella.

—Naturalmente, también cabe la posibilidad de que sea una broma de mal gusto —sugiere Palander—. Un granujilla con ganas de llamar la atención y de tomar el pelo a la prensa.

—Tal vez... ¿Piensa que puede haber huellas?

—Difícilmente. Tan imbécil no puede ser.

Palander calla y se sorbe los mocos. Luego saca un pañuelo del bolsillo y se suena la nariz estruendosamente.

—¿Se resfrió anoche?

—Mmm... Pero ¿ha pensado en una cosa? —dice el veterano periodista.

—¿Qué?

—El texto está escrito en presente. «De uno que los conoce.» Evidentemente, Feriz y Sali están muertos. Debería aparecer en pasado.

Konrad agita la cabeza

—No creo que signifique nada. Quizá quien lo ha escrito no domine del todo los tiempos verbales de nuestro idioma.

Les llegan voces desde la entrada del campo de deportes, un grupo de adolescentes que se acerca caminando despreocupadamente con las bolsas de deporte al hombro. Se ríen a carcajadas y se dan empujones los unos a los otros. Alguno de ellos se percata de la presencia de esa extraña pareja en el banco junto al sendero. Se meten entonces en un minibús que los está esperando. Konrad sigue el vehículo con la mirada hasta que desaparece por la carretera que conduce a Ystad.

—Solo hay una forma lógica de interpretar la nota —declara Palander, meditabundo—. «Compraron la pistola» tiene que hacer referencia a Feriz y Sali, pero «después de matarlos» debe apuntar necesariamente a Herman y Signe. De ser cierto, el autor del mensaje está afirmando que los muchachos compraron la pistola tras el asesinato de sus padres adoptivos y, en consecuencia, es imposible que ellos hubieran sido los autores de dicho crimen.

Konrad ya comprende lo que puede significar personalmente para él.

—¿Qué piensa hacer? —pregunta.

Palander suspira, como enfrentado a un complicado dilema, pero enseguida un destello travieso asoma en sus ojos.

—Habría que entregárselo a la policía.

—Pero...

—Tal vez pueda esperar algún día, hasta que haya tenido tiempo de escribir sobre el asunto en el periódico.

Ambos se miran fijamente y Konrad comprende que Palander habla en

serio. Por mí estupendo, se dice, siempre y cuando no me acusen también de ocultar pruebas.

—Feriz y Sali —dice lentamente, como si el nombre de los jóvenes fallecidos fuera una fórmula mágica.

—No se puede afirmar que fueran unos santos, precisamente. Probablemente se estén consumiendo ahora en las llamas del infierno...

—Puede ser... —replica Konrad—, pero ¿eran unos asesinos? ¿Dispararon realmente a Herman y Signe?

Örjan Palander le lanza una mirada extraña y se levanta bruscamente del banco.

—Más le conviene que la policía así lo crea.

23

Es como si un gato salvaje tratara de salir a zarpazo limpio de su pecho. La ira hace que se atropellen sus palabras en la garganta. Fatima se da cuenta de que no ha conseguido explicar nada de nada y eso la llena de desesperación.

De un golpe pliega el móvil y lo deja caer en su holgada bolsa de tela.

—¡Hija de puta!

Rebusca y saca un estrujado paquete de tabaco y manosea torpemente el encendedor hasta conseguir prender un cigarrillo. Se muerde ansiosa el repelo de una uña y mira a su alrededor indecisa.

El parque, inmerso en un olor a hierba seca, se encuentra desierto. Un solitario pato silvestre, que no ha tenido el sentido común de permanecer agazapado en el matorral a la vera del estanque, avanza bamboleándose en mitad del sol, embriagado por el calor. Pero el parquecito infantil donde se halla Fatima está resguardado por robustos olmos y castaños, que proyectan una sombra profunda y misteriosa. Es casi como una cueva, un lugar donde buscar cobijo. A Fatima le gusta. Prácticamente nunca hay nadie; solo ella con sus pensamientos, después de huir de los gritos y las peleas de casa.

Aunque hoy resulta difícil sentir paz interior.

Ni siquiera la había escuchado. «Llama el lunes.» ¡Poli de mierda!

Fatima también está enfadada consigo misma. La mujer de la centralita la

había sacado totalmente de sus casillas. Una arrogante con mala leche había hecho que ella pareciera una mema descerebrada.

Odia que la gente la trate como una jovencita estúpida. Ella sabe que es inteligente. El sustituto que habían tenido en sociales la primavera pasada le había dado la murga para que continuara con sus estudios e hiciera algo de su vida. Pero la gente ya sabe nada más oírlo que es una inmigrante de mierda, aunque haya vivido más de la mitad de su vida en este país. Como esa polizone cabrona que le había cogido el teléfono.

Aunque no son solo los suecos. Sus padres son iguales. Piensan que no se entera de nada, aunque le quede poco para cumplir dieciséis. Y Feriz, antes de morir, siempre se burlaba de ella y la llamaba *mi princesita*, como creyéndose una especie de capo de la mafia.

Le cuesta trabajo respirar cuando piensa en él.

Feriz estaba constantemente de un lado para otro. Era flaco, pero sus ojos tenían un destello peligroso. Llevaba ropa buena, aunque nadie sabía de dónde sacaba el dinero para comprársela. A sus amigos siempre los ponía colorados cuando bromeaba con ellos. Fatima hacía como si se avergonzara, pero en el fondo se sentía orgullosa.

Feriz el rompecorazones.

Feriz el pandillero.

Su hermano.

Los chicos de su clase acabaron comprendiendo que con él había que tener cuidado. Esos idiotas con sus risitas. La llamaban puta y pensaban que podían hacer lo que les diera la gana. David y Markus la metieron por la fuerza en el baño de la escuela, el que está detrás de las taquillas, la sujetaron, la magrearon y... Pero cuando se puso a gritar y a repartir arañazos les entró cierto canguelo y abrieron el pestillo de la puerta. Luego fueron presumiendo por ahí que «ese coño albanés había probado una buena polla sueca». Aunque no lo habían conseguido.

Cuánto disfrutó cuando Feriz les pegó aquella paliza. Ella los identificó señalándolos desde el asiento trasero de su coche. Los gilipollas estaban ahí pasando el rato junto al puesto de perritos de Bertil. Feriz detuvo el coche al lado y simplemente salió y los tumbó. ¡Pam, pam! Dos narices rotas. Tenían un aspecto tan cómico ahí sentados en el suelo, con sus jetas de cerdo perdidas

de sangre.

Tira la colilla en el parquecito de arena, agarra las cadenas de hierro del columpio y va aumentando el balanceo con patadas al aire, como hacía cuando era pequeña. Echa la espalda para atrás y tensa las piernas al máximo para que el empuje sea lo más eficaz posible. Se impulsa más y más alto, las cadenas chirrían en su roce con la estructura de hierro. Siente cómo se le clavan en los dedos. Cuando el columpio se levanta por encima de la viga de hierro a la que están ancladas las cadenas, todo el armazón tiembla. Es tan agradable el aire que sopla en la cara... Piensa que soltando las manos en el momento exacto podría volar hasta el infinito. Si mete los brazos por dentro de las cadenas y empuja un poco contra el banco cuando se acerca a su punto más alto, podría salir volando sobre la vegetación, alzarse sobre los olmos y navegar hacia el cielo azul, lo más lejos posible de ese agujero que apesta a cerrado. Cuando salga disparada podrá sentir el calor del sol sobre su cara y el viento que juega con su pelo, libre como una golondrina, para volar sobre los mares hasta un lugar donde... ¿dónde qué?

Es ahí donde está el problema. Fatima no tiene ni idea de lo que quiere hacer con la vida que le ha tocado.

Se relaja en el columpio y deja que la velocidad vaya disminuyendo, siente desvanecerse poco a poco la fuerza del péndulo, hasta que, por último, vuelve a estar parada sobre el banco del columpio, mirándose los pies.

Tengo que hablar con alguien, piensa, alguien que me escuche.

Finalmente toma una decisión y se levanta bruscamente llevándose el bolso, que había dejado sobre el suelo de guijarros antes de iniciar su vuelo.

Tengo que encontrar a alguien capaz de comprender que Feriz no era un asesino de mierda.

Una sensación de desasosiego se extiende por el cuerpo de Konrad como una legión de termitas. Su añoranza de Gertrud debería estar preñada de esperanza, pero lo único que siente es preocupación. Algo debe ocurrir. Ese pueblo se antoja tan angosto y cerrado, pese a su tranquilidad y sus calles vacías.

No obstante, Konrad sabe que debe quedarse. Los lazos que pensaba haber cortado siguen ahí, tirando de él. Alguien tira de él.

¿Quién?

Lo desconoce.

Pero hay cosas que demandan salir a la luz. Si al menos supiera dónde buscar.

La cajera lleva un tatuaje veraniego de color gris azulado con forma de pequeño dragón en la cara interna de uno de sus pechos, justo en el interior del profundo tajo que se pierde en el verde del uniforme de esa cadena de supermercados. Tiene la cara redonda y el cabello corto, en permanente, con las puntas teñidas de rubio. Es una máquina trabajando. Pasa por el lector de códigos de barras, sin alzar la vista, el pan, el queso y el pack de seis cervezas de Konrad.

—Ochenta y dos coronas —articula con una voz monótona, como dormida.

Konrad recoge el cambio y se dispone a salir a toda prisa cuando se apercibe de que la conoce.

—¿Gunnel...?

Ella lo mira sin comprender.

—Tú eres Gunnel, ¿verdad?... De noveno curso. Gunnel... Mmm...

Escruta en su memoria, pero el apellido no le viene. Konrad se siente estúpido.

—Tal vez no te acuerdes de mí. Konrad Jonsson, bueno, Jönsson.

De repente se le ilumina la cara a la cajera, como si alguien hubiera abierto el grifo de su circulación sanguínea.

—¡Ah! ¡El pequeño Konrad!

Echa un vistazo hacia el interior de la tienda y constata que los pasillos están vacíos hasta donde alcanza la vista. Luego se arregla un poco el pelo con la mano haciendo tintinar las pulseras y endereza la espalda.

—Una está aquí en su propio mundo con sus ensoñaciones. Sorda y ciega —se disculpa riendo.

—Te veo igual —miente Konrad.

Ella esboza una sonrisita que hace comprender a Konrad que se ha dado cuenta de inmediato de su embuste. Se hace el silencio entre los dos. Konrad se pasa la bolsa de plástico de una mano a la otra.

—¡Qué gracia encontrarse con alguien de la clase! —ensaya él.

—Sí, la verdad...

—¿Tienes contacto con muchos?

—Sí, la mayoría se ha quedado aquí. Anna-Lena y Bettan trabajan en esta misma tienda.

—Qué bien...

—Oí por ahí que te habías hecho periodista.

—Así es, después de probar otras cosas. ¿Y tú? Bueno, veo que trabajas aquí, pero, aparte de eso, ¿cómo te van las cosas?

Konrad ha dejado a un lado la bolsa de comida y se apoya sobre el costado de la caja en un intento de parecer relajado. Gunnel se cruza los brazos sobre el busto y adquiere un aire algo más reservado. Entorna los ojos y encoge luego rígidamente los hombros.

—Vas al trabajo, haces la compra, das de comer a los niños, te tiras delante del televisor con tu hombre, cuentas las horas para que llegue el viernes... Así es más o menos mi vida ahora...

—Comprendo.

—Por cierto, no hace mucho celebramos los veinticinco años. Tratamos de invitar a todo el mundo, pero creo que no dieron con ninguna dirección tuya.

—Bueno... He tenido un poco de lío últimamente. No pasa nada. Aunque, por supuesto me hubiera encantado ir.

Gunnel asiente comprensiva y añade a continuación, como si guardara un valioso secreto:

—¿Sabes quién vino?

Konrad niega con la cabeza.

—¡Donald Göransson!

—No te puedo creer...

La cajera contempla a Konrad un largo instante con mirada curiosa.

—No sé quién lo invitó. Pero ahí estaba, en un rincón, hablando amistosamente con todos. Encorvado pero animoso. Tenía todo el pelo blanco. Sigue viviendo en su viejo apartamento junto al parque del Pueblo. Un tierno viejecito...

—Yo pensaba que... —responde Konrad, sorprendido.

A Gunnel se le ensombrece la mirada súbitamente. Parece sentirse amenazada.

—¿Qué pensabas?

¿Es posible que lo hubiera olvidado? Konrad no lo puede concebir. De repente se ve transportado treinta años atrás, a esa aula cerrada donde olía a tiza y a calcetines de invierno mojados. Impera un silencio eléctrico. Los alumnos tiemblan expectantes ante el espectáculo, insaciables de cualquier humillación que no sea la propia. Donald Göransson exhibe una mirada de acero. Su desdeñosa sonrisa rezuma maldad cuando Gunnel, esa gorda torpe y boba, palidece y todos esperan el momento en que el terror la lleve a vomitar los espaguetis con salsa boloñesa sobre su cuaderno de matemáticas. ¡Siete por ocho, Gunnel! No puede ser tan difícil, ¿verdad?

—Bueno, no sé... —dice Konrad—. No me caía muy bien.

—¿Ah no?

—Bueno, para serte sincero, me parecía un fascista asqueroso.

—¿En serio?

Ahora es ella quien parece asombrada. Se miran a los ojos como si vinieran de distintos planetas. Ella juguetea insegura con el eslabón de oro que pende de su cuello, el corazoncito que se oculta en el tajo del dragón. Konrad advierte que lleva una alianza en el dedo.

—En fin —añade él—. Tengo cosas que hacer. Me ha encantado verte.

—Igualmente —responde ella con tono neutral.

Cuando ya ha llegado casi a la altura de la puerta corredera automática con su bolsa llena de cerveza, pan y queso, le asalta una duda y se da la vuelta.

—Oye, Gunnel, ¿te puedo preguntar una cosa?

—¿Qué?

—¿Con quién... te has casado?

Konrad se señala su propio dedo anular desnudo en una metáfora evidente.

—¿Por qué lo preguntas?

—Es simple curiosidad —ríe él, inocente.

—Con Benny —declara ella—. Él... Bueno, me quedé embarazada nada más terminar noveno.

Konrad se traga un nuevo «¡Joder!» y asiente mudo con la cabeza. Benny-Hormigón y Gunnel. Sí, por qué no.

—Es decir, ya es una persona adulta. Me refiero a nuestra hija mayor. Aunque también tenemos a un varón. Patrik. Juega en el equipo de los chavales de catorce años. Benny es su entrenador, así que... perfecto.

Gunnel se interrumpe, algo avergonzada, como si la hubieran acusado de hablar como una cotorra.

—¿Y tú? —pregunta a continuación—. ¿Tienes hijos?

—Maria. Acaba de cumplir veinte.

Una mujer con el carrito lleno hasta arriba demanda la atención de Gunnel. La cliente mira con irritación. La cinta de la caja se hunde bajo el peso de paquetes de leche, refrescos, pizzas congeladas y bandejas de carne picada a precio rebajado.

—No te entretengo más —se apresura a decir Konrad—. ¡Hasta otra!

Gunnel le responde con una carcajada, rápida y ambigua, antes de volver a sumergirse entre los precios especiales.

Konrad sale del establecimiento con una extraña sensación en el estómago. Es como si lo tuvieran bajo vigilancia. Trata de convencerse de que son solo fantasías, pero sin lograrlo por completo. Se da cuenta perfectamente de que las personas con las que se cruza apartan la vista en el preciso instante en que descubre que lo miran fijamente.

Desde que volvió se ha encontrado con rostros desconocidos que únicamente le dedican una mirada indiferente, o ni siquiera eso. Pero hay algo extraño en ellos, una especie de destello. La mujer desganada que arrastra por el aparcamiento bolsas de la compra y a niños berreando tras de ella. El campesino con el mono verde de John Deere apestando a gasóleo. El hombre jadeante de barriga prominente ataviado con corbata y traje de pana que se topó en el exterior de la sucursal de banco. Bajo las arrugas y bolsas de sus caras, más allá de las penas y la desesperación, detrás de esos ojos acuosos y las huellas de incontables noches de tinto barato, patatas fritas y canales de televisión privados, Konrad adivina algo diferente: un niño, un adolescente que en el pasado añoró otras cosas.

Alguien a quien tal vez conoció.

Fuera del supermercado no hay mucha gente, pero la calma no hace sino reforzar la impresión de decorado. Konrad está seguro de que simplemente fingen no conocerlo.

Hay algo también sospechoso en los colores. El sol se encumbra en su cénit sobre un cielo dolorosamente azul, pero cuando Konrad mira a su

alrededor todo lo que ve le parece descolorido, como en una postal antigua.

Aunque sabe que se trata de una desgastada ilusión no puede liberarse de la duda: ¿y si todo no fuera más que una película o una representación teatral donde todo el mundo excepto él son figurantes?

Las personas con que se encuentra dan la impresión de saber algo, como si escondieran un secreto colectivo y rieran disimuladamente mientras lo señalan con el dedo a sus espaldas y sacuden la cabeza con un gesto compasivo.

Pobre Konrad. Míralo ahí. No se entera de nada...

Hasta el borracho calado de orina, que parece un apéndice del banco frente a la tienda del alcohol, levanta sus pesados párpados y lo observa con una sonrisa falsa desde su cara abotagada.

Joder, Konrad, ¡contrólate!, se dice a sí mismo de camino al coche.

Pero piensa en Gunnel, en la caja del supermercado. ¿Por qué se ha comportado tan raro? ¿A qué se refería Sven, a quien antaño conocía como la palma de su mano, con sus insinuaciones ya de madrugada en la noche de San Juan? Y luego estaba Gertrud. Como es natural, piensa más que nada en ella.

En ese instante se le aparece la imagen de Örjan Palander. Hay algo en él que le resulta irritante, algo que solo advierte por momentos, como un brillo en el rabillo del ojo o un temblor en la comisura de los labios. Parece ciertamente amable y solícito, pero es como si al mismo tiempo lo estuviera observando, como si armara en secreto un rompecabezas y estuviera planificando una argucia con el fin de hallar la última pieza.

Es un tipo muy astuto, piensa Konrad.

Justo cuando va a introducir la llave en el Opel detecta a otro de esos vigilantes, aunque no particularmente discreto. La chica está sentada en la sombra que proyecta la pared de la casa, acurrucada con la barbilla sobre las rodillas rasgadas de sus vaqueros, y no hace ademán alguno de desviar su mirada cuando Konrad se percata de su presencia. Es pequeña y delgada, tiene la cara pálida y bajo su flequillo, negro como el azabache, brillan un par de ojos intensos como granos de pimienta. Lleva zapatillas de deporte rojas, llenas de polvo y sin cordones.

Konrad se vuelve con el propósito de ignorarla. Rodea el coche, abre la puerta del lado del conductor y tira la bolsa del supermercado al asiento trasero. Entonces se da cuenta de que es a él a quien busca. Se ha levantado y

se ha echado su bolsa de tela al hombro, como preparándose para meterse en el asiento de atrás. Konrad se detiene y la contempla del otro lado del techo del vehículo. Esta muchacha tiene también algo de familiar, pero no puede ser una sombra del pasado. Es demasiado joven para ello. Justo cuando va a abrir la boca para dirigirse a él, se da cuenta: es una de las chicas del grupito que se apostó junto al quiosco de comida cuando los Demócratas de Suecia celebraron su mitin en la plaza.

—¿Quieres algo de mí?

Ella mira inquieta en dirección a la calle.

—Es usted el periodista ese, ¿verdad?

Konrad asiente silencioso y aguarda. La chica parece no poder decidirse si continuar o no. Da la impresión de estar asustada.

—¿Quieres entrar en el coche?

Sin siquiera responder, abre ella misma la puerta y se mete dentro.

—Conduzca a donde le dé la gana.

Konrad arranca y empieza a avanzar lentamente, sin destino fijo, hacia la salida sur que desemboca en la carretera de Ystad.

—Puedes bajar la ventanilla de tu lado también. De lo contrario vas a pasar calor.

La muchacha hace lo que le dice y busca a continuación un cigarrillo en su bolsa, que enciende sin pedir permiso.

—Voy hacia Fyledalen. Tómate el tiempo que quieras —indica Konrad.

Diez minutos más tarde el Opel desciende por el zigzagueante camino de tierra que llega hasta el valle. La adolescente aún no ha abierto la boca. Mientras tanto, Konrad la ha estado observando silenciosamente con el rabillo del ojo. Algo le dice que debe darle la iniciativa a ella. Atraviesa el puente de piedra sobre el arroyo, gira hacia el norte y sigue luego la carretera que bordea el terreno vallado. El traqueteo de los neumáticos penetra por las ventanillas bajadas. Junto al curso del agua hay varias granjas aisladas y en los cenagosos prados pastan vacas de color blanco y negro. Más allá se levanta la colina con hayales de verdes destellos.

Al cabo de un momento, Konrad para el automóvil en el arcén y sale. De inmediato oye a la muchacha hacer lo mismo.

—Cuando era joven solía venir aquí en bicicleta a mirar los pájaros —

confiesa de espaldas a ella—. Sven tenía unos prismáticos. Aquí hay muchas aves rapaces: águilas ratoneras, milanos... Con suerte podías ver un águila real.

—¿Quién es Sven?

—Un viejo amigo. De aquellos tiempos...

Echa una ojeada al valle, que se extiende hacia el norte y el sur hasta donde alcanza la vista, orlado de un misterioso bosque. La tierra salvaje de Sven y suya. En sus juegos, el riachuelo negro, que ahora discurre tan sereno, eran aguas peligrosas dominadas por malvados bandidos que atacaban sus flotas. En el profundo hayedo habitaban indios sanguinarios, y las desiertas viviendas semiderruidas estaban pobladas de dragones y monstruos.

—Pensaban que era usted quien había disparado a los viejos, ¿verdad?

La niña lo examina, lo calibra, como tratando de ordenar las piezas en su cabeza.

—Lo leí en el periódico. La policía sospechaba que usted los había asesinado, ¿no?

—Sí, así era. Pero ahora...

—Ahora piensan que fue mi hermano.

La muchacha le clava los ojos con terquedad, como una niña pequeña, pero Konrad comprende que ello no se debe a su edad.

—¿Tu hermano?

—Se equivocan. Le echan las culpas a él solo por ser un sucio inmigrante. Yo sé que Feriz no lo hizo.

—Espera un momento...

La coge instintivamente de su delgado brazo, pero ella se escurre de su mano con una sacudida furiosa.

—Perdóname.

Konrad se sienta sobre el capó caliente y, de inmediato, el gesto de la joven se vuelve mucho menos hostil.

—No pasa nada. Es que estoy tan cabreada con todo.

Un manto de tristeza envuelve su rostro y la blanquecina tez se torna casi transparente. Súbitamente parece cansada. Konrad se da cuenta de que tiene algo importante que contar.

—¿Podrías empezar desde el principio?

Ella se sorbe los mocos y trepa también sobre el capó, quedando ambos sentados como en un sofá con el parabrisas de respaldo.

—Me llamo Fatima —informa—. Es a mi hermano Feriz a quien mató ese racista. A Feriz y a su amigo Sali.

—Entiendo. Tiene que haber sido terrible...

Hace un gesto de rechazo con la mano, como si no quisiera que la interrumpieran.

—Feriz... hizo cosas que no estaban nada bien. He oído por ahí que lo llamaban pandillero. Quizá sea cierto. Estaba metido en algunos asuntos turbios. Pero era mi hermano, yo lo conocía mejor que nadie y sé que en el fondo era buena persona. Él nunca hubiera sido capaz de matar a nadie.

Konrad la contempla de soslayo y puede advertir el pesado remontar de su tórax bajo la camiseta.

—Tal vez deberías hablar con la policía.

La muchacha bufá con desdén.

—¿Cree que no lo he intentado? A ellos les importa un comino lo que diga. Los inmigrantes se protegen entre ellos, ¿no es cierto? Primero fueron algunos polis a nuestro apartamento y lo revolvieron todo. Nos hicieron algunas preguntas acerca de Feriz y me miraron como si fuera una puta drogadicta. Luego, cuando traté de llamarles, no querían ni siquiera pasarme con los polis que llevaban la investigación del asesinato.

El ruido del motor de un coche que se aproxima por el camino de tierra la silencia. Es un jeep, que reduce ligeramente la velocidad. Detrás del sucio parabrisas apenas logran vislumbrar al conductor. Posiblemente se trate del guardabosques, curioso por ver quiénes son esos tipos que han trepado al Opel. Parece decidirse por creer que son únicamente unos ornitólogos aficionados. El jeep vuelve a aumentar la velocidad y desaparece tras la curva.

—Hay policías buenos y policías malos. Quizá solo tuvieras mala suerte —sugiere Konrad.

La joven se encoge de hombros.

—Pero, ¡joder!, deberían darse cuenta de que es imposible.

—Explícamelo.

Fatima se vuelve con ímpetu hacia él, como insuflada de fuerzas

renovadas. Se sienta sobre las rodillas, con la cara a solo un par de decímetros de la suya. El aliento le huele a tabaco.

—Era la pistola que encontraron en el pozo, ¿verdad? La policía está segura de que Feriz y Sali la llevaban encima y que se les cayó al pozo cuando les dispararon.

Konrad asiente lentamente.

—Así es. Además, según el análisis pericial, se trata de la misma pistola con la que mataron a Herman y Signe. En consecuencia, han sacado la conclusión de que fue tu hermano quien...

—¿Pero le digo que se equivocan!

—¿Cómo puedes saberlo?

—Porque oí a Feriz hablar sobre la compra de la pistola por teléfono.

—¿Y?

La chica sacude impaciente la cabeza, exasperada de que tarde tanto tiempo en entenderlo.

—¿Pero no lo pillas? ¡Eso fue dos días después del asesinato de los viejos!

Konrad comprende por fin adónde quiere llegar y mira durante un buen rato su semblante indignado. ¿Estará diciendo la verdad? ¿O tratará solo de salvar el buen nombre de su hermano muerto?

Konrad posa la mano sobre su hombro y esta vez ella no la esquiva. A continuación le pide que le refiera en detalle lo que vio y oyó dos días después del asesinato de Herman y Signe.

En esta ocasión la muchacha se esfuerza por no dejarse nada en el tintero:

Feriz está sentado en el banco que hay frente a la casa, bajo unos abedules. Fuma y habla por teléfono, como de costumbre. Gesticula y se muestra insistente. Piensa que está solo. Pero detrás del seto de lilas, a la sombra, Fatima está tumbada sobre una manta fina, amodorrada con un libro de bolsillo sobre el estómago, medio dormida. Unos pajaritos gorjean y de vez en cuando pasa un coche por la calle, lo que le impide comprender todas sus palabras. Pero sí las suficientes: «Una Luger... Te doy dos mil coronas... En la plaza Møllevång, a las diez de la noche... Venga, vale. De acuerdo. ¡Trato hecho!».

Terminado su relato se recuesta sobre el parabrisas. Konrad inclina el cuello hacia el techo de chapa y alza la vista al cielo, donde dos busardos ratoneros dan vueltas el uno alrededor del otro, intercambiando chillidos

agudos.

En realidad no lo sorprende. Algo dentro de su ser le decía que no habían sido esos dos chavales albaneses los que habían disparado a Herman y Signe. Daba la impresión en cierto modo de estar tan... planificado.

Aunque en lo personal, obviamente, mientras les echaran la culpa a ellos estaría libre de toda sospecha. Si Fatima dice la verdad, y la policía la cree, volverán a concentrarse sobre él.

¡Al carajo! Tengo que ayudarla a convencer a la policía, piensa. Me pondré en contacto con ese... reptil.

La idea le produce escalofríos y por un segundo se le reaparece el sueño aquel en que el comisario Björn Bernhardsson le ponía el cañón de su pistola sobre la cabeza.

—¿Quiere una calada?

La chica ha prendido un nuevo cigarrillo y se lo tiende con sus dedos destrozados de tanto morderlos. Él lo acepta y llena sus pulmones de humo.

—¿Tienes alguna idea de quién puede ser la persona con la que Feriz hablaba por teléfono?

Fatima niega con la cabeza y Konrad se da cuenta en ese momento de que ha estado llorando. Un surco que ya ha empezado a secarse reluce sobre su mejilla.

—Había pensado hablar con él, decirle que dejara toda esa mierda, pero nunca llegué a hacerlo...

Pasan un buen rato inmersos en sus pensamientos, cada uno en su mundo, pero unidos en una misma certeza: quien le vendió la pistola a Feriz tiene que ser la misma persona que asesinó a Herman y Signe.

Es ella la que necesita consuelo, se dice Konrad. Acaba de perder a su hermano. ¿Qué he perdido yo? Dos personas a las que jamás amé. Y Agnes... hace tantísimo tiempo de eso.

Mira a Fatima y se siente impotente. Desea abrazarla. Quiere decirle algo del estilo «¿le echas de menos?», aliviarla en cierto modo, pero esas palabras se le antojan insustanciales ya en su mente. Es tan pequeña, pero parece tan fuerte. Cae en la cuenta de que debe tener varios años menos que Maria.

—¿Por qué me cuentas todo esto a mí? —le pregunta finalmente.

—No se me ocurrió nada mejor...

—¿Y tus padres?

Fatima suspira resignada.

—Este país... nunca llegó a ser lo que se habían esperado. Es como si se hubieran refugiado en otro mundo. Mi padre se pasa el tiempo en el balcón desvariando sobre Kosovo Polje. ¡Joder! Una batalla que ocurrió hace siete siglos cuando te acaban de asesinar a tu propio hijo... Y a mi madre le da pánico todo lo que tenga que ver con la policía.

Fatima apaga la colilla contra la chapa del coche y Konrad cree de repente adivinar un asomo de sonrisa en la comisura de sus labios.

—Lo vi en esa manifestación de la plaza. Por algún motivo me dio la impresión de que podía confiar en usted.

Él se ríe y en cierta manera se siente honrado.

—Pero primero metiste un papelito en el buzón de Palander...

Fatima lo mira sin comprender.

—¿Qué papelito?

Un vez más percibe en el fondo de sus ojos que no finge. Realmente no tiene ni idea de lo que le está contando.

24

El domingo siguiente a San Juan regresa Gertrud. Konrad prácticamente se choca con ella en el portal y súbitamente están ahí, el uno frente al otro, como dos extraños. Ella lleva una mochila al hombro y parece sorprendida, como si su intención hubiera sido llegar a su casa subrepticamente, sin cruzarse con nadie. Y sobre todo con él.

—Hola —saluda, confundida.

Por su voz se diría que la acaban de despertar de un sueño extraño. Konrad no se atreve a tocarla.

—Hola, Gertrud...

Todavía es de mañana. Konrad jadea, ha bajado corriendo las escaleras. Un cuarto de hora antes dormía, y la tenía por compañía a ella flotando entre las nubes. De eso está seguro. Recuerda pensar en lo finas que eran y su extrañeza de que fueran capaces de sostenerlos a ellos. Pero fue empezar a sonar el teléfono y Gertrud ya se había esfumado.

Ahora la tenía delante, como un espejismo. Si cierro los ojos y los vuelvo a abrir, puede que desaparezca, piensa tratando de no parpadear. Obviamente no lo consigue, pero Gertrud sigue ahí. Percibe claramente su olor y lo aspira, profundamente. Uno no puede sentir el aroma de una aparición, ¿no es cierto?

En cualquier caso todos sus interrogantes se evaporan como por arte de magia. Konrad no tiene ni idea de cómo formular cuánto la ha echado de

menos.

—Parece que llevas prisa —dice ella con una jovialidad en la voz que no suena auténtica.

Él se aclara la garganta, examina por algún estúpido motivo sus zapatos llenos de polvo y vuelve a levantar la vista al cielo, como si buscara algo, antes de intentar captar la mirada errabunda de Gertrud.

—La policía ha soltado a Torstensson...

No alcanza a decir más porque un vehículo empieza a tocar insistentemente el claxon, acaparando toda la atención de ambos. En ese momento, el Citroën rojo de Palander dobla la esquina. El tubo de escape ronronea ruidosamente.

Gertrud mira a Konrad con un gesto de interrogación y este comprende de improviso que solo cuenta con unos pocos segundos antes de que llegue el coche y se desvanezca el momento.

—¿Adónde te fuiste? ¿Por qué no me despertaste? ¿Por qué no me dijiste adónde pensabas ir?

Su voz está cargada de tanto reproche que ella retrocede un paso, como si le hubiera pegado una bofetada. Da la sensación de estar aterrada. Algo que tal vez sea rabia inflama sus mejillas y durante un instante parece como si tuviera la intención de salir corriendo por el portal.

Konrad se arrepiente de inmediato.

—Naturalmente me estuve preguntando por qué desapareciste de esa manera —añade a manera de disculpa.

Entonces el Citroën se detiene de un frenazo al otro lado de la calle y Palander asoma su cabeza de morsa.

—¡Buenos días, tortolitos! Venga para acá, Konrad. Tenemos prisa —clama, de buen humor.

Gertrud lo saluda rápidamente con la mano y aniquila la sonrisa de su rostro tan súbitamente como la dibujó. Agarra a continuación con fuerza la parte superior del brazo de Konrad, con sus afiladas uñas perforando casi la tela de la camisa.

—No preguntes más ahora. Ve y haz lo que tengas que hacer. Te lo explicaré más tarde. Cuando tengamos tiempo.

Le da un rápido beso en la mejilla y vuelve a agitar la mano en dirección al vehículo antes de desaparecer por el hueco de las escaleras. Konrad se

queda clavado en la acera, frente al portal, sin comprender nada.

Örjan Palander conduce como si nunca en la vida se hubiera puesto detrás de un volante y de repente se le hubiera ocurrido entrar a robar en un almacén de chatarra. Al trastear con la palanca de cambios, las entrañas del vehículo rechinan y crujen, y con su persistente pisoteo de los pedales del Citroën logra hacerlo avanzar como una rana, de brinco en brinco sobre la carretera.

—¿Por qué tanta prisa? —pregunta Konrad, tratando en vano de abrocharse el flácido cinturón de seguridad.

—¡Rapidez! Lo es todo en los medios de comunicación de hoy en día. Debería saberlo. Cuando cuentas con una ventaja competitiva tienes que aprovecharla.

Konrad lo mira interrogante y justo cuando va a decirle algo se ve proyectado hacia el respaldo del asiento. Palander ha pisado a fondo el acelerador para sortear un tractor y logra regresar a su carril en el preciso instante en que un camión se cruza a toda velocidad en el carril contrario.

En el rostro de Palander se extiende una sonrisa de satisfacción.

—Me enteré de que habían soltado a Torstensson ayer por la noche —explica—. El abogado debe haber convencido al fiscal de que Tore disparó a los jóvenes albaneses en defensa propia. No en vano la policía ha encontrado la pistola de estos en el pozo, ¿verdad? Del calibre correcto y con las huellas dactilares de Feriz. Más claro que el agua. Torstensson se sentía amenazado de muerte en el momento en que disparó. El fiscal ya no considera posible que puedan condenarlo por asesinato u homicidio, o que siquiera haya fundamento legal para que permanezca detenido.

—Sí, eso lo entiendo, pero ¿por qué sonaba tan alterado por teléfono, como si todo dependiera de un minuto?

—Pero ¿no lo entiende? ¡Tore Torstensson es una primicia! Hoy es domingo y todavía soy el único que sabe que lo han puesto en libertad. Cuando se difunda que ha salido se va a formar un trájín de la hostia con periodistas de los diarios vespertinos agazapados en cada uno de los matorrales alrededor de la casa. Debería estar contento de que lo haya invitado a acompañarme...

—Le estoy enormemente agradecido —responde Konrad tratando de ocultar su creciente nerviosismo. Palander tiene la irritante costumbre de

soltar el volante cada vez que abre la boca. Ahora mira de reojo hacia un lado, el tiempo suficiente para que a Konrad le preocupe la posibilidad de acabar en la cuneta.

—Vamos a ser los primeros. Estoy seguro de que Tore no sabe la que se le avecina. Si no está de un humor de perros, creo que podremos convencerlo para que nos deje pasar. Quizá pueda proporcionarnos alguna pista sobre Herman y Signe.

Konrad intenta no mirar hacia la carretera. Poco a poco va sumergiéndose en sus propios pensamientos. Es Fatima la que aparece en su mente. Parecía tan segura de lo que había escuchado. Recrea la imagen de la muchacha, con esa mirada incisiva que sobresale bajo el flequillo demandándole que creyera sus palabras, y esas cutículas destrozadas a las que no da reposo.

¿Debería hablarle de ella a Palander?

En realidad, tendría que hacerlo, piensa Konrad. Pero hay algo que lo retiene. Acaso prefiere entenderlo primero mejor él mismo. Konrad no está seguro de que Palander se dejara convencer por Fatima. Probablemente pensaría que fue ella la que metió ese papel en el buzón de la redacción, que simplemente se había inventado lo de la llamada telefónica para salvar el honor de su hermano muerto. Konrad no desea en modo alguno arriesgarse a que Fatima se vea involucrada en esa exclusiva que empieza a tomar forma en la cabeza de Palander. No cree que sea precisamente el tipo de persona a la que le agrada aparecer en el periódico sin haberlo solicitado expresamente.

Atraviesan Onslunda a toda velocidad y a la salida del pueblo logra evitar por los pelos el atropello de un gato negro con un frenazo y un brusco viraje. Maldice y lanza imprecaciones en dirección al volante:

—Me cago en Dios. ¡Gato hijo de puta! —Tras lo que se vuelve de nuevo hacia Konrad como si nada—. Supongo que entiende que está aquí en tanto que particular. Tore Torstensson es mi noticia.

Konrad asiente silencioso. No tienes de qué preocuparte, se dice. Han sido tantas las horas en el último año que se ha pasado mirando la pantalla vacía de su ordenador, apático, sin lograr escribir ni una frase. Y la novela apenas ha conseguido empezarla. Además, no tiene ni idea del comienzo ni del final de su historia.

A mitad del ascenso por la calzada de tierra atisban a un anciano a través del paseo de sauces. Tiene que ser Tore Torstensson, de espaldas, mostrándoles su figura encorvada con una ancha brocha en la mano. Tiene la calva bronceada y le caen algunos mechones de pelo gris y lacio, sobre el cuello de franela. Las mangas del mono de carpintero lleno de lamparones le cuelgan como una vela de barco deshinchada sobre el trasero.

Tras abandonar los dos el vehículo y cerrar sendas puertas tras de sí, Torstensson ya ha tenido tiempo de apartar la brocha y de observarlos durante un buen rato. Sus ojos permanecen ocultos bajo unas cejas asilvestradas y su barbilla, adornada por una rala perilla, se sostiene lánguida sobre un cuello largo y nudoso.

Konrad comprende rápidamente en qué estaba enfrascado el viejo cuando llegaron. La pared de la casa reluce blanca bajo el sol.

La mancha de sangre.

La acaba de cubrir de pintura.

—¿Qué tal, Tore? —le lanza Palander acercándose al viejo con la mano tendida.

Torstensson se limpia las manos en los pantalones, pero no hace ademán alguno de contestar al saludo. Los mira maliciosamente, con un aire asombrosamente parecido al de una cabra.

—Quizá no me reconoce. Soy Palander, el redactor de la oficina de *Ystads Allehanda* en Tomelilla.

Cuando se percata de que el tipo no tiene intención de estrechar su mano, Palander decide rebuscar en su bolsillo y sacar un bolígrafo y un bloc. La cámara la deja por el momento oculta.

—Este es Konrad Jonsson, mi..., eh..., asistente —explica con un movimiento indiferente del pulgar.

Cuando el viejo por fin abre la boca, lo hace gruñendo como una agrietada puerta de un establo. Se nota que Tore Torstensson acostumbra a estar solo y a no hablar más de lo necesario.

—Se puede volver a guardar eso. ¡Y váyase con su puñetero asistente al infierno! Si no quieren que les pase lo mismo que a esos inmigrantes de los cojones...

Carraspea brutalmente y, como reforzando su amenaza, lanza al aire un

gargajo que aterriza a los mismos pies de Palander. Luego les clava una mirada ya no de recelo, sino puramente de odio. Por lo que parece, Torstensson les tiene el mismo aprecio a los periodistas que a los inmigrantes.

Konrad, indeciso, echa un vistazo a su alrededor. El jardín respira una suerte de serenidad. Un par de abejorros zumban junto al muro de piedra, donde crece la salvia y la lavanda. El saúco esparce un olor dulce en el aire. La puerta de la casa se encuentra entreabierta y sobre el alféizar de la ventana de la cocina, sujeta con la aldabilla, reposa una taza de café. Apenas unos días antes dos jóvenes murieron aquí. Ahora ya se ha ajustado bien la tapa del pozo y más allá, en la caseta de la leña, las gallinas corretean despreocupadamente de un sitio para otro. El gato gris que Konrad vio la última vez se acerca zalamero doblando la esquina, sortea con una distinguida zancada el esputo amarillo y frota luego cariñoso su espalda contra la pernera de Torstensson. El anciano se inclina para recogerlo en sus brazos sin despegar los ojos de sus visitantes inesperados.

Justo cuando parece que el viejo sopesa la posibilidad de ir de nuevo a por su escopeta, a Konrad se le ocurre una idea:

—¿Cree que a los que disparó eran los asesinos de Herman y Signe?

Torstensson se queda paralizado y un halo de vacilación recorre su rostro. Meditabundo comienza a rascar al gato detrás de la oreja, que, presa del placer, cierra los ojos y se pega con fuerza al pecho del amo.

—¿Herman y Signe Jönsson?

El viejo los observa con aspecto interrogante. Se diría que ese pensamiento no se le había cruzado por la mente. Probablemente no haya leído ningún diario durante su detención. O tal vez haya estado demasiado ocupado con lo suyo.

—Sabe que los asesinaron, ¿verdad? —inquire Konrad.

—Sí...

—Con la misma pistola que la policía ha encontrado en su pozo —agrega Palander.

Se percibe un fulgor bajo las cejas del viejo, pero su mirada resulta difícil de descifrar. Una nuez afilada se desliza arriba y abajo en su arrugado cuello. Es imposible saber lo que se cuece en su cabeza. Quizá solo esté decrepito y confundido, piensa Konrad, pero al mismo tiempo le parece adivinar un

destello de curiosidad.

—Herman y Signe —repite el viejo con su voz bronca—. Eran buena gente. Es una pena que les ocurriera eso tan terrible...

—Eran mis... padres —dice Konrad con falsedad.

Torstensson lo mira fijamente durante largo rato, como rebobinando en los archivos de su memoria, tras lo que agita pensativo la cabeza asintiendo para sí mismo.

—¿Podríamos entrar y hablar un poco de lo ocurrido? —tercia Palander en un tono ya obsequioso.

El anciano duda, pero hace seguidamente un gesto, apenas perceptible, con la cabeza en dirección a la puerta de entrada abierta, se vuelve y franquea el umbral sin cerrarla de un portazo tras de sí. Los otros lo interpretan como una invitación.

En el vestíbulo se topan con un olor agrio a anciano. Torstensson no se quita los zapatos y las visitas siguen su ejemplo. A través de la puerta del dormitorio a medio abrir se atisba una cama sin hacer y encima del sillón reposan un par de calzones largos descoloridos. En la mesa de la cocina ven un mantel de hule, y sobre la encimera, una tabla de cortar con una barra de pan y un trozo de panceta.

—Siéntense.

Sin preguntarles antes, les sirve café de una cafetera de metal que tenía ya calentando en el fogón y beben cuidadosamente de sus tazas. El café está tibio y lleno de tanino.

—¿Los conocía? —pregunta Konrad prudentemente—. A Herman y Signe, quiero decir.

Torstensson mueve los hombros con un gesto indeterminado mientras sorbe de su taza.

—Un poco, de hace tiempo..., pero no de cerca. En cualquier caso, no se merecían lo que les pasó.

—No —confirma Konrad—. Sin duda que no.

—No eran mala gente —declara el viejo enfáticamente como si alguien hubiera afirmado lo contrario.

—No, ni mucho menos.

Torstensson resopla y mira por la ventana. Konrad repara entonces en que

debe ser unos diez años más joven que Herman y Signe.

—Eran personas bondadosas. Algo duros de mollera. Había mucha gente que echaba pestes de ellos, pero yo siempre me mantuve al margen de eso.

—Cuéntenos lo que pasó cuando vinieron esos chicos albaneses —insta Palander sin rodeos.

Al viejo se le ensombrece la mirada.

—Les volé los sesos. Eso es lo que pasó. ¡Justo lo que se merecían! — afirma soltando con estrépito la taza sobre el plato y coloca los codos sobre la mesa, los ojos enfurecidos—. Habría que hacer lo mismo con todos ellos. Pegarles un tiro en la cabeza... Siempre con esos malditos miramientos. ¿Quién coño les ha pedido que vinieran? Para gorronear de la gente honrada, y asaltar a un viejo en su propia casa. Son unos acaparadores de subvenciones y unos delincuentes. ¡Afuera con toda esa escoria!

Torstensson se pone la mano sobre el pecho, jadea tras su arrebató y se deja caer de nuevo sobre el respaldo de su silla de madera. Konrad teme por un momento que vaya a sufrir un infarto, pero el abuelo levanta la taza de café con una mano temblorosa de ira. Y no los deja de mirar ni por un instante.

—Antiguamente, a esa gentuza se la mantenía alejada del pueblo. La gente sabía lo que había que hacer, cómo tenía que hacerse cargo de ellos. Ahora nadie se atreve ni a chistar. Cuando trataron de librarse de la chusma de Sjöbo se armó la marimorena.

Konrad siente la rodilla de Palander contra la suya por debajo de la mesa. Entiende lo que quiere comunicarle. No diga nada, déjelo continuar.

Pero el viejo parece que vuelve a calmarse.

—¿Qué mencionó antes sobre que habían disparado a Herman y Signe?

Palander le explica lentamente y con toda suerte de detalles lo de la Luger en el pozo, acerca de las balas en la caseta de herramientas de Herman y Signe, y sobre los ensayos balísticos que la policía realizó con la pistola, los cuales dejaron huellas idénticas a las encontradas en los trozos de plomo que acabaron con la vida de los Jönsson.

—¡Madre de Dios!

Da la impresión de que Torstensson lo acaba de oír por primera vez.

—El fiscal lo puso en libertad por haber disparado en defensa propia. ¿Vio esa pistola en manos del joven albanés? —pregunta Palander.

—¡Y tanto! Si el más alto no hubiera acabado conmigo con la palanqueta, el otro me habría disparado. Cuando vi que se sacaba la pistola del pantalón no me quedó otra que apretar el gatillo. Y ¿saben una cosa? Fue un gustazo verlos salir volando.

Observa a sus huéspedes mientras tensa la barbilla con gesto combativo, como acechando un motivo para dirigir su rabia contra ellos.

Entonces Konrad no se puede contener más. Durante toda la conversación se ha visto obligado a reprimirlo, a tragarse las diatribas del viejo. La chusma, la gentuza, los inmigrantes de mierda... Es contra él que desparrama este matón ya entrado en años.

Konrad siente una creciente rigidez en los músculos de la mandíbula.

—Ha dicho que antes mantenían alejada a la gentuza, que sabían el modo de encargarse de ellos.

—Pues sí... Joder que si sabíamos...

—¿Eso incluía también a mi madre?

Torstensson lo mira sorprendido.

—¿A Signe?

—No, a Agnes. Agnieszka Stankiewicz, desaparecida hace cuarenta años.

El viejo se levanta de golpe.

—¿Qué demonios está sugiriendo?

En ese momento abre el escobero, tirando al suelo un recogedor lleno de polvo, y de repente lo tienen sobre la alfombra de la cocina apuntándolos con una escopeta de cañón doble. Se oye un clic al soltar el seguro.

—¡Hostia, Tore! ¡Cálmese! —exclama Palander.

Ambos alzan las manos al cielo, como si de una película se tratara, aterrorizados y estupefactos ante el rápido giro de la situación. Torstensson tiene las orejas rojas de ira, pero es su voz áspera y controlada lo que más los asusta.

Y es hacia Konrad sobre el que aguza la mirada al amenazarlos.

—Tienen diez segundos para salir de mi casa. Si no se han ido para entonces, tendré que pintar también de nuevo la jodida cocina...

Tardarán luego un rato en recuperar su pulso normal y en desembarazarse de esa intensa sensación en el estómago. Palander conduce tranquilamente en

dirección a Tomelilla, con semblante pálido. Konrad siente la camisa pegajosa en la espalda.

—¡Dios, qué susto me he llevado!

—Estaba casi seguro de que iba a disparar...

—¿De dónde diantre ha sacado esa escopeta? ¿No debería habérsela requisado la policía?

—Probablemente tuviera otra escondida. ¡Joder, vaya viejo colérico...!

Pasan un largo intervalo en silencio y se diría que la conmoción había transformado a Palander en un mejor conductor. Ya no hay sacudidas que valgan. El Citroën avanza pacíficamente por la carretera.

—¿Cree que sabe algo más? —pregunta Palander—. Sobre Herman y Signe, quiero decir.

Konrad reflexiona al respecto. Parece indudable que Torstensson sentía algún tipo de simpatía por ellos. Fue en el momento en que Konrad nombró a Agnes cuando perdió los estribos.

—No podría decirle. El asunto tal vez sea más bien si conoce algo de lo que le ocurrió a mi madre, a Agnes.

Örjan Palander agita la cabeza en un gesto de aprobación.

—Hay gato encerrado ahí. Pistas que se remontan en el tiempo.

—Mmm... Entonces solo será cuestión de seguir las.

—«Sigue el dinero» —murmura Palander para sí mismo.

—Garganta profunda —responde Konrad—. No creo precisamente que sea la pista del dinero la que debemos seguir. Más bien la de la sangre.

Se apoya sobre el asiento y cierra los ojos. Oye el rumor que entra por la ventanilla bajada y siente el viento en la cara, pero no puede disfrutar de su frescor. Si supiera dónde empezar a tirar del ovillo. Es como si se enfrentara a un bosque donde reina una confusión de hilos, cuerdas y entramados que van de acá para allá entre los troncos de los árboles. Resulta imposible discernir patrón alguno. Si únicamente pudiera hallar el cabo correcto del que tirar tal vez tuviera opciones de encontrar el camino que atraviesa la foresta. Pero es tan condenadamente complicado. Este maldito pueblo... Se diría que todo y todos, cada uno de sus habitantes, cada edificio y cada lugar al que va ocultan el inicio de un largo y tortuoso hilo que conduce a esa vida que antaño fue la suya.

—He estado pensando en lo que ponía ese papel —comenta Palander—. Lo de que se hicieran con la pistola tras el asesinato de Herman y Signe. ¿Cómo demonios puede averiguar uno quién lo ha escrito?

Konrad no contesta nada.

—¿Cómo diantre se puede saber si es cierto...?

Palander sigue conduciendo por un momento en silencio.

—Existe otra posibilidad —añade luego—. Supongamos que Tore Torstensson miente, que Feriz y Sali no hubieran llevado una pistola y que Torstensson los hubiera matado a sangre fría. Alguien podría haber arrojado la Luger en el pozo más tarde.

Esa misma idea se le había pasado varias veces a Konrad por la mente. Era una posibilidad. En otras palabras, que al asesino de Herman y Signe se le hubiera ocurrido atribuirle la culpa a los jóvenes tras enterarse por la prensa del tiroteo de Onslunda.

—Pero ¿cómo explicaría entonces que la policía encontrara las huellas dactilares de Feriz en el arma?

Palander se encoge de hombros, en esta ocasión sin soltar el volante.

—Entre los albaneses corre el rumor de que la policía plantó la pistola dentro del pozo —dice.

—¿Lo cree posible?

—Dentro de poco ya no sabré qué creer.

Konrad calla. Piensa en Fatima, pero no dice nada.

Posiblemente Feriz y Sali llevaran una pistola a casa de Torstensson. Tal vez solo pretendieran amedrentarlo con ella, pero no le cabe ninguna duda de que Fatima decía la verdad en lo que a esa llamada telefónica se refiere.

Poco a poco se va abriendo paso en su mente un desagradable pensamiento que lo corroe por dentro: si llega a oídos de la policía el testimonio de la muchacha, tendrán motivos para creer que tal vez fuera con él con quien Feriz habló por teléfono.

25

La archivista se llama Eleonor Bengtsson y parece sufrir terriblemente con el calor.

Es una mujer pequeña y rellenita, de tez encarnada a rodales. Lleva su pelo fino repeinado hacia la nuca, donde lo recoge en una trenza no mucho más gruesa que la cola de una rata. La camisa de batik africana le llega hasta las rodillas y bajo los holgados pantalones de lino asoman un conjunto de gruesos dedos en sandalias de diseño anatómico. Aunque se mueve lenta como una tortuga, sus pulmones emiten unos agudos pitidos al respirar.

El despacho de Eleonor Bengtsson se halla en la planta baja, al final de un largo pasillo dentro del edificio municipal de ladrillo rojo, junto al antiguo mercado. La habitación está llena de pequeñas muñecas de trapo con telas plisadas y coloridas faldas. Konrad se siente observado por ellas mientras espera sentado.

La mujer regresa y, al acomodarse detrás del escritorio, se oye un ruido sordo en el suelo. Se abanica la cara con la fina carpeta de cartón marrón que acaba de recoger.

—Uf, tengo que dejar de fumar... —afirma sonriendo como disculpándose a través de sus gafas de color rosa, coge un pañuelo de papel de su bolso y se seca la frente—. ¿Agua con hielo?

El vaso tintinea al servirle agua de una jarra empañada.

—Nos vino bien que llamara antes del fin de semana para tener tiempo de buscar. No es frecuente que la gente pregunte por casos tan antiguos. Esto es lo que he podido encontrar. El responsable de asuntos sociales ya ha dado su visto bueno en lo que concierne a la confidencialidad, así que puede leerlo sin problema alguno.

La mujer coloca el expediente sobre la mesa, frente a Konrad.

—Como puede observar, se trata únicamente del informe de los servicios sociales. Los documentos de adopción han desaparecido y no me extraña ni un pelo. Es un escándalo el completo desorden que hay en este municipio. Lo que es yo, no tengo tiempo en absoluto de arreglarlo. Estoy tan ocupada... Aparte de gestionar el archivo, son muchas mis obligaciones...

—La comprendo.

—Tómese el tiempo que necesite.

Pese a su generosa exhortación, no parece tener la intención de dejarlo solo, sino todo lo contrario: se cruza de brazos y lo contempla con curiosidad.

Konrad la mira brevemente y a continuación abre el dossier con cuidado:

—Si quiere puedo hacerle unas fotocopias —lo avisa, servicial.

Él hace un gesto negativo con la mano.

Entre las tapas solo hay unas pocas hojas amarillentas de papel. Formularios cumplimentados a máquina con una escritura irregular.

—Es usted quien estuvo de rehén en Bagdad, ¿verdad? —pregunta Eleonor Bengtsson, aunque a todas luces conoce la respuesta.

Konrad eleva fugazmente la mirada y asiente con la cabeza.

—Lo oí en las noticias. Hace un par de años más o menos, ¿no es cierto? Pero, naturalmente, por entonces no sabía que se trataba de usted.

A Konrad no le apetece nada recordar. Permanece en silencio y trata de concentrarse en los documentos.

«Resolución sobre asignación a hogar de acogida», reza el texto. Y su nombre: «Konrad Stankiewicz, con n.º personal de identidad 611207-2479».

Le resulta extraño verlo después de tantos años. Como si ese expediente en realidad se refiriera a otra persona, alguien a quien conoció de niño pero con el que perdió contacto tiempo atrás. Stankiewicz. Obviamente Konrad había supuesto que pondría algo por el estilo en los documentos antiguos, pero es la primera vez que lo ve con sus propios ojos.

—Debe de haber vivido tantas cosas terribles... —comenta la archivista con una voz desbordante de compasión.

La mujer se ha quitado las gafas e inclina ligeramente la cabeza. Konrad intenta hacer como si no estuviera ahí.

—Quiero decir, primero lo del intérprete en Bagdad, y ahora el asesinato de sus padres. Bueno, de sus padres adoptivos para ser correcta...

Konrad se mantiene callado tratando de leer.

Solo se incluyen unas cuantas líneas acerca de Agnes. Aparentemente percibió la prestación social en algunos períodos. Trabajó ocasionalmente como limpiadora. Y luego desaparece sin dejar rastro. Ninguna sugerencia sobre lo que le ha podido ocurrir.

—Hay que dejarlo aflorar a la superficie —señala Eleonor Bengtsson—. Nunca reprimirlo. Cuando sufres un trauma profundo hay que hablar de ello. Yo personalmente atravesé un divorcio muy complicado hace un tiempo. De hecho, son ya bastantes años. Lo pasé fatal, hasta que tuve ocasión de conversar con un interlocutor con experiencia.

—Mmm...

—Además, para ustedes los hombres es aún más difícil, porque deben enfrentarse a un estereotipo de masculinidad. El hombre solitario y fuerte. Comprendo perfectamente que no puede ser sencillo... —añade suspirando y sacudiendo la cabeza con aire preocupado.

Konrad respira hondo. Tiene la sensación de que el oxígeno se agota en la habitación. La mujer y todas sus muñecas de trapo lo asfixian. Pero ¿qué pretende la condenada?

—Yo misma soy una experimentada... interlocutora —dice lentamente mientras lo observa con los ojos humedecidos.

Es una mirada absorbente y agobiante. Konrad tiene la incómoda sensación de que el principal deseo de esa mujer no es otro que abrazarlo hasta el desangramiento, disecarlo luego y colocarlo en una de las estanterías, y así pasar a engrosar la colección de muñecas sin alma. Aparta entonces los documentos con un gesto contenido.

—¿Podría por favor dejarme en paz para poder leer estos papeles con tranquilidad? —inquire resueltamente—. O acaso haya otra sala donde pueda sentarme...

Eleonor Bengtsson da un respingo como si la hubieran despertado en mitad de un sueño, se levanta de golpe y frunce la boca:

—¡Cómo no! ¡Y disculpe por haber tratado de ayudarlo...! De todas formas me tocaba la pausa ahora.

La trabajadora abandona la habitación a pasitos menudos y Konrad expela un suspiro de alivio, se pone en pie y va a abrir una chirriante ventana para respirar hondo durante un rato antes de volver a la mesa.

La segunda página del expediente de los servicios sociales contiene un breve párrafo sobre su persona: «Un niño de siete años que se ha criado solo con su madre. Tímido y retraído, pero se lo considera completamente maduro para ingresar en la escuela en otoño. No se le conoce tara física alguna».

El recuerdo de una enfermera con uniforme de hospital blanco emerge en su mente. Lo examina con manos duras y frías. Tiene unos ojos azules gélidos y dientes grandes de caballo. Él está en calzoncillos y tiene mucho frío, pese a ser pleno verano. Hay un olor penetrante a desinfectante. Recibe de la enfermera una inyección en el brazo y una palmadita de ánimo en el trasero una vez que ha terminado.

Konrad lee también acerca de Herman y Signe, unas exiguas anotaciones que no desvelan gran cosa de las personas de carne y hueso a las que alude: «De conducta intachable. Matrimonio trabajador con economía limitada, pero sin partes en el registro de morosos. Un hijo biológico de dieciséis años. Sin adicciones conocidas ni antecedentes penales. Han sido examinados como padres de acogida y se los estima aptos para ello conforme a resolución».

Empuja los papeles a un lado de la mesa y se recuesta titubeante en el sillón. Los documentos se componen en su mayor parte de citas normativas y formalismos, secamente reproducidos por minuciosos funcionarios. Tiene la sensación de no haber sacado absolutamente nada en claro.

Justo en el momento en que va a cerrar la carpeta de golpe y abandonar la habitación sus ojos reparan en la firma, esmeradamente trazada con una pluma de tinta azul. Además, el nombre viene confirmado en un texto a máquina.

«En representación del tribunal tutelar de menores: Gudrun Vernersson.»

No puede tratarse de una casualidad.

En algún lugar escondido de su cerebro se le ilumina una lamparita. ¿No era una mujer ya mayor la que envió la oficina de asuntos sociales? Konrad

sacude la cabeza confundido. Tal vez pareciera vieja a los ojos de un niño pequeño.

En realidad tiene que haber sido más joven de lo que él es ahora. Esa señora grande y áspera de los servicios sociales que le apretaba con tanta fuerza la mano junto a las escaleras de la casa de Eternit de Herman y Signe.

No puede haber dos mujeres en ese pueblo con un nombre tan inusual.
Tiene que haber sido Gudan.

Una sombra se desliza huidizamente en el interior de la mirilla. Konrad se da cuenta de que está siendo observado.

Y reconocido.

Ha dado tres toques breves al timbre de la puerta e inmediatamente comprende que, como mínimo, uno de ellos estaba de más. A las personas mayores no hay que molestarlas en vano. Espera impaciente en la escalera examinando la puerta de madera, descolorida y rasguñada por el paso del tiempo. Un cartelito escrito a mano deja claro que Gudrun Vernersson no desea publicidad alguna. Varias de las letras de plástico dentro del letrero con el nombre que hay encima del buzón de la puerta se encuentran torcidas. Aunque seguramente antaño fueran blancas, ahora se ven amarillentas.

Se oye entonces el ruido metálico de una cadena de seguridad que se corre y la puerta se va abriendo lentamente. La mujer se alza al otro lado del umbral como una sombra en la penumbra, lo cual casi hace retroceder a Konrad. Sobre su persona flota algo fantasmagórico. Quizá sea la certidumbre de estar ante un vínculo con el pasado lo que le otorga esa apariencia de espectro. Va ataviada con una bata que le llega hasta el suelo. Su pelo blanco, más largo de lo que Konrad pensaba, le cae sobre los hombros.

—Eh... ¿Puedo pasar?

El rostro de Gudan es totalmente inexpresivo, se diría vacío. Tiene una nariz enorme y una boca que se antoja diminuta dentro de su larga y plana cara. La anciana mueve la cabeza imperceptiblemente a manera de afirmación.

—Voy a preparar un poco de café —susurra antes de desaparecer en el apartamento. Konrad entra, cierra con cuidado la puerta y la sigue. Está oscuro y huele a fruta pasada y a lavanda. De la pared del vestíbulo penden cuadros enmarcados y en una habitación más amplia vislumbra el contorno de un

imponente conjunto de sofás. Se oye el tictac de un reloj en algún sitio.

—Disculpe que haya corrido las cortinas. No me siento del todo bien —la oye decir desde la cocina.

Ha encendido una lámpara que cuelga sobre la mesa, donde un cuenco con azúcar reposa sobre un mantel de ganchillo.

—Puedo volver en otro momento si molesto.

Gudan se da la vuelta con la cafetera en la mano.

—Entonces puede ser demasiado tarde. Tal vez me haya muerto.

Un par de segundos más tarde su rostro se resquebraja en una arrugada sonrisa. Ríe con una risa ronca, como una corneja.

—Lo decía en broma. Tan mal no está esta vieja.

Es ahora que Konrad adivina el destello que habita en la profundidad de su mirada. Vuelve a respirar tranquilo. Por lo menos la señora no parece encontrarse ante una muerte inminente. Se sienta entonces a la mesa de la cocina y espera a que Gudan saque las tazas de la alacena.

—Me preguntaba precisamente cuánto tiempo iba a tardar en darse cuenta —comenta dándole la espalda.

—¿Darme cuenta de qué?

La mujer sirve el café, un aguachirle que deja ver el fondo de la taza, pese a estar llena.

—Que fui yo quien se encargó de encontrarle un hogar de acogida, naturalmente.

—¿Pensó que vendría a buscarla?

—Bueno, no es tan difícil de suponer, al regresar después de todos estos años, que querría averiguar más cosas sobre lo ocurrido.

—¿Por qué no dijo nada desde un primer momento?

Gudan traza una sonrisa pícaro, moja un terrón de azúcar en el café y deja que se funda dentro de su boca, chascando con la lengua en el paladar.

—A mi edad no pasan demasiadas cosas emocionantes. Hay que tragarse ciertas esperas.

Konrad no puede evitar reírse. La vieja parece tener sentido del humor. Acompaña con la vista su venosa mano, que tiembla ligeramente con la taza, formando pequeñas ondulaciones en el café. Recuerda la fuerza que tenía antaño esa mano. Aquel día a las puertas de la casa de Herman y Signe, esos

dedos ganchudos eran como un tornillo de banco.

—Encontré su nombre en los papeles de los servicios sociales —explica Konrad.

—Claro, como no podía ser de otro modo.

—¿Me podría contar lo que sucedió?

Se levanta sin contestar, aparta ligeramente la cortina e inclina luego hasta la mitad la persiana, que filtra un poco de la luz del día en la cocina. Cierra entonces los ojos con fuerza durante un instante, como aguardando el dolor. Konrad advierte la presencia de bolas de pelusa en las esquinas del suelo.

—Teníamos a un muchachito solo —suspira Gudan—. Eso fue lo que sucedió. Alguien, evidentemente, tenía que hacerse cargo de él.

—¿Y no había nadie más?

La mujer rezonga.

—Herman y Signe quizá no fueran las personas ideales, pero se habían ofrecido voluntariamente. Y Signe podía ser bastante cabezota, por muy remilgada que pareciera a simple vista.

—¿Es cierto eso?

—Sí, y además de forma inmediata. Signe se mostró muy insistente. Recuerdo muy bien cuando entró en la oficina de asuntos sociales arrastrando a Herman y me explicó lo que venía buscando.

—¿Nunca le aclararon por qué tenían tanto interés en hacerse cargo de mí?

—Bueno, nunca nadie lo preguntó. Para ser sincera, debo decir que nos alegramos de que alguien pudiera cuidar de usted. De lo contrario, la alternativa hubiera sido un orfanato, y eso nunca es una opción afortunada.

Gudan roza la porcelana al remover en la taza y se coloca el último trozo de azúcar fundido entre sus labios resecos.

—¿Qué seguimiento... hizo del caso?

—No mucho —responde—. Daba la impresión de funcionar. Según pude saber, las cosas le iban bien a usted en la escuela. Nadie se había quejado. No teníamos ningún motivo para sospechar que no anduviera todo correctamente. Bueno, obviamente Klas era un redomado gamberro, pero, al ser bastante mayor que usted, realmente no tenían mucha relación. Por su parte, Herman y Signe eran bastante retraídos, por lo que no manteníamos un contacto muy fluido con ellos. Tuvimos un par de charlas de seguimiento, pero nada más.

La vieja calla y entorna los ojos en dirección a él, como tratando de discernir si la acusa de algo.

—¿Ha reflexionado sobre quién podría haberlos asesinado? —pregunta Konrad.

Gudan se queda petrificada en su silla de madera, más parecida a una momia que nunca.

—¿Cómo demonios podría saberlo yo?

Konrad se da cuenta de que lleva razón. ¿Cómo podría saber algo así una mujer anciana y solitaria, que seguramente ya no se relaciona con casi nadie? Sin lugar a dudas, a los rumores les cuesta bastante trabajo abrirse camino entre esas gruesas cortinas y esas persianas echadas. Acaso sea él quien maneja planteamientos erróneos. Desde que volvió a casa ha dado por sentada la existencia de pistas que se remontan en el tiempo. ¿Pero cómo que «a casa»? Konrad se sorprende a sí mismo en su propio pensamiento. ¿Cuándo empezó a considerar este pueblo como su casa?

Ve ante sí huellas de pies en la arena del desierto. El viento sopla sobre las dunas y lenta pero inexorablemente vuelven a rellenarse los hoyos. Las sigue hasta donde alcanza su mirada. A menos de medio camino del horizonte ya han desaparecido. Y el desierto permanece intacto.

Tal vez sea un espejismo, piensa Konrad. Tal vez nunca ha habido huellas que seguir. Dos tiros en la nuca. Podrían haberlo hecho perfectamente esos dos jóvenes albaneses. O cualquier otro que se enterara del succulento premio de lotería ganado por Herman y Signe.

Pero le viene entonces Fatima a la mente. Tiene que averiguar quién llamó a su hermano.

—Venga conmigo —dice Gudan de repente, arrancándolo de sus cavilaciones.

Lo toma con dulzura de la mano, para su asombro, y él la sigue obedientemente hasta el cuarto de estar. Siente su mano suave, como si el paso de las décadas hubiera limado todas las durezas y asperezas, dejando únicamente una piel fina y sedosa. No obstante, sigue siendo más alta que él.

Hay una colección de fotografías sobre un robusto escritorio. Gudan enciende la lámpara del techo para que Konrad pueda ver mejor. Son viejas fotografías en blanco y negro junto a fotos en color palidecidas, todas ellas

instaladas en pulcros marcos. Las caras le son completamente desconocidas a Konrad. Personas que ríen, se sonríen discretamente o miran fijamente a la cámara, pero que no le dicen absolutamente nada.

—Este es Kurt —afirma Gudan misteriosamente levantando uno de los retratos.

La instantánea del sencillo marco dorado muestra a un hombre de entre cuarenta y cincuenta años. Parece un retrato de estudio. El hombre tiene la espalda rígida, como si alguien lo hubiera apremiado a sentarse quieto. Sonríe hacia el fotógrafo con unos ojos azules límpidos. Su pelo rubio, grueso y algo ondulado se transforma a la altura de las sienes en pobladas patillas que se extienden hasta bien entradas las mejillas.

—El comisario Kurt Nilsson —aclara Gudan con una sonrisita no exenta de orgullo en las comisuras de la boca.

Konrad mira por un momento sin comprender a la veterana señora, pero luego cae en la cuenta súbitamente. Se le aparece la cita del recorte amarillento y medio destrozado de Palander: «Nos consta que se sustentaba de una forma al que no estamos habituados en nuestra localidad».

El comisario Kurt Nilsson, el que fue incapaz de descubrir lo que le había pasado a su madre, a Agnes, o que simplemente no se esforzó lo suficiente para dar con ella.

—Tuvimos... una relación muy cercana durante un tiempo —confiesa tímidamente Gudrun Verneresson.

Konrad coge la foto en su mano y se enfrenta a esa mirada de color azul. Hay algo cándido en ella, un policía de pequeña localidad de provincia en la época de los grandes avances sociales, antes de que se abatiera el mal sobre el país. Sacude la cabeza con su idea absurda. La maldad ha existido indudablemente siempre. La cuestión es si Kurt Nilsson sabía más de lo que decía en el periódico, o si se trataba de un poli tonto corriente y moliente.

—¿Está vivo? —pregunta Konrad.

La mujer mueve con tristeza la cabeza.

—Sí, sí que está vivo. Voy a visitarlo todas las semanas.

Gudan le arrebató la fotografía y la vuelve a colocar en su sitio sobre el secreter.

—Teníamos pensado casarnos, pero el tiempo nos fue separando...

Se interrumpe a sí misma para sacar de las entrañas de su bata, como por arte de magia, un pañuelo enorme y sonarse la nariz estruendosamente.

—¡Ay, por qué monto este espectáculo! Ya no tiene ninguna importancia. Para decir la verdad, fui yo quien rompí con él por haberme engañado. Tenía a un montón de amantes mientras estaba conmigo. No podía evitarlo, según él. No sé yo si hay hombres que funcionan así. A mí, en cualquier caso, no me tuvo.

—Pero acaba de decir que vive...

—Sí, lleva varios años internado en la sección de pacientes dementes del asilo de Byavång.

Konrad se ve asaltado por un sentimiento de decepción. Ve cómo el viento hace desaparecer la huella de la arena.

—No mantuvimos contacto alguno durante muchos años, pero cuando me enteré de que estaba enfermo comencé a visitarlo. No tiene a nadie más. A veces cuando estamos solos se puede hablar con él. Suelo sentarme ahí, tomarle de la mano y hablarle de cuando nos casamos. Entonces resplandece de felicidad. Me gusta sentir el olor de sus puros.

—¿Se casaron?

Una inesperada lágrima desciende por el alargado semblante de Gudan.

—Ciertamente soy yo que me engaño a mí misma —indica con voz débil—. Me digo que la vida fue al final como había imaginado. Pero nunca está mal mentir cuando con ello haces feliz a alguien, ¿verdad?

Konrad es incapaz de resistir el impulso de secar cuidadosamente con las yemas de sus dedos las lágrimas en las mejillas de la mujer.

—No, seguro que no está mal.

—¡Ay, ay, ay! —exclama abruptamente y vuelve a sonarse—. Aquí tiene a esta vieja sentimental y cascada. No era eso lo que quería contarle.

—¿Qué era entonces?

Gudan se sienta en el sofá de felpa y Konrad va a acomodarse al sillón de enfrente.

—Kurt y yo hablamos naturalmente de la desaparición de su madre por aquel entonces. O, mejor dicho, yo le preguntaba un montón de cosas. Como sabe, estaba a cargo de su expediente en nombre del tribunal tutelar de menores, así que, por supuesto, sentía curiosidad.

—¿Qué averiguó?

Gudan le dedica una mirada inquieta.

—Bueno, un montón de cosas no demasiado agradables. Parece ser que ella solía... recibir a señores a cambio de dinero. Ya se cuchicheaba al respecto desde hacía bastante tiempo.

Vuelve a extenderse por su cuerpo aquel frío. ¿Por qué no la ayudó nadie? Konrad sabe que nunca jamás podrá acostumbrarse al pensamiento de la humillación de Agnes.

—Aunque en realidad no se trataba de eso —añade Gudan—. A Kurt le gustaba explayarse sobre la vida de ella y recuerdo que me molestaba que no mostrara una mayor compasión en los términos que usaba. Lo raro era el modo en que se transformaba cuando le preguntaba acerca de la investigación policial.

—¿De qué manera lo hacía?

—Se volvía reservado y se negaba a decir nada. Era como si algo lo torturara.

—¿No podía deberse a la confidencialidad de estos casos?

La anciana sacude la cabeza inyectando vida en sus mechones de pelo blanco, toma la mano de Konrad entre las suyas y la aprieta con firmeza, como intentando recordar junto con él por vía telepática.

—Me dijo una cosa que recuerdo literalmente. Fue la última vez que pregunté al respecto y me acuerdo muy bien porque me agarró de los hombros con tal fuerza que me hizo daño, él, que jamás me había tocado. «Gudrun», me dijo, «hay cosas sobre esa mujer que nunca se sabrán. Cosas que nunca deben saberse.»

Gudan suelta la mano de Konrad y lo observa con pavor.

—¿Fue eso todo?

—Sí, fue todo, pero si hubiera visto sus ojos en aquella ocasión comprendería que nunca más me atreviera a preguntarle.

Luego permanecen sentados un buen rato en el conjunto del sofá. El reloj de la pared emite un tictac fatídico y se impone la sensación de estar todo dicho. Gudan muestra un aspecto agotado y muy avejentado, pero Konrad no duda ni un instante de la veracidad de sus recuerdos. De repente siente la necesidad de salir para respirar aire puro, y la deja con la fotografía de ese

hombre al que nunca tuvo.

26

A la mañana siguiente Konrad recibe una visita inesperada. Alguien llama a la puerta con unos suaves golpecitos y, al abrirla, aparece ante él el espigado donjuán de la música ligera tendiéndole la mano con los ojos abiertos como platos.

—Leif Bogren. ¿Puedo pasar?

Konrad tarda varios segundos en reconocerlo. El cantante de..., ¿qué nombre había dicho Gertrud?

—Tal vez recuerde que nos vimos en el comedor del hotel. Muy rápidamente. ¿Tiene un momento para hablar? Es un asunto bastante importante.

Konrad, turbado, echa una ojeada a la habitación. La cama está sin hacer. Apenas un cuarto de hora antes había abierto los ojos tras una noche sofocante. Ahora está ahí de pie con un par de bóxers descoloridos.

—¿De qué se trata?

—De Klas. Al fin y al cabo, usted es su hermano.

—Hermano adoptivo, solo adoptivo.

Leif Bogren lo mira con un semblante sin expresión y Konrad abre la puerta del todo.

—Pase. Está un poco desordenado... Tal vez podamos sentarnos en el patio. ¿Qué le parece?

—Me parece buena idea. Me he traído unos bollos de canela —responde Bogren agitando una bolsa delante de la cara de Konrad.

Tiene un aspecto cómico con ese corte de pelo. Dos ojos saltones bajo una caperuza de algodón de feria. Resulta difícil determinar si está contento o triste. En cualquier caso, debe haber puesto a lavar la camisa de flores de la última vez. Ahora va de un discreto verde.

Konrad se viste ágilmente con un pantalón y una camiseta, vierte en un termo el café que ya reposa en la cafetera de filtro y coge las dos únicas tazas incluidas en el alquiler del apartamento. La piedra de los escalones está fría bajo los pies descalzos.

—Estoy un poco preocupado por Klas —declara Bogren una vez sentados en las sillas de jardín, a la sombra del ciruelo. Se desabrocha otro botón de la camisa, lo que hace que esta se abra un poco más encima de su abultada barriga. Un corazoncito de oro se balancea en un eslabón de la cadena que lleva alrededor del cuello—. De hecho, bastante preocupado.

—Por lo que veo, lo conoce.

—Efectivamente. De lo contrario, no me habría inquietado. Se podría decir que somos... amigos. En cualquier caso, lo hemos sido.

Konrad observa a su visita no anunciada. No consigue hacer encajar las piezas en su cabeza. Leif Bogren parece una persona extremadamente inocente, casi como un niño, aunque las arrugas de su cara delatan que debe haber superado los cincuenta. Probablemente sean los ojos lo que lo confunde. Da la impresión de carecer casi por completo de párpados, como un pez. Además, sus manos parecen demasiado pequeñas en comparación con el resto del cuerpo.

—Gertrud me comentó que tenía un grupo de música ligera.

—Así es —responde Bogren, y se le ilumina el rostro—. El Quinteto Leif Jörgenz. Fuimos bastante importantes durante un tiempo a finales de los setenta. Llenábamos siempre en Tingvalla y Gislövs Stjärna, y en el setenta y nueve tuvimos una canción fantástica en la lista de éxitos nacionales. Tal vez usted se acuerde: se llamaba «Corazón en apuros». La ponían constantemente por todos sitios.

Da un sorbo a su café, cloquea un poco con la boca y se pone luego a cantar un par de compases mientras acompaña el ritmo elevando al aire su

dedo índice. *Mi corazón en apuros... No dejes que muera el amor...*

A continuación calla a la espera de la reacción de Konrad.

—Me suena...

—Por aquel entonces las cosas iban sobre ruedas —afirma Bogren mordiendo un trocito de bollo—. Las chicas se nos pegaban a montones después de los conciertos. Bueno, quizá a montones no, pero ciertamente no faltaba ocasión para beneficiarse de ello.

—¿Y usted lo hizo?

—Pues sí...

Konrad asiente con la cabeza en una actitud expectante.

—Bueno, no sé si beneficiarse es el término adecuado. Debería haberlo aprovechado más. Era el típico romántico a la espera del amor verdadero. Creo que durante demasiado tiempo...

Por un instante la mirada de Bogren se pierde entre las ramas llenas de hojas y ciruelas aún sin madurar y el cielo azulísimo, como si los recuerdos del pasado se ocultaran allí arriba. Mastica lentamente, sacude luego la cabeza y traga el último trozo del bollo de canela.

—Quería hablarme de Klas —recuerda Konrad.

—Es cierto. Es por eso que estoy aquí. Me temo mucho que se le están jodiendo las cosas.

—¿Acaso no lo estaban ya?

Konrad lamenta de inmediato su cinismo. La mirada de Leif Bogren lo hace sentirse como una persona insensible. Extiende entonces los brazos a modo de disculpa.

—Bueno, no lo digo con mala intención, pero parece estar verdaderamente hecho polvo.

—Es fácil ensañarse con quien ya está por los suelos.

Bogren aparta ceremoniosamente a un lado la taza de café, se quita una migaja de la comisura de los labios y se cruza luego de brazos sobre un pecho que resplandece en su blancura bajo la camisa abierta.

—Sé que muchas personas piensan que Klas es un hijo de puta —añade—, pero también me consta que es un ser atormentado.

—¿Atormentado?

Bogren finge no haber oído su reparo.

—Conocí a Klas a finales de los ochenta. El grupo estaba atravesando un bache, así que a menudo me encontraba desocupado, y Klas llevaba fichando en la oficina de empleo desde que cerró el matadero. Sus amigos de juventud se habían pirado y su carrera futbolística, si se puede llamar así, había terminado hacía tiempo. En otras palabras, ninguno de los dos estábamos en nuestro mejor momento precisamente. En cualquier caso, coincidimos en una iniciativa de trabajo comunitario. Se nos había encomendado recoger la basura y limpiar la maleza del parque. En lo que a Klas se refiere, mi actitud fue de recelo. Conocía evidentemente su fama de matón. Ya sabe cómo funcionan las cosas. Aquí en el pueblo todos nos conocemos. De hecho, una vez lo pude observar en acción, tras un concierto en Tingvalla. Estábamos recogiendo los instrumentos cuando lo vi coger con la mano uno de los zuecos que llevaba puestos y estampárselo en la cara a un muchacho que pasaba en ese momento por ahí.

—Típico de Klas.

—Sí, guarda mucha agresividad dentro de sí. Sin embargo, yo tuve ocasión de conocer otra faceta suya. En un primer momento se mostró brusco y reacio, pero trascurrido un tiempo me dio la sensación de que apreciaba el hecho de poder conversar con alguien que no fuera tan duro todo el tiempo. Se abrió un poquito a mí. Tiene que saber que Klas no es ningún idiota. Será un verdadero búfalo por fuera, pero en absoluto un imbécil.

La extraña cara de Leif Bogren amaga una risita.

—Tal vez no me crea si le cuento que una vez me pidió que le enseñara a tocar el acordeón.

Una vez más levanta su dedo bamboleante y comienza a cantar:

—*Mi amiguita, Carmencita... Cuidadito con los hombres ricos...*

Konrad lo mira con aire de incredulidad.

—Había oído a Evert Taube en la radio y le pareció encantador. Recuerdo que esa fue la expresión que utilizó Klas, «encantador». Practicamos bastante, pero nunca llegó a pillarle el truquillo. No terminaba de coger el ritmo. En cualquier caso, hemos mantenido el contacto a lo largo de los años. Había períodos en que desaparecía de mi vida para irse con sus nuevos amigos de borracheras, y a veces no nos veíamos en mucho tiempo cuando yo estaba de gira. Pero terminaba reapareciendo. En uno de mis cumpleaños me trajo una

botella de aguardiente y un CD con las mejores canciones de Taube. Con toda seguridad fue el primer disco que había comprado en su vida. Creo que Klas siempre se ha sentido, en lo más profundo de su ser, increíblemente solo.

Bogren calla un momento para dar un sorbito al café y Konrad se aclara la garganta. Le cuesta un poco de trabajo asimilar esos matices.

—¿Qué ganaba usted en su compañía?

—Con el grupo a veces iba bien, a veces mal. A menudo más bien lo último. Y los otros tenían a sus familias.

—¿Usted no?

Leif Bogren niega con la cabeza y un velo de pesadumbre asoma por su mirada inescrutable. Parece algo azorado.

—Klas y yo tenemos algo en común. Nos ha costado siempre mucho tener algo serio con las mujeres. Bueno, no vaya a pensarse por nada del mundo que somos unos viejos aún vírgenes. Tan mal no está la cosa. Pero eso de tener familia e hijos nunca se ha dado. Creo que tanto él como yo lo lamentamos un poco.

—¿Ha hablado con Klas de ese tema?

—Bueno, hablar, lo que se dice hablar... Tal vez él no sea una persona muy abierta, pero sí lo suficiente como para entender bastantes cosas.

—Como por ejemplo...

—Que Klas estaba enormemente ligado a su madre. Hablaba con frecuencia de Signe, y casi nunca de Herman. En cuanto a este último, creo que Klas lo que sentía era desprecio. O quizá decepción. Era bastante difuso al respecto, por decirlo de algún modo. Pero lo que es Signe, significaba muchísimo para Klas.

Un fragmento del pasado hace un efímero acto de presencia en la cabeza de Konrad, como un trocito de cristal que refleja la luz desde un nuevo ángulo. Pero va demasiado rápido y no es capaz de capturar la imagen.

—Cuénteme más acerca de lo que Klas decía de Signe.

—Sentía lástima de ella. No hacía otra cosa que trabajar y asumir responsabilidades sin que nadie la compensara. Solía decir que sus hombros pequeños y delgados cargaban con toda la mierda del mundo.

—¿Mencionó... algo sobre mí?

Bogren estira tanto su larga espalda que la silla de jardín cruje. Sus

palabras se hacen esperar un momento.

—No exactamente. Creo que evitaba su nombre, pero, por lo que pude entender, le costó trabajo aceptar que llegara un polluelo al nido. Se sintió apartado.

Se oye entonces un alboroto proveniente del portal que da a la calle. Una mujer con una bolsa de la compra en cada mano anda con paso incierto por el caminito de grava y les dirige una mirada desconfiada antes de desaparecer por la escalera.

—¿Qué es lo que ha hecho que se preocupe? —pregunta Konrad.

Leif Bogren vuelve a inclinarse hacia delante.

—Klas lleva bastante sin estar bien. Sin trabajo, entre otras cosas. Al principio pasaba muchas horas en la cocina de Signe tomando café, así que cuando ocurrieron los asesinatos fue un golpe terrible para él. He intentado, por supuesto, ponerme en contacto con él, pero da la impresión de estar completamente ilocalizable. La otra noche me topé con Klas volviendo de una actuación. Vagaba por la calle murmurando cosas extrañas para sí mismo. Parecía totalmente ido. Cuando le pregunté cómo estaba se limitó a escupir al suelo y desapareció doblando la esquina.

Bogren sacude preocupado la cabeza.

—Del todo ausente. No me pareció nada normal.

Konrad duda en hacer la pregunta, pero sabe que es inevitable.

—¿Piensa que Klas los pueda haber matado...?

Leif Bogren se estremece. Parece sinceramente sorprendido, como si ni siquiera se le hubiera pasado por la mente esa posibilidad.

—¡En absoluto!

Inclina luego la cabeza y parece reflexionar sobre ello una vez más.

—No, no... Eso no es posible. No el Klas que yo conozco. Era evidente que quería a Signe. Sin embargo, pienso que sería buena idea que tratara de hablar con él. Al fin y al cabo ustedes son... hermanos adoptivos.

Konrad finge no notar el sarcasmo en esas palabras, pero se compromete a comunicarse con Klas. De todas formas, lo tenía que hacer. A continuación intercambian algunas palabras más acerca de tiempos pasados, más bien por cortesía.

Tras haberse despedido, con Leif Bogren ya en el portal, una duda

pasajera asalta a Konrad.

—Por cierto, ¿quién es Jörgen? Me dijo que la banda se llamaba Leif Jörgenz...

El otro lo mira con gesto inexpresivo.

—Soy yo, Leif Jörgen Bogren, aunque hay que añadirle una zeta al final. Queda más bonito escrito así sobre la batería.

Konrad yace sobre el suelo cuan largo es, con los ojos cerrados y sintiendo el aroma del césped fresco bajo la sombra. Busca ese trozo de cristal que creyó ver por un momento. ¿Se le ha escapado alguna cosa? Tranquilo. Si todo permanece calmado a su alrededor, acaso pueda vislumbrar ese fragmento otra vez.

Es de mañana en la casa de Eternit gris. Debe ser temprano, porque la luz del sol que penetra por la ventana se ve pálida y apagada. Finales de invierno, tal vez primavera. Konrad se mueve silenciosamente por la planta de arriba, aún medio dormido y con ganas de orinar.

De repente oye un ruido.

Alguien está sollozando.

Signe está sentada en el sofá rojo de felpa. El sofá de las visitas. Tiene la cabeza de Klas sobre las rodillas. El hijo se halla tendido con los pies en el suelo. Ese hombretón. La cara de Signe de color gris. La madre le acaricia el pelo pausadamente con una mano mientras le susurra algo en voz baja.

Entonces se sobresalta.

En cuestión de un segundo alza los ojos y los clava sobre la barandilla, donde Konrad permanece oculto.

En ese momento el trozo de cristal estalla en mil añicos

27

Un chucho sin dueño se desliza nerviosamente por la calle desierta que separa la vía del tren del cementerio, en dirección a la cuesta de Skogsbacken. De vez en cuando se detiene, husmeando la broza que bordea el camino y aguzando el oído para luego proseguir su búsqueda, aparentemente sin rumbo.

Un bastardo parduzco y sarnoso, maltratado y con el pellejo maltrecho. Parece hambriento, pero sobre todo temeroso de los posibles golpes y presto a emprender la huida en cualquier momento.

Konrad lo reconoce sin ningún género de dudas. El perro de los ojos brillantes. Su andar tiene algo de desgarbado y arrítmico, como si tuviera una pata herida. A veces, al hacer un alto, levanta al aire una de las extremidades delanteras, quizá para aliviar una posible molestia. Luego vuelve a posar la pata, lentamente, como si caminara sobre cristales rotos. Konrad se ve invadido por una inesperada ternura. El pobre animal quizá haya huido de su amo, probablemente con motivo.

El perro abandona más tarde la calle, en su vagabundeo sin destino, y se cuela en el cementerio por una verja de hierro entornada.

Desaparece así de la vista de Konrad, que cruza el camino y se asoma sobre el matorral. En un primer momento solo vislumbra lápidas bajo la penumbra que proyectan las hayas rojas y los castaños. Dentro se oye el zumbar de los insectos. Konrad advierte el revoloteo de una mariposa

ortiguera en torno a una cruz de piedra.

Luego vuelve a divisar al chucho, que ahora se mueve todavía más lento, pero con idéntico desasosiego.

El perro avanza moviendo la cola junto al seto de boj de recorte bajo, como a la caza de algo. De cuando en cuando se para y se sube cuidadosamente sobre una tumba decidido a olisquear las flores marchitas, algún farolillo con una vela derretida dentro o simplemente el reluciente granito negro.

En algún momento da la sensación de que trata de auscultar, de recordar. Es entonces que eleva ligeramente el hocico y olfatea, como al acecho de algo, para volver luego en sí y continuar con su búsqueda entre los muertos.

Konrad deja a regañadientes que el cementerio engulla al perro mientras él, angustiado, prosigue su camino en dirección a la casa que habita Klas.

En todos esos años, cada vez que Konrad pensaba en Klas reparaba en lo poco que le había faltado para acabar con su vida. Lo cerca que estuvo de machacarle los sesos a su hermano adoptivo, cuando se encontraba encima de él, Konrad loco de ira y agarrando el mango del mazo con tal fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

Nunca después en su vida se había aproximado tanto a la posibilidad de matar.

¿Entendieron alguna vez Herman y Signe lo que sucedía?

Klas tenía veintiséis años y todavía vivía en la casa de Eternit gris. Obviamente debería haber volado hacía bastante, de lo cual seguramente también era consciente. Konrad había llegado a los diecisiete y estaba a punto de convertirse en un hombre.

El hecho de que la explosión se produjera justo esa noche se debió más bien a una casualidad. El odio había estado cociéndose durante mucho tiempo... Tarde o temprano tenía que inflamarse, estallar y provocar un incendio. Seguramente ambos sabían que era cuestión de tiempo.

Fue un otoño desolador.

Konrad se encontraba solo, la añoranza de Sven lo carcomía por dentro y a veces se sentía tan enclaustrado que apenas era capaz de respirar. No tenía a nadie. Albergaba todavía en su interior las fantasías de las grandes aventuras

Estuvo un buen rato contemplando el amarillento folio en blanco que tenía delante, acariciando luego cuidadoso su superficie ligeramente rugosa con las yemas. Sentía la solemnidad del momento. Durante un tiempo sopesó la posibilidad de comprarse también una pluma estilográfica, pero el dinero no le alcanzaba. Tendría que conformarse con el bolígrafo de su rayado estuche, aunque no transmitiera la misma sensación.

Entonces comenzó a escribir. Pausadamente, y con la letra más bonita de la que fue capaz, se puso a trazar las palabras de esa carta que sabía que nunca enviaría:

«Maria, mi amor, ha pasado una eternidad desde que nos vimos por última vez. Deseo con tanto ardor tomar tu mano que me siento morir».

Konrad examinó las palabras. No estaba del todo satisfecho, pero sí firmemente resuelto a perfeccionarse y, con la ayuda de las letras, crear objetos únicos y maravillosos para su amor.

Intensificando poco a poco la audacia de sus metáforas pudo comprobar que ello también revertía en el resultado.

«Tus rizos son como hilos de oro, tus mejillas cual manzanas maduras al sol, y anhelo el momento en que pueda volver a besar tus labios rojos de fresa.»

Era tan hermoso que Konrad se conmovía hasta las lágrimas sin realmente darse cuenta de ello.

«Toqué el cielo cuando, mirándome profundamente a los ojos, prometiste amarme.»

Con el tiempo, escribir cartas se convirtió en un hábito para Konrad, un pasatiempo y una válvula de escape. Siempre que podía se encerraba en su habitación y apagaba todas las lámparas, encendía velas y dejaba que la tristeza del clima otoñal y la melancolía entraran a borbotones por la ventana. Ponía música cargada de emoción y en su soledad inventaba mujeres a cuál más maravillosa. Konrad escribía y penaba. Tras la rubia Maria vino Sara la morena, Evelina de los ojos de corzo y después de esta fue el turno de Eva-Lena, la mujer que anunciaba el verano con su olor a flores del prado y a sal.

En la mayoría de los casos, Konrad cerraba aplicadamente los sobres y escribía direcciones en ellos antes de esconderlos en el cajón de su escritorio. Después de todo, los sellos eran caros. Cuando se agotó el papel de carta,

volvió a la tienda de Jove Bengtsson y compró más.

—Hay papeles más sencillos que cuestan menos —informó amablemente el estanquero mientras lo miraba curioso con los ojos entornados.

—Tiene que ser del mismo tipo. Del caro —masculló Konrad, pagando luego con rapidez y marchándose a toda velocidad para que nadie lo viera.

A veces mostraba un mayor atrevimiento en sus cartas. Era capaz de describir, con el miembro palpitante y manos sudorosas, fogosos encuentros amorosos que fueron o estaban llamados a ser.

En este tipo de ocasiones podía elegir objetos reales para su pasión, lo que aportaba una mayor autenticidad al sentimiento. Konrad redactó cartas que rezumaban goces carnales tanto a Lisa Pålsson, la empollona, como a la gorda y torpe Gunnel, que tantas dificultades mostraba con las matemáticas, pero cuyos pechos pudo magrear bajo la penumbra de la parte trasera de la máquina expendedora de leche, durante la discoteca que organizaron para los alumnos en el comedor de la escuela de secundaria.

«Y gimes como una cachorra cuando mi polla horada tu esplendoroso coño rojo e inflamado. Y solo quieres más y más», escribió Konrad.

Al cerrar este tipo de sobres siempre se avergonzaba, como si hubiera hecho algo totalmente prohibido, pero raras veces era capaz de quemar sus cartas de amor. La noche que a la postre sería la última en la casa de Eternit gris de Herman y Signe, Konrad llegó poco antes del atardecer. Ya a la altura de la cancela pudo verlos por la ventana. Sus cabezas redondas se perfilaban como sombras en el siniestro cuarto de estar, únicamente iluminado por el lánguido y errático resplandor del televisor.

De la caseta de las herramientas le alcanzaban ruidosas voces y risotadas. Hacía tiempo que Klas había llevado hasta allí un viejo conjunto de sofás y convertido la barraca en su piso de soltero, donde podía hacer lo que le diera la gana con sus amigotes. Parecía que habían empinado bien el codo, lo cual, por cierto, no era nada inusual. Probablemente Klas librara en el matadero al día siguiente, o quizá tanto le daba.

Konrad cerró cuidadosamente la verja para no llamar la atención y atravesó la senda de guijarros con sus zapatos chasqueantes. En el preciso instante en que subió a la escalera de piedra y puso la mano en la empuñadura de la puerta, una nueva ráfaga de aullidos y carcajadas salió de la caseta.

Algo hizo que Konrad se quedara petrificado en mitad del escalón. ¿Qué es lo que acababa de oír? Palabras malsonantes y obscenidades, de eso estaba seguro. Pero, además, en medio de todo ese jolgorio, había percibido otra cosa: su propio nombre.

Permaneció quieto durante un momento a la escucha. Ahora eran sobre todo murmullos lo que se adivinaba en el cobertizo. ¿Habría entendido mal? Konrad se encogió de hombros, entró en la vivienda y se quitó en el vestíbulo los botines de una patada.

Herman y Signe levantaron la vista casi simultáneamente.

—Hola, Konrad —dijo Herman con una breve sonrisa, dirigiendo de nuevo su mirada hacia el televisor.

Signe se contentó con saludar con la cabeza en un gesto serio.

Konrad farfulló algo inaudible y se apresuró a subir las escaleras para no tener que verlos. Le dio la impresión de que estaban lívidos. ¿O no sería la frialdad del informativo lo que dotaba a sus rostros de esa apariencia de gusanos devoradores de cadáveres?

A mitad de camino a la planta superior Konrad empezó a sentirse asaltado por malos presentimientos. La puerta de su habitación se encontraba semiabierta. ¿Acaso no la había cerrado como de costumbre? ¿O tenía tanto sueño esa mañana que se le olvidaron sus habituales reglas?

En el preciso momento en que cruzó el umbral sus peores presagios se vieron confirmados. El cajón inferior del escritorio, el más secreto de todos, estaba a medio abrir. Un reflejo dictado por el pánico lo llevó a palparse el bolsillo de los vaqueros, pero la llave no estaba ahí, sino en la cerradura del cajón, burlándose resplandeciente de él.

Y las cartas, todas esas valiosas misivas de amor que redactó en el papel del estanco de Bengtsson, naturalmente habían desaparecido.

—¡Mierda! —exclamó Konrad.

En solo un segundo, la rabia que le produjo su descuido de no cerrar con llave el cajón del escritorio se concentró en la identificación de la persona que a buen seguro había robado las cartas. Cuando no le cupo ninguna duda al respecto, toda la sangre se le precipitó a la cabeza, incandescente de cólera.

Se lanzó entonces por las escaleras, atravesó como una exhalación el vestíbulo bajo la mirada enmudecida de Herman y Signe a sus espaldas,

recorrió el patio a todo correr y abrió de cuajo la puerta de la caseta de herramientas.

En el interior cesó toda actividad.

Tres miradas se volvieron hacia Konrad. Benga, el del pelo ralo y tez de manchas rojas, estaba repantigado sobre un sillón de flores con un cigarrillo en una mano y una lata de cerveza en la otra. Mostraba su habitual sonrisita nerviosa. En el sofá estaban Lasse y Ronny, dos hermanos que solían formar la muralla central del grupo de suplentes y que tenían fama de no abandonar el campo sin dejar a varios de sus contrincantes sangrando. Sus penetrantes ojos desbordaban expectación.

Klas se hallaba sentado en el sofá de espaldas a la puerta. Fue el único que no se molestó en ver quién había llegado tan precipitadamente, con toda probabilidad porque lo sabía de sobra, aunque su ancho cuello se agarrotó al menos por un instante.

La mesa del medio estaba cubierta de latas de cerveza, ceniceros, cajitas de *snus*, paquetes de cigarrillos y, en mitad de ese desorden se erigía una botella de aguardiente medio vacía. El humo flotaba denso bajo el techo y la estancia apestaba a humedad y colillas. Y, sobre la sucia jarapa, justo al lado de las botas de Klas, yacían tiradas las cartas de amor, rasgadas por la mitad y mancilladas.

El hermanastro cogió con pausa y ceremonia una de las hojas con las ensoñaciones de Konrad y se la acercó para leerla:

—«Mi anhelo de ti es lo único que me mantiene en pie. Quisiera besar tus párpados, sentir el latir de tu corazón y oírte decir que me amas» —declamó a voz en grito en un tono que rezumaba desdén.

Los otros se desternillaron de risa.

—Ya... y luego te la vas a tirar, ¿verdad, mierdecilla? Vas a ensartarle tu polla polaca por el culo, ¿eh? —se burló Benga.

—¡Vaya mariconada! —agregó Ronny ahogando una carcajada.

Con el cerebro bloqueado por la furia, Konrad se abalanzó para arrebatarse las cartas, pero Klas estaba preparado y en ese preciso instante se volvió y le lanzó un duro puñetazo. Konrad sintió como si le hubieran golpeado con una bola de las que se utilizan en la bolera. Se quedó sin aliento y cayó desplomado al suelo. Desvalido como un escarabajo patas arriba, vio a

Klas alzarse sobre el reposabrazos del sillón, su rostro transformado en un nubarrón amenazante:

—¿Quién coño te crees que eres, mocoso asqueroso? —le espetó en voz baja y tan cerca de él que Konrad sintió náuseas de su aliento, que hedía a *snus* y aguardiente.

Klas tenía la cara hinchada y los negros y dilatados orificios de su nariz temblaban de excitación. En un lugar indeterminado en segundo plano sus amigotes se tronchaban.

Acto seguido se puso en pie de golpe, desparrancándose en mitad de la habitación con una nueva carta en la mano:

—«Maria, correremos desnudos de la mano, hasta llegar al sol» —leyó, en esta ocasión con una artificiosa voz acaramelada.

Konrad, que había logrado recuperar el resuello, se puso a duras penas en pie.

—¡Dame las cartas!

Klas permaneció impasible.

—«Tu senos, tus suaves colinas, donde deseo perderme y nunca jamás encontrar la salida.»

Una vez más Konrad se tiró contra su torturador, pero era un duelo perdido. Klas pesaba como mínimo treinta kilos más, era un decímetro más alto y su cuerpo era duro como un bloque de granito. Konrad estaba aún flaco y, pese a su odio vehemente, no era capaz de incomodar al otro más que una mosca insistente. Konrad pugnó y se revolvió a la caza de la carta, pero Klas le permitía únicamente dar unos saltitos contra su caja torácica, a los que siguió una guantada que le escoció la mejilla como si sobre ella le hubieran aplicado un soplete. Konrad retrocedió entonces.

—Pégale un buen mamporro para que se quede tranquilito en la alfombra —lo exhortó Ronny.

—A los polacos hay que tenerlos ahí abajo, en mitad de la mierda —añadió Benga sonriendo con sarcasmo.

Klas los miró brevemente y se volvió de nuevo hacia Konrad. Se tambaleaba ligeramente, los ojos rojos de embriaguez. A continuación se aproximó amenazador estrujando la última de las cartas con su mano.

Konrad jadeaba sin saber qué hacer.

De improviso, Klas lanzó uno de sus puños, acertando con los dedos carnosos que sujetaban la misiva rota en la parte superior de la nariz de Konrad. Por un momento, las lágrimas lo cegaron. Sangre salada comenzó a verterse sobre sus labios.

—Si quieres tus cartas guarrindongas tendrás que venir a por ellas. ¿O es que ya no te atreves?

Un nuevo cachete en la cara le hizo ver las estrellas a Konrad.

—Pero ¿qué pasa, eh? ¿Ya no tienes tantos huevos, verdad?

Konrad se encontraba como paralizado. La cólera, que momentos antes lo había convertido en un furioso gato salvaje, lo tenía bloqueado. En una neblina oyó a alguien eructar sonoramente en el sofá, seguido del ruido de una lata de cerveza que una mano exaltada prensaba y de unas risitas cargadas de expectación.

—¡Remátalo ya, joder! —exigió Ronny con una voz sedienta de sangre.

A Konrad le latía el corazón con fuerza. Acorralado, miró a su alrededor en busca de una salida o de un objeto contundente. Lo que fuera. Pestañeó desesperadamente para recobrar la claridad en su mirada y la bruma se dispersó ligeramente.

—No... Creo que voy echar una buena meada sobre sus malditas cartas de maricón —declaró Klas acompasadamente.

Con una indiferencia estudiada dejó caer el folio manchado con la sangre de la nariz de Konrad en el montón de cartas arrojadas al suelo. Sus tres colegas lo animaban con sus risas desde el conjunto del sofá. Entonces, mirando a Konrad despreciativamente, Klas empezó a trajinar con su bragueta.

—Me voy a mear en tus cartas, igual que todos nos meamos en la puta de tu madre después de habérsela follado...

Esas palabras hicieron que se le nublara la vista a Konrad, llenándole la cabeza de magnesio al rojo vivo. Era como si le fueran a explotar las sienas. Sintió un sabor a sangre en la boca y un torrente de adrenalina atravesó su cuerpo, inyectándole fuerzas.

El mango del mazo que Herman debía arreglar estaba apoyado sobre el banco de carpintero. Era un instrumento pesado y poderoso, reluciente por el desgaste de décadas de duro y honrado esfuerzo, pero a ojos de Konrad se tornó de repente un arma letal. Tiró de él y lo esgrimió contra Klas, que había

llevado a cabo su amenaza y estaba plantado con el pito medio sacado de los pantalones.

Un destello de sorpresa le alcanzó los ojos antes de que el primer golpe brutal de Konrad lo impactara sobre el hombro. Su mirada se llenó de terror cuando la segunda embestida le dio de lleno en los genitales, y en el momento en que el tercer golpazo encontró su cadera, ya estaba en vías de derrumbe.

Fue en el instante en que Klas estaba tendido boca arriba, con su sexo penosamente al descubierto y gimoteando de dolor, cuando Konrad, durante una décima de segundo, estuvo a punto de matar a su hermanastro.

Benga, Ronny y Lasse no se movieron mientras tanto de sus asientos, petrificados y boquiabiertos.

Konrad respiraba pesadamente, agarrando con fuerza el mango del mazo con los nudillos blancos como la cal. Klas, por su parte, no le quitaba los ojos de encima, con la mirada vacía, como un toro apaleado.

Finalmente Konrad entró en razón y, sin decir una palabra, salió corriendo por la puerta con la empuñadura del mazo aún en la mano. Sobre el suelo de la caseta de herramientas quedaron tirados los restos de sus cartas de amor.

Cuando volvió cinco horas más tarde a la casa de Eternit gris sucio, Signe se encontraba en la escalera.

Parecía un fantasma en su espera bajo el resplandor del farolillo de la puerta, la cara blanquecina y envuelta en una gruesa rebeca. Tenía junto a ella una maleta a cuadros marrones llena a reventar.

Konrad se detuvo bajo la escalera, sin resuello y sudoroso. Su aliento formaba una nubecilla en la fría noche otoñal. La empuñadura del mazo aún pendía de su mano, como si se hubiera fundido con esta y formara ahora parte de su propio cuerpo. No se había atrevido a deshacerse del mazo en toda esa tarde-noche que había pasado vagando sin rumbo por el pueblo y haciendo tiempo en el banco de algún parque.

Konrad comenzó de inmediato a tiritar de frío.

—He metido tus cosas aquí —anunció Signe lúgubrementemente.

—Ajá...

—No ha cabido todo, pero el resto lo puedes recoger más tarde. En alguna ocasión...

Signe lo observaba con mirada inexpresiva. Seguidamente se estrechó la rebeca y se cruzó de brazos.

La cólera desbocada de Konrad ya se había apaciguado. Ahora, el miedo que lo había atenazado más tarde se había visto sucedido por una sensación de vacío absoluto. Era como si le hubieran extraído todo lo de dentro y solo quedara una cáscara.

Pero cuando fue a remontar la escalera para recoger la maleta, Signe posó una mano sobre su hombro.

—Es por tu propio bien, Konrad —dijo con un ligero desconsuelo en la voz.

Konrad la contempló.

—Klas está allí arriba en la cama. Siente un enorme dolor. Creo que si te ve, te mata a golpes.

Konrad agarró la maleta.

Justo en el momento de dar la espalda a Signe vislumbró una cara al otro lado de la ventana de la cocina. Era Herman, completamente inmóvil allá dentro. Konrad pudo adivinar la desolación en su figura. Entonces alzó lentamente la mano, como despidiéndose de alguien que se marcha en el tren.

Lo último que Konrad oyó de Signe fue un suspiro y un débil murmullo:

—Esto nunca podrá ser expiado...

El asa de la pesada maleta se le clavaba en la mano, pero fingió que no pasaba nada. Sin dudarle un instante, Konrad se dirigió hacia la estación arrastrando sus pertenencias, firmemente decidido a montarse en el primer tren que pasara y no volver jamás.

El perro sin dueño habita todavía sus pensamientos al llegar a casa de Klas.

Es un vivienda humilde, un poco apartada del vecino más próximo, agazapada bajo dos pinos. Construida en Eternit gris, como si fuera un rasgo hereditario. Aunque la casa era más pequeña que la de Herman y Signe.

Konrad se detiene y vuelve a titubear.

Lo lleva aplazando varios días, pero sabe que debe hacerlo si quiere ir a algún sitio. Tiene la cabeza llena de presentimientos negativos.

Detrás de la verja ve dos Amazon, uno verde, en un estado bastante

aceptable, y el otro de color azul, con el eje trasero sujeto por una pila de losetas y los huecos oxidados de las ruedas a la vista. ¿No será ese su viejo coche, que todavía lo conserva? Sobre el suelo de gujarros hay tirada una llave inglesa, un martillo y varios destornilladores.

Súbitamente un labrador negro aparece corriendo por la puerta de entrada, que está abierta, y se pone a dar saltos sobre la verja con sus patas por delante, gimiendo en un tono agudo y lastimero.

En un primer momento Konrad retrocede asustado, pero luego advierte la bondadosa apariencia del can, bastante más apacible que su amo.

—Muy bien, perrito bueno —le susurra adulator mientras abre con cautela la verja.

El animal calla, pero continúa merodeando en torno a sus piernas. Konrad se deja lamer la mano con su lengua fría y húmeda.

—¿Hola? ¿Hay alguien en casa? —pregunta Konrad, pero sin excesivo ímpetu. No quiere parecer insistente.

Luego decide seguir al perro hasta los escalones exteriores. La casa permanece en silencio. Huele a cerrado y a aire viciado, en una mezcla de suciedad y tufo a frito.

Konrad sorteá varios zapatos en el vestíbulo y asoma la cabeza en el cuarto de estar. El interior se encuentra oscuro, pero lo primero que divisa son los antiguos trofeos de Klas, que resplandecen en la librería encima del televisor. Fútbol y lanzamiento de jabalina. Debe hacer unos treinta o cuarenta años que ganó aquellas copas. Unas gruesas cortinas de color caoba cubren la ventana casi por completo, permitiendo únicamente la entrada de un fino y blanquísimo haz de luz solar, que hace revolotear las pelusas del suelo.

Una atmósfera de escasez inunda la estancia. En la pared, un solo cuadro, un óleo que parece haber sido adquirido en un rastrillo. Representa un velero a punto de desaparecer en un banco de niebla. El solitario ficus benjamina del alféizar ha perdido casi todas sus hojas.

Konrad echa un vistazo a su alrededor, pero no se atreve a dar voces ahora que se ha internado en la madriguera del león. Según Leif Bogren, Klas no había tenido un trabajo decente en muchos años. El propio aire de la vivienda parece saturado de abulia. Unas moscas revolotean junto a la ventana.

¿Por qué se marchó finalmente de casa de Herman y Signe?, se pregunta

Konrad. Debía tener unos treinta años cuando finalmente dio ese paso. No es capaz de detectar en la habitación huella alguna de la mano de una mujer.

En ese momento oye un gruñido proveniente del sofá que da la espalda a la puerta. Alguien farfulla imprecaciones en sueños.

Konrad se adentra varios pasos en la habitación y se topa con un hedor nauseabundo. Ve a Klas tumbado con su cráneo rapado sobre el reposabrazos, cubierto únicamente con una camiseta de tirantes sobre el torso. Tiene la cara llena de vómito, que le llega hasta la barbilla, embadurnando también el pelo entrecano de su pecho.

El labrador menea la cola junto a su amo, lame varios de los grumos amarillo-grisáceos de su cuello y se recuesta a esperar con el hocico sobre la alfombra.

Klas se retuerce y vuelve a rezongar en su modorra.

¿Con quién habla?

Konrad recuerda las palabras de Bogren. Sí, probablemente Klas siempre haya sido un lobo solitario. Obviamente debería ayudarlo, tratar de despertarlo, limpiarle esa asquerosidad y hablar con él, como había prometido a su único amigo.

¿O no debería aprovechar la ocasión para echar un vistazo a la casa en busca de pistas?

Konrad no es capaz de decidirse ni por una cosa ni por la otra, y contempla a su hermano adoptivo durante largo rato en su lamentable estado de desamparo. Advierte que siente un poco de lástima por él.

Opta finalmente por marcharse, con la sensación de haber fracasado.

28

El pelo rubio que tan bellas sinuosidades mostraba en la fotografía es ahora gris y ralo, pero su raya sigue atravesando, como tirada a cordel, la coronilla del ya hace tiempo jubilado comisario Kurt Nilsson.

Está en su silla de ruedas, solitario, bajo la sombra que proyecta el parasol y protegido con una manta a cuadros sobre las rodillas.

Tiene la vista fija en un punto distante. No duerme. Parece más bien anhelante.

—Kurt, tu sobrino ha venido a saludarte...

Las voces de la auxiliar apenas lo hacen reaccionar. Solo un ligero temblor en la esquina del párpado revela que probablemente haya reconocido su propio nombre. Tal vez no desee recibir visitas.

Konrad busca en el bolsillo los dos puros que ha comprado siguiendo el consejo de Gudrun Verneresson. Por lo visto, Jove Bengtsson había muerto y la tienda cerró, pero Konrad había ido en coche expresamente a Ystad esa misma mañana en busca de un estanco que vendiera auténticos habanos. Estos, según Gudan le había explicado con un guiño, solían despertar a Kurt.

—Kurt, tu sobrino está aquí. ¿Qué bien, verdad? —insiste la asistenta que ha guiado a Konrad a través de esos pasillos del asilo con olor a desinfectante, hasta la terraza.

—Vamos a ver cómo está Kurt. A veces puede ser un poco temperamental

—le había advertido la empleada por el camino.

La mujer mira ahora con aire de disculpa a Konrad, como si fuera fallo suyo que el anciano no pudiera oírla. Konrad se avergüenza de su embuste, pero es que le hubiera resultado tan difícil explicarlo todo...

En ese momento Kurt Nilsson vuelve la cabeza de improviso en dirección a ellos.

—Ajá... —dice sin prisa.

Los observa con los ojos entornados, afable y curioso. A la empleada, que se llama Gun, no le extraña en absoluto que no reconozca a ese familiar que se ha presentado sin más. Posa su brazo sobre el enjuto hombro del anciano y le da una palmadita en la mejilla.

—Voy a por café para que puedan conversar aquí a solas.

—Gracias —responde Konrad—. Me parece buena idea.

A continuación se sienta.

—Le he traído un par de puros. Sigue fumando, ¿verdad, Kurt? —dice confiado.

—¿Puros? Sí, sí..., gracias —contesta el viejo con una risa sofocada.

Parece un buen día, piensa Konrad esperanzado. Luego echa una ojeada a otra mesa un poco más alejada en el jardín. Junto a ella, tres ancianos a la sombra bajo el saliente de un tejado. Un hombre hinchado, que apenas cabe en su silla de ruedas, tuerce pesadamente la cabeza a un lado, sus ojos de par en par, pero la mirada vacía. Tiene la boca del todo abierta y entre sus secos labios discurre un hilillo de saliva, que hace que su boca parezca un arpa con una sola cuerda. A su lado, una mujer enjuta retuerce nerviosamente su servilleta entre los dedos mientras mantiene una monótona conversación en voz baja consigo misma. El tercero es un hombre con la cara totalmente arrugada de cuya mueca puede deducirse que no dudaría en cortar por lo sano el monólogo de la mujer si tuviera fuerzas para hacerlo. En su lugar, mira enfurecido los gorriones que corretean por la piscinita para pájaros bajo el sol abrasador.

En el momento en que Kurt Nilsson ha logrado sacar con manos temblorosas el puro de su funda metálica regresa Gun con una bandeja. En ella hay dos tazas de café y un platito con cuatro galletas campesinas de las baratas. La mujer se saca un encendedor del bolsillo y lo coloca sobre la

mesa.

—Solemos esconder los encendedores para que no se les ocurra ninguna diablura. Uno nunca sabe...

La mujer examina a Konrad como si no supiera si puede confiar en él, se encoge luego de hombros y desaparece por fin en la cocina.

El ex comisario parece haber aceptado la presencia de Konrad. Da un lametón con gesto experto al puro y se lo introduce en la boca, echa mano al encendedor y prende fuego. Al chupar el cigarro para absorber su primera calada se le forman profundos hoyos en sus derruidas mejillas.

—Le traigo saludos de Gudrun —dice Konrad, que se ve confrontado por una mirada de incompreensión—. De su esposa... —ensaya de nuevo.

—¡Ah! Se lo agradezco —responde el anciano.

Resulta difícil determinar si ese nombre le dice algo.

—Ella... se pregunta cómo está usted.

Kurt Nilsson lo mira sorprendido.

—A mí me va muy bien. Las muchachas son tan tiernas y agradables... Así que estoy estupendamente. De maravilla.

El anciano mueve la cabeza como reafirmando sus propias palabras y balancea luego ligeramente la parte superior del cuerpo. El humo, que asciende ondulante hacia la parte inferior del parasol bajo la calma chicha reinante, difumina brevemente los contornos de su rostro de rasgos afilados. Pero Konrad advierte que entorna los ojos, como esforzándose por hallar algo en el complicado laberinto de la memoria.

—¿Qué recuerda de Agnes? —pregunta Konrad yendo directamente al grano.

—¿Quién ha dicho usted?

—Agnes Stankiewicz, desaparecida en 1968, cuando era policía.

—No he oído nunca hablar de ella.

Konrad suspira y lamenta haberse precipitado.

—¡Mire los pájaros! —exclama Kurt Nilsson de repente—. ¡Qué bien se lo pasan de un sitio para otro! Vienen todos los días. Se puede hablar con ellos. Mire, se lo voy a enseñar...

Frunce los labios para emitir un débil soplido a manera de silbido y señala con la mano que sostiene el puro hacia el estanque de los pájaros.

—¿Lo ha visto? Me reconocen.

Vuelve a silbarle entonces a los gorriones.

—Hay un gato por aquí merodeando —añade seriamente—. Va a por ellos. Un bicho de color medio gris muy malo que quiere hincarles el diente a mis pobres pajarillos. Pero suelo estar aquí vigilando, para avisarlos.

—Muy bien —contesta Konrad.

Súbitamente, la mujer delgada de la mesa bajo el techo arroja la servilleta y lanza un grito penetrante:

—¡Cierra el pico con tu jodido piar, Kurt!

La vieja se levanta a continuación sobre sus piernas zancudas, pero parece olvidar de inmediato lo que la había enfurecido tanto.

—¡Cállate tú, mujer! —ruge el anciano de la cara arrugada golpeando con el puño la mesa y haciendo saltar las tazas de café.

La mujer mira desconcertada a su alrededor, con gesto desgraciado, vuelve a dejarse caer en la silla y prosigue con su monótona murmuración, mientras su iracundo compañero de mesa se tapa los oídos con las manos.

Desde las profundidades de las fauces del hombre obeso de la silla de ruedas les llega un débil estertor. El cordoncito de saliva se estremece, pero no llega a romperse.

Kurt Nilsson les dedica un vistazo de indiferencia por encima del hombro.

—¡Qué gentuza! —refunfuña para sí mismo.

Por la puerta de la terraza aparece Gun a todo correr. Lleva una bandeja con un organizador de píldoras frente a un delantal.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta, inquieta.

—No sé... Parece que los de allí al fondo se habían irritado un poco los unos con los otros —informa Konrad.

—No os vais a poner ahora a pelearos con el tiempo tan bonito y el sol que hace —señala Gun con amabilidad dirigiéndose a la otra mesa.

Ninguno de los ancianos responde. Dos de ellos miran al suelo y el tercero, como de costumbre, al cielo.

—Tal vez pueda ayudar a su tío a tomarse el medicamento —dice Gun entregándole a Konrad una cajita con un comprimido azul y dos rojos.

—Por supuesto.

Los otros tres permanecen callados mientras la enfermera les administra

las medicinas. Los ancianos abren obedientemente la boca como polluelos. Una vez que Gun atraviesa corriendo la puerta, Kurt Nilsson chasca añorante con la boca:

—¡Vaya culazo! —sentencia como un experto en la materia.

A continuación diseña fugazmente dos círculos en el aire con sus nervudos dedos.

—Igual que una pera. Es jodidamente delicioso cuando los jamones se hinchan como si fueran una pera madura, y no como una perilla dura de color gris. Las mujeres tienen que modelarse como una Conde Moltke, que rezuma dulzura cuando le hincas el diente.

Al volverse hacia Konrad con una sonrisita de lobo le brilla un diente de oro.

—Suelo darle una palmadita en el trasero cuando la pillo por banda. Siempre se aparta de un salto, pero yo sé que le gusta.

Entonces advierte la cajita con los fármacos sobre la mesa, mira a su alrededor y abre el recipiente con cuidado. Saca acto seguido las tres píldoras y las contempla sobre la palma de su mano.

—Creen que uno es tonto del bote —farfulla.

De un rápido manotazo arroja los comprimidos, que van a parar al macizo de rosas situado detrás de la mujer flaca e infeliz de la otra mesa, que no se percata de nada.

Kurt Nilsson parpadea con gesto picarón hacia Konrad.

—Las tiro por ahí para que Gun piense que se le ha caído a uno de esos idiotas —susurra confidencialmente.

Konrad ríe.

—Muy inteligente —responde elogiosamente.

Una ligera sensación de impaciencia se extiende por su cuerpo. No es fácil seguir las divagaciones mentales de Kurt Nilsson y aún más difícil parece tratar de controlarlas. Konrad ve como única alternativa lanzar su fino sedal con su miserable anzuelo dentro del mar de recuerdos que habitan los casi noventa años de vida de Kurt Nilsson. No cree que sus opciones de pescar un monstruo oculto en las profundidades sean especialmente favorables.

No obstante, opta por intentarlo de nuevo.

—Kurt, me puede contar cómo era eso de ser policía.

—¿Policía? No, yo era un soldado, y uno condenadamente bueno, si se me permite decirlo.

—Ejerció de comisario de policía aquí en Tomelilla.

—¡Y dale! Me confunde probablemente con otra persona. ¿Cómo me ha dicho que se llamaba?

—Konrad. Soy su sobrino —explica Konrad mientras nota cómo el sonrojo de la culpa va calentándole los lóbulos de las orejas.

—Sí, sí... Justo...

—Estuvo investigando muchos crímenes muy graves. Asesinatos y robos. También desapariciones... —persiste Konrad.

El viejo parece no escucharlo.

—Era una vida dura, la de soldado. En ocasiones pasábamos hambre. Las ratas nos mordisqueaban en las trincheras, pero en ningún momento me arrepentí de haberme enrolado.

Kurt Nilsson se detiene y Konrad contempla su insondable semblante. Sus ojos, antaño azules y ahora grises y acuosos por la edad, parecen buscar imágenes más allá del estanque de los pájaros y el verdor del parque municipal del otro lado de la valla.

El viejo comisario tararea en voz baja para sí mismo algo que se asemeja a una marcha militar.

—La División Nordland —prorrumpe de improviso—. La unidad más ilustre de todo el puto país. ¡Dios! ¡Qué bien se nos daba combatir!

Sacude entonces la cabeza como recordando algo gracioso y luego se le vuelve a paralizar la cara.

—El peligro rojo. Los comunistas. A esos era a los que teníamos que parar. Estaban por todas partes y se extendían como una plaga. Por cierto, ¿dónde están ahora? ¿Ha terminado la guerra?

De repente, Kurt Nilsson parece dispuesto a levantarse de la silla de ruedas y salir pitando a por su casco y su arma.

—¿Se alistó con las fuerzas... de Hitler? —pregunta Konrad sondeándolo.

¿Por qué Gudán nunca le contó nada al respecto?, se dice. ¿No conoce acaso el pasado de Kurt Nilsson? Ese extremo le parece poco creíble. Quizá el hecho de que el objeto de su amor fuera un antiguo nazi simplemente no encajara en su romántico engaño existencial.

—Hitler para aquí y para allá —rezonga el viejo.

—¿Sí?

—¿A quién demonios le importa Hitler...?

Súbitamente parece humedecerse un poco el rabillo de los ojos del anciano.

—Un montón de muchachos estupendos tuvieron que sacrificar su vida. Hasta en Stalingrado. ¡Joder, qué infierno! El pis se te congelaba y tenías que arrancarte el chorro del pito. Todo estaba lleno de piojos e inmundicias. Fue el frío que se cargó a la mayoría. Era como si las piernas se te pudrieran dentro de las botas.

Kurt se frota los ojos.

—Pero no nos rendimos. Luchamos hasta la muerte en Berlín. Llamaron a filas a chavales todavía prácticamente en pañales. Al final fueron cayendo como moscas. Tratamos de abrírnos paso en el puente Weidendammer, pero los rusos destrozaron nuestro blindado. Johansson y Rydén murieron achicharrados dentro de él. Y bueno... Al final todo se fue al garete.

La imagen da vueltas en la mente de Konrad. ¿Cómo han podido emerger esos destellos tan repentinos como nítidos en el cerebro de Kurt? Han pasado más de sesenta años. ¿Qué edad podría tener Kurt Nilsson por aquel entonces? Alrededor de veinticinco, es decir, más de dos décadas antes de la fotografía del oscuro piso de Gudrun Verneresson.

Konrad recrea en su cabeza el dantesco espectáculo, en blanco y negro, igual que en todas esas fotos antiguas de la guerra. Oye el estruendo de las deflagraciones y siente el olor a sangre, a fuego y a humo. Penetran en sus oídos los gritos desesperados de soldados moribundos que llaman a sus madres. El puente Weidendammer, donde Friedrichstrasse atraviesa el río. Con cierta frecuencia hacía un alto ahí para contemplar el sereno discurrir de su agua parduzca. Cuántas veces no se habrá paseado por él bajo las farolas, con Sonja de la mano, hablando de asuntos cotidianos. ¿Cuántos soldados no perecieron ahogados junto a ese puente? Alemanes, rusos... y jovencitos suecos.

Kurt Nilsson estuvo ahí y fue uno de los que consiguieron salir con vida.

—Por cierto, antes dijo policía, ¿verdad? —consulta de repente.

—Sí...

Una débil esperanza se enciende dentro de Konrad.

—Efectivamente. Me hice policía. Fue una época estupenda... ¿Sigo siendo policía? ¿O eso ocurrió antes de...?

Kurt Nilsson sacude la cabeza como tratando de aclarar su memoria, la mirada errática. Parece cansado y triste.

—Han pasado tantas cosas... Todo se mezcla en una especie de jodida papilla en la cabeza de uno.

Konrad toma el habano a medio fumar que lleva un rato apagado sobre el platito de la taza. Según le aseguró Gudan, la nicotina lo espabilaba. Sin pedirle permiso, mete el puro en la boca de Kurt Nilsson y frota el encendedor para prenderlo. El viejo lo chupa dócilmente y le cae ceniza sobre su manta a cuadros.

Transcurrido un momento, Konrad se inclina hacia la mesa y lo mira profundamente a los ojos en un intento de captar su atención.

—¿Recuerda a Agnes Stankiewicz, la mujer que desapareció sin dejar huella?

Kurt Nilsson lo mira con los ojos entornados bajo sus cejas.

—Suenan a polaco... Nunca me han caído bien los polacos —reniega el anciano.

De repente da la sensación de que el aire se vuelve sofocante bajo el parasol, como si hubiera menos oxígeno. Los viejos desprenden un olor ácido y a mugre incrustada. Konrad se siente asfixiado y tiene que hacer esfuerzos por respirar.

—Usted dirigió la investigación sobre su desaparición. Su nombre era Agnes Stankiewicz.

Kurt refunfuña.

—¡Polacos! Los arrasamos en un par de semanas. Danzig cayó como un castillo de naipes. No eran capaces ni de luchar como los rusos. Los despachamos rápido, tan pronto se presentó la oportunidad. Nunca me he arrepentido de eso.

—¿Y Stankiewicz? ¿Qué pasó con ella?

El viejo da entonces un rebote en su silla de ruedas. Súbitamente parece atemorizado. Mira de un sitio a otro y parece estar a punto de ausentarse otra vez.

—¡Hábleme de ella!

Konrad agarra al anciano de su delgado brazo y lo sacude, con más fuerza de lo que pensaba hacerlo en un primer momento. Siente un intenso palpitar dentro de su pecho, pero logra recuperar la calma en el último momento.

—Por favor, cuénteme lo que le ocurrió a mi madre...

Kurt Nilsson da una fuerte calada al puro y aparentemente recupera por un instante algo de su antigua autoridad como comisario de policía. Luego se arregla la camisa, estrujada por el agarrón de Konrad.

—¿Su madre?

Konrad asiente con un gesto.

—¿Esa mujer era... su madre?

Konrad no es capaz más que de afirmar de nuevo en silencio.

Kurt Nilsson se echa de improviso a reír esbozando una sonrisa apesadumbrada en su rostro surcado de arrugas.

—Ya, ya... Aquella historia. Particularmente desagradable, debo confesar. Y sucia. No debería haber ocurrido nunca. ¿Pero qué se puede hacer? No tuve otro remedio que hacerme cargo de ella lo mejor que pude.

El súbito gorjeo de los gorriones en la piscinita de pájaros capta la atención de Kurt, quien se da la vuelta.

—¿Pero quién demonios mató a mi madre?! —grita Konrad desesperado.

En ese mismo instante aparece corriendo Gun en la terraza acompañada de otra asistente.

—¿Qué está haciendo? ¿No se da cuenta de que está asustando a Kurt?

Las dos mujeres se apuestan a modo de protección delante del antiguo comisario, que acaba de perder todo interés por su visita.

—Le tengo que pedir que se marche de inmediato —le espeta Gun.

Konrad se siente como un imbécil. ¿Qué es lo que me pasa?, se dice. ¿Cómo demonios me puedo enfurecer contra un viejo indefenso? Pero había estado tan cerca... Si hubiera conseguido que Kurt se agarrara un momentito más a ese resto de recuerdo naufragado en su mente... Konrad extiende los brazos en un gesto de resignación y se pone en pie.

—Lo siento. No era mi intención...

—Puede salir por el jardín para que no tengamos que mostrarle el camino —replica Gun con severidad señalándole la dirección.

La enfermera lo acompaña con una mirada de desaprobación. Konrad contempla por última vez a Kurt Nilsson, que se ha acercado con su silla de ruedas al estanque de los pájaros, bajo el tórrido sol. A través de su fino pelo cuidadosamente peinado vislumbra un par de lunares marrones sobre la coronilla. El anciano hace arrumacos a los gorriones, tan dóciles que prácticamente se posan en su mano.

—Mis tiernos polluelos —grazna con voz ronca—. Venid aquí, que papá cuidará de que el gato no os coja.

—Adiós, Kurt —dice Konrad.

El viejo alza la vista, pero se diría que un velo gris hubiera envuelto sus ojos. Parece no entender nada.

—¿Quién eres?

—Nadie. Absolutamente nadie —replica Konrad.

Al salir a la calle se siente al mismo tiempo decepcionado y aliviado, pero sobre todo terriblemente cansado. Detiene la marcha, respira profundamente y reflexiona en torno a su siguiente paso.

Pasa un camión con un ruido atronador, dando un susto de muerte a un gato que se interna a toda prisa en un matorral. Por el paso a nivel, Konrad divisa a un ciclista sudoroso bajo el bochorno, haciendo eses. Por lo demás, todo parece en calma. El edificio azul de la escuela, al otro lado de la vía, da la impresión de estar abandonado. Y no es extraño, teniendo en cuenta que son las vacaciones de verano.

Una serie de recuerdos ven la luz en su mente. Pero son inodoros.

29

Gertrud duerme sobre una tumbona en el patio interior del inmueble. La tela de franjas azules y blancas del respaldo está descolorida y su estructura de madera se ve gris y agrietada. Lo único que distingue de ella son algunos rizos pelirrojos, que asoman por el borde superior, y una mano flácida que cuelga por encima del brazo del asiento.

Sobre el césped que la rodea crecen dientes de león. El patio se halla completamente silencioso y en calma, a excepción de unos acordes apenas audibles de música de baile que se desprenden de una ventana entreabierta en el tercer piso.

Al aproximarse, Konrad comprueba que Gertrud tiene la cara roja como un tomate. El sol quema implacable su piel. Del pelo húmedo de sus sienes nacen pequeños regueros de sudor que le recorren el cuello y desaparecen entre los senos, cuyas formas se adivinan bajo su fina blusa de flores azules.

Sobre el estómago tiene un libro y un par de gafas baratas de leer. *Nieve*, de Orhan Pamuk. Muy apropiado para el calor, piensa Konrad.

Justo cuando se dispone a susurrar su nombre abre los ojos y mira a su alrededor con cara de medio dormida. Tiene el blanco de los ojos colorado y parpadea desorientada.

—¡Mierda! Parece que me he quedado frita.

—Buenos días —dice Konrad al no ocurrírsele nada mejor.

Gertrud se incorpora trabajosamente.

—Estaba en la sombra antes —explica dirigiendo la vista hacia el ciruelo, que proyecta ahora su frescor sobre el aparcadero de bicicletas.

Gertrud mira recelosa al árbol, como si le hubiera tendido alguna especie de trampa.

—Tiene que haberse movido. El sol, me refiero.

—Mmm... —repite Konrad—. Sí, suele hacerlo.

Ella ríe turbada.

—Bueno, ya ves... Todavía no estoy del todo despierta.

Konrad le endosa un rápido beso en la frente y teme inmediatamente su reacción. Le sabe a sal. Gertrud ni siquiera parece haber advertido su muestra de cariño.

—Ha sido tan extraño —dice—. Cuando estaba aquí leyendo tenía la impresión de que alguien me espiaba. Lo sentía casi como en la piel. Me ha parecido tan... desagradable.

—¿Cómo que te espiaban?

—Sí. He oído ruidos. El portal chirrió, pero al darme la vuelta no había nadie.

Gertrud levanta los hombros como tratando de deshacerse de un escalofrío. Konrad no sabe qué pensar.

—Alguien me observaba. Estoy casi segura. Por un momento pensé que eras tú, pero no es así, ¿verdad?

—No. Tal vez lo hayas soñado.

Gertrud lo contempla titubeante y sacude a continuación la cabeza.

—¡Qué más da! Quizá sean solo imaginaciones mías. Pero ha sido tan real. Luego se esfumó sin más. Y me entró un sueño que no me lo puedo explicar. Los ojos simplemente se me cerraban.

—Así que te quedaste dormida...

La mujer se aparta varios pelos de la frente y echa un vistazo a su alrededor. Su mirada muestra todavía un poso de inquietud.

—Te estaba esperando.

—¿Ah, sí?

—¿Qué hora es?

Konrad se saca el móvil del bolsillo y lo comprueba.

—Las tres y cuarto.

—Entonces tenemos que darnos prisa.

Antes de que Konrad acierte a preguntar nada, ella ya se ha puesto en pie de un salto y está a medio camino del portal. Llegado a ese punto se para y se da la vuelta.

—Tengo mis cosas en el coche. ¡Vamos, apresúrate!

Konrad despliega sus brazos resignado.

—¿Adónde vamos?

—A Malmö. Tenemos que estar ahí en una hora.

—Pero...

—Querías saber más de mí, ¿no es cierto? Y sobre tu persona también...

Un inesperado estruendo desde las alturas de la ventana entornada los lleva a mirar hacia arriba. Se oyen en el apartamento unas voces enfadadas, un hombre y una mujer que se gritan entre sí. Luego una puerta se cierra de golpe y otra vez la tranquilidad absoluta.

—Deprisa. Te lo explicaré en el coche —insiste Gertrud, impaciente.

Un momento después se encuentran en el viejo Opel de Konrad. Lo llevó medio minuto convencer a Gertrud de que todavía estaba demasiado atolondrada como para conducir. Pasan por el puente sobre la vía férrea, junto a la tienda de artículos rebajados de Bo Ohlsson, que tiene el aparcamiento repleto de vehículos, tuercen luego a la altura del semáforo a la derecha y continúan sobre la colina donde se ubica la universidad popular de camino hacia la salida oeste.

—He recibido una carta —comenta pronunciando lentamente al pasar por la gasolinera de Tryde.

—Ajá...

—De Lelle...

—¿Tu hermano?

—Sí.

—¿No estaba en la cárcel?

—Sí, es ahí adonde nos dirigimos.

Konrad la mira de soslayo. El sudor de las sienes se le ha solidificado. El aire les da a través de la ventanilla. Ya no tiene la tez tan colorada.

—La hora de visita es a las cuatro y media —informa Gertrud—. Más nos

vale estar allí, porque son muy estrictos con el control de seguridad.

—¿No era en la prisión de Kirseberg donde estaba internado?

Ella confirma con un movimiento de cabeza.

—¿Sabes cómo llegar?

—Sin problema. Pero, vamos a ver, ¿qué pinto yo allí?

El hondo suspiro expelido por Gertrud lo hace sentirse inmediatamente como un egoísta. Konrad sigue conduciendo en silencio.

—De hecho, se trata de ti —aclara un poco más tarde.

—¿De mí?

—Sí, creo que sí.

Gertrud entorna los ojos en dirección a los amarillos sembrados del otro lado de la ventanilla del coche, como si buscara a alguien dentro de ese paisaje. Las amapolas brillan como manchas rojas bajo el resplandor del sol.

—Te conté que Lelle cumple cadena perpetua por asesinato. A lo largo de los años ha tenido ocasión de conocer a un montón de tipos raros tras las rejas. Eso es lo que me decía en su carta. Lelle es siempre un poco enigmático y no muy fácil de entender. Pero te nombraba en la carta.

—¿A mí?

—No sé si habrá leído en el periódico acerca del asesinato de Herman y Signe. Cuando te han condenado a tanto tiempo como a él puedes leer lo que te dé la gana, ¿no es cierto? En cualquier caso, Lelle me ha escrito que había conocido a alguien en la cárcel que sabía algo, una cosa que te interesaría. Por el momento es lo único que sé. Podrás leer la carta luego.

—Léela tú mientras conduzco.

Gertrud revuelve en su mochila hasta encontrar el sobre, despliega un fajo de tres folios escritos por completo y carraspea. Konrad mira de reojo los renglones primorosamente trazados que sostiene en la mano. Las palabras de un extraño por boca de Gertrud. Escucha el flujo de palabras y trata de descifrarlas. Cuando ha terminado de leer, Gertrud calla y observa a Konrad expectante.

—Sueno un poco confundido —comenta Konrad—. Discúlpame si...

—Creo que se siente como un elegido.

Ambos guardan silencio, aunque para Konrad persisten todos los interrogantes, preguntas que demandan respuestas. Se esfuerza por recrear la

imagen del hermano de Gertrud, la del asesino redimido, pero solo consigue dibujar una caricatura grotesca de él. Hasta que no desciende con el coche por la cuesta que desemboca en la rotonda junto a Sjöbo, no logra desembarazarse de esa deformación. Sus pensamientos se concentran ahora en Kurt Nilsson. Tiene que contárselo a Gertrud. En el campo de hierba junto a la colina que bordean hay en juego un partido de fútbol entre dos equipos alevines. Hasta ellos llegan gritos alterados y la señal de un silbato.

—He estado hoy en el asilo de ancianos de Byavång. Visitando al comisario ese que investigó la desaparición de mi madre.

—No sabía que estuviera vivo.

—Fue Gudán quien me lo dijo. Por lo visto tuvo un romance con él hace tiempo.

—No me digas —replica Gertrud, a quien súbitamente parece divertirle la historia.

—Ahora es un viejo decrepito, un cabrón racista, para ser más concretos. Resulta que había sido nazi y que se había alistado en el ejército alemán durante la guerra. Está senil y chochea, pero lo espeluznante es que me dio la impresión de que sabía algo en relación a Agnes.

—¿No fue capaz de contártelo?

Konrad sacude la cabeza.

—No mucho. A veces su cabeza tenía destellos de claridad. Fue entonces que vinieron las insinuaciones, pero luego volvió a esfumarse entre la bruma. Es difícil discernir lo verdadero de los fantasmas de su mente.

Cuando Konrad siente la mano de ella sobre su brazo derecho, que tiene apoyado en el volante, solo desea que la mantenga ahí.

—Quizá deberías hablar con Sven —sugiere ella.

—¿Con Sven?

—Sí, en su tiempo libre ha investigado bastante sobre el nazismo aquí en la provincia de Escania. Guarda todo un archivo en su despacho de esa enorme casa.

Súbitamente la mirada de Gertrud le quema tan intensamente la mejilla que se ve obligado a mirarla a los ojos.

—Detesta todo eso: el racismo, la homofobia, la tiranía en general. Y tiene buenos motivos para ello, ¿no te parece?

Konrad asiente sin abrir la boca y deja luego que el silencio se imponga en el vehículo durante el resto del trayecto a Malmö.

El portal del centro penitenciario se sitúa en un pequeño callejón sin salida, no lejos de la autopista que lleva a Lund y del rascacielos del diario Sydsvenskan. Sus altos muros están coronados por una alambrada. Las cámaras vigilan la fachada y sus viejas e imponentes edificaciones de piedra desbordan frialdad.

Gertrud llama al telefonillo mientras Konrad trata de evitar mirar directamente a la cámara que tiene justo al lado. Una voz metálica los exhorta a comunicar sus nombres, tras lo que se abre la puerta con un clic.

—Visita de Lennart Myrberg —aclara Gertrud a la cara anónima que se perfila detrás del cristal blindado de la esclusa.

Una nueva puerta se abre. Atraviesan un arco de alarma y son cacheados a continuación por dos funcionarios de prisiones, un hombre y una mujer.

—¿Lleva medicamentos, drogas o armas? —pregunta la mujer con desgana.

Konrad resiste la tentación de contestar que sí, pero al final ambos sacuden negativamente la cabeza y son conducidos hasta la siguiente verja. Tras el ventanal que da a la sala de vigilancia titila un arsenal de monitores.

Lelle los está ya esperando en la celda de las visitas. Como es natural, presenta un aspecto mucho más avejentado de como lo recuerda Konrad, sin duda ya superada con creces la cincuentena. El cabello gris, pero todavía grueso y a la altura de los hombros. Atrás quedó su mirada asesina. Ahora sonrío beatíficamente como un Niño Jesús, aunque sus hinchados músculos se destaquen bajo la ceñida camiseta. Lelle lleva puestos unos pantalones sueltos verde cárcel y en los pies unas zapatillas de baño de plástico.

—¡Gertrud! ¡Mi hermanita querida!

Lelle se levanta y ella desaparece engullida por su abrazo de oso.

Konrad, que aguarda un poco más atrás, contempla mientras tanto la deprimente decoración interior de la celda: una litera revestida con un hule, previsiblemente para facilitar la limpieza tras la visita de esposas y novias, dos sillas de madera, una mesa de madera de pino sin mantel, un cuadro con un alce oteando un área talada en el bosque y, en la esquina, unos cuantos juguetes

de plástico exentos de toda imaginación para los niños acompañantes.

—Pulsen el botón cuando hayan terminado. Vendremos para conducirlos a la salida —les indica la funcionaria que los ha guiado hasta ahí, cerrando luego la puerta detrás de ellos.

Entonces Lelle se asoma al lateral de Gertrud y parece reparar en Konrad en ese momento.

—¿Cómo va la cosa? —saluda Konrad de un modo algo ridículo.

Lelle suelta a Gertrud y le tiende a Konrad una poderosa mano. El tatuaje que luce en el antebrazo representa una mitad de sol que aflora detrás de un negro nubarrón. «Dios oye las plegarias» reza su texto.

—Me alegro de que pudieras venir —afirma examinando a Konrad de arriba abajo con una total ausencia de timidez.

A continuación se sientan; Konrad y Gertrud en las sillas de madera y Lelle sobre la litera, apoyando su espalda en la pared.

—Te traigo saludos de Sven —dice Gertrud.

Un rictus de preocupación reviste de inmediato el semblante redentor de Lelle. El hermano agita la cabeza apesadumbrado.

—Ay, Sven... No ha tenido las cosas fáciles en esta vida. Desde luego que no.

—Pero creo que ahora se encuentra bastante bien —asevera Gertrud—. Me parece que te he hablado de su nuevo amor, Lena, ¿verdad?

Lelle confirma con un gesto y parece ahora algo más contento, aunque su voz se muestra sombría.

—Una mujer... Sí, eso está bien. Mucho mejor. Espero de verdad que el Señor lo proteja ahora con su mano salvadora.

Llaman a la puerta de la celda y surge la cabeza de la mujer que acaba de encerrarlos en ella. Lleva un suéter sin mangas de color azul oscuro y un cola rubia que le llega hasta la nuca. El manojito de llaves sujeto a una cadenita de su cinturón produce un frío sonido metálico.

—¿Quieren tomar café? Cuesta diez coronas, o quince si desean añadir un bollo de canela.

—Yo invito —anuncia Lelle sin un ápice de ironía en la voz.

La funcionaria se evapora, pero reaparece casi de forma inmediata con una bandeja.

—Se gana un poco de dinero en el taller —explica Lelle—. No es mucho, pero es dinero honrado —agrega y calla.

Tampoco Gertrud dice nada. ¿Es Sven el único hermano común del que tienen algo que contar?, se pregunta Konrad. Da la impresión de que ambos aguardan. Quizá a él. Como si se hubieran puesto de acuerdo, exactamente en el mismo segundo, los tres alzan sus tazas de café.

—Te ha caído la perpetua, ¿verdad? —inquire Konrad por encima del borde de loza.

Lelle se reclina nuevamente sobre el muro de hormigón y aprieta la taza, como si intentara calentar las palmas de las manos. Por primera vez se adivina la peligrosa fiera en su mirada. Konrad retrocede sin darse cuenta unos centímetros en la silla.

—Me acuerdo de cuando eras pequeño, Konrad, aunque no de una forma especialmente nítida. Tú y Sven erais mucho más jóvenes.

Lelle le clava entonces los ojos.

—No puedo afirmar que me cayeras bien en aquella época. Tenía la impresión de que eras un mierdecilla cobarde. Efectivamente, esa era mi idea. Un mierdecilla flacucho y asustadizo, pero tal vez tuvieras motivos para sentir miedo.

Konrad se retuerce incómodo en su asiento, sin saber qué decir, y Gertrud no lo asiste en modo alguno.

Luego Lelle vuelve a posar la taza en la bandeja de un golpe y cambia rápido de tema.

—Sí, maté a un hombre hace tiempo y estoy expiando mi castigo. Ahora llevo... una vida decente. Trabajo duro y cuido de mi cuerpo en el gimnasio. También hablo con mis hermanos en la tribulación todo lo que puedo, tratando de ayudarlos a encontrar la senda hacia Dios, igual que hice yo. Pero no es tan fácil. Algunos de ellos no colaboran mucho que digamos.

Lennart Myrberg agita apenado la cabeza. Su forma de hablar tiene algo de extraño, opina Konrad. No suena en absoluto como unos de esos veteranos de la cárcel, sino más bien como un predicador evangelista. Acaso sea esto en lo que se ha convertido ahora, pero Konrad es incapaz de discernir si finge o realmente ha experimentado una transformación.

—¿Piensas solicitar medidas de gracia?

La pregunta suena algo cortante, por lo que Konrad se siente obligado a precisarla.

—Es decir, eso es lo que la gente suele hacer cuando lleva tantos años encerrado como tú.

La caja torácica del otro se alza pesada mientras pasa reflexivo sus vigorosos dedos por entre la melena.

—Todos los días solicito la gracia, pero no de los tribunales ni de los políticos, que no tienen ninguna para otorgar. La gracia solo la concede el Señor.

¡Aleluya!, exclama para sus adentros Konrad, cuidándose mucho de no desvelar sus recelos al respecto.

Será Gertrud quien ponga sobre la mesa el asunto que realmente los ha llevado hasta allí.

—La carta que escribiste, Lelle... Parecía como si tuvieras algo importante que contar.

El hermano se sacude ligeramente y parece descender hasta la tierra otra vez.

—Ah, sí...

—Guardaba relación con el asesinato de Herman y Signe, mis... padres adoptivos —completa Konrad.

—Tal vez.

Los dos esperan impacientes a que Lelle se acomode, cayendo hacia delante con los codos sobre la mesa y las manos cruzadas bajo la barbilla. De repente parece concentrado, como si no quisiera que se le escapara el más mínimo matiz.

—Bengt Olsson. ¿Os dice algo ese nombre? —pregunta Lelle mirándolos a continuación como demandándoles una respuesta—. En el pueblo le llamaban Benga. Iba siempre con tu hermano Klas por aquella época.

—Ah, quieres decir...

La imagen que se le aparece a Konrad en la mente es borrosa e imprecisa. Un jovencuelo de cabello ralo y sonrisita constante, siempre en un segundo plano. ¿Es alto o bajo? ¿Fuerte o enclenque? Konrad es incapaz de recordarlo, pero sí que una especie de halo de inquietud flota sobre él. Una persona que genera una sensación de incomodidad.

—Se ahorcó aquí en chirona hace medio año. Consiguió meter en la celda un cable de corriente, lo sujetó de alguna manera en la estantería y logró partirse el cuello él solito. Fue realmente una pena, porque no me cabe duda de que estaba a punto de..., bueno, de hallar su camino.

—¿A Dios? —pregunta Gertrud con poco énfasis.

Lelle afirma con la cabeza.

—En cualquier caso, tuve ocasión de hablar bastante con él los meses anteriores a que eso sucediera. Se encontraba en un estado verdaderamente lamentable. Llevaba metiéndose droga muchos años y las pasaba canutas cuando no la conseguía aquí dentro.

—¿Qué te contó?

Gertrud no puede ocultar su impaciencia y el hermano le dedica una mirada molesta antes de proseguir.

—Cuando me lo relató no le presté mayor atención. Pensaba que se trataba más bien de desvaríos, de fantasías de su cerebro destrozado. Pero hace un par de semanas leí lo del asesinato de Herman y Signe Jönsson. Como sabéis, estaba en todos los periódicos y, naturalmente, sentí curiosidad al haber ocurrido en Tomelilla. En el *Ystads Allehanda* encontré un repaso bastante detallado sobre sus vidas, escrito por el redactor ese, Palander. Y tú aparecías circunstancialmente en él, Konrad. En el artículo se mencionaba de pasada que tu madre había desaparecido años atrás sin dejar ni rastro. Fue al leer eso cuando algo hizo clic dentro de mí. Recordé entonces de inmediato lo que Bengt Olsson me había relatado.

Se hace el silencio en la celda. Lelle endereza la espalda y vuelve a peinarse el pelo con las manos, de las sienes hacia atrás. La ventilación emite un sordo ruido de fondo. Konrad puede oír la respiración de Gertrud.

—No fue mucho —continúa Lelle—, pero que me muera si no dijo exactamente lo siguiente: «Sé dónde está esa polaca. Pienso en ella todos los días. Me persigue».

Al oír las palabras, Konrad experimenta una sensación de vértigo, se marea y los labios se le quedan completamente resecos. Se siente incapaz de decir nada.

Gertrud mira fijamente a su hermano.

—¿Eso es todo?

Lelle sacude con decisión la cabeza.

—Sí. Hablamos de los viejos tiempos en Tomelilla y el tema surgió así sin más. Cuando pienso en ello ahora, recuerdo que parecía asustado. Atormentado. Eran tantas cosas las que debía haber sacado para fuera.

—¿Sabía si estaba viva? —inquire Gertrud—. Es decir, alguna cosa más tiene que haber...

Con mucha pausa, se diría casi que pretendiendo provocar su curiosidad, Lelle vuelve a agitar la cabeza. Konrad respira profundamente para conjurar su indisposición. Siente cómo la sensación de frío en el estómago va dando paso poco a poco a una irritación creciente. ¿Puede ser eso cierto? ¿O acaso se divierte jugando con ellos ese mojigato predicador de pacotilla, inventando una sarta de patrañas con el fin de hacerse el interesante? Konrad reprime un repentino impulso de tirarse hacia el asesino confeso y cogerlo del cuello para extraerle hasta la última pizca de verdad.

—¿Pero no le hiciste ninguna pregunta aclaratoria? —inquire, contenido.

Lelle lo contempla serenamente.

—Sí, pero hasta ahí llegó. Luego se cerró en banda. Nunca más dijo nada. Un par de días después se colgó.

El coche está caliente como un horno a pesar de ser las seis de la tarde pasadas. Con todo y con eso, Konrad y Gertrud permanecen quietos unos minutos con la mirada perdida en el parabrisas. Es una suerte de acuerdo tácito. Recobrar el aliento; dar tiempo para asimilar las palabras. El sudor brota de sus frentes, pero no reparan en ello. Una patrulla de la policía hace su aparición en la calle. Dos agentes uniformados salen del vehículo y llaman al portero automático. Les permiten el acceso y la cancela de color verde vuelve a cerrarse detrás de ellos.

Cuando Konrad se dispone a echar mano a la llave de contacto, Gertrud le dice:

—Vamos a hacer una cosa más antes de regresar.

Konrad la mira.

—Hay algo que quiero que sepas acerca de mí.

—Quiero saberlo todo de ti.

Ella vuelve la cara del otro lado y añade:

—¿Estás seguro de eso?

Konrad vuelve la espalda, mete la marcha atrás y saca el vehículo de la plaza de aparcamiento. El cansancio hace que le cueste trabajo pensar. También está la frustración. Siente como si vagara de un sitio a otro en mitad de una bruma que de vez en cuando disminuye en intensidad y le permite adivinar un destello de lo que está buscando, pero solo un breve instante antes de volver a cerrarse. Persigue a un ente que, cada vez que se le acerca, se evapora. Desea abalanzarse a ciegas a la espera de poder agarrarse a una cosa sólida, a algo que permanezca y admita explicación, pero en esos momentos siente únicamente una debilidad tal en sus piernas que apenas es capaz de pisar el embrague.

Konrad no necesita abrir la boca porque lleva la pregunta grabada en sus ojos.

—No está lejos. Ve simplemente en dirección a la ciudad —comenta ella.

Konrad sigue sus instrucciones. Al final de Lundavägen le ordena que gire a la izquierda y continúan hacia el sur por Nobelvägen, atraviesan un polígono industrial y llegan a un frondoso cementerio que se extiende a ambos lados de la carretera.

—Para aquí.

Abandonan entonces el vehículo. «Cementerio de San Pablo», anuncia la señal. Gertrud toma con pasos resueltos una vereda de grava y Konrad la sigue, aunque sus pensamientos están aún en la angosta celda de las visitas de Kirseberg. En su cabeza oye la voz de Lelle declamando en alto: «Sé dónde está esa polaca». Konrad intenta reproducir la imagen de Benga, el drogadicto borracho, pero solo consigue representar en su mente a ese granuja de la risita que andaba siempre detrás de Klas. ¿Son realmente importantes las ocurrencias que pudiera tener en el trullo un par de días antes de colgarse con un cable? Quizá su cerebro aniquilado por los estupefacientes no fuera más que un mar de confusión. Se trata de una posibilidad totalmente factible.

Pero Konrad no puede librarse de la suposición contraria: que Benga verdaderamente quisiera aliviar su corazón.

Gertrud se detiene al perfilarse una pequeña capilla un poco más allá, entre los árboles. El sol ha empezado a descender sobre su techo de cobre y solo unos pocos rayos de esa luz logran filtrarse entre las copas hasta el punto

donde están. La tumba que observa Gertrud se encuentra totalmente en la sombra.

Está formada por una simple losa de granito rojo, que reza «Linda Myrberg 1984-2004». Nada más. El ramo de flores dentro del jarrón de cristal azulado se ve marchito y reseco.

En un primer momento, Konrad no entiende nada. El nombre le llama poderosamente la atención. Y las fechas también. Una joven que solamente alcanzó a vivir veinte años. Entonces emerge un presentimiento en su mente. La fotografía del apartamento de Gertrud. Esa niña pequeña a la que abrazaba con tanto cariño. Al volverse, Konrad advierte que Gertrud está luchando por reprimir sus emociones, con el rostro tenso y los labios fuertemente apretados. Del ángulo de su ojo solo se vierte una lágrima, que ella se apresura a enjugar con la mano.

—Me dijiste que no tenías hijos.

—Era verdad.

—¿Pero quién era entonces...?

—Linda es la hija de Lelle —se adelanta Gertrud—. Fue su hija hasta... hasta que se convirtió en mi hija.

De repente el dolor se derrama torrencialmente sobre sus mejillas. Konrad la toma entonces entre sus brazos y la sujeta fuerte contra su cuerpo. Por su parte, Gertrud entierra la cara en el pecho de Konrad, que se ve abrumado por una sensación de ternura al oír sus sollozos ahí abajo y sentir cómo la humedad de sus lágrimas le atraviesa la camisa.

—Tienes que explicármelo —murmulla él desde lo más hondo del cabello de Gertrud.

Un momento después esta se deshace de su abrazo, busca un pañuelo en el bolsillo y se suena la nariz ruidosamente.

—Lelle quería que tuviera una tumba como Dios manda aquí en Malmö, para poder visitarla cuando saliera de la cárcel, o si alguna vez le conceden permisos.

Gertrud se sonríe efímeramente con los ojos todavía acuosos.

—Se me ha olvidado traer flores nuevas...

—¿Qué quiere decir eso de que... se convirtió en tu hija? —pregunta Konrad.

Gertrud le agarra la mano sin responderle.

—Ven. Hay una floristería ahí fuera, en Sankt Knuts väg.

Tras recorrer un trecho del camino de piedras, Gertrud comienza a explicárselo. Emplea un tono de voz uniforme y es parca en palabras, como si escogiera estas con sumo cuidado.

—Nunca en mi vida he visto a la madre de Linda. Según Lelle, era adicta al alcohol y a las pastillas. No creo que él se preocupara especialmente por su hija en ningún momento, pero, cuando la madre desapareció poco después del parto, se vio solo y con un bebé. Delincuente y drogodependiente. Probablemente puso todo de su parte, pero, como es natural, la cosa no funcionó. Es un milagro que Linda sobreviviera esos primeros años rodeada de borracheras y miseria. Cuando los servicios sociales intensificaron su presión sobre Lelle, este nos pidió que nos hiciéramos cargo de ella por un tiempo. Joakim se negó y yo di mi brazo a torcer, así que se optó por una casa de acogida. No puedes imaginarte lo que me avergoncé de mí misma.

Gertrud se interrumpe, como si no supiera por dónde está el camino.

—Lelle mejoró durante un período y recuperó a su hija —añade—. De hecho, funcionó bien por un tiempo. Una vez vinieron los dos a visitarnos a Estocolmo. Fuimos al parque de atracciones de Gröna Lund y a Skansen. Luego ocurrió lo del libanés en Möllevång. El asesinato, ya sabes. A Lelle le cayó cadena perpetua y esta vez decidí que Linda se vendría a vivir con nosotros, independientemente del parecer de Joakim al respecto. Tenía por entonces diez años.

Gertrud aminora un poco el paso y mira brevemente a Konrad antes de continuar.

—Durante una época las cosas fueron bien. Intenté tratarla como si fuera mi propia hija. Sentía un enorme afecto por ella. Era una niña lista y se le daban bien los estudios, a pesar, por supuesto, de haber vivido un infierno de más pequeña. Pero luego... fue como si el infortunio se cebara con ella, igual que con su padre. Fue por aquel entonces que mi relación con Joakim empezó a hacer aguas.

Gertrud se ríe con un algo de amargura.

—En nuestra casa adosada empezó a respirarse un ambiente bastante gélido. Quizá contribuyera también eso, no lo sé. En cualquier caso, Linda

comenzó a ausentarse cada vez más, hasta que un día ya no volvió.

Interrumpe su relato al llegar a la floristería y escoge luego sin dudarlos dos voluminosos ramos de tulipanes, rojos y amarillos. Paga y ambos abandonan el establecimiento.

—¿Qué ocurrió luego? —inquire Konrad.

—Por supuesto, la estuvimos buscando o, mejor dicho, la fui a buscar yo. Estuve dándome vueltas en los autobuses urbanos nocturnos y en el metro. Fui a la policía a fin de que emprendieran su búsqueda. Me desplazé a Malmö para hablar con asistentes sociales que trabajaban sobre el terreno... Daba la sensación de que se la hubiera tragado la tierra.

Una anciana encorvada, con el rostro oculto bajo un sombrero de paja de ala ancha, enfila sin darse cuenta su andador hacia ellos. Konrad y Gertrud se hacen un lado y la dejan pasar antes de proseguir su camino por la vereda de piedras.

De repente, Gertrud alza la vista hacia él con esa intensa mirada bizqueante a la que le cuesta tanto resistirse.

—Me di por vencida. Es algo que nunca me perdonaré. Dejé de buscarla, abandoné esa maldita casa adosada y todo lo demás tras de mí e intenté olvidar. Pensé que debía encontrar una vida propia. Ahora sé que la dejé tirada.

Se da la vuelta rápidamente y continúa su marcha.

Una vez en la lápida, recoge las flores secas y las tira a un contenedor de basura. Acto seguido renueva el agua del jarrón.

—La policía la encontró finalmente en un piso de drogas en Möllevång —relata en voz baja—. Mi pequeña Linda estaba muerta. Estaba esquelética. Hacía tres años que nos había abandonado. Si hubiera continuado buscándola, la habría podido salvar.

Pasan un largo rato juntos mirando los tulipanes rojos y amarillos, refulgentes ahora contra el granito y el verde césped.

—Te preguntabas por qué desaparecí, así, sin más, tras la noche de San Juan —dice Gertrud, que parece estar congelada.

—Sí...

—No lo sé muy bien... Pero cuando pierdes a alguien, cuando, una y otra vez, pierdes a las personas que significan algo para ti, quedas desgarrado por

dentro. Asustado y desgarrado.

Konrad permanece en silencio. Desearía abrazarla y explicarle que no tiene nada que reprocharse, que no necesita tener miedo, que él no piensa volver a aceptar el miedo. Pero sus palabras se le antojan tan insustanciales... Por eso calla, con la esperanza de que a pesar de todo lo entienda.

Las sombras son alargadas. Fuera, en la calle, se oyen coches. Pero en el cementerio están completamente solos.

30

El polvo se ha depositado como una película gris sobre los zapatos por lo demás tan lustrosos de Björn Bernhardsson, que los observa con asco. ¿Por qué diantre se había dejado convencer para quedar con la muchacha en mitad de los matorrales?

El comisario se siente irritado, no solo por la suciedad sobre las perneras de su traje, sino por la situación en general. Tendría que haberse encargado solo Ström personalmente de ello. Vaya mujer tan testaruda. Le dedica una mirada furiosa a la vaca negra y blanca que pisa su propia mierda en el prado al otro lado de la alambrada, como si ella fuera la culpable de que hubiera aceptado abandonar su pulcro despacho de la jefatura de policía.

Luego se recompone y carraspea delicadamente.

—Consideramos que este punto está lo suficientemente aclarado —afirma lamiéndose a continuación los labios.

Konrad mueve la cabeza y lanza a Fatima una mirada que significa: «Tranquila, dale el tiempo que necesita».

—Así que espero que tengan algo realmente interesante que aportar, algún elemento que justifique esta excursión a... la naturaleza.

Bernhardsson pronuncia esta última palabra con un disgusto tal que hubiera dado lo mismo decir «vertedero».

Parece no haber reparado en las aves rapaces que planean en círculo sobre

la loma en el otro extremo del valle. En la distancia, sobre las copas de los árboles, varias águilas ratoneras emiten sus chillidos al viento y, algo más cerca, un solitario milano sobrevuela el arroyo en busca de su presa, un ratón, una rana o una lagartija que, en un descuido de un segundo, olvide prestar atención a las oscuras sombras que habitan el cielo.

—Es un sitio muy bonito —declara Eva Ström mirando a su alrededor—. Antiguamente formó parte del delta de un río. He leído que los arqueólogos han realizado notables hallazgos en Eriksdal. Un meteorito se estrelló en el mar hace 145 millones de años, creando un maremoto gigantesco que arrasó la zona. De hecho, han encontrado dientes antiguos de tiburones enterrados en el suelo. Me encantaría...

En ese momento es interrumpida por su superior.

—Por Dios, vayamos al grano... —los exhorta Bernhardsson moviendo la mano como si pretendiera aflojarse la corbata y el botón superior de la camisa, aunque al final desiste de ello.

Konrad mira de reojo, inquieto, a Fatima, que mastica frenéticamente su chicle. La impaciencia le brilla en los ojos. Bernhardsson la contempla con frialdad.

A Konrad le costó mucho tiempo convencer a Eva Ström por teléfono: Bernhardsson debía encontrarse con Fatima en terreno neutral. «Haré un intento», prometió al final la agente y, evidentemente, lo había logrado. Ambos policías deben haber comprendido que Fatima no tenía intención de pisar la jefatura, y que jamás contaría nada si ellos volvían a poner el pie en el apartamento de la familia en Tomelilla.

—¿Se ha vuelto loco? Mis viejos se llevaron un susto de muerte cuando vino la policía —lanzó Fatima cuando Konrad planteó esa posibilidad.

Ahora hay dos coches y cuatro tipos peculiares sobre el solitario camino de tierra que discurre entre el hayal y la pradera: un mafioso de apariencia reptiliana ataviado con traje oscuro, una amazona de rasgos asiáticos y una muchacha flaca, sin duda inmigrante, que parece haberse escapado de alguna institución. Y, por último, el propio Konrad, un ser ajado y de difícil determinación. La sombra que arrojan los árboles los salvaguarda con creces. Debe parecer que estamos cerrando un trato de drogas, piensa Konrad.

—Bien —comienza Eva Ström—. Como habrá podido comprender,

Konrad, lo hemos tachado de la lista de sospechosos, que es bastante reducida a día de hoy. Estamos razonablemente convencidos de que fueron esos dos jóvenes albaneses los que dispararon a Herman y Signe Jönsson.

La inspectora desvía la mirada por un instante hacia Fatima antes de proseguir.

—Todo apunta a ello: la pistola en el pozo, las huellas dactilares, las balas... En definitiva, todos los elementos. Feriz y Sali asesinaron al matrimonio Jönsson y ahora ellos mismos han fallecido, así que no hay nadie a quien encausar.

—Además, el fiscal se decanta por considerar que Tore Torstensson disparó a los jóvenes en defensa propia en Onslunda. Aún está por ver si será procesado por ello —añade Björn Bernhardsson—. Ahí es donde nos encontramos ahora...

El comisario posa su mirada en Fatima, como aguardando que la reacción de la chica pueda delatar algo, pero ella se limita a sacar un paquete de cigarrillos de su bolsa de tela. Hace cuatro intentos con el encendedor hasta lograr prender fuego al cigarro.

—Si no me equivoco, le han enviado el mensaje que Örjan Palander encontró en su redacción —pregunta Konrad en dirección al comisario.

Bernhardsson rezonga y mira ostentosamente su reluciente imitación de Rolex de color dorado.

—Eso no significa nada. La podría haber escrito cualquier crío.

—¿Han investigado si queda algún rastro en el papel? Es decir, huellas dactilares o similar...

La pregunta induce a Bernhardsson a cerrar los ojos con fuerza.

—Óigame, periodista. Es posible que haya estado recorriendo el mundo en todo su largo y ancho, pero no vaya a creer que eso le da derecho a venir aquí a enseñarnos a hacer nuestro trabajo...

—Simplemente quería...

Konrad se muerde el labio y lamenta de inmediato haber planteado una pregunta tan polémica. Debería haber comprendido que no podía poner en tela de juicio la capacidad profesional del comisario.

—Ese papelito estaba limpio —informa Bernhardsson con aspereza—. Y, además, no demuestra una mierda...

Se hace el silencio. En ese momento Fatima arroja al suelo exasperada la colilla de su cigarro.

—¿Hay alguien a quien le interese lo que tengo que contar? ¿O me largo ya?

Eva Ström parece estar ligeramente avergonzada.

—Creo que ha llegado el momento de escuchar a Fatima, Björn. A fin de cuentas, ese es el motivo por el que hemos venido hasta aquí.

El comisario no responde nada, pero pisa con un gesto de desagrado la colilla aún candente con su propio zapato para apagarla, tras lo que se cruza de brazos y se apoya con cuidado en el coche, un discreto Volvo azul oscuro. Eva Ström se prepara con su cuaderno de notas. Konrad, por su parte, le dedica una mirada alentadora a Fatima, en recuerdo del consejo que le dio de camino hacia allí: «No hagas caso si la policía no parece creerte. Siempre ponen esa cara. Mantente fría y límitate a contar todo lo que sepas».

Llegado el momento, Fatima reprime todos los sentimientos contradictorios que bullen en su interior y se esfuerza al máximo por no demostrar nada. No les va a dar el gusto de ver cómo se pone histérica. Toma aire con fuerza y relata una vez más sobre esa ocasión en que, estando en casa tumbada sobre la manta, dormitando a la sombra de los setos de lila, oyó por casualidad a Feriz hablar por su teléfono móvil acerca de la compra de una Luger en la plaza Möllevång de Malmö.

Ninguno de los agentes de la autoridad la interrumpe una sola vez. Eva Ström, apoyada sobre el capó, toma notas en su bloc. Tiene la frente fruncida y da la impresión de estar concentrada. De vez en cuando emite pequeños «ajá» de difícil interpretación. Bernhardsson permanece totalmente inmóvil, la cara inexpresiva. A Konrad, Fatima se le aparece como una mosca sobre una hoja en mitad de la jungla. En cualquier momento el comisario podría alargar su pegajosa lengua y engullirla.

En cuanto a Fatima, lo menos que se siente es un insecto desamparado. Ese comisario de punta en blanco le parece simplemente ridículo. En realidad, lo que más le gustaría decirle es que Feriz, solo con su meñique, habría hecho trizas a un tipejo presuntuoso como él. Pero Fatima es más lista que eso. Comprende que no le queda otra que convencer a Bernhardsson, que tiene que hacer comprender a esa lagartija que su hermano es inocente.

Bueno, tal vez no *inocente*, pero en ningún caso un asesino.

—¿Se enteran? No se hizo con esa maldita pistola hasta dos días antes del asesinato de... esos viejos.

La adolescente mira con el rabillo del ojo a Konrad, desvelando un instante de vacilación. No sabe qué siente él por los fallecidos. Le extraña que no parezca especialmente triste, como si no le importara demasiado que hubieran matado a su madre y a su padre. Aunque, eso sí, eran muy mayores y le había comentado que no los había visto en un porrón de años.

Se aparta entonces varios mechones de su flequillo moreno y enciende un nuevo cigarrillo.

—¿Por qué deberíamos creer lo que nos estás contando? —pregunta Bernhardsson serenamente.

—¡Porque es la verdad!

La muchacha clava rebelde los ojos en el comisario, que se cambia de postura y frota ceremoniosamente una de las mangas de su chaqueta para eliminar un poco de polvo imaginario antes de hacer frente a esa mirada hostil.

—Sabes que Feriz ya había cometido un montón de fechorías, ¿verdad? Agresiones, robos con allanamiento de morada, apropiaciones ilícitas de vehículos... Tu hermano era un redomado pandillero. En el pueblo son muchos los que piensan que le han dado su justo merecido. Ni siquiera Berelius ha salido en defensa de él.

—¿Berelius?

Ese nombre hace que Konrad dé un respingo.

—¿Por qué iba a salir Berelius en defensa de Feriz? Él es, como todo el mundo sabe, el abogado defensor de Tore Torstensson...

Eva Ström dirige a Bernhardsson una mirada inquisitiva. El comisario se encoge de hombros y echa un vistazo desinteresado a las vacas que pastan en el prado.

—No es nada extraño —explica Ström—. En el interrogatorio de Torstensson, Berelius comentó de pasada que conocía a Feriz de antes. Había sido su representante legal, por lo visto en algún asunto de agresiones o pequeños hurtos.

—¡Dios mío! ¿Es que no hay ningún otro abogado por estos pagos? Resumiendo: Berelius ha defendido a Feriz, luego a Torstensson y es además

el albacea de la sucesión de Herman y Signe...

—No veo nada de extraño en ello —responde Bernhardsson.

—¿No debería implicar una especie de... incompatibilidad?

—En absoluto. Ya hace tiempo que asistió a Feriz y, además, el joven ya ha muerto.

Fatima los observa, muda e intensamente, como tratando de descifrar el significado de su discusión. Por un segundo, el comisario agujonea a Fatima de nuevo con esa mirada poco amigable.

—¿Fuiste tú quien escribió el mensaje a Palander? —le suelta de improviso.

Ella niega con la cabeza.

Bernhardsson asiente también en silencio y por primera vez parece como si realmente existiera una pequeña posibilidad de que la crea. El comisario se vuelve entonces hacia Konrad.

—¿Comprende las implicaciones en caso de confirmar que dice la verdad?

—Que vuelvo a encabezar la lista de sospechosos. ¡Por supuesto! Ahora bien, parto fríamente de la premisa de que, llegados a ese punto, ya se hayan percatado de que no fui yo quien acabó con la vida de Herman y Signe.

—No esté tan seguro de ello...

Un escalofrío atraviesa a Konrad al divisar la extraña sonrisa que parece estrujar la diminuta cara de Bernhardsson como una uva pasa, aunque tal vez el comisario solo trate de ser amable.

—Verificaremos el teléfono móvil del joven —anuncia.

Eva Ström posa entonces sobre el hombro de Fatima una mano pesada, pero en apariencia amistosa, lo que no impide que la chica se escabulla.

—Podemos comprobar las llamadas telefónicas con posterioridad, ¿lo entiendes? El operador guarda todas las llamadas para su eventual control por parte de la policía. Podemos ver con quién habló Feriz esa tarde.

—¿Se puede escuchar su voz? —pregunta Fatima.

—No. Solo se pueden consultar los números a los que él ha llamado y los teléfonos de los que ha recibido llamadas.

—Eso significa... —comienza Konrad.

—Eso significa que estará en apuros si es su número de teléfono el que hallamos en la lista —interrumpe Eva Ström.

La investigadora se expresa con brusquedad, pero algo en su mirada delata que no piensa que Konrad sea tan estúpido como para poner en la pista a la policía si él fuera culpable. Ström se guarda entonces el bloc de notas en el bolsillo trasero de su pantalón. Más difícil de determinar es lo que tiene en la cabeza el comisario, pero lo que es evidente a todas luces es que no desea permanecer en medio de la naturaleza más de lo estrictamente necesario.

—Bueno, entonces hemos terminado —sentencia Bernhardsson abriendo la puerta del coche.

Konrad mira vacilante a Fatima, que deja caer al suelo el cigarrillo y dedica una última y ofuscada mirada a ambos agentes antes de darles la espalda.

—No del todo —replica Konrad.

Bernhardsson se detiene con una pierna ya dentro de su vehículo.

—Quiero saber quién mintió, quién demonios afirmó que me había visto en Tomelilla esa noche...

Las dos puertas del coche se vuelven a cerrar.

Konrad y Fatima se quedan a la sombra de los árboles mientras contemplan cómo se va alejando por el camino de tierra el Volvo azul oscuro.

La chavala murmura algo en voz baja para sí misma.

Konrad no lo oye, pero tampoco se molesta en preguntar. En su lugar, centra su vista en el cielo, en ese azul intenso e ininterrumpido. Una inquietud la sigue corroyendo por dentro, hay algo que no concuerda. El milano que momentos antes surcaba el cielo de la pradera en busca de presas ya no está. Y las águilas ratoneras se deslizan tan lejos en el sudeste que se han dejado de oír sus gritos. El valle se mantiene en calma y desierto.

Habría resultado tan fácil, reflexiona en su soledad. Todo estaba tan tranquilo y apacible en el patio y, además, no le habría llevado muchos segundos. Nadie habría oído ni visto nada. Su cuello parecía tan frágil. Era blanco, sobre un fondo de rizos pelirrojos. Se encontraba tan cerca que podía oír su respiración. Dos pasos, agarrarla fuerte de la cabeza y girar, rápidamente y con firmeza. Como se le retuerce el pescuezo a una gallina. O también podría haber puesto la mano sobre la boca y la nariz de ella, apretar y mantener sujeto su cuerpo con el brazo el breve instante que tardaría en

contemplar cómo se le iba apagando la vida en los ojos.

Hubiera sido tan sencillo.

Por un momento pareció como si sospechara que él estaba ahí. Se incorporó y miró inquieta a su alrededor. Existía el riesgo de que le diera tiempo a gritar. Hubiera sido una mala suerte tremenda.

Echa un vistazo por la ventana. Se ha hecho la oscuridad. Esos malditos crepúsculos de verano, que no dan reposo alguno.

Ha bajado el volumen del televisor. Mujeres semidesnudas se retuercen como culebras alrededor de un negro con la gorra del revés y los pantalones colgando, que vocifera un montón de palabras incomprensibles. ¡Joder! Cambia de canal. ¡Plas! Un idiota recitando cifras junto a una rueda que da vueltas. ¡Plas! El pretencioso cretino del tiempo. ¡Plas! Un anuncio de champú. ¡Plas! Una película de acción que ha visto ya tres veces.

Apaga el televisor y tira el mando a distancia en el sofá. Nada lo ayuda.

Tenía que haberlo hecho, piensa. ¡Joder! Debería hacerlo.

Ese odio, ¿de dónde le viene? Alguna vez ha tratado de preguntárselo, pero sus pensamientos se le emborronan. El dolor que siente en el alma solo va a peor. La ira le impide ver con claridad, aunque en el fondo conoce la respuesta. Todo es tan injusto y él siente tanto cabreo...

Ese imbécil ha regresado.

Todo es culpa suya.

Cuando la situación se vuelve insoportable, como ahora, tiene que salir a la calle. Abre la puerta de entrada sin saber a dónde dirigirse, pero rebotante de deseos de matar.

Matarlo a él y a todo lo que es suyo.

31

Lo extraño es la nitidez de las cifras cuando emergen en la mente de Konrad sorteando toda esa escoria de recuerdos acumulada a lo largo de los años. Tinta grisácea sobre piel blanca.

Puede leerse «A23644» en el antebrazo de ella.

Debe ser su mirada, el pesar infinito de sus ojos inscrito en un lugar indeterminado de una bruma de fondo, lo que ha hecho que ese número preciso se le haya quedado grabado.

Las cifras se perfilan con toda claridad. Imposible equivocarse. Pone «A23644» y no otra cosa. Su significado, claro está, no lo entiende. No por aquel entonces. ¿O acaso sí? No ve lágrima alguna sobre su mejilla, pero el pequeño Konrad percibe indudablemente que mamá llora por dentro.

Es extraño, piensa ahora, muchos años después, que ese número, esa reminiscencia, no haya reaparecido antes. No en vano, tenía casi siete años cuando desapareció. Todavía no ha empezado a ir al colegio, pero ya sabe contar. Hasta cien, como mínimo. ¿Quién se lo ha enseñado? Konrad no lo recuerda, pero no puede ser otra persona que Agnes.

Con toda probabilidad hay más de ella dentro de él.

Pequeños regueros de lluvia surcan la ventana ese día. ¿No era siempre así cuando era muy pequeño? Fuera reina el gris. Agnes se encuentra, como de costumbre, en la mesa de la cocina, a solo un par de metros de él, pero tan

desesperadamente lejana... Lleva una rebeca de punto con un hilo de tono apagado. Acaso esté congelada; sus labios se ven ligeramente azulados. O quizá sea él quien tiene frío.

El único sonido que oye es la lluvia y el tictac de un reloj en algún sitio. No ve la esfera del reloj, pero tiene que estar sobre el empapelado de guirnalda de flores grises, detrás de él. Un ojo que lo observa.

Tictac, tictac.

¿A qué huele?

Primero a nada, pero luego percibe un olor penetrante en el aire. Algún tipo de detergente hace que le pique la nariz. A pesar de todo, su imagen carece extrañamente tanto de olor como de sonido. La lluvia contra la ventana, el reloj que no puede ver y el olor de ese agresivo producto. Marcadores exteriores ajenos al motivo propiamente dicho.

«A23644.»

Probablemente hayan sido las palabras de Kurt Nilsson las que hayan retirado parte de los escombros dentro del cerebro de Konrad, lo que ahora, de repente, le permita ver esas cifras con tanta claridad. Aquellas palabras que le provocan malestar físico.

«¡Polacos! Los despachamos rápido...»

Y luego la mirada acuosa y llena de sorpresa del carcamal.

«¿Esa mujer era... su madre?»

Sí, hace mucho frío en esa cocina. Konrad puede sentirlo ahora. El geranio del alféizar está muerto. ¿Por qué no lo ha tirado? Konrad está tiritando y quiere decirle a Agnes que se muere de frío y tiene hambre. ¿No le podría preparar varias tortitas crujientes con mermelada y nata, acompañadas de chocolate caliente, para que también llenen la cocina de aromas? Pero es como si no lo oyera, no importa lo alto que rabie. Agarra un cordoncito que cuelga de su rebeca y tira de él, pero este únicamente se desprende, sin despertarla. Coge el pegajoso hilo entre sus dedos, lo agita y lo desgarrá, y chillá con todas sus fuerzas para llamar la atención de ella.

Es en ese momento, al volverse hacia él y extender su mano para acariciarle la coronilla, cuando se levanta ligeramente la manga de su rebeca y ese número va a parar frente a sus ojos.

Tinta grisácea tatuada en un pálido antebrazo.

Se produce un largo silencio después de finalizar Konrad su relato. Sven lo observa con curiosidad, como un hipnotizador que acaba de despertar a su víctima, o como un científico que ha llevado a cabo un experimento psicológico y no sabe muy bien cómo interpretar el resultado. Entonces suspira hondo, se quita las gafas y las limpia con un pico de su camisa.

—El cerebro humano es indudablemente un aparato extraño.

—Efectivamente...

—¿Y nunca antes... has pensado en ese tatuaje?

Konrad sacude la cabeza.

—Supongo que entiendes lo que significa —dice Sven pausadamente.

—Sí, evidentemente no es tan difícil... —responde sin concluir la frase.

—No, ciertamente no —completa Sven—. «A» es de Auschwitz. ¡Joder! Tuvo que haber sido de muy pequeña. Uno de los pocos niños que salió con vida de ese infierno.

—Un número en el brazo. Como se marca a fuego al ganado. Es tan... inhumano. No comprendo cómo no he podido acordarme de ese tatuaje hasta ahora. Tengo que haberlo visto un montón de veces.

Konrad da un generoso sorbo al té chino que Lena le ha servido hace un momento. «Yin y yang», había comentado al llevarse la bandeja dirigiendo intencionadamente la vista hacia el símbolo de las tazas. «Igual que Sven y yo. Somos opuestos el uno al otro, pero inseparables. Vamos al encuentro como otoño y primavera, fecundándonos mutuamente. Somos los hijos del arcoíris.» Konrad no había llegado a entender realmente lo que pretendía decirle.

Ahora el té ha tenido tiempo de enfriarse y le deja un sabor a rancio en la boca.

Sven se ha levantado de su desgastado sillón de piel y se mueve intranquilo de un sitio a otro sobre la jarapa del despacho, toqueteándose meditabundo su pequeña perilla. Entonces se detiene y traza un amplio gesto en dirección a las estanterías, que cubren de arriba abajo tres de las paredes de la habitación.

—Leí un libro sobre ese fenómeno no hace tanto tiempo —señala—. Era de un catedrático de psicología estadounidense. Se llama Douglas W. Wolftail. O, mejor dicho, se llamaba, porque creo que ha muerto. Sea como fuere, el tal Wolftail explicaba cómo puede bloquear el ser humano la función de la

memoria, y en particular los niños. Sencillamente, uno criba de manera inconsciente del cerebro las vivencias desagradables. El quid de la cuestión es que esas experiencias amargas no desaparecen para siempre, sino que se almacenan en algún lugar del cerebro. Es como un disco duro. Crees que el archivo se ha borrado, pero puedes hallarlo en el caché o en algún otro recoveco del ordenador.

—Si alguien pulsa las teclas adecuadas.

Sven asiente.

—Efectivamente. Como, por lo visto, Kurt Nilsson hizo contigo.

La cortina frente a la ventana abierta flamea al entrar un golpe de viento en la estancia, que se extingue tan súbitamente como surgió. Ahí fuera impera la calma. Bajo la sombra del ciruelo, Lena se halla entregada a la labor de raspar la pintura de un agrietado sofá de jardín. Lleva puesto un mono de carpintero lleno de manchas, los brazos desnudos y un pañuelo en la cabeza. El sol pega más allá de la bóveda protectora del árbol, tórrido y blanco. La hierba asilvestrada sobre la pendiente del Myrsjö se muestra seca y amarillenta. Da la impresión de que la mínima chispa pudiera desencadenar un incendio.

—Este calor tiene algo de antinatural —afirma Sven abanicándose la cara con una revista que ha pillado de algún sitio—. Llevamos ya varias semanas a treinta grados.

—Es el efecto invernadero... —contesta Konrad poco convencido.

Sven se limita a encogerse de hombros y se mete las manos en los bolsillos de los pantalones de lino.

—Una buena lluvia que limpie el aire, eso es lo que se echa de menos.

—No sé —dice Konrad—, pero desde que volví tengo la impresión de que le pasa algo raro a la gente. Parecen tan... abatidos.

—¿Como reprimidos?

—No, abatidos. Amargados y resignados. Es como si todo estuviera parado, como un decorado.

—No estoy seguro de entender lo que quieres decir —admite Sven mirando de soslayo a Konrad con cierta desconfianza—. Eso sí, tal vez algunos de ellos tengan motivos para sentirse amargados. Todo este pueblo de mala muerte se va al carajo. ¿No has visto todos esos locales y apartamentos vacíos? Sobre el litoral la cosa marcha sobre ruedas. Simrishamn, Ystad y

Kivik. Por lo menos en verano, que está lleno de estocolmeses incondicionales de la comarca de Österlen.

Sven articula la última frase con un tono sarcástico, en una mala imitación de una especie de habla de la capital, que prolonga con un bufido desdeñoso.

—Aquí en Tomelilla solo hay un matadero desmantelado y unos malditos almacenes de artículos rebajados, donde venden mierda a aquellos que no saben qué hacer con su tiempo libre. No me extraña que baje el precio de la vivienda.

—¿Por qué no se va la gente de aquí?

—Algunos lo hacen. Otros..., bueno, aparentemente se sienten, pese a todo, seguros aquí, en cierto modo.

—¿Y tú?

Las pecas de la cara de Sven cobran vida y un chisporroteo parte del otro lado de sus gafas al esbozar una inmensa sonrisa.

—Ya sabes que no soy como los demás. Y además tengo a Lena. Probablemente a la gente de aquí les parezcamos un poco chiflados, pero por mí está bien. De hecho, me da igual.

Su mirada adquiere un destello de deseo cuando la deja atravesar la ventana y se posa en la distancia sobre Lena, que ha hecho una pausa en su incesante rascar y ahora está sentada inmóvil sobre la hierba, con la espalda apoyada en el tronco del ciruelo. Tiene los ojos cerrados y se diría casi que está dormida. Junto a ella hay una pequeña radio. Konrad solo puede discernir que es música. Algo clásico, tal vez Mozart. Tonos ligeros como plumas capaces de flotar en medio de una calma chicha.

—Ese antiguo comisario... —dice Konrad—. ¿Piensas que hay algo de verdad en sus delirios?

Sven abandona de mala gana a su novia y tuerce la vista hacia el interior de la habitación.

—No solo lo creo, sino que lo sé.

Haciendo caso omiso de la expresión de sorpresa de Konrad, Sven rodea el escritorio y enciende el ordenador.

—Los suecos que arriesgaron su vida por Hitler —declama en tono dramático—. Se han escrito libros sobre ellos. Tengo aquí una lista con todos los nombres conocidos.

Sven introduce varios comandos en el teclado mientras Konrad se levanta del sofá y se acerca a echar un vistazo por encima de su hombro.

—¿Qué es eso?

—Exactamente lo que parece. Jóvenes suecos de sexo masculino, desde Ystad en el sur a Haparanda en el norte. Una panda de idiotas a los que se les hizo creer que pertenecían a una raza superior.

La pantalla muestra un documento con una larga lista de nombres y localidades. Vienen de todo el país. No solo de Estocolmo, Gotemburgo y Malmö, sino también de Härnösand, Skövde y Kristianstad. Y de lugares tan pequeños que Konrad ni siquiera sería capaz de situarlos en el mapa. De arriba abajo, nombres de pura cepa del país. Holmgren, Kjellberg, Persson y Johansson. Konrad puede imaginárselos perfectamente: mozos rubios de mejillas rosáceas con expresiones animosas, resolutas o rebeldes. Jovencitos que dejaban atrás a sus padres y sus acogedores hogares para combatir por una causa que por algún motivo habían decidido adoptar. ¿Qué era lo que los impulsaba? ¿El odio, el rencor? ¿Acaso el temor a la amenaza procedente del este, el ancestral terror al ruso? ¿O tal vez solo eran juveniles deseos de aventura? Konrad los ve dándose empujoncitos entre ellos y metiendo bulla como chavales en su travesía por el mar. Los recrea hablando cursilamente, como en esos antiguos largometrajes suecos en blanco y negro.

Es improbable que comprendieran lo que les aguardaba.

Junto a algunos de los nombres se incluyen anotaciones específicas.

«Caído en Riga.»

«Caído en las afueras de Biaystok.»

«Caído en Berlín.»

A continuación, Sven detiene el cursor delante de un nombre que conocen bien: Kurt Nilsson, Tomelilla.

Konrad respira hondo y en su mente se forma la imagen del viejo desvalido en su silla de ruedas en el asilo de Byavång. Flaco como un gorrión bajo la manta, pero con un raya digna y perfectamente recta que le surca la coronilla. Un amable anciano, podría pensar más de uno, pero nunca aquel que haya visto resplandecer los jirones de recuerdos en los acuosos ojos grises de Kurt Nilsson y vislumbrado el abismo del que manan.

Konrad piensa también en la fotografía de la librería de Gudrun

Verneresson, en el elegante comisario en uniforme. Un hombre en sus mejores años, habituado a dar órdenes y a ser obedecido.

Pero el nombre que aparece en el monitor de Sven pertenece a un Kurt Nilsson mucho más joven. ¿Ha cargado con ese odio a lo largo de toda su vida?

—Es, sin duda, uno de los últimos que quedan vivos —asevera Sven—. Los más jóvenes tienen que haber superado ya largamente los ochenta.

—Habló del tema cuando lo visité en el hogar de ancianos. División Nordland. «La unidad más ilustre de todo el país.»

—Tiene poco motivo para ser ilustre ese viejo. Eso sí, de los suecos se decía que eran soldados aplicados. Estuvieron entre los últimos que defendieron a Hitler cuando este, acosado, se refugió en su búnker de Berlín y preparó su suicidio con Eva Braun. Perecieron bastantes suecos durante la guerra, y los que sobrevivieron se mantuvieron luego muy discretos, ocultos dentro del nascente estado del bienestar y mudos sobre su pasado. De hecho, muchos de ellos no fueron otra cosa que criminales de guerra y asesinos de judíos.

Una fugaz vislumbre de algo oscuro, acaso de furia, se adivina en los ojos de Sven.

—¿También de gays?

—Probablemente —responde Sven rascándose caviloso la nuca—. Los nazis acabaron con la vida de infinidad de homosexuales. Sin embargo, desconozco si hubo implicación de ciudadanos suecos en esos hechos.

Sven se pone en pie de improviso y sube la persianilla de un mueble de roble oscuro, incrustado entre dos estanterías, repleto de carpetas con lomos rojos y azules. Escoge un par de ellas y se sienta luego al lado de Konrad en el chirriante sofá.

—Fueron varios centenares de suecos los que se enrolaron con los alemanes. La división acorazada Wiking de las SS llegó hasta el Cáucaso, con la misión de apoderarse de los yacimientos petrolíferos de los rusos. Más tarde se establecería la división acorazada de granaderos Nordland, también perteneciente a las SS, que participaría hasta la batalla de Berlín contra el Ejército Rojo.

Durante un buen rato hojean, hombro con hombro, las carpetas con

antiguos recortes de periódicos, documentos amarilleados y anotaciones realizadas con una escritura meticulosa, que deben ser del propio Sven. También hay antiguos panfletos y borrosas fotografías en blanco y negro de jóvenes uniformados despidiéndose jovialmente en estaciones ferroviarias, encaramados a tanques sobre un paisaje llano indeterminado o embadurnados de barro en plena acción de excavar trincheras en cualquier sección del frente.

—¿Sabes si había más gente de Tomelilla aparte de Kurt Nilsson? — pregunta Konrad finalmente.

Sven sacude la cabeza.

—No que yo sepa. Da la impresión de que los chavales estaban muy repartidos por el país, desde Kiruna a Trelleborg, aunque, como es natural, no se conoce a todo el mundo...

Sven se levanta con parsimonia y vuelve a echar una ojeada a la durmiente Lena bajo el enigmático frescor del ciruelo. Acto seguido saca una nueva y gruesa carpeta del armario de puerta corredera.

—Sospecho lo que estás buscando, Konrad, y hay una historia que quizá te ponga sobre la pista —declara solemnemente.

De inmediato, Sven Myrberg, el investigador aficionado que en sus años de infancia soñó con llegar a la luna, da cuenta de los hallazgos que ha desenterrado de las profundidades de la tierra marrón oscura escanesa:

—Aquellas cifras que viste tatuadas en el brazo de Agnes, Konrad. Hay un terrible hilo conductor que recorre la historia. He dedicado mucho tiempo a investigar en torno al nazismo en la provincia de Escania. Solo Dios sabe las miles de horas que he pasado en bibliotecas y archivos de los municipios de la zona, y en Lund y Malmö. Es asombroso la cantidad de material que se puede encontrar. Seguro que te preguntas por qué empecé. Bueno, yo tampoco estoy muy seguro, pero hace unos diez o doce años leí en el periódico que un jugador de hockey sobre hielo de Västerås había sido asesinado a cuchilladas por unos neonazis, solo por el hecho de ser homosexual. Fue algo que, como es lógico, me impactó profundamente. Por aquella época tampoco me sentía muy bien, así que supongo que mis indagaciones se convirtieron en una especie de escape. Luego, por la misma inercia, he continuado reuniendo material. Sea como fuere, el nazismo y el odio contra nosotros, los seres inferiores, ha arraigado fuertemente en Escania. Uno debe evitar las

exageraciones. De hecho, los neonazis nunca han obtenido más de treinta mil votos en ninguna de las elecciones celebradas en Suecia, pero en los años treinta tenían en esta provincia a un montón de simpatizantes entre campesinos, oficiales del ejército y dentro del mundo académico. Se organizaron innumerables mítines nazis en los pueblos. El líder nacional Birger Furugård habló aquí en Tomelilla varias veces. Y en Sjöbo sus seguidores aserraron troncos para un campo de concentración que tenían previsto construir cuando los nazis hubieran liberado Suecia. Otro tanto ocurrió con los discípulos de Sven-Olof Lindholm, que montaron cónclaves en las afueras de Ystad, en los que este dirigente enardecía a sus secuaces bajo enseñas con la cruz gamada. A menudo se formaban enormes alborotos cuando los socialdemócratas y los comunistas protestaban contra ellos. Todo eso está documentado.

En el desarrollo de su relato, Sven se ha puesto en pie y ha comenzado a deambular de un lado a otro de la habitación, como un conferenciante ante un auditorio. En ese momento se detiene y lanza a su único espectador una severa mirada, como queriendo cerciorarse de que Konrad lo ha seguido hasta ahora.

Acto seguido prosigue con su lección:

—A principios de los cincuenta, un hombre llamado Per Engdahl fundó el Movimiento Sueco Nuevo y en 1956 se constituyó el Partido Nacional Nórdico en una multitudinaria asamblea en Malmö. En realidad, no dieron tanto de que hablar, pero en los setenta y ochenta se inyectó nueva sangre joven al movimiento. Mantengamos Suecia Sueca se componía de jóvenes neonazis que querían echar a todos los inmigrantes, pero lo antiguo y lo nuevo se confunde y entrecruza. Cuando la cosa se puso caliente, como con lo de aquel referéndum sobre el campo de refugiados de Sjöbo de 1989, apareció gente de la vieja guardia repartiendo propaganda. Y luego hizo su entrada en escena Resistencia Aria Blanca, conocido por sus siglas VAM, una caterva de aturdidos que lograron que los tabloides de la tarde les dedicaran reportajes de corte heroico, en los que posaban con pasamontañas. Agredían a la gente y se comportaban en líneas generales como cerdos. Esa nueva generación de nazis afloró en distintos puntos del país. A finales de los noventa vivía aquí en Tomelilla un núcleo duro de ellos, pandilleros verdaderamente temibles que aterrorizaban al consejo municipal con cartas amenazadoras. Bueno, y ya casi llegamos a nuestra época...

Sven se para en mitad de la estancia y echa una mirada rápida a su alrededor, como si estuviera buscando algo.

—¡Tengo una sed...! —exclama y se esfuma por la puerta, para regresar de inmediato con dos Carlsberg de las que resbalan gotas de agua.

—Estaba pensando en aquel mitin de la plaza —interviene Konrad cogiendo la cerveza que le ofrece Sven—. Los Demócratas de Suecia que exigían la liberación de Tore Torstensson... ¿Llegan los hilos hasta ellos?

—Depende de cómo se mire. Fueron los neonazis de Mantengamos Suecia Sueca y del Partido Nacional Nórdico los que pusieron en marcha este partido en 1988, pero desde mediados de los noventa han ido eliminando a *skinheads* y a otras bestias en sucesivas ocasiones. Ahora el partido lo dirige un grupo de encantadores jovencitos, que cualquier suegra querría como marido para su hija.

—¿Como Mats Blomberg, el que pronunció el discurso desde la caja del camión?

—Exactamente. Ya no es posible tacharlos de nazis o siquiera de racistas. Si lees punto por punto el programa de su partido, resulta dudoso incluso que se les pueda tildar de xenófobos. En realidad son nacionalistas y lo que combaten es el multiculturalismo.

—¿Y ese mensaje tiene éxito?

Sven suspira hondo y se quita las gafas. Konrad advierte por primera vez sus marcadas ojeras.

—Como sabrás, les fue bien en las elecciones.

—¿Y aquí son fuertes?

—Una vez más, depende de cómo se mire. Recibieron un buen puñado de votos en los comicios municipales, y lograron cuatro representantes en la corporación municipal, pero todos sus escaños están vacantes actualmente. En un agujero venido a menos como este tienen un montón de votantes potenciales. Todos aquellos que no se han adaptado a los nuevos tiempos y tienen miedo, y aquellos que sueñan con un protector estado del bienestar a la vieja usanza, con olor a pudin de col, que en realidad nunca existió.

—Lo que estás diciendo... me hace pensar en Klas.

Se miran entonces el uno al otro durante un buen rato.

—Estuvo en la plaza durante el mitin —confiesa finalmente Konrad—,

pero daba la impresión de no saber muy bien si quería o no integrarse. ¿Tienes algo sobre él en tu material?

Sven agita lentamente su cabeza.

—No que recuerde. Es bastante extenso, como puedes ver, pero debería acordarme de su nombre si lo hubiera visto en algún sitio.

De nuevo callan y dan sendos tragos a sus cervezas con gesto meditabundo. Se diría que el nombre a quien acaban de aludir los hace retroceder en su mente y en el tiempo. En las cabezas de Konrad y Sven emergen viejas imágenes y solo necesitan intercambiar una fugaz mirada para comprender que están pensando en lo mismo: en el Amazon tuneado con faros adicionales y el asiento trasero cubierto con una bandera tejana. Klas, siempre con la misma mirada de toro enfurecido, detrás del volante, y sus compinches malintencionados y de risita constante detrás de él.

—Siempre eran tres —señala cauteloso Sven.

—Siempre tres —confirma Konrad—. Al menos al principio.

—Klas sigue en Tomelilla y se está dejando la vida con el alcohol. Benga murió enchironado en Malmö tras haber insinuado a Lelle un montón de cosas misteriosas, pero ¿y el tercero?, ¿qué fue de él?

—Gunnar...

—Suponiendo que sea cierto lo que Lelle contó... —apunta Sven a manera de inicio.

—¿Se puede confiar en tu hermano? —lo interrumpe bruscamente Konrad—. Lo que quiero decir es que... no daba la impresión de tener la cabeza del todo amueblada.

—¿Te queda otra opción?

En un primer momento Sven parece casi ofendido, pero luego se aproxima a Konrad en el sofá y posa ambas manos sobre los hombros de su amigo.

—Quizá sea algo rebuscado, pero imaginemos que Lelle esté en lo cierto. Supongamos que Benga no haya sido víctima de un delirio y que supiera realmente algo de lo que le sucedió a Agnes. De ser así, probablemente sus dos mejores amigos también estuvieran al tanto. Como sabes, Klas no parece la persona más fácil a la que extraer información. En ese caso, nos queda Gunnar.

—Tienes razón, pero ¿cómo lo encontramos?

Una sonrisa triunfal borra de un plumazo el cansancio de la faz de Sven, que de repente parece entusiasmarse una vez más.

—Todo puede rastrearse. Has acudido a un experto.

Se levanta entonces con toda rapidez para sentarse frente al ordenador y empieza a teclear ávidamente. Konrad aguarda en el estropeado sofá mientras en su cuerpo empieza a difundirse la vertiginosa expectativa de poder llegar a saber lo que le aconteció a su madre.

32

Los raíles silban suavemente con el veloz avance del tren por entre los sombríos bosques escaneses de abetos. Konrad, prácticamente solo en el vagón, dormita en su asiento con la mejilla apoyada sobre el gélido ventanal, fantaseando acerca de todos los duendecillos y espíritus malignos que sin duda habitan las profundidades de los bosques originarios, acerca del aroma de los troncos carcomidos y las piedras recubiertas de musgo y, en fin, los peligros en torno a los cuales uno solo puede especular.

Al abrirse la llanura siente el peso de la luz de la mañana sobre sus párpados.

Maria se sorprendió agradablemente cuando la llamó para decirle que iba a visitarla, o al menos esa impresión le dio, aunque no pudo evitar una pequeña dosis de reproche.

—¡Ya era hora! Espero que me invites a un buena cena.

Un pequeño, pero perfectamente audible ramalazo de la voz de su madre. Konrad siente un escalofrío. No desea oírlo. Maria es su hija de arriba abajo. La echa de menos ahora. La misma nariz afilada, tal vez demasiado grande. Esa mirada intensa, que espera que la gente perciba como honesta. La tozudez, esa maldita tozudez. Konrad se deja acunar por el balanceo del tren.

Solo hay dos personas más en el vagón, ambas en posición oblicua respecto a él y de espaldas a la marcha del tren. Una mujer bien entrada en la

mediana edad aprieta con fuerza en la mano un pañuelo de papel. Frente a ella, en la mesita desplegable, un ejemplar de una revista para mujeres. Tiene la cara roja y húmeda, y no para de secarse con el pañuelo bajo los ojos y la nariz. Es difícil determinar si llora o simplemente está resfriada. Su mirada se extiende lejos sobre la planicie por fuera del cristal.

Delante de ella está sentado un hombre, también de unos sesenta años. Su cara muestra una expresión atormentada y da la impresión de sufrir con la corbata de rayas azules que le aprisiona el cuello. El traje parece ceñido y tirando a barato. Tal vez esté angustiado por la reunión o la presentación que lo espera al llegar a su destino. De vez en cuando abre su maletín sobre el asiento de al lado y hojea aparentemente al azar varios papeles dentro de una carpeta de plástico transparente. Por lo visto, padece acidez estomacal, ya que junto a los documentos del maletín guarda una caja de un fármaco al efecto.

¿Tendrá ese aspecto?, piensa Konrad medio adormilado en su asiento. ¿Será la apariencia de Gunnar Nilhem por el estilo?

Sven fue increíblemente rápido localizándolo pocas noches antes. El cabello rapado color caoba de su amigo mostraba un fulgor casi eléctrico mientras navegaba a toda velocidad por internet, en infinidad de registros públicos con los que evidentemente parecía estar bastante familiarizado. Hasta las gafas se le empañaron de la emoción. Transcurrida media hora, pudo presentarle un breve informe personalizado acompañado de su característica sonrisa burlona de satisfacción:

—Esto es lo que tenemos: Gunnar Johansson nació en Tomelilla el diecisiete de marzo de mil novecientos cincuentay dos. En febrero de mil novecientos setenta y cinco se mudó a Malmö.

Llegado a este punto, Sven realizó una pequeña pausa para una valoración rápida:

—Es decir, siete años después de que desapareciera Agnes. Gunnar tenía por entonces veintitrés años. Era de la misma edad que Klas, ¿no es cierto? Desde que se marchó de aquí se ha mudado varias veces más. Encontré su nombre en un curso de economía de un centro de formación para adultos en Helsingborg. Da la impresión de que ha tratado de mejorar su cualificación académica. En cualquier caso, en mil novecientos setenta y nueve se casó con Lisbet Gunnarsson, que es originaria de Malmö. Ese mismo año cambió su

apellido a Nilhem. Parece que no han tenido hijos. Ahora viven, desde hace veinte años, en un piso de alquiler en Sundbyberg. Gunnar trabaja en una oficina de la Seguridad Social, como técnico de algún tipo, por lo que parece.

Una unión entre los rieles sacude el tren. Konrad vuelve a fijarse en el hombre de aspecto acongojado del otro lado del pasillo. Aparentemente ha decidido tratar de dormir. Sobre su voluminoso vientre apoya una mano con un anillo. Se ha soltado el cinturón y desabrochado el botón superior de los pantalones.

Aunque se sabe la dirección de memoria, Konrad se saca la billetera del bolsillo interior de la chaqueta y vuelve a leer el trocito de papel: «Tornstigen 18, Sundbyberg». Junto a la dirección, dos números de teléfono anotados también con la primorosa letra de Sven: uno fijo, con el prefijo del área de Estocolmo, y el otro móvil. Konrad ya ha decidido que no va a llamarle. Es mejor intentar sorprenderlo. Aunque, ¿qué demonios le voy a decir cuando abra la puerta...?

La estación central está atestada de personas con prisas por llegar a algún sitio o a casa, cada una de ellas absorbida por su propia vida. A Konrad siempre le han gustado las estaciones de tren. Su anonimato y su movimiento, y ese cambiar continuo; estar rodeado de gente que no lo conoce, que no sabe adónde va y no tiene la más mínima idea de lo que se cuece en su mente; y la certeza de que nadie le puede exigir nada y, pese a ello, ser libre para dirigir la palabra al primero con quien se cruce.

Por el contrario, Konrad siempre ha temido a la masa. Se trata de algo diferente. El peligro comienza cuando se difumina el límite entre individuo y colectivo, cuando todos son arrastrados a una revuelta del populacho o, aún peor, se sumen en una complaciente indiferencia compartida.

Konrad se abre paso por entre el gentío hasta la línea azul del metro, dirección Hjulsta. La última hora de su trayecto en tren la ha dedicado a meditar cuál es el momento más adecuado para llamar a la puerta. Konrad desea que Gunnar esté solo, pero ¿cómo saber cuándo ha salido la mujer? Más vale tentar la suerte y desplazarse de inmediato a Sundbyberg. Es sábado. Con un poco de fortuna, Lisbet se habrá ido de compras.

El metro tarda menos de un cuarto de hora en llegar, pero en el vagón se ha

esfumado buena parte del optimismo que Sven logró infundirle. ¿De qué espera realmente enterarse?

Se agarra verdaderamente a un lamentable clavo ardiendo. Lo único que tiene son las palabras de Lelle, un asesino loco de remate y recientemente iluminado por Dios que cree haber oído unas insinuaciones de Benga, otro habitual del trullo destruido por el alcohol, en relación al destino de Agnes casi cuatro décadas atrás. ¿Qué es lo que se supone que dijo un par de días antes de ahorcarse en su celda?

«Sé dónde está esa polaca. Pienso en ella todos los días. Me persigue.»

La duda corroe a Konrad. Se sacude la cabeza para sus adentros. Esto es una locura, piensa. Debería abandonarlo todo y continuar con mi vida.

Aunque en realidad sabe muy bien que seguirá escarbando la negra tierra hasta la roca primigenia si es necesario.

Es solo un paseo de varias manzanas desde la estación de metro. Konrad le pregunta el camino a una mujer que espera el autobús. Tiene un fuerte acento, probablemente ruso. Poco después llega frente al edificio de ladrillo rojo oscuro. Tres plantas sin balcones. Las ventanas son pequeñas y da una impresión bastante lúgubre. Parece extrañamente vacío. Un fugaz movimiento de una cortina en el piso superior le hace sentirse observado.

Justo en el momento en que Konrad va a colocar su mano en el portal, este se abre. Una viejecita encorvada se dispone a salir a duras penas con su andador. Tiene un chal en el pelo y la mandíbula inferior protuberante, lo que le otorga cierto parecido a un bulldog. La mujer le dedica una mirada avinagrada mientras Konrad le sostiene la puerta, mascullando indignada cualquier cosa antes de desaparecer por la esquina en la senda asfaltada.

«Gunnar y Lisbet Nilhem» indica en el tablón de inquilinos junto a la escalera. Resulta que viven en la tercera planta.

Antes de llamar al timbre se detiene para recuperar el pulso y respira profundamente.

El hombre que abre la puerta es grande y corpulento. Parece resacoso. Lleva las mejillas bien afeitadas, pero tiene el cutis cuarteado de manchas rojas, como si tuviera por costumbre rociarse los mofletes con una loción de afeitado peleona. Bajo los ojos le cuelgan unas bolsas oscuras. Gunnar Nilhem da la impresión de estar molesto, como si le hubieran interrumpido en mitad

de algo importante. Dentro del apartamento se oyen voces alteradas procedentes del televisor. Sus holgados pantalones marrones, las zapatillas y la chaqueta de punto lo hacen parecer mayor. Sujeta en una mano un boleto de apuestas hípicas mientras se pasa la otra por el cabello escaso, que ha tratado de peinar hacia atrás para cubrirse la calva.

—¿Qué desea? —dice con la mirada vacía.

Konrad carraspea. En un primer momento no reconoce en absoluto al hombre del hueco de la puerta. Luego, sin embargo, capta algo en sus ojos, un único matiz. Si le sustraes treinta años y una cantidad similar de kilos, tienes efectivamente a Gunnar. Konrad se da cuenta de que ha acertado, pero lamenta no haber elaborado un plan más detallado para conseguir que lo deje pasar.

—Eh... ¿Es usted Gunnar Nilhem?

—Sí, pero si lo que intenta es venderme algo, no me interesa.

Parece tener la intención de cerrarle la puerta en las narices, así que Konrad debe darse prisa.

—¡Espere!

El otro se detiene, pero sigue mirándolo fijamente, más curioso que hostil. Konrad le tiende la mano, pero Gunnar se limita a contemplarla con desdén, como si fuera un bicho asqueroso del que no quiere saber nada. Aunque tal vez lo que no desee es perderse una carrera innecesariamente.

—Me llamo Konrad Jonsson... Bueno, en el pasado Konrad Jönsson. No sé si se acuerda de mí.

La mirada de Gunnar se oscurece y los nudillos de la mano que todavía sujeta la puerta adquieren una tonalidad blanquecina. Se le escapa un resuello, pero no se mueve, en apariencia incapaz de decidir qué hacer.

Se oyen entonces pasos en el interior del apartamento y una mujer se acerca al vestíbulo. Su voz es tajante.

—¿Quién es, Gunnar? Te he dicho que no debemos comprar nada que nos ofrezcan en la puerta...

La mujer se detiene varios metros en el interior del vestíbulo. Dentro está oscuro. Posiblemente Gunnar haya echado las cortinas para evitar los reflejos en la televisión. Konrad solo ve una sombra de ella y se maldice para sus adentros por no haberse asegurado de que no estuviera en casa.

—Quería saludarle de parte de Klas —afirma en una apuesta a la

desesperada—. Dice que necesitamos hablar usted y yo.

Gunnar Nilhem muestra un aire desdichado, cual buey mortificado. Alterna su mirada entre Konrad y la insistente mujer detrás de él.

—No es nadie, cariño —anuncia finalmente a voz en grito por encima de su hombro—. Nadie en absoluto.

Su cara toma un color ceniza cuando se vuelve otra vez hacia Konrad.

—¡No lo conozco ni a usted ni a ningún maldito Klas tampoco! —ruge con los dientes apretados.

Y sin más cierra la puerta de un portazo.

Maria vive en un apartamento de dos estancias que subalquila. Lo recibe con un fuerte abrazo y un beso en la mejilla, que casi ruboriza a Konrad. Hace varios meses que no se ven e, igual que la última vez y la anterior, se queda asombrado de que ya sea una mujer adulta. La rodea un aroma a flor de manzano y tiene el pelo mojado como si se acabara de duchar. Konrad ha traído dos botellas de tinto portugués que ha comprado en la tienda estatal de la plaza Kungsholm.

—He salido a correr antes de que vinieras —le dice, dándole luego una palmadita en el estómago—. Tú también deberías pensar un poco en tu forma física, papá. Uno se siente estupendamente después.

—¿Te parece que estoy gordo?

—No, pero un poco más de músculo no te vendría mal.

Maria le muestra rápidamente el apartamento, que no está amueblado como él se había esperado. Un ostentoso sofá de cuero negro, una raída piel de cebra sobre la pared, varios bongós y un espejo de grandes dimensiones montado sobre la cama de matrimonio del dormitorio. Solo la estantería es de Ikea. Konrad examina los títulos de los libros mientras espera que su rubor remita: Pamuk, Dostoyevski, Naomi Klein y grandes cantidades de bibliografía jurídica.

Maria le comenta para su alivio que no es ella quien ha elegido la decoración interior.

—Se lo alquilo al chico de Gambia del que te hablé. Superbarato. Es músico. Me parece un poco vulgar, pero qué demonios, no estoy aquí tan a menudo. Ya sabes que cuando no voy a clase trabajo en el bar de Odenplan. Y

además duermo con bastante frecuencia en casa de Niklas.

¿Niklas?

De un manotazo disipa la curiosidad de Konrad, como si acabara de soltar un detalle del todo intrascendente.

—Mi novio o, bueno, no sé cómo llamarlo. Y no estoy enamorada, si es lo que quieres saber.

Dibuja una enorme sonrisa y Konrad piensa que la energía de su hija lo agota. ¿De dónde habrá sacado todo ese ímpetu con un padre y una madre como los suyos?

Mientras Maria va a buscar un colchón en el ropero y prepara una cama sobre el suelo, debajo de la piel de cebra, Konrad se da una ducha. Advierte en ese momento la presencia de dos cepillos de dientes en el vaso sobre el estante del lavabo. Durante largo rato deja que el agua helada azote su piel, tras lo cual se seca con una toalla de felpa impregnada con el olor de su hija. Se echa un vistazo en el espejo y lo que ve no le gusta. Tiene razón. Debería llevar una vida más sana, reflexiona.

Cuando sale del aseo Maria ya está lista. Se ha recogido el pelo con una goma verde en la nuca y se ha puesto lápiz de ojos. Una camisa de lino blanco sobre unos vaqueros desgastados.

—He reservado mesa en un bar de tapas de Fleminggatan —anuncia mientras se enfunda las botas.

Un momento más tarde están sentados el uno frente al otro en la pequeña terraza del restaurante. Anochece y una luz amarilla irradia por las ventanas. Están rodeados por un suave murmullo. Hay gente en todas las mesas, tanto fuera como dentro. Maria se ha apresurado a pedir una jarra de barro de sangría, que ya casi se han terminado.

—¡Prueba a llamar de nuevo! —le reclama con entusiasmo mordiendo acto seguido un gajo de naranja.

Desde el mismo instante en que cerraron la puerta de su apartamento le ha estado extrayendo todo los detalles en torno al asesinato de Herman y Signe, así como sobre sus averiguaciones en relación a Agnes. Para Maria parece tratarse más bien de un apasionante enigma de novela policíaca. Da la impresión de estar firmemente decidida a ayudarlo en su resolución.

—Una última vez —dice Konrad cogiendo el móvil.

—Toma mejor el mío.

Konrad la mira con cara de no comprender.

—¡Si no, va a reconocer tu número en la pantalla, tontaina!

—Mmm...

Por quinta vez desde la fallida visita de primeras horas de la tarde a Sundbyberg, Konrad saca el papelito de la cartera y marca el número del móvil de Gunnar Nilhem. La primera vez estaba todavía en la calle, delante del edificio, frustrado y decepcionado. Entonces la llamada se interrumpió nada más anunciar su nombre. Después las señales han estado sonando sin que nadie respondiera. Pero alguna vez Gunnar tiene que estar solo...

Se oye un sordo chirrido en el teléfono seguido de una voz.

—Gunnar Nilhem al habla...

Konrad mira rápidamente a Maria, que permanece completamente inmóvil y atenta en la esperanza de poder oír algo.

—¿Está solo ahora, Gunnar?

Un silencio susurrante. Una respiración pesada. Una espera. En esos momentos comienzan a marcharse entre risas los comensales de la mesa contigua y Konrad por un instante no sabe con certeza si su interlocutor continúa al otro lado de la línea.

—Sí...

—Necesitaría que nos viéramos, Gunnar. Hay un asunto importante que deseo hablar con usted.

—¿Y de qué se trataría?

Su voz está llena de recelo, pero al menos no cuelga. Konrad mide sus palabras.

—Es un poco complicado explicarlo así, por teléfono. ¿No nos podríamos ver para tomar un café?

—No, no tengo tiempo.

¿Ponen carreras de caballos también mañana en la televisión?, piensa Konrad. Pero percibe una débil duda en el otro.

—Es acerca del pasado. En relación a cosas que ocurrieron en Tomelilla hace mucho tiempo. Supongo que ya sabe quién soy. Konrad Jönsson. Seguro que me recuerda... El... hermano pequeño de Klas.

—Pero Klas no tenía ningún hermano.

Se ha abierto un resquicio en la puerta. Gunnar admite saber por lo menos quién es Klas. Konrad llena sus pulmones con el aire de la noche. Cerca de él siente el aliento de Maria, que ha apartado las copas a un lado y se ha abalanzado por encima de la mesa para no perder detalle. Ahora lo importante es introducir el pie en la abertura de la puerta.

—Sí, su hermano adoptivo. Herman y Signe se hicieron cargo de mí después de...

Hasta ahí llega a decir cuando Gunnar lo interrumpe con brusquedad.

—¡Por lo visto es un poco duro de mollera! No lo conozco, no conozco a Klas y jamás hablaré de Tomelilla. Si me vuelve a llamar una sola vez más, lo denunciaré a la policía por acoso. ¿Lo ha entendido?

La llamada se corta. Konrad suspira resignado y deposita el móvil sobre la mesa.

—Ha faltado poco, ¿no es cierto? Daba la impresión de que casi lo tenías en el bote —señala Maria colocándose el teléfono en el bolsillo de los vaqueros.

Konrad la observa fijamente con gesto inexpresivo. Quizá tenga razón. Es posible que Gunnar estuviera a punto de abrirse. Un cangrejo ermitaño que se asoma fuera de su estrecho caparazón, angustiado, pero, a fin de cuentas, tentado a salir. Ahora parece como si se hubiera encerrado en lo más profundo de la oscuridad, firmemente resuelto a no moverse de ahí hasta morir. Se le antoja inútil intentar llamarle más veces.

—En cualquier caso has podido confirmar algo —afirma Maria, pensativa—. Ese tal Gunnar siente miedo. Muchísimo miedo. ¿Qué motivo podría haber para ello si no tuviera nada que ocultar?

—Pareces ya una abogada —sentencia Konrad, que no puede evitar posar su mano sobre la de su hija.

Ella ríe y en un primer instante casi da la impresión de ruborizarse, aunque luego solo desborda orgullo. Vierte el culo de sangría en las copas y se bebe la suya de un trago.

—Puede que tenga razón el tipo de la cárcel de Malmö. Klas y Gunnar, y bueno, Benga también, antes de colgarse con el cable, deben saber por qué desapareció tu madre.

—Hay algo de verdad en ello —señala Konrad—. La cuestión es cómo

lograr sacarla a la luz...

Aparece justo entonces la camarera con su comida. Embutidos españoles, mejillones y gambas al ajillo. La chica enciende una velita en una pequeña campana y descorcha una botella del mismo tinto portugués que Konrad compró pocas horas antes. Brindan y a continuación comen y beben en silencio durante un rato.

Konrad la interroga sobre sus estudios de derecho. Por lo visto, le van bien. Maria empezará a trabajar en un bufete nada más finalizarlos, asistiendo a mujeres víctimas de violaciones y malos tratos contra todas las penalidades del mundo. Se informa también sobre su trabajo extra en el restaurante y su hija sentencia que no tiene ningún problema para compatibilizarlo. Hay que ganar dinero, porque la ayuda estudiantil no alcanza para mucho. Además, se está planteando la posibilidad de hacer una pausa de un año para irse a recorrer Asia.

—Como todos los que quieren explorar sus secretos interiores — prorrumpe en una risa.

¿Y qué pasa con el tal Niklas? Su hija insiste en que no forma parte de su plan vital. Poco después la conversación va decantándose de nuevo hacia los acontecimientos de Tomelilla. Resulta inevitable.

—Todas esas personas... —inicia Maria con un aire súbitamente grave—. Nunca me has hablado de ellas. Tus años en alta mar, cómo fue cuando nací y era pequeña, tu vida en Berlín y tus periplos por el mundo como periodista... De todo eso conozco bastante. Incluso de Sonja. Pero no sé ni una pizca acerca de tu infancia.

Su voz tiene un punto de amonestación, o al menos así suena a oídos de Konrad. De repente parece casi como un eco de su madre. Konrad no quiere fingir al respecto, pero se avergüenza y es consciente de que le debe una respuesta. El vino ha dado cierto brillo a los ojos de su hija, que los tiene muy abiertos y no lo sueltan ni por un segundo.

—Probablemente he intentado reprimir todo eso, sobre todo ante mí mismo.

—Pero tarde o temprano vuelve a salir a la superficie, ¿verdad?

Él asiente con la cabeza.

—Tienes razón. Antes o después el pasado siempre te alcanza —admite

con voz débil.

Permanecen en la mesa de la acera del restaurante español hasta la hora del cierre. Hace una noche tibia, como todas las demás de ese verano. Escuchan durante un rato la voz de Billie Holliday que brota de los altavoces colgados en una pared del interior. El tráfico de la calle ha disminuido. Un borracho que lleva a remolque un carrito desvencijado con cascotes de botellas pasa tambaleándose junto a ellos mientras refunfuña algo. Luego escupe en el suelo y desaparece a la vuelta de la manzana.

Konrad pide otra botella de vino portugués y le habla a su hija de toda las cosas que han ocupado su mente en las últimas semanas: de su añoranza de esa sombra que es Agnes; de Herman y Signe, que nunca pidieron nada a la vida y que, quizá, justo por ese motivo, tampoco esta les dio mucho; y de Klas, el hijo único, que fue su verdugo durante tantos años. Konrad le refiere todas las aventuras con Sven, pero también su propia traición.

—¿Traición? —responde ella sin comprender y apoya su mano sobre la del padre llegados a este punto del relato—. ¿Por qué traición?

Konrad suspira y comenta que es difícil de explicar. ¿No ha de considerarse una traición el hecho de desaparecer de repente? ¿Abandonar a su destino a ese bicho raro desvalido?

—En mi opinión, no parece tan desvalido —objeta Maria.

Bueno, en cualquier caso así lo siente Konrad.

Ella se da por satisfecha con esa explicación y le pide con un gesto que continúe.

Konrad pasa a hablarle entonces de su regreso a Tomelilla y de las sospechas de la policía, que lo tuvieron al acecho. Describe al excéntrico Örjan Palander y a su casera Gudrun Verneresson, que resultó ser la mismísima trabajadora de los servicios sociales que casi cuarenta años atrás, con mano firme, lo había depositado junto a la mesa de la cocina en la casa de Eternit de color gris sucio perteneciente a Herman y Signe. Y le comenta a su hija lo del senil comisario Kurt Nilsson, un viejo nazi que avivó sus recuerdos reprimidos sobre un tatuaje grisáceo en el antebrazo de Agnes.

Cuando Konrad calla se encuentran solos en la terraza. Al otro lado del ventanal, la camarera está recogiendo las últimas mesas. Maria lo ha escuchado un buen rato sin interrumpirlo. Su hija se reclina sobre el respaldo

y se pone a examinarlo a través del farolillo flameante.

—¿Qué pasa? —pregunta él finalmente.

Ella ríe sin dejar de mirarlo como auscultando sus intenciones.

—Gertrud —contesta.

—¿Qué?

—Solo la has nombrado de pasada —indica Maria.

Konrad siente como una especie de estremecimiento caliente recorriéndole la columna vertebral. Se ruboriza como un adolescente por segunda vez delante de su hija y agradece a la oscuridad su protección. Konrad se da cuenta de que comprende perfectamente la situación.

—Me encantaría conocer a alguien de tu pasado —afirma con una sonrisa retadora—. O de tu futuro...

La cuenta ya espera en un platito sobre la mesa. Konrad pone ocho billetes de cien y coloca una copa sobre el dinero para que no salga volando con un golpe repentino de viento. Bosteza luego aparatosamente y se levanta con rapidez.

Paseando a través de la noche en dirección al apartamento de Maria, Konrad se siente embriagado, pero, a pesar de todo, bastante feliz.

33

Sus zapatos de hacer footing están en el fondo del maletero del Opel, estrujados y deformados por el uso. La última vez que los tuvo puestos fue seguramente en Berlín, y de eso hace ya bastante.

Desprenden un olor seco, a goma endurecida con un toque agrio a suciedad y a sudor antiguo de pies. Konrad cree ver una mirada acusadora en sus zapatillas de deporte como la de una perra vieja desatendida y con mal aliento. Los sujeta bajo el brazo y cierra de un golpe el maletero.

El cuarto que alquila a Gudrun Vernersson, dos pisos más arriba que Gertrud, sigue siéndole extraño. De hecho, no es mucho mejor que una habitación de un hotel cochambroso. Deja las llaves sobre el estante de la entrada y mira descontento a su alrededor. La cama está sin hacer y las sábanas que le han prestado, descoloridas y arrugadas. Los horrorosos cuadros de Gudrun continúan sobre la pared: una niña llorando en un barrizal y una pintura al óleo gruesa y pegajosa que representa a un faisán macho. Ni siquiera ha quitado de en medio las figuritas de porcelana de duendecillos bailarines y sílfides. Al ver su ordenador sobre el escritorio le remuerde la conciencia. Konrad echa una ojeada a las dos maletas abiertas sobre el suelo de cualquier modo.

Se deshace de la mochila y las zapatillas de deporte y hurga en ese barullo en busca de algo que ponerse, hallando finalmente un par de pantalones cortos

descoloridos y una desastrada camiseta en la que puede leerse «Singha Beer». Konrad suspira para sí mismo. Las palabras de Maria resuenan aún en sus oídos: «Tú también deberías pensar en tu forma física, papá». Ahora se va a enterar esta, piensa.

Siente el cuerpo torpe y las piernas rígidas como un par de trozos de madera reseca. En el exterior del portal duda sobre la ruta que debe emprender y comienza a trotar lentamente en dirección al centro de la localidad. Atraviesa la vía del ferrocarril y pasa junto a la iglesia y el salón parroquial. Le sienta bien moverse después del largo trayecto en tren desde Estocolmo. Aunque está a punto de anochecer, el aire es todavía sofocante y tras solo un momento ya suda abundantemente.

En el exterior del asilo de Byavång hay un viejo en silla de ruedas fumando. Una asistente que espera impaciente en la sombra que difunde la pared del inmueble mira agobiada el reloj y se aparta el humo de la cara. El anciano sostiene pensativo la mirada en el horizonte, ajeno al tiempo. Konrad piensa en Kurt Nilsson ahí dentro. ¿Habrà hablado a alguna otra persona sobre su pasado?

Después de cruzar Ystadsvägen encuentra un camino más pequeño que se interna entre los cultivos. Su nombre es Ödemarksvägen, según indica una señal torcida. No tiene muy claro adónde lleva, pero el asfalto daña los tendones, piensa Konrad. La tierra debe de ser menos perjudicial, aunque la sequía tiene que haberla compactado. Toma entonces el camino y aumenta ligeramente el ritmo mientras se dirige a la primera granja. Los campos de trigo que lo envuelven ya huelen a polvo. El aroma aceitoso y dulzón de la colza, anunciador del verano, hace tiempo que se disipó.

Justo cuando llega a la granja y pasa entre la vivienda de ladrillo y el granero, cuya puerta semipodrida amenaza con desprenderse en cualquier momento de sus bisagras, oye un sordo gruñido, seguido de un furioso ladrido. Vuelve la cabeza y ve un pastor alemán, grande como un lobo, que se aproxima al galope hacia él con sus colmillos al descubierto.

Konrad se detiene en seco. En la fracción de un gélido segundo se le hiela el sudor de la espalda y se le eriza el pelo de la nuca. El perro despega del suelo a varios metros de él y se lanza como un misil viviente hacia su cuello. ¡Joder! Instintivamente levanta un brazo para protegerse, ve el brillo sediento

de sangre en los ojos de la bestia y se prepara para el intenso dolor de las fauces cerniéndose sobre su brazo con los dientes penetrando en su carne.

En ese justo instante se interrumpe el vuelo del can, que se sacude repentinamente al estirarse la cuerda de nailon azul en toda su longitud. El ataque se frustra con un tirón y el pastor alemán cae de cabeza sobre el suelo, a menos de un metro de Konrad. Es un milagro que el animal no se haya partido el cuello.

Konrad retrocede asustado y mira despavorido a la bestia malparada, la cual se ha recuperado de inmediato y lanza ahora unos ladridos salvajes.

—¡Quieto, Bessie!

El perro calla, se sienta obediente en guardia y se relame impaciente el hocico. Parece decepcionado. Tiene a Konrad justo fuera de su radio de acción.

Un hombre se desprende de las sombras del interior del granero y se aproxima con calma a la argolla encastrada en los fundamentos del inmueble, donde está amarrada la cuerda. ¿Acaso pretende soltar a ese diablo?

—Acaba de tener una suerte prodigiosa.

Es un joven flaco de rostro alargado parcialmente oculto bajo una gorra. Al subirse la visera a la altura de la frente, desviando la sombra que le cubría los ojos, Konrad se percata de que es más joven de lo que parecía en un primer momento. Su mugriento mono de trabajo se pierde en un par de gigantescas botas de goma.

—Solemos tener suelta a Bessie —explica con una sonrisita—. Como perro guardián. Uno nunca sabe la gente que puede venir por aquí hoy en día.

Konrad siente cómo su miedo va transformándose en indignación. La cuerda del pastor alemán alcanza de sobra para llegar hasta el camino de tierra. Si hubiera corrido un poco más lento se habría convertido en carne perruna.

—¿Es que está mal de la cabeza? Ese perro es un verdadero peligro. Asegúrese de mantener a esa maldita bestia alejada de la vía.

Algo se mueve al otro lado de una ventana. Se adivina la cara de un pequeño, bastante pálido, a juicio de Konrad. Y con los ojos muy abiertos. Pero quizá se trate solo de imaginaciones suyas. Resulta difícil discernir si es niño o niña.

Al granjero parece seguir divirtiéndole la situación. Escupe al suelo e introduce el puño en el bolsillo del mono para sacar una cajita.

—¿Quiere un poco de *snus*?

Le tiende el envase y vuelve a sonreírse con socarronería, bien consciente de que Konrad debe internarse en el radio de ataque del perro para recogerlo.

Konrad niega con la cabeza, se da la vuelta y reanuda su trote, ahora sobre piernas ligeramente temblorosas. A sus espaldas oye al campesino reírse solo y luego una puerta que se cierra.

El camino de tierra continúa un tramo por los campos, pero tras poco más de un kilómetro desemboca en la carretera que une Ystad con Kristianstad. Konrad tuerce en dirección norte y al llegar al circuito de *rallycross* de Svampakorset vuelve a girar al este, hacia el núcleo urbano. Las piernas comienzan ahora a resentirse. El sol ya ha bajado, pero sigue quemándole la nuca. Konrad lamenta no haberse llevado algo para la cabeza. Desde hace un buen rato tiene la camiseta empapada y pringosa.

Sin embargo, en lugar de reducir el ritmo, se ve asaltado por un deseo irreprimible de aumentar la velocidad. Aunque tiene las piernas entumecidas y le duelen las pantorrillas, intensifica implacable su marcha hasta correr más rápido de lo que él mismo creía posible. Siente el sabor a sangre en la boca como un castigo placentero. Los oídos empiezan a zumbarle y los vehículos con los que se cruza en la carretera de acceso se transforman en estruendosos monstruos. A Konrad le ciegan el sudor y las lágrimas. Le escuecen los ojos y sus pulmones no tardarán en chillar en señal de protesta.

Correré hasta desplomarme, resuena en su cabeza. Correré hasta morir.

Después de coronar la loma de la universidad popular, acrecienta, una vez más y contra todas las leyes de la naturaleza, su ritmo. No debería tener más reservas de las que tirar, pero con la condena a muerte autoinfligida tronando en su cerebro, Konrad franquea a toda pastilla el puente sobre la vía del tren como si fuera un poseso. Pasa junto a los baños de Vålabadet jadeando cual locomotora y por poco arrolla a una vieja que acaba de comprar bollos de canela en la confitería Reiman. Los últimos cien metros que lo separan de la casa en Östergatan los remata con un sprint que le vacía por completo. Entra atropelladamente por el portal y se tira de cabeza sobre el césped bajo el ciruelo.

Todo está en silencio.

El cielo encima de Konrad va adquiriendo una tonalidad azul más oscura. En las alturas flota una nube, una patética nube, pero al fin y al cabo la primera que aparece en varias semanas.

Konrad yace boca arriba sobre la hierba, sin saber a ciencia cierta en qué mundo vive. Observa la transformación de la nube. Es un pulpo en el mar, una ovejita que da balidos, un avión rechoncho, un oso polar cazando...

Entonces pasa a ser una cara humana, con nariz y orejas prominentes. La nube parece oscurecerse. Es un hombre viejo, ve ahora, y en la profundidad del vapor adivina un par de ojos cargados de maldad. Un escalofrío estremece a Konrad sobre la hierba. Más tarde, las moléculas de agua vuelven a moverse y la cara se suaviza. Se dibuja ahora una mujer joven, que da la impresión de estar medio girada, durmiendo. Konrad siente el dolor que la aflige en lo más profundo de su corazón.

Cuando abre los ojos no tiene ni la más remota idea del tiempo que ha estado ausente. Se ha hecho prácticamente la oscuridad a su alrededor y en dos de las ventanas del segundo piso resplandecen lámparas de color amarillo. En un primer momento no comprende en absoluto de quién es la mano que reposa sobre su frente. Atraviesa fugazmente su mente una vieja reminiscencia de una noche febril muchísimos años atrás.

¿Agnes?

Luego oye su risa.

—Empezaba a creer que estabas muerto.

Gertrud está sobre el césped, sentada detrás de él pero ladeada. Su rostro planea encima de la cabeza de Konrad, efímero como un encantamiento. Percibe su mano ligera y fresca.

—Me siento como si estuviera muerto.

Gertrud se acuesta sobre la hierba junto a él, con la cabeza sobre su camiseta calada de sudor, ya frío.

—¿Qué has hecho?

—Correr...

—¿Lejos de quién?

—De un perro, entre otras cosas. De un enorme y jodidamente furioso

pastor alemán que pretendía hincarme el diente.

—¿Lo dices en broma?

—No.

Konrad le relata su huida del animal y del granjero. Se da cuenta de que todavía tiene el cerebro un poco espeso.

—¡Qué curioso! —señala ella—. Creo que nunca he pasado por esa granja.

—Yo tampoco.

—Hay tantos lugares solitarios por esta zona. Uno piensa que se conoce la comarca, pero, de repente, dando una vuelta en bicicleta o paseando a pie, te puedes encontrar delante de una casa que no sabías ni que existía.

Konrad la acerca hacia su cuerpo solo para sentir su calor. La nube se ha esfumado del cielo, o tal vez simplemente ya no la pueda ver ahora que el universo se ha vestido de su azul más intenso. La ropa de Gertrud tiene cierto tufo a comida. Debe de haber venido directamente del hotel.

—Es extraño —agrega Konrad—. Del último kilómetro no recuerdo absolutamente nada. ¿Se puede correr estando inconsciente?

—Que yo sepa, no.

Gertrud ríe en su axila.

—El cadáver deportista. Ese sí que sería un buen tema de chismorreos aquí en el pueblo.

Permanecen tumbados en silencio sobre la hierba, respirando el aire de la noche. El dolor de sus pulmones ha desaparecido, pero Konrad siente todavía el cuerpo extrañamente aletargado, como si lo hubieran amputado de sus sentidos.

—No era solo del perro de lo que escapabas, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir?

—Exactamente eso —insiste—. Que no era únicamente esa bestia sanguinaria lo que te querías quitar de encima.

—¿Qué otra cosa podría ser?

—Dímelo tú...

En el fondo sabe que tiene razón. Todas ellas le soplaban en la nuca cuando se lanzó a ciegas por el camino como un loco huyendo del manicomio. Es decir, las sombras del pasado. Esos fantasmas que no dejan de acecharlo

por la noche.

—La otra noche te oí gritar en sueños —comenta Gertrud—. ¿Lo sabías?

—No...

—¿Quién te perseguía?

—No lo sé... Durante bastante tiempo fue Mahmud quien se me aparecía en los sueños. Por aquel entonces siempre sentía que lo traicionaba.

Gertrud acomoda la cabeza sobre el brazo de él.

—¿Fue así verdaderamente?

No contesta.

—¿Qué es lo que sucedió?

Konrad eleva su mirada hacia la infinita oscuridad. El espacio, curiosamente, se encuentra en cierta manera tan cerca... Un murciélago pasa volando silencioso junto a ellos y una estrella fugaz se precipita en el cielo. Se siente ingrátido y, cuando empieza a hablarle de Bagdad a Gertrud, es como si las palabras solamente fueran imágenes dentro de su cabeza.

—Mahmud tenía unos cuantos años menos que yo, pero lo conocía bien. Como un amigo, podría decirse. Era jordano y habíamos trabajado juntos bastante en Oriente Próximo. Verdaderamente, una persona con soluciones para cualquier cosa. Lo conocía todo y a todo el mundo. Una vez fuimos a parar a una calle donde no tendríamos que haber ido. Estaba haciendo un reportaje para una revista alemana. Sobre la vida cotidiana en el infierno, o algo por el estilo. Sabíamos que era un barrio peligroso, pero pensamos que si hacíamos el trabajo rápido, el riesgo no era tan grande. De repente aparecieron, simplemente. Con la cara oculta. No sé ni siquiera quiénes eran. Gritaban y daban voces agitando sus Kalashnikov al aire. Mahmud trató de traducir, pero la cosa iba tan rápida que nunca llegué a enterarme de lo que pasó. Y cuando nos vendaron los ojos todo se volvió negro. Yo estaba aterrado. Nos empujaron y zarandearon. Luego nos quitaron teléfonos móviles, cámaras y billeteras, aunque yo había escondido la mayor parte de mi dinero bajo un tablón del suelo del hotel. Entonces nos arrojaron a un coche y estuvimos un buen rato dando vueltas por carreteras llenas de baches, hasta que se detuvo el vehículo. Nos metieron a continuación en un edificio, donde nos pusieron a la fuerza de rodillas sobre un suelo muy duro y comenzaron a darnos patadas y a gritarnos. Sobre todo a Mahmud, que era el único que sabía

árabe. Por las palabras que este consiguió pronunciar, comprendí que estaban descontentos y que pretendían utilizarnos como rehenes. Querían saber para quién trabajábamos, a quién podían extorsionar. Le dije que les diera los nombres de la gente del periódico y que les mostrara todos nuestros documentos, pero no solo no quedaron satisfechos con eso, sino que los exaltó y enfureció aún más. De repente se hizo el silencio alrededor de nosotros y cesaron las patadas y los golpes. Solo podía oír murmullos y susurros, que más tarde se interrumpieron del todo. Fue entonces cuando comprendí que tenían la intención de matarnos.

Konrad oye la respiración de Gertrud muy cerca de sí y siente el olor a sudor y a miedo. El aceite de las armas. El sulfuroso hedor de la sangre fresca que en breve hará acto de presencia. Oye un ruido metálico de alguien que se apresta a disparar una pistola.

—En ese momento... —confiesa Konrad en voz baja—. En ese momento rogué a Dios que dispararan primero a Mahmud.

Gertrud no dice nada, pero percibe en ella un ligero movimiento.

—Y Dios atendió mi súplica. Lo ejecutaron. Y por algún maldito e inexplicable motivo me dejaron vivir a mí.

Ambos permanecen callados un largo instante. Oyen el acelerar de un vehículo al otro lado del portal y cómo va muriendo el sonido. ¿Por qué no hay ningún mirlo gorjeando junto al canalón, como tiene que ser?

Gertrud se incorpora en ese momento. No es más que una sombra negra encima de él, pero sus ojos resplandecen como estrellas recién iluminadas.

—Tratas de escapar, ¿no es cierto? Pero tal vez debieras detenerte y mirar hacia atrás.

Konrad sabe que lleva razón.

—Primero fue solo Mahmud —dice él—. Pero luego, después de ocurrir todo esto, son también todos los demás. Veo a Maria acusándome en sueños como nunca lo ha hecho en la vida real. ¿Por qué no me esforcé en cuidar mejor de ella? A Sven lo diviso con los ojos entornados reprochándome desde detrás de sus gafas. A ellos se unen otras personas que han venido y desaparecido. Y Herman y Signe, con su apariencia de mascotas atormentadas. ¿Por qué no me puse nunca en contacto con ellos? Hubiera sido tan fácil hacerlo...

Gertrud suspira hondamente.

—Probablemente tendrías tus razones... Todos las tenemos.

—Puede ser...

Ve a Gertrud volverse hacia el cielo, como buscando alguna cosa, quizá la luna que en breve debería aparecer.

—Cuando huyes de algo, primero te pones a correr a ciegas —señala—. Pero al final no queda otro remedio que detenerse. En el momento en que has encontrado un lugar donde te sientes lo suficientemente seguro como para atreverte a contemplarte a ti mismo en el espejo.

—Estoy pensando en Agnes —dice Konrad—. ¿Crees que tuvo algún sitio adonde huir?

El rostro de Gertrud permanece completamente inmóvil.

La mujer no dice nada durante todo el programa de televisión. Se limita a estar ahí con sus malditos boletos de bingo delante mientras contempla como hipnotizada el estúpido recitado de cifras. Ese chupeteo con la lengua al introducirse mecánicamente en la boca, como si fuera un robot, los bomboncitos que hay en el cuenco, sin perder ni un segundo de vista la pantalla, le produce escalofríos y, aunque con frecuencia ha pensado en pedirle que no sorbiera como una condenada, nunca se ha atrevido a hacerlo. Y luego están esas ridículas zapatillas de andar por casa con los enormes pompones de color rosa, sus *conejitos*. Las detesta, pero tampoco es un jodido motivo para quitarse la vida.

En cualquier caso, al terminar el bingo se levanta del sofá, se estira ostentosamente y murmulla algo indeterminado del estilo «voy a tomar un poco el fresco». Ella le echa una mirada recelosa, coge el mando a distancia y cambia de canal hasta llegar a un programa en el que varias personas adultas juegan a las adivinanzas. Unas ráfagas de carcajadas histéricas lo acompañan hasta el vestíbulo.

Se pone la fina cazadora y se palpa el bolsillo interior para comprobar que sigue la carta ahí. Luego cierra la puerta de entrada sin despedirse. Esa idea ni se le pasa por la cabeza.

El garaje del sótano está fresco. Huele a polvo y a gasolina derramada. El Volvo se encuentra en su sitio, al fondo de la esquina. Su contemplación lo

tranquiliza. Arranca el motor, sale con él a la calle y conduce al tuntún hasta divisar un buzón instalado en la pared de un inmueble. Considera que está lo suficientemente alejado. No es que se haga ilusiones de que el destinatario no vaya a entender quién le envía la carta, pero lo más seguro es no dejar ninguna pista.

Sale del coche y se llena los pulmones del aire nocturno. Por primera vez esa noche se ve asaltado por la duda, pero logra desembarazarse de ella. Tendría que haber hecho esto hace mucho, piensa. Es simplemente lo justo. Al final quizá fue para bien que el pasado volviera a emerger y poder uno comportarse con cierta honradez. Tal vez esto sirva para aplacar la conciencia. Que sea lo que Dios quiera. ¡Joder, qué gris es la vida!

Se coloca seguidamente sus guantes de cuero y se saca la carta y las gafas de leer del bolsillo. Luego abre el sobre previamente franqueado. Se da cuenta de que la letra parece un poco titubeante, lo cual puede atribuirse al hecho de que la escribió a escondidas, encerrado en el cuarto de baño mientras Lisbet preparaba la cena. Pero se ha esforzado por emplear un lenguaje digno. Gunnar no recuerda la última vez que escribió una carta. Es decir, de carácter privado. No se puede comparar con las misivas enviadas desde la oficina de la Seguridad Social.

Konrad Jonsson: Lo que ocurrió hace casi cuarenta años en Tomelilla me ha estado atormentando toda la vida. En el valle de Fyledalen, tres kilómetros al sudeste de Röddinge, el camino de tierra hace una curva y recorre transversalmente el valle, pasando luego por el arroyo y la vía del tren...

El sonido de unos pasos que se acercan lo sobresalta. Una mujer se aproxima hacia él por la acera. La reconoce vagamente. ¡Mierda! Espero que no sea nadie de la oficina... Pero la mujer pasa sin mirarlo. Sin leer las últimas líneas, lame y cierra rápidamente el sobre, lo introduce en el buzón y se apresura en volver al coche.

Al abrir la puerta del apartamento vuelve a oír las risotadas procedentes del televisor. Lisbet sigue sentada en el sofá, el cuenco de bombones está ahora casi vacío y los boletos de bingo se encuentran en el suelo, hechos una

bola.

—¿No has ganado nada?

—No...

—Bah, no importa...

Él va a la cocina y coge una cerveza del frigorífico. Luego la abre y se deja caer en el sofá junto a ella, frente al televisor. La mujer le lanza una mirada pasajera.

—¿No vas a utilizar un vaso?

Gunnar Nilhem emite un hondo suspiro y vuelve a levantarse, pero advierte que ya no tiene tensos los músculos de la mandíbula.

—Y un posavasos, para no dejar manchas en la mesa.

Una vez que ha vuelto al sofá, la mujer le da una palmadita en la mejilla. Y comienzan los deportes.

34

Aún siente la sal de Gertrud en los labios cuando suena el teléfono. Pasan cinco señales antes de que alguno de los dos reaccione. Medio dormido, Konrad nota que Gertrud se estira en busca del auricular. Toquetea torpemente, se aclara la garganta y logra articular un amodorrado «¿diga?». La sábana se le ha escurrido de los hombros y su cuerpo irradia calor. Suaves rizos descienden entre sus omoplatos. Él aprieta la cara contra su columna vertebral.

—Es para ti —dice pasándole el auricular.

Konrad lo coge con poco entusiasmo.

—¿Por qué ha apagado el móvil?

La voz es apremiante, casi recriminatoria. Se trata de Palander, que jadea, como de costumbre. ¡A ti qué coño te importa! desea contestar Konrad, y arrojar luego el aparato al suelo. En su lugar masculla algo apenas inaudible acerca de la batería, que no parece interesar mucho a Palander.

—Han ocurrido cosas —apunta.

—¿Qué cosas?

—¿Está despierto?

Konrad se incorpora en la cama.

—Claro que sí...

Konrad echa un vistazo por la ventana. El estor está bajado hasta la mitad.

Parece que fuera aún está oscuro. ¿Qué hora puede ser? Sobre el suelo reposan dos copas de vino vacías.

—Una fuente de la policía me acaba de comunicar algo. Han examinado el teléfono móvil de Feriz con su operador. El relato de esa chica, Fatima, es correcto. Su hermano habló por teléfono a la hora en que indicó que lo había escuchado a escondidas. Y no con cualquier persona...

Palander se detiene, como si disfrutara teniendo en vilo a Konrad.

—¿Con quién?

—Con Sigge Möller.

—¿Se supone que debo saber quién es?

—Es un notorio delincuente de Malmö. Suele actuar en torno a la plaza Möllevång y se dedica a un poquito de todo: drogas, robos, estafas y demás fechorías. No es uno de los grandes, pero tiene una larga lista de antecedentes penales. Entre otras cosas, ha estado en la cárcel en tres ocasiones por tenencia ilícita de armas. Cuando alguien de los bajos fondos de Malmö necesita una pistola o una escopeta recortada, Sigge es el hombre al que hay que llamar. La compra y venta de pipas es su negocio estrella.

Konrad respira hondo. Su cerebro comienza a despejarse. Lanza entonces un rápida mirada a Gertrud, que se ha subido la sábana hasta la nariz y lo observa con curiosidad.

—Por tanto, eso significa...

—Que Fatima tenía razón. Su hermano era un delincuente, pero no un asesino. Compró la Luger que encontraron en el pozo como muy pronto dos días después del asesinato de Herman y Signe. ¡Aleluya, y que la paz sea con él!

—En ese caso tiene que haber sido...

Palander vuelve a interrumpirlo.

—Efectivamente. Tiene que haber sido otra persona la que asesinó a sus padres adoptivos.

—¿Y ese tal Möller...?

—Ni idea. Según mi fuente nunca ha sido condenado por asesinato. De hecho, jamás ha figurado como sospechoso. Pero la policía va a interrogarlo, si es que no lo han hecho ya.

—¿Me mantendrá informado?

—«Confíe en mí, hermano», que diría aquel. Conocerá lo que Sigge Möller le cuenta a la policía incluso antes que los fieles lectores del *Ystads Allehanda*. Espere..., eh..., mañana... *aparesherá... en todosh losh cartedesh anunshiadoresh...*

La voz se difumina en un pastoso masticar.

—¿Está comiendo algo?

Konrad oye a su interlocutor tragar con las fauces llenas.

—Es solo una hamburguesa. Mi almuerzo.

—¿Su almuerzo?

Palander carraspea y se oye el borboteo de un líquido discurriendo por su gaznate. Luego su voz se vuelve como de costumbre.

—Lo lógico es que Sigge Möller no cante en un primer momento —expone—. Es decir, puede ser él quien disparó a Herman y Signe, pero no lo creo probable. Y, en ese caso, es el nombre de un asesino lo que la policía tiene que sacarle.

Gertrud se encuentra de espaldas a él, desnuda, y mira a través de la ventana. Ha subido el estor, pero la habitación no se ha iluminado. Los girasoles de Van Gogh modulan sus tonalidades amarillas sobre una pared gris. Hay ropa tirada en el suelo.

Konrad abandona la cama, se pone detrás de ella y posa las manos sobre su suave vientre. El cabello de Gertrud le hace cosquillas en la barbilla.

—¿Ves las nubes? —pregunta ella—. Está oscuro, casi como en plena noche.

—Y hay un ambiente sofocante. Probablemente se esté preparando una tormenta.

La calle bajo la ventana se halla desierta y solitaria. Hay tres coches aparcados en línea. Una bolsa de plástico vacía se desliza sobre la acera, levanta ligeramente el vuelo en un salto mortal y vuelve a aterrizar cadenciosamente en el suelo. Se abre entonces un portal enfrente. Sale un hombre ataviado con pantalones de chándal, zapatillas y una gorra con la visera hacia atrás. Echa una ojeada al cielo, inquieto, antes de montarse en el primero de los vehículos, que arranca bruscamente con un ligero derrape. Una lámpara se enciende en la ventana al otro lado de la calle y Konrad observa a

una mujer que se asoma.

—Nos vendría bien una buena lluvia para limpiar el aire —sentencia Gertrud, pensativa.

La mujer se deshace del abrazo de Konrad y se pone la bata.

—Sabía que Fatima decía la verdad —declara él.

—¿Cómo podías estar tan seguro?

Konrad se encoge de hombros.

—Quizá por intuición... Después de todo, mi trabajo consiste en calibrar a las personas.

—Mmm..

—Se ve en los ojos de la gente, ¿no lo crees?

—Pienso que tal vez sobreestimas tus facultades. Es cierto que Fatima decía la verdad, pero ¿serás capaz de detectar la mentira la próxima vez que te cruces con ella? No estoy tan segura de eso...

Konrad recoge sus vaqueros del suelo y se los pone. Después de su carrera demencial tiene las piernas rígidas como postes telefónicos. Una de las rodillas le cruje y siente sus talones de Aquiles como cuerdas de violín desgarradas. Gime y maldice en silencio su estupidez. Mientras tanto, Gertrud hace ruido con un bote.

—¡Mierda! Se ha acabado el café.

—No pasa nada. Creo que tengo un paquete en mi habitación.

Se ensarta la camisa que no llegó a desabotonar por la cabeza y abre la puerta de entrada.

—¡Uy! —oye decir Konrad a Gertrud con sorpresa en la voz—. Son más de las doce.

Tres rápidas zancadas por cada tramo de escalera, los pies desnudos sobre la piedra fría. El paquete de café está en el armario sobre la placa, justo como pensaba. Cuando se dispone a regresar a casa de Gertrud oye cerrarse el portal de abajo.

El cartero, piensa. Puedo aprovechar para vaciar mi casilla.

Encuentra dos sobres con ventanilla y, como es habitual, grandes cantidades de publicidad. Aparta los despojos sobre la encimera y se sienta en la mesa de la cocina, junto a la ventana. La oscuridad exterior imprime una sensación otoñal. Sobre la mesa hay un tarro de mermelada y un cesto con pan.

La cafetera comienza ya a hervir, contribuyendo a la acogedora atmósfera.

—No tenías que haber salido corriendo. He encontrado un paquete de café detrás del microondas —informa Gertrud mostrándole el dorado embalaje con un gesto artificioso, como si actuara en un anuncio de televisión—. ¡Tachán!

Konrad se ríe de la ocurrencia de Gertrud.

Cuando está listo el café, Gertrud lo sirve en dos tazas con caracteres japoneses y se sienta frente a Konrad. Se pone entonces seria y se rasca delicadamente la punta de la nariz con un dedo. Da la impresión de que los nubarrones de fuera han transmitido a sus ojos una tonalidad verde más profunda.

—¿Quién piensas que fue? —pregunta.

—¿La persona que disparó a Herman y Signe? No tengo ni idea.

—¿Alguien que estuviera al tanto de su premio de la lotería, que creyera que guardaban una fortuna en el cajón del escritorio?

—Tal vez. O quizá fuera una persona que simplemente pasaba por allí.

Gertrud sacude lentamente la cabeza.

—No puedo dejar de pensar en Klas...

Konrad ensaya esa idea en su mente. Naturalmente no es nueva para él, pero no lo convence. Es probable que Klas sea un tipo despótico de carácter violento, temperamental y brutal, fuerte como un buey y, al mismo tiempo, un miserable, pero Konrad recuerda lo que Leif Bogren le contó acerca de ese hijo tan ligado a la madre. Le resulta imposible imaginar a Klas obligando a Herman y Signe a ponerse de rodillas, colocándoles luego una pistola en la cabeza y volándoles los sesos.

—¿A sus propios padres? —replica Konrad, dubitativo—. No lo creo...

Gertrud cambia rápido de tema.

—¿Por qué vendió el asesino la pistola precisamente a Feriz?

—Seguramente quisiera deshacerse de ella. El tal Sigge Möller parece un sujeto habituado a manejar armas calientes y hacerlas desaparecer. El hecho de que fuera Feriz quien comprara la pistola puede deberse a una mera casualidad.

A Gertrud no parece satisfacerla su explicación. Le da un bocado a una tostada con mermelada y se pone en pie para servir más café.

—Tienes una carta —dice con el pan en la boca mientras hurga entre el

cúmulo de papel que Konrad ha metido en su casa.

—Solo son un par de facturas.

—No. Mira esto. Una verdadera carta privada. Toda una rareza en los tiempos que corren.

Gertrud le enseña un sobre blanco con aire triunfal.

—Se había colado entre el montón de publicidad —dice ella—. Lleva matasellos de Estocolmo.

Con un ágil movimiento de muñeca la lanza por el aire y aterriza en la mesa delante de Konrad.

Pone simplemente «Konrad Jonsson, Tomelilla».

—Alguien que no conoce tu dirección —apunta Gertrud—. Pero eso no es un problema. En este pueblo todos conocen a todos. En otras palabras, no hay peligro de que una carta no llegue.

—Creo que sé... —dice Konrad rasgando cautelosamente el sobre. Siente un cosquilleo en el estómago.

Salta a la vista que el texto ha sido trazado con esmero:

Konrad Jonsson: Lo que ocurrió hace casi cuarenta años en Tomelilla me ha estado atormentando toda la vida. En el valle de Fyledalen, tres kilómetros al sudeste de Röddinge, el camino de tierra hace una curva y recorre transversalmente el valle, pasando luego por el arroyo y la vía del tren. Por ahí discurre un pequeño sendero que conduce hasta la colina de la parte norte. Pegado a un muro escarpado de roca se encuentra un montículo de cuatro piedras de gran tamaño que forman una pirámide. Debajo está enterrada ella. Tu madre.

Konrad suelta la carta y mira fijamente al vacío. No aparece ninguna firma. Pero Konrad comprende.

El misterioso valle, el río que zigzagueante avanza como una serpiente a través de los prados, entre lomas pobladas de árboles. Esa tierra de aventuras donde Konrad y Sven mucho tiempo atrás podían convertirse en indios, en héroes de una guerra de las galaxias o en piratas que sembraban el terror por los anchos mares. Las huellas de los ciervos en la nieve, las inundaciones de primavera, la vía del tren, las aves rapaces que incesantemente sobrevuelan

las copas de los árboles y los oscuros escondrijos del bosque. Las casas olvidadas y en ruinas. Y, tal vez..., Agnes en la tierra negra bajo un montículo de cuatro piedras recubiertas de musgo.

Gertrud agarra la carta y la lee.

—¡Cielo santo! —exclama.

Konrad ya se ha levantado. Solo tiene un pensamiento en la cabeza. Debe dirigirse hasta allí.

—¿Qué piensas hacer? —pregunta ella, inquieta.

Konrad no responde, sino que simplemente coge a toda prisa del estante las llaves del coche, se introduce la carta en el bolsillo y mete los pies en sus zapatos sin anudar.

—¿No debería la policía...? —insiste Gertrud, pero comprende que no la está escuchando—. ¡Espera! Voy contigo.

En veinte segundos se ha desprendido de la bata y se ha puesto unos vaqueros y una camiseta. Lleva las sandalias en la mano cuando sale corriendo tras de él camino del coche.

El cielo negro es como una señal. Una condena a muerte.

Se aferra con fuerza al acero.

Está ahí plantado, como una sombra aciaga, en la linde del bosque. Respira profundamente y desea por algún motivo la tormenta. Ha de ser sucio. La muerte debe ser asquerosa y repugnante, igual que la vida lo ha sido.

¿Puede morir?

Joder que si puede morir ese viejo de mierda. A veces ha dudado, pero claro que puede morir. Como todos los demás.

Le asalta la idea de asestarle con la pala en la cabeza, de soltarle un par de escopetazos en mitad de esa jeta de autosuficiencia. Sería toda una liberación.

Echa una ojeada al bosque que tiene a su alrededor y dirige su mirada hacia el valle y el cauce del río. ¿Cómo coño he llegado hasta aquí? No tiene ni idea. Debe haber venido en coche, piensa. No conserva recuerdo alguno sobre este punto, pero le resulta intrascendente.

¿Qué es lo que lo trajo hasta aquí? Su determinación; el convencimiento de que tiene que poner punto y final a todo esto, de una vez por todas. Eso lo tiene

claro.

Alza la vista hacia las grandes aves que planean en círculo sobre las coronas de los árboles. ¿Serán buitres? Le gusta la idea de que puedan arrancar a trozos la carne de ese cabrón. Pero ¿qué mierda sabe él de pájaros?, se dice.

Prosigue entonces con su andar pesado entre los troncos, tropieza y lanza un exabrupto. Ahora ha tomado una decisión. Ya no hay vuelta atrás.

Al salir del portal se topan con una atmósfera sofocante y pesada, tanto que Konrad y Gertrud deben esforzarse por respirar. El viento se ha calmado por completo y el cielo se presenta amenazante, como el techo de una cueva a punto de derrumbarse. Gris metálico y cargado de electricidad. Parece un milagro que aún no se haya desatado el temporal.

Konrad conduce a gran velocidad por la carretera vacía en dirección a la iglesia de Benestad, tuerce hacia el sur y luego de nuevo al oeste, por una vía secundaria, hasta llegar al valle.

—Creo que sé dónde es —afirma.

—¿No sería mejor que lo dejáramos en manos de la policía? Podemos enseñarles la carta...

—Tengo que verlo con mis propios ojos —la interrumpe Konrad—. Creo que conozco el sitio que describe. Ya veremos lo que hacemos cuando lleguemos.

Ahora se siente más sosegado. Ciertamente, en su cerebro todavía resuenan pensamientos y fragmentos de recuerdos del pasado como en un enjambre de abejas. Pero ve con claridad, o al menos eso piensa. Esto hay que hacerlo y no puede esperar. Han pasado casi cuarenta años, pero aún pueden quedar huellas. Konrad debe llegar a ese lugar antes de que se borren para siempre.

Cruzan el arroyo y giran a continuación a la derecha, siguiendo el camino de tierra que recorre el lindero del bosque junto a la colina de la parte sur. En breve pasarán al lado del claro de bosque donde llevó a Fatima dos veces esta última semana. Entonces el sol abrasaba los pastos desde un cielo plenamente azul. Ahora todo está envuelto en una penumbra irreal. Tras un momento la calzada comienza a subir hacia el viejo castillo y vuelve a descender luego

rápidamente al valle. Ocultas en el bosque hay cabañas y casitas de campo, algunas de ellas remozadas por visitantes veraniegos, otras abandonadas y cubiertas de maleza y pastinaca de vaca. Pequeñas manadas de corzos aguardan nerviosos en el límite del bosque.

Varios kilómetros más adelante el camino se divide. Konrad tuerce a la derecha, cruzando la pradera y una vez más el arroyo. La sequía prácticamente ha acabado con el curso de agua, que en algunos puntos se esconde bajo el cañaveral, de modo que únicamente el telón de alisos y álamos delata su cauce.

Finalmente Konrad para en el arcén, frente a una abertura en el hayal.

Nada más salir del vehículo ambos levantan la vista e inspeccionan al mismo tiempo el manto de nubarrones. Un ruido sordo los advierte y una racha de viento barre con un traqueteo las copas de los árboles por encima de sus cabezas. Luego vuelve a imponerse el silencio.

Justo cuando Konrad va a internarse en el bosque, la mano de Gertrud sobre su hombro lo detiene. Un perro marcha hacia ellos un tramo más adelante por el camino de tierra. Se bambolea nerviosamente y va olisqueando el arcén. Es un chucho sarnoso. Y conocido de él. El perro sin amo del cementerio. Los dos lo siguen con la mirada. ¿Qué estará buscando? Una decena de metros después, el animal se para en seco, como si no los hubiera olido hasta ahora, y los contempla con unos ojos amarillos y brillantes. De hecho, se diría que siente lástima por ellos. En ese momento reacciona, echa a trotar por la vereda estrecha y continúa su espasmódica marcha hacia las entrañas del bosque.

—Quiere que lo sigamos —susurra Gertrud.

—Lo he visto antes. En el cementerio. Debe haberse escapado hace tiempo.

Empiezan a caminar por el bosque. Después de un trecho, la vereda llega a un área de descanso con un refugio de madera para el viento y un hogar para hacer fuego. Konrad toma a Gertrud de la mano. El perro ya ha desaparecido.

—Es por aquí. Sé donde está ese muro de roca.

Se adentran a continuación por una parte de bosque más denso, en la que también proliferan robles y matorrales espinosos. Ramas y matas bloquean su camino y deben protegerse la cara con los brazos. Konrad duda sobre la

dirección que deben tomar. Hay muchas cosas que han cambiado. Algunos árboles han crecido y extendido sus copas, mientras que otros han muerto, se han caído y han acabado pudriéndose. En cualquier caso, no parece que haya habido ninguna tala por la zona en mucho tiempo, y el recuerdo del paisaje que Konrad conserva es nítido. Repechos, montículos de piedras y depresiones. Sabe que van bien. En el cielo se oyen los agudos chillidos de un águila ratonera que aún no ha buscado protección para la tormenta. De vez en cuando se atisba una sombra marrón oscuro surcando el cielo plomizo.

Cuando Klas ve el coche aparcado en el arcén le da un vuelco el corazón. Se detiene, pone su mano sobre el pecho y escucha, pero oye solo el rumor del bosque que contiene la respiración, el sereno tintineo del follaje.

Ese Opel... es el de Konrad. ¿Qué mierda...?

Sin pensárselo dos veces, modifica su ruta y empieza a seguir la vereda, medio corriendo, dando traspies y resollando. No puede haber otra explicación. Tiene que ser ahí donde va el cretino ese. A la tumba.

Piedras, árboles caídos... Es difícil ver en la oscuridad, aunque estén en pleno día.

A medio camino por la parte más tupida de maleza oye voces. Se para, vuelve a escuchar y continúa avanzando sigilosamente. Agarra con fuerza sus pesadas armas.

Entonces los divisa, a cierta distancia, entre los troncos de los árboles. Se pone rápidamente a cubierto, indeciso. La resolución que apenas un momento atrás sentía se ha esfumado. Esa mujer, de la que una vez estuvo tan cerca que casi tuvo su vida en las manos, le está complicando las cosas. ¿Merece morir?

Y Konrad. No fue a él a quien vino aquí a matar.

Lentamente, como para ponerse a prueba a sí mismo, se coloca la culata de la escopeta sobre el hombro y apunta por el cañón de acero.

Es tan sencillo y al mismo tiempo tan difícil...

Konrad y Gertrud llegan de repente al lugar. El muro de roca se eleva casi vertical, fácilmente, a unos veinte metros de altura. Al otro lado de la cima continúa el bosque, y aquí y allí, en pequeñas hendiduras de la roca, crecen torcidos arbustos de pino. Un robusto roble se ha desplomado sobre el terreno,

de viejo y por la propia fuerza de su peso. Las raíces sobresalen cual dientes de fauces de un enorme monstruo. El hueco en la tierra donde el árbol extrajo su sustento aparece negro y profundo. El tronco obstaculiza su camino, pero Konrad sabe que ahí, detrás del roble caído, debe estar la persona que están buscando.

Las cuatro piedras están colocadas en forma de pirámide, como si un gigante las hubiera apilado para jugar a las canicas. Recubiertas de líquenes y de musgo de un verde intenso.

Konrad se para entre jadeos. Súbitamente tiene la sensación de no saber muy bien qué hacer. ¿Está realmente enterrada Agnes bajo esas piedras? Enfrentarse al pensamiento le cuesta trabajo: ¿cuánto resta de un ser humano después de cuarenta años en la tierra?

Konrad mira vacilante a Gertrud. Parece nerviosa y echa de vez en cuando vistazos hacia atrás. Konrad se adelanta con cuidado y pasa la mano sobre el musgo de las piedras. La sequía lo ha vuelto áspero y rasposo.

En ese justo instante suena el móvil en el bolsillo de Konrad. Es como si el encantamiento se rompiera. Lo saca y responde.

—Diga.

—Hola, soy Sven. He descubierto algo...

—¿Ah sí? —responde Konrad, al que no se le ocurre otra cosa que responder.

—Después de que nos viéramos la última vez he dedicado bastante tiempo a examinar mi material sobre el nazismo. Recordarás que me preguntaste si había otros nombres de Tomelilla, ¿verdad?

—¿Y?

—Hace un momento encontré uno. No sé muy bien si significará algo. Este chico tal vez no estuviera entre las figuras principales. No parece haber pertenecido a la División Nordland ni nada parecido, como Kurt Nilsson, pero su nombre aparece aquí y allá en distintas listas de asistentes a las reuniones. En Tomelilla, Sjöbo y esporádicamente en Malmö, sobre todo en la década de los cincuenta y sesenta.

—¿De quién se trata?

—De Arvid Linder, catedrático de derecho. Si no me equivoco, lo conociste en casa de Birger Berelius, ¿no estoy en lo cierto?

—¡Dios...!

Por un instante se le aparece a Konrad en la mente el anciano de pelo cano, aquel que daba la impresión de ser tan culto y afable.

—Bueno, solamente quería contártelo. Podemos hablar de ello más tarde. ¡Hasta luego!

Antes de que Konrad tenga tiempo de contestar, Sven ya ha colgado.

El ruido sordo del cielo se vuelve ahora más intenso y amenazador. Ambos miran instintivamente hacia las alturas de la pared de roca, como si temieran que el mismísimo dios de las tormentas provocara una avalancha de tierra y piedras sobre sus cabezas.

Gertrud parece asustada. Su expresión demanda una explicación.

—Era Sven. Ha descubierto en su archivo de nazis la presencia de Arvid Linder. Ese catedrático, ya sabes.

—Creo que deberíamos avisar a la policía. Esto no me da buena espina.

Está oscuro, casi como si fuera de noche. Gertrud se ciñe los hombros con sus propios brazos. Pese a que el aire se siente todavía bochornoso y compacto, parece que estuviera congelada. Huele a azufre alrededor de ellos.

Konrad se siente atenzado por las dudas. ¿Qué está haciendo realmente? Todo se le antoja tan irreal, como si fuera otra persona la que estuviera allí, titubeante, junto a una tumba en mitad del bosque. Vuelve a contemplar la pirámide de piedra. Se compone de cuatro pedruscos enormes. ¿Será capaz de moverlos? ¿Y luego? ¿Se pondrá a escarbar en la tierra con sus propias manos?

—Venga, Konrad. Vámonos de aquí.

Gertrud tira suavemente de su brazo, pero siente como si las piedras tuvieran inmovilizado a Konrad con su magnetismo, hipnotizándole con una fuerza recóndita. No puede dejar de mirarlas. ¿Se encuentra ella allí, en la tierra negra, entre raíces serpenteantes, gusanos y túneles de ratones de campo?

«Debajo está enterrada ella. Tu madre.»

La carta le quema en el bolsillo. Tiene que ser cierto. ¿Por qué iba a escribir esas palabras si no?

—No puedo dejarla así...

Konrad se da cuenta de lo lastimero de su voz y la mitad de él se percata de lo absurdo de sus palabras. Siente cómo los dedos de Gertrud aprietan su mano.

—Vamos... —suplica ella.

En el momento en que Konrad comienza a salir de su parálisis, justo cuando comprende que Gertrud tiene razón, los tímpanos de ambos se ven atravesados por un violento estruendo.

No es un trueno.

Es Klas.

Está apoyado contra el tronco de un árbol y de la boca de su escopeta de cañón doble se desliza un bucle de humo. Unas marcas blancas en una losa un poco más allá muestran el lugar donde las balas han arrancado varios fragmentos de piedra. Sin dejar de mirar en ningún momento a Konrad, abre el arma, arroja al suelo el cartucho usado e introduce uno nuevo. Por encima de sus pantalones holgados cuelga una sucia camisa a cuadros de franela. Lleva una gorra llena de lamparones sobre su pelo rapado gris y el labio superior abultado por una porción de *snus*. Aunque, por una vez, parece sobrio.

—¿No te vas a poner a escarbar? —grita con una voz desabrida y hostil—. ¿O es que no quieres ensuciarte tus bonitos dedos?

Klas agarra algo detrás del tronco, todavía mirándolos fijamente. Un objeto vuela por el aire, desprendiendo un ruido metálico al aterrizar sobre la tierra y golpear la pirámide de piedras. Se trata de una de esas pequeñas palas que utiliza el ejército.

—¡Ponte a excavar de una puta vez! Llevas buscando tanto tiempo...

Se apoya el cañón de la escopeta sobre el hombro y escupe al suelo. Klas parece estar seguro de tener la situación bajo control.

De improviso, Konrad siente una extraordinaria lucidez en su cerebro y la adrenalina recorriéndole el cuerpo. El pulso le retumba en las sienes mientras advierte el brillo aterrorizado de los ojos de Gertrud, que aprieta fuertemente los dedos de él y se muerde el labio. La expresión de Klas es inamovible. Resulta imposible descifrar sus pensamientos, pero Konrad comprende que no hay vuelta atrás. La pala en el suelo.

En el mismo instante en que se deshace de la mano de Gertrud, el cielo explota en un intenso blanco. La detonación es ensordecedora, y por espacio

de un segundo, el bosque se ilumina con un destello incoloro.

Entonces llega la lluvia.

Primero unas gotas tímidas que se abren camino por entre la espesura. Más tarde, un aguacero repiqueteante y estruendoso capaz de plegar árboles y ramas, que se abate sobre ellos como un poderoso torrente, azota la tierra seca y envuelve el bosque en una niebla gris.

Klas parece completamente indiferente y avanza un par de pasos hacia ellos.

—¡Empieza ya a cavar! —vocifera en mitad del clamor señalando con su mano libre un punto justo delante de los pedruscos.

Konrad recoge la pala. Ya está calado hasta los huesos.

Ahora hace frío. La plúmbea lluvia forma charcos en el suelo, incapaz de absorber las masas de agua que se precipitan desde las alturas. Gertrud permanece petrificada, como una empapada sirena de los bosques que acaba de emerger de una laguna, el pelo pegado como algas a las mejillas y el cuello. Konrad hince la pala en el terreno con todas sus fuerzas, penetrando más profundo de lo que pensaba.

—He visto tu coche —grita Klas a través de la lluvia.

Konrad continúa excavando. La tierra arenosa se ha transformado rápidamente en un barrizal. Hay piedras y raíces, pero la pala es afilada.

—Quizá piensas que os he estado siguiendo —Klas se aproxima un par de pasos más—. Pues no es así. Estoy aquí por otro asunto en realidad. Simplemente vi por casualidad tu Opel y reconocí tu matrícula.

Sus palabras lo sorprenden. Konrad cava y arremete afanosamente, sin contestar. Se ha formado un hoyo en un momento, pero por cada palada que saca cae una cantidad casi equivalente de lodo. El agua le corre por el pelo y la frente hasta los ojos, nublándole la vista. ¿Qué es lo que pretende decirle Klas?

—¿Se te ha comido la lengua el gato? Tú que siempre has sido un bocazas...

Konrad se detiene y parpadea varias veces para aclarar la vista.

—¿Qué voy a encontrarme, Klas?

—Sigue excavando y lo verás...

—Me odias de verdad, ¿no es cierto?

El otro asiente moviendo la cabeza lentamente, con el cañón de la escopeta ahora bajado. Dos ojos negros lo miran amenazantes de hito en hito.

—¿Te parece tan condenadamente extraño?

—Pero ¿por qué...?

Klas resopla con desprecio.

—Nunca te quisieron. Espero que te dieras cuenta...

—¿Herman y Signe?

—Es cierto que cuidaron de ti, como una jodida mascota. Pero nunca fuiste su hijo de verdad, ¿te enteras? Únicamente querían expiar su culpa, su maldita culpa...

—¿Su culpa?

—Sí, así es como lo veían ellos. Una especie de pecado original... Pero no dejes de cavar o te vuelo la puta cabeza...

Konrad vuelve a emplearse a fondo y escarba hacia abajo como un topo, muy cerca de la pirámide de piedras revestidas de musgo. Clava y empuja la pala como un poseso. Piedras mudas, raíces tenaces. El foso tiene ya cerca de un metro de profundidad y salta dentro para acceder con mayor facilidad. El pegajoso barro succiona sus zapatillas de deporte y a cada instante teme lo que pueda encontrar.

¡Klas está loco!, retumba en su cabeza mientras insiste con la herramienta. Va a matarnos y enterrarnos ahí, junto a ella. Con el rabillo del ojo, Konrad calibra la distancia que lo separa de su hermanastro. La pala está afilada. Con un ágil lanzamiento puede convertirse en un proyectil letal, pero la distancia es demasiado grande. Mira entonces a Gertrud. Quizá al final le perdone la vida a ella.

El primer trozo de hueso es amarillento y está quebrado. Posiblemente una costilla o un hueso del antebrazo. Konrad se siente atenazado por unas violentas náuseas. Tiene que vomitar... Traga y traga y siente cómo sus lágrimas calientes se mezclan en la cara con las frías gotas de lluvia. Pero no puede ni se atreve a abandonar. Aparecen más fragmentos de esqueleto en la tierra, expuestos ahora a la lluvia. Konrad los ve y entiende lo que es, es decir, quién es, pero le parece al mismo tiempo tan irreal que no le preocupa que los huesos se rompan en su demoledor avance. Esto no puede ser Agnes, su madre... Es tan indigno.

Se revela entonces el cráneo, apenas vislumbrable entre el lodazal marrón.
—¡Para ya!

La voz de Klas se vuelve súbitamente aguda. Está sollozando ruidosamente mientras se frota los ojos enrojecidos con la mano. Una papilla de *snus*, mocos y agua de lluvia se desprende por las comisuras de sus labios, el arma suspendida bajo el brazo con el cañón hacia el suelo.

—¿Fuiste tú quien la mataste? —resuella Konrad—. ¿Tú y tus jodidos amigos?

Klas sacude la cabeza. De repente, todo lo grande que es, parece un niño pequeño. Torpe, mugriento y terriblemente infeliz. Y en ese momento Konrad se percata de que está llorando.

—Todavía no te has enterado de nada, ¿verdad?

Konrad echa un vistazo a Gertrud, que no se ha movido ni un milímetro, y vuelve a mirar a Klas con cara de no comprender. Se diría que en los ojos de este aparece ahora una expresión de súplica.

Un atormentador.

Un ser atormentado.

—Es el mismo asesino —gime Klas—. ¿Lo pillas? Tu madre y mi madre. Con cuarenta años de diferencia, pero el mismo asesino...

La casa se encuentra a no más de trescientos metros de la tumba, pero bien oculta entre los abetos, los árboles de hoja caduca y los densos matorrales. Una edificación alargada de ladrillo y techo afilado. Sobre el césped se distinguen unos muebles de jardín pintados de blanco y, justo al lado, un pozo con una herrumbrosa bomba de mano. La lluvia ha amainado ligeramente y de la chimenea se iza un humo gris. Sobre la estrecha vía que desemboca en la casa se aprecia un Land Rover de color verde oscuro.

El jeep verde, piensa Konrad. Lo he visto varias veces aquí en el valle.

Konrad ya sabe con quién va a encontrarse antes de que Klas abra la puerta de una patada y los meta a empujones con la escopeta.

Arvid Linder parece sinceramente sorprendido. No da la impresión de haberlos oído llegar y, por un breve instante, deja vagar la mirada de un sitio a otro, como si instintivamente buscara una vía de escape. Luego hace además de levantarse, pero se arrepiente de inmediato y permanece sentado en el

sillón de cuero con el libro sobre las rodillas. A su izquierda crepita un fuego en la chimenea y tiene delante, sobre la mesa, una copa de vino.

—Klas Jönsson... Tanto tiempo que no nos vemos.

Su voz resuena afable y académicamente exquisita, igual que la vez anterior, pero Konrad percibe en esta ocasión un destello completamente diferente en sus ojos. Linder se agarra con fuerza a los brazos del sillón. Sus manos son grandes y nervudas.

—Veo que traes a unos invitados.

El catedrático sonríe ahora como un lobo calibrando a su adversario. Lleva una chaqueta marrón, camisa celeste y corbata, y lleva su cabello blanco elegantemente peinado. Lo envuelve un aroma a loción para después del afeitado.

Tras empujar a Gertrud hasta el sofá y luego a Konrad, Klas comienza a blandir la escopeta con aire irritado. Ellos dos agachan la cabeza y sus miradas vuelan frenéticas por la habitación para localizar una posible salida. Apenas se atreven a respirar.

Entonces Klas se vuelve hacia Linder y le escupe unas palabras como si de apuestos gargajos se tratara:

—¡He venido para matarte, hijo de puta!

Arvid Linder no se mueve ni un ápice en su sillón y clava sus ojos en Klas, como esperando que su mera mirada lo haga venirse abajo, pero Klas se sorbe los mocos y le sostiene fieramente la mirada, el semblante rojo de odio.

—Pero primero vas a contarles exactamente lo que pasó.

—Querido Klas, no comprendo lo que...

Sin mediar aviso, Klas se adelanta una zancada y le asesta un golpe en la cara a Arvid Linder con el cañón de su arma. La cabeza del anciano sale despedida hacia atrás. Ahora queda con el pelo revuelto y un hilo de sangre le cae en la boca desde una roja herida en la nariz. Por primera vez se adivina en sus ojos algo parecido al miedo.

—Ya no soy una persona joven...

Klas vuelve a atizarle, esta vez con algo más de dureza. Le produce un nuevo corte, ahora en la frente.

—¡Cuenta lo que nos obligaste a hacer!

Los golpes hacen que algo cambie en la mirada de Linder. La amabilidad

ya se ha esfumado, dejando en evidencia perplejidad y un efímero fulgor de espanto. Sus ojos rezuman humillación.

—¡Palurdo de mierda! —le suelta con una mirada rebosante de desdén—. A ti no hizo falta obligarte. Tuviste exactamente lo que querías —añade tomando acto seguido un pañuelo del bolsillo de la chaqueta para limpiarse la frente—. Una maldita puta polaca...

Las palabras pinchan como cuchillos el pecho a Konrad, que siente la mano subrepticia de Gertrud buscándolo en el sofá.

—¡Cuéntaselo a ellos! —ordena Klas a gritos.

—Sabes muy bien que la había tenido aquí muchas veces antes —señala Linder con un bufido—. Por propia voluntad. Le pagaba bien. Esa noche, bueno..., tal vez se me fuera un poco la mano.

Konrad contiene la respiración, presintiendo una artimaña en ciernes en esos ojos de brillo metálico. El profesor se inclina suavemente hacia delante, coge la copa de vino con una mano que tiembla casi imperceptiblemente y se la lleva hasta los labios. Luego se vuelve de nuevo hacia Klas, que jadea pesadamente apostado junto a la puerta.

—Erais mis discípulos, tú y tus colegas, ¿no es cierto? Os gustaba escuchar mis relatos sobre el nuevo orden mundial. Pensaba que estabais hechos de buena madera.

Linder da un nuevo sorbito al vino y posa lentamente la copa.

—Esa noche había olvidado que habíamos decidido realizar prácticas de tiro, así que cuando os presentasteis en mitad de mi..., como decirlo..., mi pequeño escarceo, entonces pensé que había llegado el momento de que os hicierais hombres.

—¡Teníamos dieciséis años! —le espeta Klas.

Arvid Linder golpea inmediatamente la mesa con una fuerza brutal. Konrad y Gertrud dan un respingo, como si les hubiera acertado con el puñetazo.

—¡Infinidad de valerosos chavales más jóvenes que vosotros sacrificaron su vida por el Tercer Reich! —ruge el catedrático.

Se reclina entonces en el sillón y prosigue con una espeluznante calma.

—No tuve que obligaros precisamente a montar a la puta polaca, ¿verdad? Estabais deseosos como novillos.

Klas dirige fugazmente su mirada al suelo, mascullando algo

indeterminado. Arvid Linder se vuelve en ese momento hacia Konrad y Gertrud, como si se hubiera olvidado de ambos y solo ahora reparara en su presencia. Al dirigirse a ellos se diría que refiere una divertida anécdota a un par de invitados:

—¿Saben? Cuando los muchachos hubieron acabado con la mujer los invité a un par de tragos para animarlos. Me dio la impresión de que les hacía falta. En aquel momento apareció esa putita con un cuchillo de cocina en la mano. No sé cómo se pudo soltar. Antes de que pudiera neutralizarla me había asestado ya con él en la pierna. Tal vez la última vez que nos vimos, Konrad, advirtiera que hasta el día de hoy arrastro una fastidiosa cojera. Sea como fuere, la mujer salió corriendo y me vi obligado a ordenar a los chicos que le dieran caza.

A Konrad no le llega el aire. Tiene la sensación de que el oxígeno de la habitación se ha agotado. La voz de Arvid Linder, su arrogancia y sus ojos parecen indomables, como si de algún modo hipnótico hubiera logrado convencer a todos los presentes en esa estancia de que es él quien sostiene la escopeta en la mano.

Konrad desearía apartar la mirada, pero le resulta imposible. Tiene los ojos incrustados en el rostro del catedrático, aunque lo único que ve es a Agnes corriendo por el bosque con un cuchillo ensangrentado en la mano. La oscuridad la rodea y las ramas le flagelan la cara. Está aterrorizada, agotada y tiene el cuerpo y el alma desgarrados. Espera que el hombre que la ha violentado tantas veces muera desangrado por su cuchillada. Tal vez, quién sabe, también piense que ha de apresurarse al encuentro de su pequeñín, que ha dejado solo en casa, tendido en la cama.

—¡Hijo de puta! La mujer de la que hablas es mi madre —masculla entre dientes Konrad.

Linder arquea la ceja impasible.

—Transcurrido un momento los chavales volvieron con ella. Naturalmente, solo podía hacer una cosa, así que saqué mi Luger y le disparé en la cabeza.

Konrad comprende de repente que Arvid Linder disfruta con ello. No encuentra otra explicación. En lo que a él se refiere, se siente vaciado de fuerzas, incapaz de otra cosa que no sea mirar fijamente a ese hombre de pelo canoso sentado en su sillón de lectura, con el rostro ensangrentado y el pelo

desordenado, pero, pese a todo, tan terrible, amenazador y completamente paralizante.

No hay otra explicación posible más que el placer que Arvid Linder siente ejerciendo su poder para humillar.

—Por cierto, ya de antes tenía pensado deshacerme de ella —añade en un tono casi indiferente—. Posiblemente sea esta una circunstancia que desconoces, Klas. La zorrilla afirmaba estar embarazada y que era yo quien la había dejado preñada. Una afirmación ridícula pero que, aun así, no podía dejar pasar. Esa noche, antes de que vinieras con tus amigos, me exigíó dinero. Por eso tuve que recurrir a un poco de mano dura.

Sereno, como convencido de estar a punto de retomar el control de la situación, se extrae un peine del bolsillo de la camisa y se lo pasa por el cabello en un refinado gesto.

Justo en el momento en que va a arreglarse la raya del pelo, un movimiento de Klas transforma su expresión. En cuestión de un segundo se difumina su máscara. El peine se le cae al suelo y su sonrisita contenida se evapora. Ahora solo resplandece el pánico a la muerte en los ojos de un hombre muy viejo que ha comprendido en cuestión de un instante que todo está perdido.

—Signe... —gimotea Klas mortificado—. Ella cargó con todo. ¿Por qué mierda tuviste que matarlos?

—Lamento eso verdaderamente —responde el anciano con una voz tan ronca y débil que apenas pueden discernirse sus últimas palabras—. Pero no tenía otra alternativa. Por favor, te prometo...

Arvid Linder levanta el brazo en un vano intento de protegerse, pero el dedo de Klas ya aprieta el gatillo y se suceden dos atronadoras detonaciones.

Todos miran como hechizados el cuerpo destrozado sobre el sofá, con los tímpanos ensordecidos por los disparos. No se oye nada. No huele a nada. Solo un amasijo sanguinolento y amorfo. ¿Acaso pudo albergar alguna vez el alma de un ser humano?

Luego transcurre una eternidad.

—Herman y Signe lo supieron a lo largo de todos estos años —musita Klas sordamente—. Conocían lo que yo había hecho.

Tira al suelo los cartuchos vacíos e introduce dos nuevos en la escopeta.

—Se lo conté cuando era un chaval. Me perdonaron porque tenían un

corazón de oro. El pecado se lo echaron a sus espaldas.

Konrad aparta su mirada de la muerte y la dirige hacia Klas, incapaz ya siquiera de asombrarse.

—Hace un par de semanas vino Signe a verme. Tenía miedo. Se había encontrado con Arvid por casualidad. Según me dijo, había explotado. Simplemente brotó de su interior toda la mierda que había guardado en secreto todos esos años. Luego se asustó. Tenía miedo de que Arvid los matara ahora que estaba al tanto de que sabían lo que le había ocurrido a tu madre.

Klas suspira agotado.

—En un primer momento me negué a creerla, pero luego, cuando aparecieron asesinados en la caseta de las herramientas, comprendí de inmediato quién lo había hecho.

Klas se deja caer lentamente al suelo y apoya la espalda contra la pared.

—Sentí como si todo fuera culpa tuya —dice, respirando luego varias veces profundamente—. ¡Maldita sea...!

Por un momento parece tener la intención de meterse en la boca el cañón de la escopeta, pero se limita a soltar el arma, que cae aparatosamente sobre las planchas de madera del suelo, y se queda ahí sentado, mirando fijamente al vacío.

EPÍLOGO

Una suave llovizna cae sobre el cementerio. Las hojas de las hayas rojas cuelgan relucientes y pesadas, y los topos han escarbado la tierra durante la noche formando nuevos montoncitos de color marrón oscuro. Huele a tierra. El aire está repleto de oxígeno que llena de energía sus pulmones.

La búsqueda ha terminado.

Konrad ha comprado ocho rosas carmesí en la floristería de la plaza. Eso sí, ha dudado un buen rato, porque no tiene ni idea de cuáles podían ser las flores favoritas de Agnes, aunque se imagina que serían las rosas rojas.

En la barraca junto a la capilla encuentra una urna, que llena de agua. Las rosas quedan preciosas sobre la piedra negra. Se sienta en cuclillas y palpa con las yemas de los dedos la superficie húmeda.

«Agnes Stankiewicz 1937-1968.»

El hombre de la funeraria le preguntó si no debería escribir «Agnieszka», su nombre de pila completo, en la lápida. Konrad negó con la cabeza. «No, debe ser Agnes.» Así es como se llamó todos los años que estuvo buscándola.

Al ponerse de nuevo en pie le crujen un poco las rodillas. Echa una ojeada al cementerio, escudriñando con la mirada a lo largo de los setos de boj y sobre las parcelas de césped verde oscuro.

¿En busca de qué? Del perro.

Del chucho sarnoso que le mostró el camino. Konrad había esperado

volver a verlo una última vez, intercambiar una mirada de connivencia y observarlo luego partir entre los matorrales con sus característicos andares espasmódicos. En cierta manera, despedirse. Pero no hay ni rastro.

Probablemente haya encontrado su hogar, piensa Konrad.

A Herman y Signe les pone una begonia. Pálida y discreta.

Si se hubieran enterado de que Klas ha ido a parar a la cárcel se habrían revuelto de vergüenza, como gusanos, ahí abajo. Ahora deberá apañárselas solito su único hijo. Su lerdo hijo.

¿Fue él quien dejó esa nota a Palander para poner a la policía sobre la pista? Eva Ström lo cree posible. Si es que no fue Fatima.

En cualquier caso, ya no tiene la más mínima importancia.

La inspectora parecía un poco avergonzada cuando le llamó la noche antes para proporcionarle las últimas piezas del rompecabezas, en relación al soplo que situaba a Konrad en Tomelilla la noche del asesinato.

—Fue Arvid Linder. Pensábamos que era un testigo intachable, más allá de cualquier sospecha. Probablemente le debemos una disculpa.

Luego cambió rápidamente de tema por teléfono.

—De hecho, le estábamos siguiendo ya la pista cuando usted puso en marcha todo ese circo en el valle de Fyledalen. Sigge Möller confesó. Al amenazarlo con acusarlo de asesinato admitió que fue Linder quien contactó con él para encargarle que vendiera la Luger a Feriz. Linder conocía a esos delincuentes por su colaboración con Berelius. Evidentemente, eso suponía asumir un riesgo. La idea era con toda probabilidad que la policía encontrara el arma en poder de Feriz para que lo acusaran del asesinato de Herman y Signe.

La agente se detuvo un instante y a Konrad le pareció oír un resoplido.

—Linder seguramente estaba convencido de que la policía en ningún caso creería las palabras de un par de pobres inmigrantes como Feriz y su amigo, ni tampoco las de un traficante de armas como Sigge Möller, enfrentadas a las de un catedrático. El hecho de que los jóvenes fueran tiroteados cuando trataban de robar a Torstensson fue una bendición del cielo, como un premio de la lotería, visto desde la perspectiva de Linder.

Como un juego con la vida, pensó Konrad tras oír la explicación de Eva Ström. Arvid Linder debe haber pensado que era invencible, que podía jugar

al ajedrez con las personas como si fueran piezas. Primero esos muchachos. Luego el propio Konrad.

¿No se dio cuenta de que iba a ser desenmascarado? ¿Le era indiferente el resultado de esa partida? ¿Lo llevó su odio a la temeridad?

Übermensch.

El superhombre.

—¿Y Berelius?

—Está libre de culpa, por lo que hemos podido comprobar —explicó Ström—. Era, por así decirlo, el tonto útil de Linder.

Herman y Signe yacen bajo una enorme y llamativa lápida de granito rojo. Birger Berelius ha tenido a bien tirar la casa por la ventana. Como es sabido, la testamentaria incluye una buena cantidad de dinero.

El premio de la lotería.

La herencia.

Konrad sonríe para sí delante de la tumba. Es, en cierta manera, bastante irónico. A Herman y Signe nunca se les ocurrió fundirse sus millones y a Klas no le harán ninguna falta mientras esté entre rejas. Berelius veía complicado que no lo acusaran de asesinato. Después de todo, se cargó a ese tipo a tiros.

En cuanto a Konrad, se sintió más que nada aliviado de quedarse fuera. De hecho, la sonrisita desdeñosa de los labios del abogado le importó un comino.

—Desafortunadamente se ha revelado que Herman y Signe nunca lo adoptaron formalmente. Al carecer los hijos de acogida de derechos sucesorios, Klas se lleva todo el premio.

Curiosamente a Konrad le parecía justo que fuera así. Al fin y al cabo, era su único hijo.

Tiene el coche aparcado con todas sus cosas fuera del cementerio. Se vuelve una última vez.

Ningún perro a la vista.

Una vez que ha dejado a los muertos tras de sí, todos sus pensamientos los ocupa Gertrud.

SOBRE EL AUTOR

Olle Lönnaeus (1957) trabajó durante veinte años como periodista en la prensa sueca, escribiendo acerca de la política de su país, europea y de Oriente Próximo. Ha obtenido diversos premios en reconocimiento a sus reportajes de investigación y a sus piezas de periodismo narrativo. Ha sido galardonado en tres ocasiones con el premio sueco Guldspaden y ha sido nominado en una ocasión para el Stora Journalistpriset. Entre sus trabajos destacan sus investigaciones sobre el tráfico de personas, la explotación laboral de inmigrantes y el extremismo, tanto de izquierdas y derechas como de diversos grupos religiosos, así como sus reportajes escritos en Irán, Libia, Israel, Palestina y otros países de Oriente Próximo. Su primera novela, *Cargarás con la culpa*, ha ganado el Premio a la Mejor Primera Novela de la Swedish Crime Writers' Academy.

Título original: *Det som ska sonas*
Edición en formato digital: mayo de 2012
© 2009, Olle Lönnaeus
Edición publicada por acuerdo con PNLA / Piergiorgio Nicolazzini
Literary Agency
© 2012, Random House Mondadori, S. A.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2012, Joaquín González Moya
Diseño de cubierta: Nicolás Castellanos / Random House Mondadori,
S.A.
Fotografía de la cubierta: © John Chard / Getty Images
ISBN: 978-84-9989-919-0
Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.
www.megustaleer.com

Este archivo fue creado
con BookDesigner
bookdesigner@the-ebook.org
7 de junio de 2012